Mejorar la escritura de la investigación cualitativa

Harry F. Wolcott

Contus
Editorial Universidad de Antioquia
Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia

Colección *Contus*
© Editorial Universidad de Antioquia
© Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia
© Harry F. Wolcott
© Sage Publications, Inc.
ISBN: 958-655-655-7 (volumen)
ISBN: 958-655-623-9 (obra completa)

Título original: *Writing up qualitative research*
Segunda edición (en inglés): Sage Publications, Inc. (United States, London, New Delhi), 2001
Primera edición (en español): Editorial Universidad de Antioquia, febrero de 2003
Publicado por acuerdo con Sage Publications, Inc./ Published by arrangement with Sage Publications
Traducción: Eva Zimmerman
Revisión técnica de la traducción: Carmen de la Cuesta Benjumea, Clara Inés Giraldo Molina, Gloria Patricia Franco Agudelo
Diseñó de cubierta: Imprenta Universidad de Antioquia, a partir de la pintura de Joan Miró *Azul III*, 1961 (fragmento)
Diagramación: Luz Elena Ochoa Vélez
Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia.

Editorial Universidad de Antioquia
Teléfonos: (574) 210 50 10
Telefax (574) 210 50 10, (574) 263 82 82
E-mail: mercadeo@editorialudea.com
Página web: www.editorialudea.com
Apartado 1226. Medellín. Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia
Teléfono 210 53 30
E-mail: imprenta@quimbaya.udea.edu.co

Si yo viviera veinte años más y pudiera continuar trabajando, ¡cómo tendría que modificar el Origen *y cómo tendrían que cambiar todos mis puntos de vista! Bien, esto apenas es un comienzo y algo es algo*

Charles Darwin a J.D. Hookes en 1869

Contenido

Prólogo a la edición en español xiii

Parte 1 1

1. Introducción 3
Escribir versus deber-estar-escribiendo 6
Mirar hacia adelante 8
El encendido 11

2. El arranque 13
Cómo empezar 13
Seguir un plan de escritura 18
Cuándo comenzar 23
Dónde empezar 31
El análisis y la interpretación 37
El problema del enfoque 43
Problemas en la escogencia y organización de datos 46
Recapitulación 52
Poner a prueba las ideas 53

3. Seguir andando 55
Dale 56
El sistema del archivo colgante extendido 57

Mantener el impulso 61
A los detalles, préstales atención desde el principio 64
Llevar el registro de las referencias 66
Llevar un registro de trizas y trozos 68
Comentarios o retroalimentación 69
Lista de verificación 75

4. La vinculación 78
Revisión de la literatura 81
Vinculación con la teoría 84
Vinculación por medio del método 95
Técnicas de investigación en la indagación cualitativa 97
Maneras de representar gráficamente los enfoques cualitativos 98
Conceptualizar los enfoques cualitativos como un árbol 99
El método, tus métodos (de recolección de datos) y la metodología 104
El método o la teoría como narrativa 106
Resumen 107
Forjando vínculos 109

Aplicaciones 111

Parte 2 117

5. Apretar los pernos 119
Revisión del contenido y el estilo 120
Revisar y editar 123
Aguza tus destrezas editoriales 124
Ayuda editorial formal 129
¿Cómo se concluye un estudio cualitativo? 132
Alternativas para concluir un estudio 134
Cuando se acaba el espacio 139
Empacar más apretadamente 141
Entresacar más 147
En breve 152

6. La finalización 153
El título 155
Las páginas preliminares 157
El cuerpo del texto 169
Las páginas finales 176
Final del juego 184

7. Lograr que te publiquen 186
Alternativas de publicación 193
Si no te publican 198
Pensamientos finales 201

Referencias bibliográficas y bibliografía 203

Índice onomástico 213

Índice analítico 215

Acerca del autor y del libro 225

Prólogo a la edición en español

La metodología de la investigación cualitativa es la herramienta por excelencia para la construcción de la enfermería como disciplina y profesión social, con el *cuidado* como objeto de estudio y de trabajo y con el ser humano, en sus dimensiones individual y colectiva, como sujeto de este cuidado.

Teniendo presente la escasa disponibilidad de textos sobre investigación cualitativa en español y el que ésta es una herramienta fundamental para la producción del conocimiento en enfermería y otras disciplinas de las ciencias sociales y de la salud, la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia y la Editorial Universidad de Antioquia, con el apoyo del entonces rector Jaime Restrepo Cuartas, realizaron un convenio con la editorial Sage para traducir del inglés al español cuatro libros de investigadores expertos sobre investigación cualitativa; estas obras son un instrumento pedagógico para el desarrollo de la investigación en los posgrados de la Facultad de Enfermería y de otras unidades académicas no solo de nuestra universidad sino también de cualquier universidad del país.

Los autores de los textos gozan del reconocimiento internacional por los temas que desarrollan sus obras, y por ello cada libro está justificado individualmente; como también lo está el conjunto que conforman, pues constituye una completa guía para la ejecución de la investigación, desde la construcción de la pregunta, hasta la preparación del informe final.

El texto de Anselm Strauss y Juliet Corbin, *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada,* presenta métodos que permiten a los investigadores analizar e interpretar sus datos y construir teoría a partir de ellos.

En el libro de Amanda Coffey y Paul Atkinsom, *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación,* los autores presentan al investigador cualitativo los diversos enfoques clave y complementarios del análisis de los datos cualitativos, y algunos consejos sobre las maneras de analizarlos.

En el texto *Mejorar la escritura de la investigación cualitativa* de Harry Wolcott, el autor, basándose en su experiencia, trata directamente los problemas de la escritura que enfrentan los investigadores sociales.

El libro *Asuntos críticos en los métodos de investigación cualitativa* de la editora Janice M. Morse recopila 19 artículos en los que los autores abordan algunos métodos de investigación cualitativa como la etnografía, la fenomenología y la teoría fundamentada.

La Facultad de Enfermería y la Editorial Universidad de Antioquia presentan a la comunidad científica estos cuatro libros como un aporte al desarrollo de la investigación cualitativa en las ciencias sociales y de la salud.

María Elena Ceballos Velásquez
Decana
Facultad de Enfermería
Medellín, febrero de 2003

Parte 1

1

Introducción

Escribir es lo único que... cuando estoy en ello no siento que debería estar haciendo algo distinto

Gloria Steinem

¿No te gustaría tener mi problema: preguntarme cómo comenzar una introducción para la *segunda edición* de un libro? Bien; éste obviamente no es tu problema, o no estarías leyendo esto, a menos que te guste leer lo que otras personas tienen que decir sobre la escritura, en vez de avanzar con la tuya. Si éste es tu problema –y cualquier excusa es buena para no escribir– haré lo que pueda para desengañarte. Mi intención es ayudarte a que te pongas a escribir, bien sea que quieras hacerlo o, lo que es más probable, que debas hacerlo.

Me centro en la escritura de la investigación cualitativa. Algunos de los asuntos que tengo para decir versan sobre la escritura en general, pero tomo mis ejemplos y me baso en mi experiencia como escritor, y escritor sobre la indagación cualitativa. No son pocos los libros sobre otras clases de escritura, pero la investigación de corte cualitativo o descriptivo ha introducido algunos problemas nuevos, especialmente entre los investigadores que no se habían dado cuenta de que escribir se convertiría en una parte tan integral de su trabajo. Más adelante diré algo sobre las introducciones, los prefacios

y las segundas ediciones (en el capítulo 6) pero, por ahora, veamos qué se necesita para que consigas garrapatear algunas palabras en el papel o la pantalla.

La mayor parte de lo que yo he aprendido sobre cómo escribir es resultado de la práctica, junto con algunas cuidadosas sugerencias —hechas con mesura— de algunos lectores críticos a lo largo de los años. Aprecio que me digan que soy buen escritor (según estándares académicos, mas no literarios, por supuesto) pero la triste realidad es que no lo soy, al menos en el sentido de hacer algo de manera natural y fácil. Lo que sí puedo sostener es que me importa lo que escribo y que trabajo con diligencia. Lo que la gente lee son las copias finales, no las primeras. El orgullo y la perseverancia sirven de sustitutos a mi talento. Aunque no escribo bien, he aprendido lo que se necesita para producir ese borrador (final) que puede hacerte creer que sí lo hago.

¿Y qué piensas sobre mi título: *Mejorar la escritura de la investigación cualitativa?* ¿Salió a tu encuentro y te atrapó? Si no le dedicaste ni un pensamiento al asunto, quizás éste sí es el libro que necesitabas. Si el título te puso a pensar de inmediato en si se puede aprender algo útil de alguien que piensa en "mejorar" lo escrito (¿la mayor parte de la gente acaso no se limita a garrapatear?), o usa un título de cinco palabras cuando cuatro podrían haber bastado, entonces ya tal vez seas lo bastante consciente de las palabras —y del estilo— de muchas de las cosas que tengo para plantear.

Sin embargo, éste no es un manual de estilo. El estilo es parte del proceso de escribir. Agregaré lo que pueda, o más a menudo, reiteraré los consejos que los autores más duchos han dado durante muchos años. Mi propósito es ayudar a la tarea crítica de garantizar que lo que hayas escrito en forma de notas de campo a partir de observaciones, entrevistas o investigación de archivos, se mejore en tu informe final, y que esté tan bien escrito que el estudio cualitativo también sea de calidad. No escribo para escritores profesionales sino para profesionales que deben escribir. No para aquellos que se regodean en el arte de la expresión personal, sino para los que escriben porque otras personas esperan que contribuyan a la literatura de su área.

Mi estilo te puede parecer muy informal, en ocasiones sinuoso y hasta desconcertante a veces. De hecho, en una reseña a alguien le pareció así y anotó sobre una de mis primeras publicaciones: "Para un libro que aboga, entre otras cosas, por la escritura clara, no es nada claro. El tono del libro es 'coloquial' y suele salirse del tema con reminiscencias o por la tangente" (Fontana 1999: 632). Bueno, uno no se las puede ganar todas. Trato de escribir de manera poco pretenciosa y, en mi presunción de escribir sobre escribir, puedo haberme desmandado en mis esfuerzos por ser informal más bien que didáctico. Lo que he hecho en mi intento de ayudarte a organizar y a mejorar los informes es contarte cómo organizo y escribo los míos, y compartir las ideas que he entresacado de otros. Hablo de frente, de escritor a escritor.

Por el título de este libro sabes que está enfocado sobre cómo escribir lo que se ha llegado a conocer como investigación cualitativa, descriptiva o naturalista. A este "paradigma naturalista", como se lo ha llamado, también se le han puesto abundantes etiquetas. En 1985, los investigadores Yvonna Lincoln y Egon Guba identificaron varios alias prominentes para el término naturalista: postpositivista, etnográfico, fenomenológico, subjetivo, estudio de casos, cualitativo, hermenéutico y humanístico (1985:7) y la lista sigue creciendo (ver, por ejemplo, a Denzin y Lincoln, 2000). Quienes utilicen estos u otros métodos muy afines son mi público y constituyen un conjunto especial de investigadores con orientación de campo que no sólo trabajan en una amplia onda cualitativa (junto con los biógrafos, historiadores y filósofos), sino que a menudo aplican la etiqueta de cualitativo o cualitativo-descriptivo a su investigación, en contraste con quienes especifican que están haciendo biografías, historia, filosofía, etc.

A libros como éste, con un enfoque muy preciso, también se los conoce como monografías, etiqueta asignada a publicaciones con un tema muy especializado. Te darás cuenta de que tildo el presente trabajo de libro o monografía. Si estás preparando un estudio tamaño libro, centrado sobre un problema particular o un grupo de problemas, probablemente tu escrito también se pueda clasificar como monografía. Los académicos muestran preferencia por la eti-

queta "monografía" cuando escriben sobre un tema muy preciso; escribir un libro da la idea de un trabajo de mayor alcance. Sin embargo, por fuera de la academia el término no se conoce tan bien y a veces se confunde con el de "monograma" o "monólogo". Me gusta pensar que le imprimo mi sello único a lo que escribo, pero lo que ves aquí es una monografía, no un monograma.

Por su misma naturaleza, la escritura produce una suerte de monólogo en el cual una persona monopoliza la conversación, pero en forma escrita y no oral. Me estremezco cuando alguien se refiere a algo que yo he escrito como monólogo, y me pregunto si ésa es la palabra exacta que buscaba. Tú no tienes la oportunidad de contarme por qué decidiste leer esto, qué clase de información te sería más útil, o dónde quisieras que empezara. Tengo más o menos que imaginarte a medida que avanzo, tratando de anticipar qué te ha motivado a esta lectura y a abordar estos asuntos. Y, lo que es más importante, así como sucede en las competencias, también tengo que tratar de convencerte de que yo sé sobre qué hablo, de manera que le prestes atención a la exposición de mis problemas y mis soluciones y no sigas únicamente preocupado con los tuyos. En tu escritura, debes hacer lo mismo: tratar de calibrar a un lector que nunca verás, llegar a él y sostener su atención. No es de extrañar que el etnógrafo Richard Warren haya descrito alguna vez la escritura como "un acto de arrogancia" (me pregunto qué pensará sobre los colegas que presumen diciendo a los demás cómo hacerlo). Pero tanto por tu bien como por el mío prefiero escribir a dictar conferencias, así como tú quizás prefieras leer y no que te sermoneen. Aquí, tengo tiempo de pensar bien lo que quiero expresar y de trabajar —y jugar— con las palabras hasta que ellas expresen lo que quiero decir. Y aquí me puedes abandonar sin hacerme sentir despechado: si te quedas dormido mientras lees, nunca me enteraré.

Escribir versus deber-estar-escribiendo

Te consideras un escritor, ¿no? ¿O eres un escritor que debería estar escribiendo, o peor, un investigador que debería estar investigando y no eres capaz ni de empezar? Estás entre estos últimos si te das

cuenta de que te presionan para que publiques pero ni siquiera encuentras un buen tema para investigar. Éste es a menudo el problema de los recientes doctores que aceptan trabajos de docencia en escuelas profesionales y campos aplicados sólo para encontrar —como lo habían sospechado desde el principio— que los ascensos dependen de una producción académica permanente. Eso suele significar escribir —toda una vida profesional escribiendo.

Sé que algunos tipos de los que deberían estar escribiendo acechan por las inmediaciones. Con la creciente aceptación de los enfoques cualitativos para la investigación en campos tan diferentes como la administración de negocios, las comunicaciones, los estudios culturales, el desarrollo económico, la educación, la ayuda internacional, los estudios sobre el tiempo libre, la enfermería, la educación física, la salud pública y la psicología social, los académicos han acudido a la investigación cualitativa por desesperación así como por inspiración. Después de haber alcanzado una etapa en su carrera en que se espera de ellos que publiquen, estos profesionales se encuentran de repente mal preparados para conducir una investigación y buscan maneras de convertirse en lo que creen que deben llegar a ser: investigadores instantáneos. Los enfoques cualitativos son tentadores porque parecen sencillos y naturales, hasta "obvios", y por ende, fáciles de llevar a cabo. Y si no fuera por la complejidad de conceptualizar un estudio cualitativo, conducir la investigación, analizarla y redactarla, tal vez lo serían.

Aunque esta monografía está dirigida a un subconjunto particular de investigadores, confío en que encontrarás sugerencias útiles para toda la escritura orientada hacia la investigación. Es necesario, sin embargo, que tengas en cuenta que me centro principalmente en la investigación descriptiva y cualitativa y en los procesos relacionados con su redacción, más que en otras facetas relacionadas con ésta (como por ejemplo conceptualizar, conducir el trabajo de campo y hacer el análisis), a pesar de que estos procesos son virtualmente inseparables. Sin duda, para decepción de algunos lectores, gran parte de los consejos que ofrezco se percibirán como encasillamientos en un molde mecánico, pues en lugar de empujarte a intentar grandes hazañas de percepción intuitiva, lo más proba-

ble es que me encuentres argumentando a favor de una codificación y clasificación prosaicas para construir un estudio, ladrillo tras ladrillo. O pájaro tras pájaro, para tomar prestado un título del libro de Anne Lamott, *Bird by bird: some instructions to writing and life (Pájaro por pájaro: instrucciones para escribir y vivir,* 1994). Parece ser que un día, el hermano mayor de Anne, de diez años, estaba apabullado ("inmovilizado", en palabras de ella) por la magnitud de una tarea escolar que consistía en hacer un trabajo sobre pájaros para el día siguiente. El papá le dio el consejo consolador: "Pájaro por pájaro. Ve tomando de a un pájaro" (p. 19). El buen consejo para su hermano también le dio un título hecho a la medida para un libro sobre la escritura y los hábitos del escritor (hablaré más sobre los títulos, incluyendo el riesgo de usar uno llamativo pero indirecto como *Pájaro por pájaro,* pero quiero elogiar a Anne por captar con finura la esencia del mensaje que quiero comunicar).

Mirar hacia adelante

Es de suponer que quien sea capaz de proceder de "arriba hacia abajo", introduciendo un concepto globalizador, un tema unificador o una paradoja persistente, va a hacerlo. Si sabes qué quieres hacer, ¡adelante! Si no lo sabes, te recomiendo que avances con mucho menos garbo (y riesgos) y trabajes "de abajo hacia arriba". Las sugerencias que propongo —empezando por cuándo y dónde comenzar (en el capítulo 2), o cómo seguir avanzando (capítulos 3 y 4), cómo hacer para ajustar lo escrito (en el capítulo 5) y qué incluir en un apéndice (capítulo 6)— pueden considerarse, no tanto la mejor manera de hacer las cosas, sino cómo superar la idea de que no las puedes hacer todas.

Yo mismo no sigo todas estas sugerencias. Algunas las he ensayado pero ya no las uso. Otras parecen buenas ideas para dárselas a alguien pero nunca las he ensayado. Los buenos consejos sacados de fuentes que consulté para la primera edición los repito en ésta; las ideas básicas han soportado bien la prueba del tiempo. Planteo algunos puntos sólo para reseñar el abanico de opiniones o prácticas existentes. Siempre incluyo un número poco modesto de referencias a mis propios escritos, en algunos casos para evitar repetirme pero más a menudo porque son los estudios que mejor conozco. Los escribí para que fueran leídos y aprovecho toda oportunidad para que se les preste atención.

Una monografía breve como ésta no intenta ser la guía completa para mejorar la redacción en la investigación cualitativa. Por ejemplo, se está dando un diálogo extenso sobre la investigación descriptiva como texto y el papel del análisis crítico en las ciencias sociales como parte del escenario posmoderno, pero estos temas no se tratan aquí. Tampoco analizo los asuntos propios del contenido de la teoría, o la base conceptual de tu trabajo, aunque planteo los posibles papeles que estos elementos puedan desempeñar. No estoy en condiciones de poder anticipar cómo van los medios electrónicos a seguir modificando las formas de comunicarnos. Es probable que tú tengas una mejor idea, y seguramente una mayor necesidad que yo de conocer estos asuntos. Las ideas continuarán transmitiéndose por medio de palabras, y el proceso comienza con poner las palabras en una forma en que puedan transmitirse a otros. Ésta sigue siendo una realidad virtual, en el antiguo sentido de la expresión más bien que en el actual.

Me centro en la tarea inmediata: ayudarte a poner tus pensamientos y observaciones en una forma escrita presentable. Si has culminado tu investigación y te estás sintiendo inseguro en cuanto a cómo proceder de aquí en adelante, acepta que no habrías podido de ninguna manera haber llegado tan lejos sin tener ni idea de dónde estabas cuando empezaste. Pero yo podría liberarte del sentimiento de que debes honrar la teoría antes de que me apremies porque ya llegaremos a los asuntos de teoría y método en el capítulo 4.

No voy a tratar de convencerte de que escribir es una delicia. Escribir siempre es un reto y algunas veces puede ser satisfactorio, pero hasta aquí llegan mis elogios de esta actividad. Puedes comparar esa tarea con levantarte para ir al trabajo todos los días. Algunos días son más agradables que otros, pero independientemente de cómo te sientas, se espera que te presentes al trabajo, con inspiración o sin ella. Si "te presentas al trabajo" y escribes una página o un párrafo diarios, con el tiempo tendrás listo un borrador.

Basta ya de advertencias, especialmente para anunciar en qué no consiste el libro. No sé dónde adquirí el hábito de comenzar un proyecto de escritura salvando tanto mi responsabilidad. Probablemente, fue cuando escribí mi tesis, pues suponía que tendría que defender cada palabra. Un término nuevo se metió en mi vocabulario en aquel entonces: **delimitaciones**. Creo que no volví a emplearlo tras haber terminado mi disertación, pero admito haber sentido gran satisfacción en aquel entonces al proclamar todos los temas sobre los que mi estudio no iba a versar.

Hacer el inventario de algunas delimitaciones importantes puede servir de punto de arranque para tu debut en la escritura académica, en especial si te preocupa que tu experiencia con las letras haya sido hasta ahora privada y personal, no sujeta al escrutinio público. Si no estás preparado ya mismo para declarar exactamente sobre qué versa tu estudio, trata de hacer la lista de las cosas que no es. "Delimitaciones" es una categoría práctica para una disertación y, de manera más sutil, para incluir en cualquier escritura académica. Este consejo subraya otro mensaje que está presente en todo este libro: cualquier cosa que te empuje a andar es válida. Durante las etapas de edición y revisión, puedes decidir si te has sobrepasado en tus delimitaciones, pero si te han estado preocupando, es mejor que las afrontes de una vez.

En cuanto al acto de escribir, confieso que a mí me atrapó. Escribir es la actividad académica más satisfactoria que hago, así como, aparentemente, la más duradera. Como lo ha expresado la escritora Gloria Steinem: "Escribir es la única cosa que... cuando estoy en ella, no siento que debería estar haciendo otra". Sin embargo, unos escasos momentos de éxtasis a causa de algo bien escrito o favorablemente reseñado son flaca compensación por todo el sufrimiento soportado para lograrlos. Lo más importante para todos nosotros es que cuando tengamos algo sobre lo cual escribir, seamos capaces de hacerlo.

Esta monografía sirve para ilustrar el caso. Acepté la invitación original para realizarla porque consideré que podría ayudar a los escritores de investigaciones a emprender la redacción describiendo algunas tácticas que me han ayudado. Comencé a pensar en el proyecto y a hacer anotaciones, literalmente desde el momento en que me propusieron la idea por primera vez. Pronto encontré tiempo para comenzar a organizar y escribir un primer borrador. Más de quince meses después entregué lo que resultó ser la primera de varias versiones "finales". Es claro que uno se halla en una posición ventajosa cuando una editorial lo invita a preparar un manuscrito sobre un tema que conoce, y había llegado a una etapa de mi carrera en la que podía escribir lo que había decidido escribir, pero nadie me podía decir exactamente qué historia contar o cómo proceder. Estas son responsabilidades del escritor. Lo único que se me prometió fue una mirada editorial interesada; no hay grandes avances en efectivo ni contratos garantizados para las publicaciones académicas de tan modesto alcance.

En todo el texto, hago hincapié en la importancia de revisar y editar, algo que todos los aspirantes a escritores deben hacer. La revisión cuidadosa es el antídoto para la falta de talento de la enorme cantidad de personas que reconocemos que debemos escribir mejor pero que no nos encontramos entre los mejores escritores. Poca razón de ser tienen nuestros esfuerzos si no somos capaces de lograr que alguien lea lo que tenemos que informar, y ningún sentido, investigar sin darlo a conocer.

He aquí un truco que he tomado de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll: cuando llegues al final, para. Esto es suficiente como introducción. A nadie le importa que haya capítulos cortos, especialmente cuando más adelante van a aparecer los más largos.

El encendido

- Trata de esbozar (o revisar) una "declaración de propósito" para un estudio real o imaginado que pudieras conducir o para un artículo que tengas pensado. Usa el estudio propuesto como manera de hacer que las ideas planteadas aquí sean pertinentes específicamente para tus intereses profesionales mientras lees. ¿Puedes podar la escritura de una declaración de propósito hasta que quede de veinticinco palabras o menos?

2

El arranque

Escribir es más fácil si uno tiene algo que decir

Sholem Asch

Este capítulo intenta ayudarte a empezar a escribir. "El arranque", dicho sea de paso, es un título horrible, que ofende mi oído y espero que ofenda también el tuyo. Si lo hace, tienes esperanzas, como corrector de tu propio material, de captar frases durante el proceso de reescritura que de alguna manera se escaparon la primera o segunda vez.

Algunas de las preguntas que se me vienen a la cabeza para organizar este capítulo se relacionan con la forma de clasificar y organizar los datos, enfocarlos y decidir cómo, cuándo y dónde comenzar. Trataré cada uno de estos asuntos y empezaré con algunas consideraciones prácticas sobre la forma de empezar.

Cómo empezar

En el momento en que generas oraciones que *podrían* aparecer en el escrito final, has comenzado la redacción. Que tus primeros intentos sobrevivan a los recortes y reformas posteriores es asunto diferente y de poca monta; si aquello que estás escribiendo pudiera de pronto encontrar puesto en el manuscrito final, puedes mirar con

orgullo a quien sea y decir que ya (¿finalmente?) empezaste a escribir. Existen toda clase de palabras elegantes para describir lo que haces antes de escribir: organizar, conceptualizar, esbozar, rumiar o "cranear", como lo describe Peter Woods (1985: 92-97; 1999: 15-22), pero mientras tu lápiz no haya comenzado a formar oraciones sobre el papel o hayas logrado el efecto equivalente por medio de algún milagro de la tecnología moderna, no tienes motivos para reclamar la simpatía o admiración de tus familiares, amigos o colegas por haber comenzado realmente a escribir.

Además de tener algo importante sobre lo cual escribir, los requisitos básicos para arrancar con la tarea son el tiempo y el lugar y, dependiendo de tu estilo personal y la solidez de tus pensamientos, bien sea una idea (para desarrollar para ti mismo) o un plan (en cuyo caso puedes empezar a escribir para el público que buscas). Tienes que tener ideas claras sobre las condiciones mínimas que requieres como infraestructura para escribir. Por ejemplo, aunque me encanta estar bien aperado de tostadas y queso mientras escribo, éstas no son necesidades absolutas. Por otra parte, no soy capaz de escribir con distracciones reales, o con la mera posibilidad de ellas; me es esencial una quietud sin interrupciones.

Para escribir de manera productiva en el área académica siempre me pareció mucho más satisfactorio trabajar en casa que tratar de hacerlo en mi oficina de la universidad, lugar de incesante interrupción. Para algunos colegas, la casa no es un santuario y aprenden a usar sus oficinas estratégica y productivamente, protegiéndose bien o programando sus horas de escribir. Los estudiantes que deben escribir lejos de su casa o de la oficina parecen sobrevivir, de manera que un buen consejo es que si uno no tiene un lugar de trabajo natural para escribir, debe crearlo y obligar a los demás a respetarlo. Cuando debo trabajar en la universidad sin interrupciones, recojo mis materiales y me dirijo a la biblioteca, pero allí escojo un sitio —o incluso una biblioteca diferente (la de derecho, o la de ciencias)— donde ni los libros ni sus lectores me distraigan demasiado.

Me fascina mostrarle a la visita que llega a mi casa mi maravilloso estudio —un cuarto atractivo y grande, con un mesón bajo, empotrado, para mi computador y uno alto, también empotrado, que

me sirve de escritorio. Tengo una vista de árboles y colinas a través de las ventanas que miran al norte, y mi biblioteca profesional está a unos pasos de distancia. Pero estos son privilegios de la edad y la posición, no prerrequisitos. Gran parte de lo que he escrito lo he hecho con bolígrafos bic, en blocs amarillos de rayas y sobre un poyo de la cocina libre de objetos, o sobre una mesa, especialmente durante períodos de investigación de campo conducidos lejos de mi estación de trabajo acostumbrada. Todavía hoy, cuando se me hace difícil seguir —no se me vienen las palabras o no encuentro bien el sentido— regreso a la "usanza antigua" y saco un bolígrafo y un bloc amarillo. Es posible que estos recuerdos me ayuden a tranquilizarme pues sé que *soy capaz* de hacerlo, aun cuando el zumbido incesante de mi computador susurre su nota amenazadora de duda.

Si se me da la posibilidad de elegir, prefiero escribir donde pueda desplegar ante mí (y dejar ahí sin que los molesten) los materiales que deseo tener a mano inmediatamente: uno o dos diccionarios (incluyendo uno completo, de enorme tamaño), un tesauro (todavía prefiero buscar en un ejemplar de "carne y hueso" que en un programa de mi computador) y algunos tacos de papel especiales para apuntar los pensamientos o trabajar sobre algunas frases o ideas difíciles antes de consignarlas en el manuscrito. A pesar de la incomodidad de tener que "despejar la mesa" cada vez que haya una comida, e incluso si uno come siempre en casa, la mesa de la cocina debe estar libre veintidós de las veinticuatro horas del día, y ésta es una de las posibilidades que tienes. Además, la cafetera y los bizcochitos están convenientemente cerca.

Mi tema en realidad no es sobre el café ni los bizcochitos. Quiero que reconozcas tus particularidades relacionadas con la escritura y que valores su importancia. Mímate. ¿Qué se necesita para obligarte a escribir, para lograr que sigas haciéndolo de manera productiva y para garantizar que lo volverás a hacer, preferiblemente al día siguiente a la misma hora? Si tienes opciones realistas, ¿cuál es la combinación de tiempo y lugar en que trabajas mejor? Sólo te debes preocupar mucho por el café, el té y la música de fondo, o lo que sea, en tanto se vuelvan distracciones. Tuve un colega que no se concentraba en la casa porque tenía demasiadas comodidades y

ventajas, especialmente con la cocina tan cerca. Necesitaba la austeridad de la oficina en la universidad para que su escritura tampoco "se engordase".

Desarrolla la rutina lo mejor posible para que te rinda el precioso tiempo de que dispones para escribir, porque nunca tendrás el suficiente. La rutina puede ayudarte a hacer un uso eficiente del tiempo que tienes. Organízate para impedir las interrupciones. Hazte a las comodidades suficientes, de tal manera que esperes que llegue rápido la hora de escribir y que no le temas a la idea. Nuestro periódico publicó la historia de un escritor de la localidad que escribe con su gato en el regazo y el perro a sus pies. Como no le gusta perturbarlos, les achaca la necesidad de quedarse mucho rato sentado al computador. Si tienes animales domésticos suficientes, intenta hacer esto, pero la anticuada autodisciplina parece preferible.

Yo tengo en cuenta la altura de las sillas y la mesa, la luz, la circulación del aire y la temperatura del cuarto. Me gusta tener espacio suficiente para el conjunto de materiales, cada vez mayor, que quiero tener cerca de mí. Cuando me di cuenta hace años, de que tendía a llevar mi trabajo al poyo de la cocina después del desayuno en lugar de ir yo a mi estudio, y que era la *altura* del poyo y el banco de la cocina lo que me parecía tan cómodo, a la primera oportunidad diseñé un nuevo estudio con un mesón empotrado de dos niveles, uno de 120 cm, un poco más alto inclusive que un poyo normal de cocina; el otro de 85 cm, una altura menor, conveniente para el computador. Cada nivel tiene su propia silla: una silla baja, de escribir, junto al computador, y una alta, como de dibujo, en el escritorio, porque cuando trabajo, a veces me gusta estar más alto y de pie y no sentado.

Me encantó leer en el excelente librito de Howard Becker *Writing for social scientists* (1986), que la mayor parte de nosotros llevamos a cabo algún ritual bien sea como acto final para sacarle el cuerpo a la escritura o como marcador físico para comenzar la tarea del día. Algunos de sus estudiantes —y algunos de los míos— revelaron que se duchaban, afilaban los lápices o aspiraban la casa antes de sentarse a escribir y, tal como lo anotó una de mis alumnas, Jan Lewis:

"Siempre queda la posibilidad de ponerse a planchar". Una nueva raza que parece ser capaz de sentarse frente a una pantalla y empezar de una vez a trabajar, reconoció, hace algún tiempo que los computadores, por ser divertidos y por su capacidad siempre en expansión, ofrecían un nuevo conjunto de distracciones ("disipación computarizada" como llamó esto Jeffrey Nash [1990]) capaces de desconcentrar a los escritores o investigadores, con consecuencias más terribles que los virus de computador que pueden atacar sus programas.

El correo electrónico ofrece una fuente de distracción tan atractiva —especialmente para quienes eligen atender el anuncio de los mensajes nuevos— que las características del computador que permiten ahorrar tiempo, hacen que éste se pierda del todo. Mi manera inicial de resolver este problema fue accidental. El vetusto computador de mi estudio no tenía módem, de modo que cuando decidí (a regañadientes, debo admitirlo) usar el correo electrónico, recibía los mensajes en un computador diferente, localizado en otro cuarto. Mi computador sólo estaba conectado a un tomacorriente y mi ritual de calentamiento se limitaba al tiempo que necesitaba para cargar los programas. Cuando me hallaba trabajando en un manuscrito, abría inmediatamente donde había dejado el día anterior; no había mensajes esperando entrar y yo no tenía manera de "salir". Si no es muy tarde ya, piensa en la posibilidad de hacer lo mismo y dedicar un computador viejo sólo a la tarea de escribir. No vas a caer en la tentación de ver si tienes correo cuando el computador que usas sólo para escribir no lo envía. Pero, ¡qué se va a hacer!, sucumbí a la tentación de mejorarlo y ahora me es casi imposible hacerle el quite a los correos antes de sentarme a trabajar. Pero todavía uso el computador viejo para los archivos de respaldo y cada vez que aparece un virus nuevo, respiro aliviado: ¡ahí no me va a llegar!

Valoro la verdadera importancia que cada uno de nosotros le asigna a la escritura por la prioridad que le da cuando hay varias opciones y responsabilidades en competencia. Mi momento óptimo es inmediatamente después del desayuno, con la promesa de varias horas ininterrumpidas. Considero que "realmente estoy es-

cribiendo" cuando le saco mi mejor tiempo y le doy mi mayor prioridad a la redacción. Lo importante no es que escribir sea lo primero que se haga sino que sea lo prioritario en la programación de las actividades del día. Me quito el sombrero ante quienes se levantan a las cuatro y media de la mañana a escribir o ante los que empiezan a hacerlo cuando los demás habitantes de la casa están ya dormidos. Yo puedo, y es lo que prefiero, hacer que la escritura se convierta en una actividad diaria de horas normales y no que sea una prueba permanente de temple. Un buen indicador de tu compromiso es si eres capaz de ignorar el timbre del teléfono o, en caso de que tengas otras personas que te contesten, si les has dado instrucciones de que no estás disponible durante el período dedicado a escribir. Supongo que a quienes les gusta escribir de noche tienen dificultades cuando algunos miembros de la familia les comentan sobre los programas que están presentando en la televisión, en particular los especiales. ¿No puedes de pronto grabarlos y premiarte más tarde?

Seguir un plan de escritura

Si necesitas ayuda para organizar tu material —o para organizarte tú— permíteme sugerirte tres componentes que en conjunto forman lo que llamo "El plan de escritura". Al menos dos aspectos del plan deben ser explícitos; no basta con que estén flotando en la cabeza como ideas vagas que vas rumiando.

El plan: parte 1

El primer componente de El Plan es escribir en el papel tu **declaración de propósito**. Tienes bien en la mente tu propósito cuando eres capaz de escribir una oración clara, crítica y concisa que comienza así: "El propósito de este estudio (capítulo, monografía, artículo) es...". Aunque estructuralmente es el menos interesante de los comienzos, no conozco una manera mejor de ayudar a los escritores académicos a encontrar, declarar y sostener un enfoque, que mantener esta oración presente, no sólo en su mente sino en sus manuscritos. Me impresionan los escritores capaces de expresar un mensaje de manera más creativa, pero la reescritura creativa de tu declaración de propósito puede venir más tarde. En todo escrito sobre el que yo haya ejercido influencia (como director de tesis, editor de revista o reseñador), he expresado enérgicamente la necesidad, no sólo de poner esta declaración simple y llana de propósito en el texto, sino de hacerla la oración número uno del párrafo número uno del capítulo número uno.

El plan: parte 2

El segundo elemento crítico de *el plan es hacer* un **esquema o lista** escrita detallada de los temas principales y la secuencia en la que los piensas introducir. La academia arruinó la manera formal de hacer esquemas con una atención absurda a detalles tales como las sangrías, la numeración y reglas rígidas de origen desconocido (por ejemplo, no podíamos escribir un solo asunto en un subconjunto; siempre debía haber al menos dos). Pero los *propósitos* que se logran con un índice son exactamente lo que todo escritor necesita: la identificación clara de los puntos principales y los subordinados, y la progresión ordenada para presentarlos. La idea de este paso es diseñar una secuencia para desarrollar un relato "pájaro por pájaro", no limitarse a escribir por escribir. Sé que algunos trabajadores de campo duchos insisten en que ellos llevan sus estudios completos en la cabeza, y no necesitan hacer un bosquejo previo en el papel. Después de que te hayas vuelto experto, puedes intentar hacerlo de esta manera. Pero al principio no.

Desarrollar una amplia **tabla de contenido** logra el mismo propósito que un esquema. Personalmente, siento que hay más escritura en la preparación de una tabla de contenido que en trazar un esquema, en particular para el tipo de material que requiere varias secciones grandes. Las tablas de contenido también están libres de los constreñimientos formales de los cuadros sinópticos. Estoy tan convencido de su valor como modo de organizar cualquier proyecto escrito importante, que siempre les pido a los estudiantes de doctorado que incluyan una posible tabla de contenido en sus *propuestas* de

tesis. Ordinariamente las propuestas se preparan, antes de que haya comenzado la investigación, de manera que la reacción normal es: "¿Cómo diablos puedo proponer una tabla de contenido cuando ni siquiera he empezado la investigación?". Sin parpadear, agrego: "Y quiero que estimen el número de páginas que piensan dedicarle a cada capítulo".

La lección que se aprende con este ejercicio es diferente de la que los estudiantes esperan. Sus primeros intentos revelan más rigidez en su percepción de la estructura de una tesis de la que en realidad existe. Por ejemplo, aunque el capítulo 2 de cada tesis o disertación que se haya escrito parece destinado a ser el lugar favorito para la tradicional revisión de literatura, no hay una regla de hierro —ni siquiera en la escuela de posgrado de mi universidad que en todo lo demás es totalmente inflexible— que exija que el Capítulo 2 tenga que ser la revisión de la literatura, y ni siquiera hay regla alguna que insista en que se dedique un capítulo entero a ese tema. En el capítulo 4 regreso a este punto, en términos de la necesidad de vincular tu estudio con el de los demás.

Otro beneficio de asignar un número al parecer arbitrario de páginas a un capítulo no existente en una tabla de contenidos hipotética es que los estudiantes se dan cuenta de que *sí* tienen un sentido intuitivo del relato que esperan desarrollar. Hacer un estimativo del número de páginas que se van a dedicar a cada capítulo no es un ejercicio tan etéreo al fin y al cabo. Los estudios descriptivos exceden a menudo las expectativas razonables de tamaño. Anticipar cómo dividir el relato entre los temas que deben cubrirse, no sólo nos ayuda a adquirir un sentido global de la obra, sino que puede evitarnos escribir demasiado extensamente las secciones introductorias tales como las de "Importancia del problema" o "Antecedentes históricos", que con el tiempo van a tener que competir por espacio con el relato sustantivo.

El costo de hacer numerosos borradores de un estudio largo le da un significado real e incentiva la economía de palabras en los estudiantes inclinados a disertaciones verbosas. Poca cuenta se dan de que lo más probable es que nunca más sean libres de imponerse sus propios límites. Los editores de revistas especifican la extensión máxima y casi invariablemente devuelven los manuscritos con el comentario: "Debe recortarse". Los editores de reseñas de libros dan su asignación en términos de un maximo número de *palabras*. Los editores les suelen decir a los autores qué tan largo puede ser su libro, aunque la sabiduría convencional indicaría que esto debería ser al revés. Las instrucciones que me dieron para elaborar la versión original de esta monografía fueron que observara "un límite estricto de entre cien y doscientas páginas *manuscritas*, a doble espacio, lo que se traduce a entre ochenta y noventa páginas impresas". Dado que la segunda edición habría de ser aumentada y expandida, supuse que podía seguir y seguí, hasta que el editor, Mitch Allen, me preguntó si en realidad tenía tanto más que añadirle a lo que había dicho originalmente.

Una vez identificados los asuntos que se *tienen* que tratar, y asignado un número de páginas al parecer arbitrario a cada tema, el mensaje está claro, y es claramente diferente a lo que uno puede haber esperado. Incluso antes de empezar a escribir, es obvio que el espacio disponible para el material descriptivo será limitado. Dado el nivel de detalle que se halla de ordinario en estudios cualitativos, ¿cómo puede incorporarse en el estudio un material descriptivo adecuado?

Para los estudios cualitativos basados en datos tomados de entrevistas u observaciones, proyectar una tabla de contenido que incluya la extensión estimada de los capítulos lleva a una de las circunstancias más importantes y paradójicas de nuestro trabajo: el problema principal que enfrentamos en la investigación cualitativa no es *conseguir* los datos ¡sino *conseguir deshacernos* de ellos! Al redactar, siempre se llega a la tarea dolorosa de entresacar material hasta que éste tenga una extensión manejable, que comunique una esencia, y no sea un catálogo grueso que dé mayor evidencia del magno y minucioso esfuerzo. Mientras mayor sea nuestro propósito de permitir a los informantes que presenten sus propias interpretaciones de los significados y los acontecimientos —el énfasis *emic*, como se lo conoce en los círculos antropológicos— mayor la tendencia a construir relatos largos a costa del entusiasmo no sólo de los lectores sino de las potenciales editoriales. Mientras más largo el

estudio, más costoso producirlo y, como es lógico, mayor el riesgo de que no atraiga a un amplio número de lectores.

El plan: parte 3

El tercer elemento de El plan no necesita redactarse sino pensarse con cuidado: determinar la historia básica que vas a contar, quién la va a contar y qué estilo de representación vas a seguir para reunir al observador con el observado. En la espléndida monografía de John van Maanen, de 1988, *Tales of the Field: On Writing Ethnography*, apareció una exposición extensa sobre tres convenciones narrativas para realizar informes de estudios cualitativos –la realista, la confesional y la impresionista–, que fue seguida por una década de acalorados debates sobre un tema bastante desconocido hasta aquel momento.

Esta cuestión de la **voz** del autor debe ser crítica en la investigación cualitativa.[1] En métodos que se centran en la vida de uno o unos pocos individuos, el problema se vuelve más complejo cuando los informantes son capaces de contar ellos mismos sus propias historias y nos planteamos la duda de si hacer nuestra presencia conocida y cómo hacerlo. En acercamientos orientados cuantitativamente, y entre los de tipo cualitativo con más conciencia "científica", los investigadores típicamente abandonan sus temas en el último minuto, dejando que habitantes y hallazgos se defiendan por sí mismos, al parecer incontaminados por manos humanas y con toda certeza no tocados por los corazones humanos. Una de las oportunidades –y retos– que plantean los enfoques cualitativos es considerar a nuestros congéneres como personas y no como objetos de estudio, y a nosotros mismos como humanos que conducimos nuestra propia investigación *entre* ellos y no *sobre* ellos. Los trabajadores de campo suelen encontrar más eficiente adoptar el papel de narradores que

1. En un taller sobre escritura etnográfica, que se reunió en noviembre de 2000, la antropóloga Regna Darnell sugirió "punto de vista" como una alternativa al término "voz", a veces ambiguo.

presentar un relato completo por medio de las palabras propias del informante (entre las excepciones notables, que abrieron terreno en su día, se incluyen clásicos tales como *Sun chief* de Leo Simmons, 1942, o *The children of Sánchez* de Oscar Lewis, 1961). Sin embargo, desde hace mucho tiempo se ha preferido permitir a los informantes que expresen la parte *narrativa* del relato en sus propias palabras, en particular en las historias de vida (por ejemplo, Behar, 1992; Crapanzano, 1989; Shostak, 1981; para un ejemplo de extensión de artículo, ver Wolcott, 1983a).

Como el papel del investigador es de ordinario parte integral del estudio cualitativo, yo escribo los relatos descriptivos en primera persona y animo a los demás a hacerlo (o en algunos casos, a que se les *permita* hacer lo mismo). Reconozco que todavía existen por ahí académicos y editores académicos que insisten en que el trabajo académico se escriba en tercera persona. En dos ocasiones anteriores en que entregué artículos para una revista, los pusieron en un lenguaje impersonal de tercera persona sin mi permiso y el editor ni siquiera se molestó en informármelo. Me parece que la práctica revela la creencia de que el lenguaje impersonal muestra lo aferrado que está un escritor a la verdad objetiva.

Puede ser que a la ciencia se le sirva mejor sustituyendo la palabra 'nosotros' por 'los participantes' o 'yo' por *'el observador'*, pero al 'presente escritor' todavía lo tienen que convencer de que ése es nuestro llamado. Quizás se pueda argumentar más convincentemente que se compagine la formalidad de la escritura con la formalidad en el enfoque. El reconocer la naturaleza crítica del papel del observador y la influencia de sus valoraciones subjetivas en el trabajo cualitativo hace más importante que los lectores sean conscientes todo el tiempo de ese papel, de esa presencia. Escribir en primera persona ayuda a los autores a conseguir estos propósitos. Para el informe de investigación cualitativa debería ser la regla y no la excepción.

Cuándo comenzar

Oye esto: nunca es demasiado temprano para empezar. Sí; eso es lo que quiero decir. ¿Significaría esto que uno debe escribir un primer

borrador incluso antes de ir al campo a comenzar las observaciones o las entrevistas? Claro está.

He llegado al convencimiento (que admito es simplista) de que las personas cuyas vidas están ligadas estrechamente a la página impresa pueden clasificarse en dos categorías: las que leen y las que escriben. Obviamente, muchas personas eruditas no hacen ni lo uno ni lo otro, y unas pocas se destacan en ambos campos. Pero, en general, me da la impresión de que la gente cuya ocupación requiere un compromiso continuo con las palabras escritas gravita hacia un extremo u otro: se preocupa bien sea por consumir palabras o por producirlas. Pero no por ambas cosas.

¿Cuál es tu caso?: ¿te consideras esencialmente lector o escritor? Confieso que mi dicotomía puede ser poco más que una racionalización, pues no me considero lector. No quiere decir esto que yo no lea; más bien, en una comunidad profesional de lectores (académicos, maestros, investigadores y estudiantes), y hablando en relación a eso, yo ni soy un lector voraz ni una persona que haya leído mucho. Siempre he tenido la obligación de leer miles y miles de páginas cada año: trabajos de estudiantes, tesis, informes, manuscritos y propuestas que envían las editoriales, colegas, agencias financieras y comités de revisión de escalafonamiento; revistas profesionales y textos (gracias a Dios existen las reseñas de libros) y los periódicos, revistas y libros que uno lee en el intento —o la pretensión— de mantenerse al día. La mayor parte de mi lectura es profesional, y la mayor parte de mi lectura profesional es tediosa. Rara vez leo por placer, y nunca para "relajarme".

Leo lo que tengo que leer y escribo cada vez que puedo. Esto probablemente explica por qué encuentro tan atractiva la investigación de campo: puedo estar comprometido de manera activa en el proceso de investigación, viendo, escuchando y ponderando todo por mí mismo y no recibiéndolo en forma pasiva y de segunda mano. No envidio a mis colegas cuyos mayores extravíos investigativos los llevan sólo a la biblioteca o los mantienen pegados a la pantalla del computador. Y, algo que no me sorprende, considero más efectiva mi lectura cuando estoy en trabajo de campo o preparando un manuscrito. Escribir da un propósito y dirección a la búsqueda de nuevas fuentes y a la revisión de las antiguas. La lectura provee el punto de apoyo para ideas importantes y la base para decidir qué conservar y qué abandonar.

Dice la sabiduría convencional que la escritura refleja el pensamiento. Yo me siento inclinado a una posición más fuerte: escribir *es* pensar o —expresado de manera más cautelosa—, escribir es una de las formas que puede adoptar el pensamiento (ver también a Becker, 1986: ix, quien a su vez cita a Flower, 1979; Flower y Hayes, 1981). Los escritores que se dan el lujo de esperar hasta tener claras sus ideas corren el riesgo de no comenzar nunca. Y por eso, tal como lo explica Becker, es "tan importante escribir un borrador más bien que mantenerse preparándose y pensando lo que va a escribir cuando comience" (Becker, 1986: 56).

Escribir no sólo es una gran manera de descubrir lo que estamos pensando, sino de hallar vacíos en nuestras ideas. Por desgracia, esto significa que debemos estar preparados para encontrarnos con las manos en la masa cuando parece que no estamos pensando en nada. Lo que no se nos debe escapar es que cuando la escritura no sale bien es porque nuestros pensamientos, todavía nebulosos, no están listos aún para expresarse en palabras.

Éste es el punto en el cual me parece que se separan los 'lectores' y los 'escritores'. Los lectores buscan compulsivamente saber más; cualquier sabiduría es poca para ellos. Tienen dificultades para abordar la tarea de escribir hasta que el "conocimiento" esté completo, cosa que nunca sucederá. Los lectores son intelectualmente honestos y merecen nuestro respeto, comprensión y quizás hasta nuestra simpatía. Sus contrapartes, fácilmente identificables entre los trabajadores de campo, son los que flaquean a medida que se aproximan los plazos del trabajo de campo, con la insistencia de que todavía no tienen suficiente para empezar la redacción. La excusa conocida tiene una admirable nota de humildad: "Todavía no estoy listo del todo".

¿Recuerdan la caracterización de Richard Warren de la escritura como un acto de arrogancia? ¿Puedes ser arrogante y comenzar a escribir a pesar de que todavía sientas que no *sabes* tanto como deberías saber? ¿Son las palabras de Clifford Geertz, (Geertz, 1973:

20), "no es necesario conocerlo todo a fin de comprender algo", lo bastante animadoras? Si tu respuesta es que necesitas consultar seis volúmenes más de la biblioteca —o pasar seis meses más en el campo— antes de estar listo, es posible que poseas una capacidad envidiable de profundizar, pero tengo dudas de ti como escritor. Si tienes algo que decir, puedes sentarte de inmediato (¿por qué no hoy?) y poner manos a la obra. (No necesitas ni siquiera acabar de leer esta monografía ya mismo. Sin embargo, si la estás hojeando en una librería, es posible que quieras comprar una copia para leerla después. En caso contrario, ¿no te vas a quedar pensando siempre cómo termina?)

Una sugerencia que tengo para quien ahora contemple realizar un estudio descriptivo o cualitativo, y en especial para quien exprese preocupación por la escritura antes de que la investigación misma haya comenzado, es ésta: escribe un borrador preliminar del estudio y luego comienza el trabajo de campo.

Debes entender que, si sigues este consejo, lo que escribas es sólo para ti. Pero creo seriamente que nunca es demasiado temprano para empezar a escribir. Prácticamente todas las personas que escriben sobre escribir ofrecen el mismo consejo. Oigan el consejo de Milton Lomask a los futuros biógrafos: "Independientemente del punto en que se encuentre tu investigación, comienza a escribir en el minuto en que algún material empieza a formarse en tu mente... Anota tus palabras. Siempre las puedes cambiar después" (1987: 26-27).

Durante mucho tiempo creí que esta idea de escribir aun *antes* de comenzar el trabajo de campo era original mía, pero descubro ahora que el antropólogo Sol Tax hace casi medio siglo les daba un consejo similar a sus alumnos. Edward Bruner mencionó ese hecho en su propio escrito (Bruner 1986: 147) y más tarde amplió lo que creía era la intención de Tax:

> El espíritu en el que se presentó era hacer énfasis en que debemos decir lo que sabemos, y luego ir al campo a comprobar, examinar o desarrollar mejor las ideas o a descartarlas si estaban descaminadas...
>
> La verdad es que, en aquella época, yo no había escrito mi disertación antes de ir al campo, pero la sugerencia de Sol me quedó dando vueltas en la cabeza... lleva tu atención a lo nuevo de aquello que vas a descubrir por medio del trabajo de campo. Así que la sugerencia era seria, pero no creo que alguien la haya llevado a cabo (Edward Bruner, comunicación personal, 1999).

Volver tu atención sobre *lo que esperas descubrir* es una de varias posibles ventajas de escribir un borrador tempranamente. Como el ejercicio descrito antes, de hacer una tabla de contenido, dirige la atención hacia asuntos como el formato, la secuencia, las limitaciones de espacio y el enfoque. Establece también una línea de base para la indagación, tu propio punto de arranque. Habrás documentado lo que creías que era el caso, con lo cual registrarías ciertos sesgos y presuposiciones que en caso contrario podrían demostrar ser convenientemente flexibles y acomodadizos, de haber permanecido como abstracciones. Escribir desde el comienzo te anima a hacer un inventario sistemático de lo que ya sabes, lo que necesitas saber y lo que buscas.

También puedes descubrir que describir las cosas como creías que eran cuando comenzaste tu estudio ofrece una buena manera de comenzar tu relato escrito, especialmente si lo que "todo el mundo sabe" resulta no ser preciso o adecuado. Todos sabemos mucho más de lo que nos damos cuenta virtualmente sobre cualquier tema de interés profesional, o tenemos opiniones preconcebidas al respecto. Escribir es la manera de conseguir acceso a ese fondo personal de información (y de información errónea). Conversar con colegas es otra manera, aunque no necesariamente tan efectiva. No debemos dudar en exponer nuestras ideas a nuestros colegas ni en animarlos a que compartan las suyas con nosotros. Pero los que estamos en el negocio de las palabras somos muy listos; hablando podemos salirnos de un *non sequitur* con la misma facilidad con que podemos caer en la trampa de uno. Escribir ofrece una manera íntima y precisa de captar y dar forma concreta a ideas a veces elusivas.

¿Que si yo practico esto de la escritura "temprana"? Sí, en una forma un poco modificada. Excepto en mi iniciación al trabajo de campo a largo plazo —mi tesis sobre un poblado indígena kwakiutl y su escuela (Wolcott, 1964), de la que regresé sin la menor idea de cómo empezar a escribir— siempre he empezado a escribir temprano. Escribir permite llevar un registro de lo que ya entendí y discer-

nir lo que necesito descubrir enseguida. Pero empezar a escribir temprano también supone la voluntad de soltar las palabras con tanta facilidad como se las genera y esto también me parece difícil. Por tanto, mi consejo para quien vacile sobre la escritura es que comience de inmediato, pero como me da mucha ansiedad comenzar, mi práctica personal es *postergar* lo más posible el momento en que comienzo a escribir algo más que las notas de campo. Centro mi esfuerzo en una etapa inmediatamente anterior, que llamo "esbozo minucioso": conseguir las fuentes, los conceptos, los ejemplos, la secuencia y tenerlo todo organizado y listo para arrancar. Ya no me preocupa si puedo escribir algo, porque sé que sí puedo. Mientras no disfrutes de una confianza comparable, considera la posibilidad de empezar temprano.

La escritura libre

Hay dos métodos diferentes para "arrancar" a escribir. La estrategia recomendada para aquéllos cuyo estilo no ha evolucionado es simplemente permitir que las palabras fluyan: no hagas correcciones, verificaciones de ortografía o de referencias; ni siquiera releas, una vez que estés "en marcha" (ver a Becker, 1986, capítulo 3, para la elaboración de una técnica conocida como **escritura libre** —o sea, forzarse a "escribir sin parar durante diez minutos"— ver también a Elbow, 1981: 13ff.). Con el milagro de los procesadores de palabras tan a la mano y tan tolerantes con los errores y cambios (con la facilidad para borrar, para mirar en la pantalla cómo van a quedar las cosas, para añadir y quitar párrafos o palabras, o llevarlos de un lado a otro), cualquiera es capaz de hacer este tipo de escritura. Bien sea que prefieras "hablar" (o hacer escritura libre) sólo para ti, sistemáticamente, grabar todos los fragmentos para volverlos a ver, o perseguir cada idea compulsivamente hasta dar forma final a la prosa, ahí está el computador dispuesto a obedecer tus órdenes.

Claro que el procesamiento de palabras ha creado algunos problemas propios, uno de los cuales se nota cuando leo los trabajos de los estudiantes (y, también ocasionalmente, de los colegas). A menudo la facilidad de la producción no da como resultado que se escriba mejor sino más rápidamente. La capacidad del computador de revisar con facilidad, y aun de corregir errores de ortografía, se desaprovecha muchas veces. Los primeros borradores, escritos a la carrera y revisados de afán, se presentan como copias finales; al texto impreso se lo equipara con el texto "en imprenta", y se ofrece el esbozo en lugar de un trabajo más acabado. Tener el estatus de estudiante es, sin lugar a dudas, la peor circunstancia para aprender a escribir bien, y la escritura de los estudiantes suele hacerse de manera apresurada, de un solo tirón, sin el tiempo ni la motivación para revisiones y reflexiones que lleven a una mejor redacción. Todo el proceso de esbozar y revisar se soslaya a causa de las fechas límites a que se han de atener. Nosotros queremos que ellos se conviertan en buenos escritores, pero rara vez les proporcionamos oportunidades de desarrollar o practicar buenos hábitos de escritura.[2]

Como profesor, una manera que encontré para mejorar la calidad del trabajo escrito fue ofrecer una opción de "pájaro madrugador" en algunas clases en las que se exigía un trabajo final o un informe de investigación; en todas se les requería escribir muchísimo (hace muchos años dejé de hacer exámenes, pues me interesa lo que los estudiantes pueden hacer y no lo que son capaces de memorizar). Los estudiantes que son capaces de cumplir con un plazo anticipado pueden entregar un borrador de su trabajo final para hacerle una revisión crítica, mucho antes de la fecha límite de presentación del mismo. Mis sugerencias editoriales pudieron servir de alguna ayuda, pero la ventaja real consistía en haber hecho un borrador temprano, cuando todavía quedaba tiempo para reflexionar y hacer revisiones.

El enfoque metódico

Lo contrario de la escritura libre son aquellos escritores a veces conocidos como "**sangrantes**". No conozco el origen del término,

2. Para este fin propongo algunas sugerencias y ejercicios en una sección titulada "Aplicaciones", al final del capítulo 4.

aunque me trae a la mente una observación que se le atribuye al periodista deportivo Red Smith: "No hay nada qué escribir. Lo único que uno hace es sentarse ante una máquina de escribir y abrirse una vena". Los sangrantes son metódicos. Su método refleja una combinación de confianza y dominio del proceso de escritura, junto con algunas cualidades personales (¿o serán defectos?) relacionadas con tenerlo todo en su punto. Mientras escriben, se preocupan por cada renglón. No se sienten presionados por la oración siguiente hasta que la presente está perfecta. Pero una vez que está correctamente ubicada, cada oración se considera un producto terminado. En los viejos tiempos, los sangrantes por lo general escribirían con lápiz o lapicero para facilitar los tachones y los interlineados (para introducir correcciones entre los renglones existentes). Los sangrantes tienden a ser escritores lentos pero consiguen terminar su trabajo. A menudo se imponen un número de palabras o páginas como objetivo diario, tal como la "'tasa de producción' estándar de Peter Wood de cinco páginas escritas o unas mil palabras al día" (1958: 93).

La mayor parte de nosotros preferimos determinar un período de tiempo y no un número fijo de palabras. Cuando se escribe investigación cualitativa, la producción de páginas puede resultar un propósito decepcionante porque es posible que uno redacte diez páginas de una narrativa descriptiva un día y tenga que luchar con diez frases de interpretación al otro. Sin embargo, si reconoces la tendencia a ser sangrante en tu estilo, y no puedes imaginarte jugueteando alegremente con un borrador preliminar y después descartando el material con total abandono, entonces quizás un esquema (o una tabla de contenido) bien minucioso sea suficiente para que comiences la producción lenta pero constante de un primer borrador.

Casi con seguridad vas a moverte entre estos dos métodos. Tu avance puede depender del estado de ánimo y el nivel de energía, pero lo más probable es que refleje el tipo de material que estás escribiendo y tu experiencia previa. A veces lo que yo escribo fluye con facilidad, pero puede, de pronto, cuando intento encontrarle sentido a algo o exprimir una interpretación, volverse tan lento como

el avance de una tortuga. Cuando las palabras no me llegan fácilmente, dejo el teclado del computador, regreso a mis antiguos bolígrafos bic y mis libretas de papel para ordeñarme las palabras sobre el papel, una por una.

En su libro *Writing for social scientists*, Howard Becker tiene un capítulo con el seductor título de "Una manera correcta" (1986, capítulo 3). Su punto de vista, como cualquier escritor experimentado lo reconocerá enseguida, es que no existe tal cosa. Para un capítulo comparable en *Writing with power*, el escritor Peter Elbow no se arriesga a ser mal interpretado; su título es "El método peligroso: tratar de que le quede perfecto la primera vez" (1981, capítulo 6). Sea cual sea la combinación de pasos y estrategias que te sirva, ella será "la correcta" siempre y cuando las ideas se pongan sobre el papel. Más tarde podrán transformarse en párrafos coherentes y pulidos. Restringe la escritura apresurada a tus correos electrónicos, pero, ¡oye!, hasta ellos merecen ser revisados.

Dónde empezar

Si tienes una noción clara de cómo proceder con tu proyecto de escritura, o si en este momento estás preparando una primera versión de un estudio antes de comenzar una nueva investigación sistemática, ya entonces la escritura es parte integral de tu agenda de investigación. O sea, tienes la sartén por el mango. Pero no esperes a que las partes se reúnan de manera tan fácil. Si se pudieran obtener resultados buenos sin esfuerzo no habría tantos libros y cursos sobre escritura, ni públicos ansiosos de poseer los secretos y recetas para escribir bien que estos revelan.

Supón que eres un investigador ultraconservador, que toma en serio el reto, inherente a la investigación cualitativa, de explorar y descubrir. Comienzas con un propósito definido *grosso modo*, reconociendo que no tienes la total certeza de qué es lo que buscas. Para convencerte de tu objetividad, rehusas, de manera tajante, reconocer tus intuiciones, sospechas o —para usar la bien conocida frase de Malinoswki (1922-1984: 9) "problemas prefigurados"—. Sólo cuando el trabajo de campo parece virtualmente completo sientes

que está bien volver tu atención a la escritura (mala cosa haber presentado esa impresión de Malinoswki pues lo que él realmente sugirió —página 13— fue que la escritura debería comenzar más temprano, por medio de una "interacción constante de intentos constructivos y revisiones empíricas").

¿Dónde comenzar el proceso de redacción? Volviendo al consejo de *Alicia en el país de las maravillas*, se debe empezar por el comienzo, continuar hasta llegar al final, y luego parar. Éste puede ser un buen consejo sobre cómo se debe leer la obra ya lista, pero no será útil si no se te ha ocurrido dónde comenzar tu relato. Permíteme sugerir dos posibles lugares. Uno, es comenzar donde tú entraste en escena por primera vez y escribir de manera cronológica el resto. Otro, es darle inicio con una descripción, atenuando tu presencia o compromiso. Hay otro más, que es empezar con la conclusión. Si puedes comenzar allí, sin embargo, o bien eres un experimentado investigador o has confundido el hecho de redactar una investigación cualitativa con el de hallar apoyo para un trabajo que sostiene una posición dada. Si tu investigación parece demostrar que todo el tiempo habías tenido la razón, ¡puede ser que estés buscando una reforma social disfrazada de investigación social!

Empezar con un relato personal

En este enfoque introduces el estudio de la manera como lo experimentaste, retrocediendo tanto como lo juzgues necesario para poner las cosas en contexto. Tu descripción puede comenzar diciendo cómo resultaste interesándote en el asunto de base o cómo llegaste al lugar inicialmente. Tú sabes cómo hiciste el estudio y tus lectores también desean saberlo. Relatando a los lectores la manera como te comprometiste en esto, ofrece un modo natural de desarrollar la historia, con una secuencia ya lista.

Es posible que escribir sobre tu trabajo de campo sea tan agradable que quieras seguir y seguir. No hay problema si te propasas un poco al principio, especialmente si la escritura te ayuda a encontrar tu propia manera de introducirte en la sustancia de tu estudio. Sin embargo, como lo expondré en el capítulo 4, recomiendo que no le

dediques atención indebida en la versión *final* a exponer los métodos. Si te sientes urgido a hacer una exposición extensa, bien sea sobre los métodos en general o sobre la forma como realizaste tu investigación o analizaste los datos de un estudio particular, considera la posibilidad de presentar este material en un relato independiente. Ya no es necesario defender la investigación cualitativa o presentar la explicación minuciosa de los métodos tal como alguna vez nos sentimos obligados a hacerlo.

Esto no fue siempre así. En 1966, comencé el trabajo de campo sobre el que informé en *The man in the principal's office: an ethnography* (Wolcott, 1973). Un año más tarde, mientras continuaba con el trabajo de campo de manera más limitada, comencé a escribir. No solamente empecé escribiendo el capítulo sobre el método ("A principal investigator in search of a principal") sino que lo ubiqué en el capítulo 1 de la monografía final. En aquel entonces consideraba que primero debía explicar —y, en cierto sentido, defender— el enfoque etnográfico que había empleado. Y en un artículo diferente, basado en tal trabajo de campo, hice lo mismo: expliqué minuciosamente mis procedimientos de campo antes de introducir cualquier material descriptivo (Wolcott, 1974b).

Hoy, tu exposición del método puede relegarse a un apéndice en una monografía. Para un artículo del tamaño de un capítulo, basta con un solo párrafo. Mi corazonada es que si te explayas mucho en el método, la persona que te esté mirando por encima del hombro (como editor o asesor de tesis) probablemente te pedirá menos y no más (¡si dudas sobre estas expectativas, de todos modos siempre puedes preguntar!).

Tus lectores no necesitan un tratado sobre cómo suelen conducirse tales estudios. De lo que necesitan estar informados es sobre la naturaleza y el tamaño de *tu* base de datos. ¿Durante qué período de tiempo exactamente realizaste el trabajo de campo? ¿Qué tan completa fue tu dedicación? En la mejor de las tradiciones, ¿viviste en el sitio? ¿o viajabas a él todos los días, como me he encontrado yo haciéndolo en años recientes? ¿Hasta qué punto constituyen las entrevistas parte de tu base de datos y, para tus propósitos, qué constituía una entrevista?

¿También quisieras decir algo sobre la **triangulación** de tus datos? La práctica de cotejar fuentes múltiples es considerada una de las fortalezas del trabajo de campo. ¡La triangulación es una de esas ideas que puede sonar magnífica en un seminario de investigación, pero puede plantear problemas reales en el campo; espera a que tus informantes encuentren que estás revisando cada cosa que dicen! Entonces, ¿cómo pudiste confirmar tu información sin poner en contra tuya a los informantes?

Cómo y cuándo introducir tal información es realmente asunto de preferencia personal. Lo importante es enfrentarla, lo cual no quiere decir, como lo argumento en el capítulo 6, volverla una confrontación. Independientemente de dónde expliques los procedimientos de tu investigación, me parece buena idea examinar y, si es del caso, cualificar todas y cada una de las oraciones que un lector pueda percibir como una generalización sin una base correspondiente en los hechos. La frase puede quedar pesada, pero la academia no sufre cuando una oración comienza con: "Tal como lo comentó un lugareño..." y no "Los lugareños comentan...".

Si quieres encontrar un principio rector un poco idealista, considera la reformulación que Taylor y Bogdan hicieron de su preocupación perenne: "Debes dar a los lectores la suficiente información sobre cómo se condujo la investigación de tal manera que ellos puedan aceptar por anticipado tus hallazgos" (1984: 150; ver también un excelente capítulo de Lincoln y Guba sobre cómo establecer credibilidad en la investigación cualitativa, 1985: 289-331). Albert Einstein era debidamente precavido en el comentario que se le atribuye de que "no hay ninguna evidencia que pueda demostrar que tengo la razón. Y *cualquier* evidencia puede demostrar que me equivoco" (anotado en Miles y Huberman, 1984: 242).

Empezar con la descripción

Describir cómo hiciste la investigación puede ser una buena manera de empezar, y da la seguridad haber completado una sección, así sea solamente en borrador. No obstante, a menos que vayas a desarrollar el relato cronológicamente, lo más probable es que tu lector quiera llegar de una vez al meollo de tu estudio. Así, aunque decidas *escribir* primero sobre el método, el relato mismo puede empezar mejor con la descripción. ¿Cuál es el problema que abordas? ¿Cuál es el escenario o la circunstancia en que lo abordas?

La descripción es la fundación sobre la cual se construye la investigación cualitativa. A menos que demuestres ser un talentoso conceptualizador o intérprete, la descripción probablemente constituirá la contribución más importante que hagas. Mientras más sólida sea la base descriptiva, es probable que sobreviva mejor a las volubles modas sobre presentación de informes o al cambio de énfasis en la forma de derivar significado de nuestros estudios. Dale a tu relato una base firme en la descripción.

Si te sientes cómodo con tu papel de cuentero (y tienes un relato que contar, si te gusta considerar el informe de la investigación de esa manera), he aquí la oportunidad de desempeñar ese papel e invitar al lector a ver, a través de tus propios ojos, lo que tú has visto. Empieza presentando una descripción sencilla del medio ambiente y los acontecimientos, sin notas de pie de página, o apartes, ni análisis que irrumpan en el relato; tan sólo los hechos, presentados de manera cuidadosa e interesante y relatados en un adecuado nivel de detalle.

La pregunta que tanto nos atormenta, sobre el nivel de detalle apropiado en la narrativa descriptiva no tiene respuestas fáciles. Tus propósitos en la investigación son la mejor guía, aunque incluso éstos también deben ser atemperados con el *arte* de contar cuentos. Las reacciones de revisores invitados pueden ser útiles una vez que se ha comenzado a pulir tu borrador. Es posible que después de haber estado inmerso en un ambiente investigativo, no seas consciente de haber omitido detalles que para ti son lugares comunes pero que los lectores, que no conocen bien el ambiente, pueden desconocer. También se nos van olvidando y dejamos regadas por el camino abreviaturas, siglas y presuposiciones que prevalecen en los diálogos profesionales y en los dialectos regionales.

Tu descripción puede comenzar con el escenario, relatando un acontecimiento específico, o introduciendo uno o más actores clave, quizás permitiéndole a alguien más relatar una historia perso-

nal si los lectores no van a conocer la tuya. Puedes sentir la tentación de ponerte poético en la frase de apertura, pero siempre decepciona ver que dos párrafos más adelante el tono cambia. Si sólo tienes dentro de ti dos párrafos de discurso florido, guárdalos para otra ocasión y limítate a proseguir con el informe descriptivo sencillo.

Un problema que nos impacienta igualmente y que toma por sorpresa a muchos observadores desprevenidos, es la sutil pero crítica diferencia entre los comportamientos **observados** y los **inferidos.** He aquí un ejemplo en el que los datos de las entrevistas son un problema menor que informar sobre lo que observamos con nuestros propios ojos. Lo que las personas dicen se puede pasar de la manera exacta como lo dijeron, lo cual no lo hace necesariamente cierto, pero las palabras mismas se pueden transcribir e informar tal como fueron expresadas (aunque sin las sutilezas de la inflexión, de los gestos corporales, etc.). Por el contrario, lo que nosotros *vemos* tiende a ser interpretado aun cuando lo estamos viendo. Aunque queramos describir el comportamiento observado, caemos con demasiada facilidad en informar sobre comportamientos inferidos, aquéllos en que la acción y la intención son coloreadas por el ojo del que las contempla.

Sólo desde tu propia perspectiva puedes informar sobre qué "sentía" alguien con respecto a lo que estaba sucediendo, o sobre los "significados" que le atribuían. A menos que otras personas expresen tales sentimientos, lo que debemos informar es lo que en realidad vimos y escuchamos, nunca lo que inferimos, a no ser que podamos sustentar nuestras observaciones. Hay todo un mundo de diferencia entre informar que *había* un sentido de emoción y temor en la atmósfera, o que uno *sintió* tal ambiente. La descripción cuidadosa exige un sentido de desapego. Si no puedes lograrlo, o no quieres presentar tu relato desde una perspectiva tan desapasionada, vas a tener que estructurar tus observaciones en primera persona: "He aquí lo que vi, en la forma en que yo lo interpreto".

¡A fin de cuentas, la descripción no es un trabajo nada sencillo! Aunque no nos demos cuenta de ello, mientras describimos estamos haciendo análisis e interpretación. De modo que la sugerencia de que en la medida de lo posible no te salgas de la descripción te

ofrece el reto, no tanto el de tratar de alcanzar la descripción pura como el de resistir el impulso de comenzar a analizar antes de haber presentado suficientes datos para apoyar tal análisis.

El análisis y la interpretación

En *Transforming qualitative data,* (Wolcott 1994), propuse una distinción entre análisis e interpretación, que ahora introduzco aquí. La distinción le da al análisis un papel más limitado, preciso y claramente definido que el sugerido por su uso más amplio, que sirve de etiqueta para cualquier cosa que hagamos con los datos. En contraposición a la actividad más bien libre de la interpretación, restrinjo el alcance del análisis de modo que se refiera al examen de los datos que usa medidas y procedimientos sistemáticos y estandarizados.

Digan lo que digan los posmodernos, sí existe el mundo exterior. El **análisis**, usado en su sentido más limitado, sigue procedimientos estándar para observar, medir y comunicarse con los demás sobre la naturaleza del mundo exterior, la realidad de los mundos cotidianos tal como los experimentamos. Los datos sujetos al análisis se examinan, y se informa sobre ellos por medio de una serie de procedimientos ampliamente comprendidos y aceptados en ese mundo cotidiano, tanto por los científicos sociales como por los no tan sociales. Virtualmente todos los datos susceptibles de recibir tratamiento estadístico o de conectarse a un paquete de programación de computador caen bajo la rúbrica de análisis, en esta definición del término. La confiabilidad (en cualquier sentido de la palabra) de tales procedimientos se deriva de la estandarización de los mismos, no de que sean verdaderos o falsos, y ni siquiera de que sean apropiados o no.

El "análisis de contenido" sirve como un buen ejemplo de análisis en este significado más restringido del término. En el **análisis de contenido**, el material se puede seccionar en categorías y dar cuenta de él de manera estadística por medio de procedimientos ampliamente comprendidos y aceptados, sean cuales sean las discrepancias encontradas en la codificación. Aun de procedimientos al parecer

directos, tales como las cifras de promedios y porcentajes, se puede abusar y es posible manipularlos, pero no es por discrepancia sobre las maneras como aquéllas se derivan.[3]

En contraposición, la **interpretación** no se deriva de una serie de procedimientos rigurosos, sobre los que hay un acuerdo, y que han sido cuidadosamente especificados, sino de nuestros esfuerzos por encontrarles el sentido, actividad humana que incluye la intuición, la experiencia pasada, la emoción —atributos personales de los investigadores sobre los que se puede discutir indefinidamente pero no aprobarlos o desaprobarlos por unanimidad—. La interpretación invita a examinar, a ponderar los datos en términos de lo que significan para las personas. La base de los símbolos y significados de los cuales derivan los antropólogos los patrones de comportamiento cultural, por ejemplo, puede describirse y examinarse analíticamente, pero discernir los patrones mismos es asunto de interpretación.

El análisis cae más en el lado científico de las cosas, la interpretación en el humanista. Tu inclinación hacia una u otra dimensión debe observarse a partir de los vínculos que haces con la literatura existente, con tu "círculo de citados", con la manera como "seccionas" tus datos y con el énfasis relativo que les das a la medición y a las medidas. Los procesos no son antitéticos. Un estudio bien puede ofrecer amplia evidencia de que se le presta atención tanto a los resultados metódicos del análisis como a las conjeturas, la tarea propia de la interpretación. Pero bien balanceado no significa que se busque un equilibrio perfecto entre el análisis y la interpretación cuando el problema mismo exige más de lo uno que de lo otro; una declaración de propósito seria es crítica para decidir cuáles datos necesitan informarse, cuáles contarse, qué parte de la literatura es pertinente citar o qué mediciones emplear, y cuán ampliamente derivar implicaciones y recomendaciones a partir de la investigación.

3. Ejemplo, informar porcentajes para las cifras a menudo diminutas con las que trabajamos. Considera la diferencia entre informar que el 23% de las viviendas del pueblo tienen lavadoras o que tres de las trece las tenían.

Hemos superado la máxima que guiaba a los primeros positivistas de que si no puedes medir algo, ¡mídelo en todo caso! Pero si eres relativamente nuevo en este trabajo (es probable que lo seas si estás leyendo esto), es mejor consejo errar por exceso de dimensión analítica que por suponer que la investigación cualitativa ¡te otorga licencia poética! Exhibiendo algunas proezas analíticas validas tus credenciales como observador sistemático que ha registrado y examinado los datos con cuidado y pasado revista a la evidencia requerida, antes de proceder, aun de manera muy tentativa, a ofrecer tu interpretación. Cuenta y mide aquellas cosas que lo ameriten. Es mejor pecar por exceso que por defecto en cuanto a datos de medición, mientras no sea que los estés usando de manera efectista (ver capítulo 5).

No te sorprendas si, no obstante tus esfuerzos por mantenerlos separados, la descripción y el análisis tienden a fundirse a medida que avanza la narración. Sólo mediante su examen los datos adquieren significado. Para encontrar su sentido, tienes que empezar a combinar cosas, a hacer un agregado de datos y a discernir patrones. Pero al principio no debes permitir excederte en los esfuerzos analíticos, por el bien, esencialmente, de la descripción. No te apresures a superar la tarea analítica para proseguir con lo que consideras un orden superior de tu tarea.

Una vez que el relato descriptivo esté firmemente establecido, sugiero que procedas con el análisis de manera tal que lo mantengas diferenciable del material descriptivo del cual depende, fácilmente identificable como algo que les estás haciendo a los datos más que inherente a ellos. Usa párrafos separados o frecuentes subtítulos según lo necesites para señalar los cambios en la presentación, en especial si estás añadiendo detalles descriptivos para apoyar el análisis. En caso contrario, los lectores pueden sentir que los están tratando como bolas de *ping pong*, que se tiran de un lado a otro, cuando a cada elemento nuevo de la descripción se lo sujeta de inmediato al análisis forzado o se lo vincula con lo que un investigador anterior ha encontrado o sostenido. Una vez te pongas a analizar, cualquier material descriptivo adicional debe tener pertinencia inmediata para el relato que estás desarrollando.

Cuando te dediques a analizar, haz que esa dimensión de tu estudio sea tan fuerte y sistemática como sea posible, pues es la justificación de tu trabajo. Sé concreto en lo que informas y deja lo controvertido y discutible para tus comentarios interpretativos. Puedes pensar en ganarte los méritos por medio del análisis que ofreces, puntos que más tarde redimirás por la oportunidad de presentar tus interpretaciones.

A veces, los miembros del comité de disertación te harán saber directamente que les interesa menos lo que *tú haces*, que los datos originales que tienes para presentar y un análisis muy ceñido a ellos. Soportarán un poco de especulación sólo después de que puedas demostrar que tu estudio tiene una sólida base descriptiva y un análisis incisivo y práctico. Irónicamente, si llegaras a comprender demasiado bien esta lección, te encontrarás sorprendido de encontrar un editor reclamando exactamente lo opuesto e impulsándote en escritos posteriores para que escribas amplios comentarios interpretativos cuando creías que debías mantenerte muy ceñido a los datos. Así, de tu estatus depende lo que se espera de ti o cuánta libertad tienes para ir más allá de tus datos. Es posible que aquello que como investigador principiante no se te permite, se espere de ti una vez se te reconoce como experimentado.

Mientras el análisis no esté muy avanzado puede ser difícil saber cuánto incluir en la narración descriptiva. Para comenzar, me parece que se puede sustentar bien la idea de hacer el borrador de la parte descriptiva de la narración antes de completar el análisis, e incluso antes de determinar cuál será el curso de éste (los materiales adjetivos siempre pueden suprimirse porque las descripciones suelen necesitar revisión para recortarlas). El material descriptivo escrito antes del análisis intensivo es una prueba para el análisis mismo: si los hechos no cuadran, algo debe andar mal con la interpretación y podremos terminar con hallazgos inesperados en nuestro trabajo cualitativo, pero no debemos temer a los *indeseados*, que a veces agobian a nuestros colegas de orientación más cuantitativa. Una buena investigación cualitativa debe volver más complejos los asuntos y revelar esta complejidad, en lugar de reducirlos a una explicación simple. Una cosa he aprendido de la experiencia de la

investigación cualitativa —y de la experiencia de la vida misma— y es que el comportamiento humano está sobredeterminado. Nuestros estudios deben destacar esta observación. Que sean investigadores con otras concepciones quienes busquen respuestas simples a preguntas complejas.

Intercalar interpretaciones en tu relato a medida que lo desarrollas y cómo en qué momento hacerlo, o tratar de mantener separado el análisis de la interpretación, es, otra vez, asunto de estrategia narrativa, estilo personal, experiencia previa y estatus. Sea cual sea tu decisión, no pretendas estar por encima del hecho de que no existe la descripción *pura*. Distinguir entre la descripción, el análisis y la interpretación es sólo asunto de énfasis. Si no fuésemos selectivos, y por ende subjetivos, en nuestro enfoque, no seríamos capaces de construir narración alguna. Sin algunas ideas preconcebidas de lo que se va a describir, no puede haber descripción. Cada paso del camino —desde plantear un problema y seleccionar una localidad, persona o grupo apropiados para estudiarlo, hasta hacer un enfoque selectivo en la escena, las decisiones sobre qué se registra y cuáles elementos del material registrado quedan en el informe final, el estilo y la voz del autor para lograr tus propósitos— refleja procesos conscientes e inconscientes de enfoque y selección.

Quienes tenemos una orientación menos teórica basamos nuestra evidencia en una descripción sólida, pero a todos nos han educado en las sutiles normas de las diferentes disciplinas que guían nuestra decisión acerca de cuánta descripción se necesita. Por ejemplo, mi valoración de los estudios cualitativos en el campo de la educación es que revelan una tendencia al análisis impositivo e invasivo, porque sienten que eso es lo que sus lectores esperan. La escolaridad es una experiencia tan común que se supone que los lectores se impacientan con relatos extensos de lo que "todo el mundo sabe" y no quieren que se los repitan más. Es muestra de un buen informe que el investigador presente una narración tan atractiva que el material descriptivo mismo llame la atención. El problema lo complican aún más los investigadores educativos que sienten que no sólo conocen a sus públicos sino que saben lo que es mejor para ellos. En sus relatos, los informantes hablan poco; el investigador,

mucho. Cada observación o cita reportadas parecen suscitar comentarios o interpretaciones de parte del investigador omnisciente, algo así como el guía turístico demasiado parlanchín que se vuelve en sí mismo el *tour*, en vez de ser el que lo lleva y que supone que sin tal monólogo no sabríamos qué pensar.

Yo tildo los estudios que hacen un análisis invasivo de "Teoría fundamentada... pero poco". En lugar de la fundamentación cuidadosa en el comportamiento observado que esperamos en la indagación cualitativa, tales estudios parecen sólo rozar la superficie, en su afán de explicar qué significan las cosas. Una variación de este enfoque ocurre cuando los investigadores descorren la cortina para permitirnos observar cómo se desenvuelven los acontecimientos pero se mantienen interrumpiendo todo el tiempo el relato con interjecciones académicas, como si tuvieran el deber de recordarnos a toda hora su presencia y su visión superiores.

Integrar la descripción con la interpretación es un logro valioso, pero a la menor suposición de que tus divagaciones analíticas interrumpen la narrativa en lugar de reforzarla, te recomiendo que hagas un nuevo esfuerzo por separarlas. Inicialmente podrías poner tus comentarios interpretativos en paréntesis (o en *cursivas* o **negrillas**, o como texto oculto, si estás escribiendo en un procesador de palabras) para determinar más tarde si los dejas donde están, los relegas a pies de página o los reúnes bajo un nuevo título en el que pases del modo descriptivo al analítico.

Si no has adquirido conciencia sobre cómo, con tanta facilidad, la descripción se va convirtiendo en análisis, empieza a prestar mucha atención a la forma en que otros investigadores manejan la interacción entre los datos de la observación y las tradiciones académicas.[4] Puede sorprenderte o quizás decepcionarte descubrir que algunos estudios que en el pasado habías considerado ejemplo de trabajo descriptivo, en realidad estaban construidos sobre un marco conceptual, al parecer bien fundado, antes de que la investigación comenzara, y que los datos de los casos de estudio desempeñaban sólo un papel de ilustración (poco extraña que los datos y el análisis parezcan fundirse tan suavemente). Ésta es una manera diferente, y muy selectiva, de usar los datos cualitativos, y un poco complementaria del enfoque con orientación descriptiva que describo aquí y por el que abogo. Con los estudios de orientación conceptual, un atajo demasiado fácil por los meandros del material descriptivo puede distraer, así como un análisis invasivo puede distraer a un lector que espera un relato descriptivo. Es preciso que tengas en cuenta cuál fue el objetivo que te trazaste al comienzo y que el lector comprenda tu propósito.

4. Para ver un ejemplo y exposición amplia sobre editar y usar documentos históricos, ver Stevens y Burg 1997.

Si comienzas dedicando toda tu atención a la redacción descriptiva, permíteme anotar como excepciones dos declaraciones breves que deben esbozarse muy rápidamente. Una es la declaración de propósito, candidata para la frase inicial de todo escrito académico: "El propósito de este estudio es...". La otra es un amplio salvamento de responsabilidades, en el cual el investigador hace un reconocimiento de todas las limitaciones del estudio (o "delimitaciones", como dije antes); por ejemplo: que esto ocurrió en un lugar, en una época y bajo circunstancias particulares; que ciertos factores hacen que el estudio sea atípico; que se garantiza sólo una generalización limitada, etc.

Esta letanía de limitaciones, aplicable en general a toda la investigación cualitativa, te libera de tener que informar de manera repetida cualquier elemento que pueda dar pie a que se lo considere una generalización que no cabe. La idea de escribir todo esto al comienzo es que habiéndolo dicho una vez, no es necesario repetirlo cada vez que se introduce un nuevo tema. Es, pues, una manera de aclarar tu voz académicamente, y una vez que anuncies lo que tu trabajo no es, de manera enfática, encontrarás un gran alivio en no tener que comenzar cada oración con: "Aunque éste es un estudio de caso, y sólo se pueden hacer generalizaciones limitadas...".

El problema del enfoque

Una y otra vez vuelvo a la importancia de la frase crítica: "El propósito de este estudio es..." pero ¿qué pasa si uno no es capaz de

completar la oración porque resulta ser el punto mismo en que uno está atascado?

Si ése es el punto donde estás atascado, tu problema no está en la redacción sino que es conceptual, el que mi colega y mentor George Spindler llama el "problema de el problema". Si sientes que no eres capaz de "arrancar" con el problema del problema, sin mayor esfuerzo, puedes ensayar uno de estos dos enfoques.

Uno es invitar a un colega con una buena mente analítica a almorzar. Ordena poca comida para que puedas dominar la conversación y se hable sobre los asuntos de la investigación. Solicítale ayuda con el problema del enfoque. Quizás tu colega no resulte tan útil como habías esperado, pero poner en palabras los pensamientos no expresados puede ayudarte. Cuando otras personas, con otros pensamientos en la mente, te ofrecen retroalimentación, aunque no acierten con el punto, puedes descubrir que estabas más cerca de lo que te habías dado cuenta de encontrar tus propias ideas. Pero dale cabida a una red más amplia de colegas de la que al principio se te ocurrió. Los estudiantes de posgrado pueden ser una caja de resonancia fabulosa, no solamente para sus compañeros de clase sino para los profesores; de la misma manera, los profesores pueden ser útiles para los estudiantes, incluyendo aquéllos a quienes no están asesorando. Digo en serio lo del almuerzo, en el sentido de alejarse de las interrupciones o de los sitios donde el estatus es determinante. Lo que yo les digo a mis estudiantes en mi oficina siempre suena un poco ampuloso; al almorzar, mis ideas tienden a defenderse por sí solas (y, además, compiten con las papas a la francesa).

La otra alternativa —y pudieras considerar ambas— es reinterpretar la tarea de escribir como el modo de resolver tu "problema del problema" más bien que como la fuente que lo crea. Con sólo tú mismo en la mente como público, trata de escribir de la manera libre que mencioné antes. Piensa sobre el papel. Trata de concretar tus pensamientos dándoles lo que Becker llama "corporeidad física" (1986: 56). Puedes descubrir que se necesita una explicación académica del problema antes de proponer una nueva investigación empírica. Posiblemente puedas desarrollar un artículo estimulante (u organizar un buen simposio) porque el problema mismo nunca ha sido bien formulado.

Puede ser más útil pensar en la investigación como un planteamiento de problemas que como solución de los mismos. En la mayor parte de la investigación cualitativa, los resultados no quedan bien establecidos porque los problemas abordados no se plantean bien. En este sentido, los veteranos perdemos oportunidades de modelar una buena práctica de investigación para nuestros estudiantes de posgrado. El renovado entusiasmo por los enfoques cualitativos, en especial en tanto han invitado a tener una mente más abierta en relación con lo que buscamos y con cómo procedemos, ha exacerbado el problema del planteamiento (también denominado como el problema de hallar un problema o de formularlo; ver Wolcott, 1988). No tiene sentido salir a "investigar" sin una idea de lo que se ha de investigar, así esta investigación se redirija o reenfoque después. Tener la cabeza vacía no es lo mismo que tener la mente abierta.

Se puede estar notando mi sesgo, pero siempre me ha parecido que a los etnógrafos de orientación antropológica les va mejor que a otros investigadores cualitativos a este respecto porque tienen un mandato ampliamente estipulado ante sí. Estudian la cultura en general y ciertos aspectos de ella en particular: los temas culturales, los cambios y adaptaciones culturales, la economía política, la estructura social, la visión del mundo. Describí esto como "intención etnográfica", argumentando que en el fondo de toda investigación reside más el propósito que el método (Wolcott, 1987, 1990a, 1999). En algunos lugares, la investigación cualitativa —incluyendo la etnografía misma—, se ha vuelto equivalente a "ir a echar una miradita". No es de extrañarse que los investigadores inexpertos tengan problemas para redactar sus estudios cuando emprenden su trabajo con objetivos definidos de manera tan laxa o cuando los ambientes que van a investigar se toman como si fueran los problemas mismos.

No deseo dar la impresión de que el enfoque de una investigación sea un objeto sagrado, que una vez declarado merece lealtad perenne o que, una vez fijado el curso del proyecto de investiga-

ción, jamás se podrá alterar. Parte de la estrategia de la investigación cualitativa —ventaja clave de la flexibilidad que le adjudicamos— es que las preguntas de nuestra investigación se mantienen bajo continuo escrutinio. Nada puede impedir que un asunto investigado o el planteamiento de algún problema sufra las mismas metamorfosis que el investigador durante el transcurso del estudio. La recolección y el análisis de los datos se hallan presentes en la formulación del problema, de la misma manera como la formulación se halla en la recolección de los datos. El propósito no es sino eso: una propuesta, un comienzo, un punto de arranque, literalmente, un punto de partida que sugiere que algo debe hacerse. Estamos recargados de rigideces que nosotros mismos hemos incorporado a nuestras expectativas sobre las condiciones apropiadas de investigación. Una máxima atribuida al biólogo Paul Weiss me ayuda a mantener la perspectiva en estos asuntos: "Nadie que haya seguido el método científico ha descubierto jamás nada interesante" (citado en Keesing y Keesing, 1971: 10).

Problemas en la escogencia y organización de datos

Si tus datos siguen estando básicamente en la misma forma en que los recolectaste originalmente —páginas y páginas de notas y protocolos de entrevistas—, espero que no le atribuyas tu problema al "bloqueo del escritor". Tu bloqueo ocurrió en una etapa previa. Si te has embarcado en una andanada descriptiva, es mejor que regreses a una clasificación básica en algunas categorías fundamentales, y luego veas si a partir de ahí puedes discernir algunas preguntas básicas que guíen el desarrollo de tu relato.

Algunas preguntas que me guían a mí (pero que no necesariamente te tienen que servir a tí) son: ¿Qué sucede aquí? ¿Cómo suceden las cosas de esta manera? ¿Qué tiene qué saber la gente de este medio (individual o colectivamente) para hacer lo que hace? Y, en ausencia de una instrucción explícita, ¿cómo se transmiten y adquieren las destrezas y actitudes? Tales preguntas guían mi investigación porque abordan procesos de adquisición de cultura, la preocupación subyacente a mi trabajo actual. No tengo problema

alguno con el enfoque. Si tengo alguno es con las personas que ni comparten mi emoción sobre lo maravilloso de preguntar ni tienen preguntas propias igualmente maravillosas (al menos para ellos) para proponer. ¿Cuáles son las preguntas, bien sean de las de rango intermedio, que guían tu trabajo actual, o de tipo general, de las que pueden moldear una carrera completa?

Cuando ya estás listo para clasificar inicialmente los datos, comienza por identificar algunas de las categorías más amplias imaginables. Para comenzar, ¿cómo te parecen el lugar y el tiempo, o los actores? Puedes introducir tu estudio con una instantánea en la cual muestres el escenario e introduzcas tus principales actores uno por uno, casi como si estuvieras escribiendo una obra de teatro. Sigue presentando estas "imágenes fijas" hasta que tengas suficientes elementos a mano (o actores, figurativamente, en el escenario) para empezar a moverse. Así es como George Foster (1969) examinaba los procesos en la antropología aplicada, en un libro con ese nombre, escrito hace varios años. Primero observaba lo que él llamaba *target group*, o sea el grupo objeto del estudio, la gente identificadas para el cambio. Luego, realizaba un giro antropológico predecible y dirigía la atención a la organización innovadora o al grupo donante, los así llamados agentes de cambio. ¿Qué querían lograr estos, tanto para el grupo objeto de estudio como para sí mismos? Después de examinar los dos grupos independientemente y en detalle, estaba preparado para dirigir la atención a los escenarios en los que interactuaban ambos grupos.

Introduce algunos actores importantes, luego echa a rodar la escena. El enfoque de Foster proporciona una manera sencilla de organizar un estudio de cambio dirigido. Una terrible cantidad (¡tanto literal como figurada!) de tesis y de estudios financiados se centra en el tema del cambio dirigido, aunque por lo general carecen de una atención adecuada al contexto general del cambio. Ya para clasificar, se podría empezar con las mismas categorías identificadas por Foster: el grupo objetivo, la organización innovadora y el ambiente de la interacción (Foster, 1969, capítulos 4, 5 y 6 respectivamente). Estas categorías no sólo proporcionan una excelente manera de organizar un estudio de procesos de cambio, sino que

ofrecen un modelo para organizar cualquier estudio de campo centrado en los efectos que las personas con un estatus dado quieren producir en las de otro.

Independientemente de la manera como pienses clasificar tus datos, empieza escogiendo unas pocas categorías tan amplias que te permitan introducirlos todos. Recuerda que sólo estás clasificando. Si tuvieras problemas con lo que debería ser una tarea sencilla y directa, posiblemente estás empezando a desarrollar una teoría (o esperando hacerlo), aunque sea muy modesta. Estás tratando de dar dos pasos al mismo tiempo. ¡Ensaya a dar uno solo!

Me enfrenté por primera vez con este problema cuando comencé a organizar el material de mi (en términos de datos reunidos) enorme etnografía sobre un director de escuela. Seguí añadiendo más y más categorías, y la clasificación se me fue volviendo cada vez más compleja. Por esa época, tuve la fortuna de conocer a Howard Becker, quien me indicó que si tenía problemas clasificando, yo probablemente estaba haciendo algo más que clasificar. Una vez simplifiqué el sistema, la clasificación se me hizo fácil. Sólo entonces introduje algunos refinamientos.

El consejo de Becker en aquellos días anteriores a los procesadores era poner los datos importantes (citas de informantes, una observación, un comentario, una viñeta, algo vislumbrado durante la toma de notas), en tarjetas bibliográficas individuales pequeñas o de medio pliego, de papel mecanográfico. La clasificación era literal: uno se sentaba en la mesa (o en el piso) y físicamente dividía el gran paquete de "tarjetas" de datos en pilas más pequeñas según las categorías que permitían un primer intento de clasificar el material. El gran invento tecnológico de la época fue la tarjeta perforada en clave, una tarjeta de índices, con múltiples espacios que podían perforarse de acuerdo con el sistema de códigos que el investigador diseñaba. Con las tarjetas al frente, y cada una perforada de acuerdo con el código para indexar los datos, uno sólo tenía que insertar una o más varillas por el cerro de tarjetas y luego sacudirlas. La forma de codificar por medio de perforaciones permitía que las varillas separaran las tarjetas que uno quería apartar de las demás

Yo me acostumbré a consignar los datos en tarjetas pequeñas, en las que fácilmente se escribe a máquina o a mano, que se guardan sin problemas y se clasifican sin dificultad. Mis pequeñas pilas de tarjetas o papeles pueden parecer arcaicas en la era de los computadores, pero yo las describo para ayudarte a visualizar los procesos parcialmente ocultos por la tecnología moderna. Estimulo a los estudiantes que están haciendo ejercicios de trabajo de campo a hacer lo mismo, a manipular trozos manualmente en vez de hacerlo electrónicamente, para que adquieran una sensación física de lo que están tratando de lograr. Los programas de computador hacen que todo esto sea más fácil y con menos complicaciones (para una exposición más amplia sobre análisis y codificación, ver Bernard 1994, 2000; Ryan y Bernard 2000; Weitzman 2000), pero ten en cuenta lo simple de la tarea que estás realizando y mantenla siempre así.

Me maravillan los programas de computador para manejo y análisis de datos en los computadores personales, en especial los que están bien adaptados a las necesidades de los investigadores cualitativos, tales como manejo de textos.[5] Pero comparto la preocupación de que la mayor parte de los programas están mejor sincronizados con las casi ilimitadas capacidades de los microcomputadores que con las finitas de los investigadores humanos. Por ejemplo, en el Etnograph®, uno de los primeros programas desarrollados específicamente para manejar la clase de datos obtenidos por medio del trabajo de campo, una "línea" de texto —que va de una sola palabra a toda una entrevista— puede codificarse en siete categorías diferentes. Esto era muy útil una vez se llegaba a la etapa de categorización, pero también presentaba una tentación casi irresistible para quienes no habían llegado todavía a ella. Para quien tuviera problemas con la

5. El manejo del texto es sólo una de las funciones que tienen los programas de computador. Weitzman identifica cuatro tipos adicionales de programas: recuperadores de texto, programas de codificación y recuperación, constructores de teoría basada en códigos y constructores de redes conceptuales (2000: 808-810). La gran variedad de programas están diseñados para servir funciones bastante diferentes.

clasificación de los datos, un programa que le diera cabida inicialmente sólo a dos o tres categorías podría ser una bendición, aunque no lo parezca. Es más, los computadores son tan entretenidos que alejan al investigador de la tarea principal de pensar en el enfoque de su investigación y lo meten en un ritual de entrada de datos que suele ser tangencial al problema de la investigación mismo, oportunidad excelente para sacarle el cuerpo a las tareas y pasarla mucho mejor.

Quiero repetir algo: la tarea crítica en la investigación cualitativa no es poder acumular la mayor cantidad de datos posibles sino podar los datos que se van acumulando, lo cual exige estarlos expurgando todo el tiempo; esto requiere entresacar constantemente e incluso tomar decisiones sobre cuáles no vale la pena incluir en primer lugar. El truco consiste en descubrir las esencias y luego revelarlas dentro de un contexto suficiente, sin enredarse tratando de incluir todas las cosas que sea posible describir. La capacidad de las grabadoras, las cámaras de video y ahora los computadores nos induce a hacer exactamente lo contrario pues sus apetitos y sus estómagos son voraces. Ya que podemos acomodar cantidades cada vez más grandes de datos —montañas— debemos tener cuidado de que no nos sepulten las avalanchas que nosotros mismos creamos.

Este problema de la sobrecarga de datos tiene paralelo en una de las consecuencias no anticipadas de las fotocopiadoras, que ahora pululan. En mis días de estudiante, cuando nos ponían tareas de lectura, íbamos a la biblioteca a leer el material, y lo que hacíamos normalmente era destilar las ideas principales copiándolas a mano, y poner algunas citas dicientes en tarjetas bibliográficas. Hoy, los estudiantes fotocopian (o bajan de internet) artículos y libros completos. Sus visitas a la biblioteca, reales o virtuales, son más eficientes que las nuestras, salvo en un asunto importante: cuando salen de ella no han comenzado a hacer la tarea. Cuando por fin se ponen a leer, probablemente subrayan o resaltan párrafos enormes de texto con un marcador, en lugar de identificar las oraciones clave y resumir el resto en sus propias palabras. Esto no es bueno para la investigación descriptiva. Al estilo equivalente en el trabajo de campo se lo conoce desdeñosamente como el método de la aspiradora: el trabajador de campo intenta verlo y registrarlo todo. Hay una gran diferencia entre los investigadores cualitativos que quieren tratar de impresionarnos con lo mucho que pueden observar y los que lo hacen con lo bien que observan.

Permíteme comunicarte de manera contundente este mensaje sobre las consecuencias del método de la aspiradora, con una tesis que alguien estaba escribiendo —o, a decir verdad, no estaba escribiendo— mientras yo componía la primera edición de la presente monografía. Yo era miembro de un comité de tesis, no el jefe, pero de algún modo me sentía responsable por haber sido el instructor que inspiró a un estudiante de doctorado muy talentoso a usar el enfoque cualitativo con un curso que había tomado conmigo en antropología y educación. El estudiante, Alfredo (un seudónimo, por supuesto), era un veterano maestro de escuela pública, con un interés particular por los estudios sociales. Alfredo propuso originalmente un estudio ambicioso, de un año de duración, sobre sus propias clases de ciencias sociales, en el que incluiría grabaciones, diarios, resultados de exámenes, reacciones de estudiantes, observaciones conducidas por observadores independientes; piensa en cualquier cosa, y él la tenía. Como miembros del comité, me di cuenta después, fuimos renuentes a presionarlo para que restringiera más el foco en el momento en que examinamos la propuesta, pues no queríamos parecer criticones, así que alabábamos la minuciosidad de Alfredo y su capacidad de trabajo, cuando lo mejor que debíamos haber hecho era haberle insistido en que hiciera menos. Además, teníamos a mano su enorme revisión de la literatura que erradamente tomamos como una buena señal, pues era más bien exhaustiva que selectiva. ¡Cuánto le habría servido una sección de delimitaciones!

No volvimos a ver a Alfredo en la universidad por varios años. Regresó al salón de clase, y se gastó la licencia para estudios haciendo el trabajo del curso anterior a la investigación de su tesis en vez de usarlo para después de ella, en la típica pero desafortunada costumbre de los programas de doctorado en las escuelas profesionales. Todo el tiempo nos llegaban informes parciales en

que decía que las cosas iban bien; por ejemplo, que los tres primeros capítulos ya estaban "listos"; para ser realistas, esa noticia no reflejaba tanto progreso como parecería. La propuesta era tan extensa que virtualmente desbordó el capítulo 1. La revisión de la literatura constituyó un prefabricado, aunque tedioso, capítulo 2. El capítulo 3 agotaba el método. En aquel punto, Alfredo se enredó tanto en los datos, que al igual que el hermano de Ann Lamott que hacía su trabajo sobre pájaros, se paralizó, preso en la trampa de una investigación con enfoque inadecuado. La disculpa a la que acudió para no quedar mal fue que tenía el bloqueo del escritor. Con el tiempo, Alfredo logró acabar su trabajo, pero sin la sensación de satisfacción que había previsto, más como una experiencia prolongada y desagradable para lograr algo mínimamente satisfactorio, que un emocionante primer paso hacia una nueva fase en su carrera.

Recapitulación

Los escritores duchos saben que cada libro cobra vida independiente. Con el paso de los años, muchas personas me han dicho lo mucho que les ayudó la primera edición de éste, aunque no me he podido hacer a una idea precisa de cómo y por qué les ayudó, salvo en que expongo sin ambages mis problemas y la manera informal en que los abordo. Cuando Mitch Allen describió por primera vez lo que deseaba hacer y cómo lo iba a encajar en la serie de libros sobre metodología de la investigación cualitativa, hizo hincapié en que las monografías de la serie debían ser "de lectura corta", de unas dos horas de duración, lo que equivalía a unas noventa páginas de texto. Mi impresión fue que los escritores que colaborarían en la serie eran como los participantes de una reunión para animar a la gente: suben al escenario rápidamente, lidian con algunas ideas clave y luego se bajan.

Al menos algunos lectores usaron este libro de manera muy diferente, varios de ellos para lo que describieron como una especie de "amigo del alma" para la escritura, al que podían acudir en busca de solaz. Otros lo tomaron literalmente, como una guía paso a paso,

aunque si necesitas esa clase de ayuda, te va mejor consultando fuentes que te ofrezcan más ayuda que la que encontrarás aquí.[6]

Permíteme detenerme para cerciorarme de que sientes que puedes "seguir andando" antes de que yo pase a un capítulo que pretende ayudarte a continuar. Hemos revisado la etapa más crítica en el proceso de investigación: hacer el primer paso de una declaración de problema para que guíe tu trabajo, mientras tu investigación te lleva a formular una pregunta mejor. Si la declaración inicial del problema es de naturaleza general y exploratoria (o sea, vas a echar una miradita para saber qué está pasando), necesitas llenar los detalles que hablan de tus corazonadas, preocupaciones, sesgos o algún asunto social vasto. Yo seré tu amigo del alma; piensa en que estoy mirando por encima del hombro, leyendo lo que has escrito en la pantalla, de pronto empujándote con un aviso como: "¿En términos de qué?" o "¿Por qué nos cuentas esto?" Independientemente de la explicación que des, cuenta con que te voy a pedir que seas más específico, más revelador, más... ¿honesto y directo? Incluso puedes dudar. ¡Nadie insiste en que tienes que sabértelo todo!

Si estás leyendo sin tener un tema o una pregunta de investigación particulares en mente, permíteme insistirte en que conjures algunos hipotéticos o posibles antes de continuar. No pretendo que éste sea un libro de ejercicios, pero tú sí necesitas verte como una persona activa en el proceso de investigación y pensar en la manera de darle forma a alguna idea digna de ser investigada, de modo que puedas abordarla. De esta manera, para cuando estés en los últimos capítulos, será de tu manuscrito del que estemos hablando, no del mío. El mío ya lo tienes en la mano; ¡no es necesario volverlo a escribir!

Poner a prueba las ideas

• ¿Has esbozado una declaración de propósito, real o imaginada, para un estudio que podrías estar interesado en realizar? ¿Qué tal

---

6. Ver, por ejemplo, el popular libro de William Zinsser, *On writing well*, va en su sexta edición, 1998.

si llevas la idea más adelante y esbozas un índice tentativo o, mejor aún, una propuesta de tabla de contenido? No olvides estimar el número de páginas que pretendes dedicarle a cada capítulo.

• ¿Qué opinas de escribir un borrador de todo tu estudio antes de comenzarlo? ¿Podría ser una manera efectiva de descubrir y documentar lo que ya sabes y necesitas descubrir? ¿Podrías comenzar tu estudio así?

• Toma uno o dos estudios cualitativos que conozcas bien, examina su contenido en cuanto a las categorías de descripción, análisis e interpretación sugeridas aquí. ¿Aproximadamente qué proporción del estudio le asigna cada investigador a cada función? ¿Parece razonable esa proporción dados los propósitos de cada estudio?

3

Seguir andando

Para escibir bien, es precondición ser capaz de escribir mal o escribir cuando no estás de humor para hacerlo

Peter Elbow (1981: 373)

Una vez hayas emprendido la tarea de escribir, con algo que decir, y tengas planeado cómo decirlo, puedes progresar satisfactoriamente sin ayuda. No sólo podrías estar mejor si te dejan en paz, sino que dudo que emplees tu tiempo leyendo algo como esto, pues aquí se aborda un problema que no tienes. Además, ten en cuenta que cada obra escrita específica adquiere una personalidad y dirección propias. El mejor consejo que tengo para cualquier persona que ya esté escribiendo lo di en los títulos de mis capítulos de trabajo: ya que lograste "arrancar", debes "seguir rodando" (te recuerdo que son títulos de trabajo y suenan mal; pero si puedo hacerte consciente de la necesidad de la edición en mis escritos, probablemente pueda hacerte entender la importancia de editar también los tuyos).

Además de ser un acto de arrogancia, escribir también es una prueba espléndida de la tolerancia personal a la gratificación diferida. Aun cuando la escritura parece marchar bien, casi ninguna gratificación justifica el tiempo y la dedicación necesarios para seguir avanzando. Debes trabajar sin que te vayan haciendo comen-

tarios y sin que te animen. Tu única media de progreso puede ser el número cada vez más pequeño de temas que todavía te faltan por tratar y el número cada vez más grande de páginas de calidad desigual, que posiblemente se quedan cortas en relación con las esperanzas y expectativas originales. El número de páginas te puede preocupar, por exceso o por defecto, y puedes comenzar a dudar de si estás poniendo la cantidad adecuada de detalles y explicaciones, o si te estás propasando, indicio de que puedes estar creando un problema nuevo. Casi siempre, al final, es preciso hacer algunos recortes para no excederte en el número de páginas. No comiences demasiado pronto a preocuparte por la extensión. Por el momento, sigue con tu tarea. Bien sea que estés escribiendo mucho o muy poco, lo que importa es que lo estás haciendo. Como le escribió Charles Darwin a un amigo hace más de cien años: "Es un comienzo, y eso ya es algo".

Puedo darte algunos consejos que te ayuden a seguir avanzando, pero los asuntos que planteo son más importantes que las resoluciones que propongo. Cualquier cosa sirve si da como resultado un producto escrito tangible que te vaya llevando hacia un manuscrito final satisfactorio y que te permita tener de dónde agarrarte para una revisión posterior. Como analogía permíteme sugerirte el criterio usado por la mayor parte de mis amigos chinos en todo el mundo cuando les pregunto si estoy usando los palos de manera adecuada: "Harry, ¿te está llegando comida a la boca?"

Al escribir, el resultado es lo que cuenta; el fin justifica los medios. Cuánto café bebe uno, cuánto sueño pierde, cuántos días "gasta", incluso lo horrible que se ve tu primer borrador, nada de eso en realidad importa. Ten siempre presente el sabio consejo de Becker: "La única versión que cuenta es la última" (1986: 21).

Dale

Si estás comprometido en un trabajo de campo importante, debes prepararte para dedicarle desde varios meses hasta un año o más a terminar la escritura. El sabio consejo de Rosalie Wax proviene de

tomar el mismo tiempo para el análisis y la redacción que el que se pasó en el campo, y aún más, si eres "realmente vivo y capaz de salirte con la tuya" (Wax, 1971: 45). Desde el comienzo, prográmate para una actividad en la cual es importantísimo mantener el interés, no sólo aprovechar una explosión ocasional de energía como la que a veces te servía para darles mate a las tareas escolares (incluidos los estudios de posgrado). "La precondición para escribir bien", observa Peter Elbow, en el epígrafe anterior, "es ser capaz de escribir mal y escribir cuando no se está de humor para hacerlo" (1981: 373). Ponte expectativas razonables. ¡Piensa en cuántos libros podrías sacar si escribieras tan sólo una página diaria! Haz y mantén este compromiso: que en tu horario diario o semanal, el tiempo que le dediques a escribir tenga prioridad. Sé exigente contigo mismo. Los autores que viven de las letras no sólo se dedican a escribir todos los días sino que laboran una semana de siete días y no de cinco.

Comprendes que uso el término "escribir" en el sentido más que literal de poner el lápiz sobre el papel o los dedos sobre el teclado. No todo momento dedicado a la elaboración de un manuscrito da como resultado que se produzca un texto. Escribir implica una constelación de procesos tales como planificar, organizar y analizar, que se describieron en el capítulo anterior. A medida que el manuscrito comienza a tomar forma, surgen nuevas exigencias: releer, reclasificar, refinar, revisar, reexaminar y algunos momentos destinados sólo a mirar al vacío (a rumiar, si eres adicto a la aliteración, como yo). Los amigos que buscan animarte no necesariamente te hacen un favor cuando te preguntan: "¿Y cómo va la cosa?". De pronto los puedes plantar recordándoles que escribir implica más que poner palabras sobre el papel. Pero sospecho que primero has de convencerte a ti mismo de eso también.

El sistema del archivo colgante extendido

A comienzos de la década de los setenta, cuando estaban repuntando los enfoques cualitativos, fui consultor para un estudio sobre cambio educativo basado en trabajo de campo, en el cual un

gran número de investigadores de orientación cualitativa —con antecedentes en antropología, sociología e investigación educativa— fueron contratados para llevar a cabo algunos estudios a largo plazo en diez comunidades rurales dispersas por todo Estados Unidos. Una responsabilidad grande de todos los investigadores residentes era desarrollar una monografía en que se describieran la comunidad, las escuelas y la naturaleza y consecuencias de los esfuerzos, para que se diera el cambio educativo que se exigía a los sistemas escolares rurales participantes.

Desde el comienzo, a los directores de este esfuerzo de evaluación independiente y a largo plazo les preocupó que no todos los investigadores locales fueran capaces de completar la monografía requerida. Me pidieron sugerir maneras para lograr que esto se cumpliera sin perjudicar innecesariamente el espíritu y los esfuerzos independientes de cada trabajador de campo. Los directores reconocían también que la preparación de los estudios de caso habría de competir con muchas otras responsabilidades impuestas a los investigadores, tales como la recolección de los datos de los sondeos para un estudio intersitios y la continuación del trabajo de campo durante todo el transcurso del proyecto. Pero tampoco querían imponer un calendario de plazos rígidos que requiriera que cada persona entregara sus manuscritos de manera escalonada o con un mismo esquema para tratar los diferentes temas.

Tal como los directores correctamente lo previeron (y temieron), no todos los trabajadores de campo terminaron el importante trabajo escrito. Es imposible hacer que alguien escriba. En un contrato específico de investigación se puede hacer depender la remuneración de la entrega de un informe completo, pero dadas la larga duración del proyecto y la naturaleza multifacética de éste, los investigadores tenían contratos anuales con salario. Amenazar con retener los pagos hasta que entregaran el estudio del caso ponía en riesgo el proyecto total pues cualquier persona que estuviera experimentando dificultades para escribir su estudio podría haber aprovechado la oportunidad para abandonar el proyecto y escapar de lo que se cernía sobre algunos de ellos como una obligación onerosa. La mayor parte había acabado de terminar su disertación de

grado, y la perspectiva de estar presionados para elaborar otro trabajo escrito importante generó en algunos una ansiedad que no supieron prever.

Yo sugerí que cada investigador residente empezara proponiendo una tabla de contenido para la monografía que debía prepararse en ese lugar (¿te sorprende esto?) Una vez cumplida la tarea, el propósito podría ser darle una revisión colectiva a las tablas de contenido propuestas para los diez sitios, lo que podría constituir la agenda para un seminario sobre un importante proyecto, en el que los investigadores elaborarían, refinarían y defenderían sus ideas; los coordinadores de proyectos podrían también sugerir (o imponer) cualquier estandarización de formato que se considerara necesaria para el proyecto como un todo. Es verdad que esto podría haber precipitado una negociación crítica y delicada, pero la organización investigativa tenía obligaciones contractuales que cumplir, además de un compromiso genuino de tratar a los trabajadores de campo como profesionales competentes. Tras el acuerdo negociado, comenzaría la elaboración de las monografías particulares.

Acto seguido propuse a cada investigador preparar un conjunto de legajadores, uno por cada capítulo planeado para su proyectado estudio de caso, además de algunos dedicados a materiales diversos, temas de investigación local, nombres de personas con quienes ponerse en contacto, recursos bibliográficos posibles, etc. Para este propósito, creo que sería ideal un archivo vertical de carpetas tamaño carta, de manera que no sólo los documentos impresos en computador sino otros materiales acumulables, como cartas originales, fotos, notas manuscritas y hasta documentos completos, pudieran ponerse en la carpeta apropiada. Más tarde, claro, el material textual importante se pondría en un formato de procesador de palabras, pero los legajadores continuarían sirviendo como archivo y como lugar para recoger materiales complementarios así como impresiones de copias anteriores.

El contenido de cada carpeta debería pasar por una secuencia de desarrollo más o menos comparable, que comenzara con memorandos, notas breves, o un conjunto de tarjetas de datos; que

progresara hasta llegar a convertirse en un esquema minucioso para el capítulo o una primera versión en bruto y de ahí, después de tantas revisiones como fueran necesarias, a la redacción completa de un capítulo, listo para incluirse en la monografía que se iría desarrollando gradualmente.

El problema de las exigencias a los empleados, bajo circunstancias que tildé de "antropología de contrato" (Wolcott, 1975: 110; ver también Clinton, 1975, 1976; Fitzsimmons, 1975), se reveló en preguntas "hipotéticas" como las siguientes, planteadas en las oficinas centrales: "¿cómo podemos saber que el trabajador sí se encuentra realmente en el lugar?" o "¿cómo sabemos si están progresando en las monografías?" Estas preocupaciones permanentes podrían aliviarse simplemente solicitando periódicamente a los trabajadores de campo que enviaran evidencias de progreso en uno cualquiera de los archivos. Mientras tanto, los trabajadores de campo tendrían una considerable tranquilidad entre un período de informes y otro para decidir a qué dedicar sus esfuerzos del momento, si a preparar bosquejos para los capítulos propuestos, a escribir los borradores preliminares de capítulos nuevos, o a revisar y refinar los manuscritos de algunos capítulos anteriores, a medida que la monografía proyectada comenzara a tomar forma.

Integrado a mi esquema de producción estaba el reconocimiento de que no era probable que dos investigadores estuvieran trabajando en el mismo tema o a la misma velocidad, ni que deberían estar haciéndolo. También permitía períodos en que la producción podía ser baja, por ejemplo cuando las tareas de los investigadores en el estudio de casos en el sitio tuvieran que ser relegadas por aquéllas que contemplara el proyecto general, o por asistencia a reuniones profesionales para informar periódicamente sobre su trabajo a un simposio de colegas y patrocinadores.

Aunque el procedimiento que propuse no fue adoptado formalmente en el proyecto, me parece invaluable para algunos de los investigadores particulares. Sigo considerando que es eminentemente funcional, y tan útil para un investigador solitario como para quien coordina un proyecto a gran escala, con varios estudios paralelos en múltiples lugares.[1] El problema crítico no desaparece: cómo asegurarse de que el trabajo personal vaya avanzando, aunque sea de manera lenta, en lugar de permitir que se detenga del todo en algún momento.[2] Es una forma en que los escritores se adaptan a la primera ley del movimiento: los autores que tienen un manuscrito marchando, lo mantendrán en movimiento; los que lo tienen en descanso...

Además de los lugares reservados para los capítulos principales, los archivos (reales o imaginados) para un trabajo en progreso deben incluir un fólder para algunas tareas potencialmente cortas como redactar los agradecimientos y poner al día la lista de referencias, además de ponencias para simposios o seminarios y artículos para publicar en revistas.

Mantener el impulso

En un importante proyecto de escritura, tal como una monografía o una disertación, cada sección presenta un grado diferente de desarrollo. Mientras más ambicioso sea el proyecto total, más ventajoso es que las distintas partes exhiban diferentes etapas en su desarrollo, para que las tareas puedan ser variadas, y se puedan adaptar al estado de ánimo y al tiempo. Las demoras imprevistas nunca deben llevar la investigación y la redacción a un paro com-

---

1. Los procedimientos para el análisis cruzado de los sitios recibieron gran atención en ambas ediciones. "Qualitative date analysis" (1984-1994) de Miles y Huberman; ver también Noblirt y Harre (1998). Estos tratan problemas de síntesis y agregación de casos que están por fuera de los alcances de esta monografía.
2. Por ejemplo, un colega con el interés de un educador en los eventos de un año particularmente significativo en la educación pública en Estados Unidos, y con la inclinación de un historiador por la recolección de datos, recogió tanta información que quedó inmovilizado en lo que dice a cómo seleccionar y dónde comenzar. Le sugerí asignar una carpeta a los acontecimientos de cada mes de ese año y desarrollar el relato mes por mes. No era particularmente necesario tratarlos en orden; se podría empezar con un mes especialmente fácil o interesante. Esta aproximación "pájaro por pájaro" no captó el interés de mi colega y, lamentablemente, el referido estudio nunca se llegó a escribir.

pleto. Hay que preverlas (y esperarlas) y tener a mano otras tareas a las cuales recurrir, entre las que tal vez se incluya hasta la preparación del primer borrador del próximo artículo, propuesta o proyecto. Difícil de creer, pero puede llegar un momento en que seas capaz de hacer este tipo de programación con un buen número de "planchas en el fuego". Si tienes tareas escritas en varias etapas de desarrollo, puedes permanecer productivo a pesar de las demoras en el proceso de revisión o en los horarios de producción.

En mi experiencia, elaborar el primer borrador es el paso más difícil. Siempre y cuando haya arrancado bien, siento placer al ver que mi manuscrito está tomando forma por medio de las subsiguientes revisiones y pulimentos, aun cuando los progresos sean pequeños. Pero no hay unanimidad con respecto a cuáles tareas son más duras. No hay duda de que revisar y editar son tareas críticas y, para algunos, las más duras, pero no estoy de acuerdo con Peter Elbow (1981: 121), en que también son las más desagradables. A mí, escribir me enerva y revisar me anima. El único aspecto desagradable de revisar es darme cuenta de lo espantosas que son algunas de mis frases tal como las escribí originalmente (empecé a recoger ejemplos de algunas de mis peores oraciones pero decidí que no necesitaba convencerte de que soy capaz de escribirlas).

Me encanta el consejo que Denise Crockett recuerda haber recibido cuando luchaba con su disertación: "Si no eres capaz de escribir bien, escribe horrendamente"; tienes que tener algo escrito antes de que puedas mejorarlo. *En bird by bird*, Ann Lamott no sólo reconoce la posibilidad de escribir "primeros borradores horrendos", sino que insiste en que la mayoría de los escritores empiezan con ellos: "La única manera en que puedo escribir algo es escribiendo primero borradores realmente espantosos". Pero eso no la molesta. Se consuela: "Todos los escritores buenos lo hacen. Así es como al final tienen unos segundos borradores buenos y unos terceros borradores fabulosos" (Lamott 1994: 21-22).

Algunas veces, la escritura marcha a paso de tortuga. En los días en que parece definitivamente no andar, se pueden dedicar unos momentos a actualizar la sección de referencias, de manera que

uno esté armado con una réplica si algún insensible pero bien intencionado colega le formula la pregunta que produce tanta ansiedad: "y bien, ¿sí te rindió hoy?"

Una sugerencia de los escritores duchos para ayudar a coger impulso cuando se vuelve a escribir (por ejemplo, al día siguiente) es prestarle atención especial al punto en el cual uno dejó el día anterior. La idea es detenerse cuando uno pueda fácilmente retomar el tema. Al menos, anota algunas palabras clave que sinteticen tu orden de ideas. Si estás en la mitad de un párrafo que sabes que eres capaz de terminar, detente allí. Si estás copiando una cita larga de una fuente académica o de un informante, detente al principio mejor que al final, de manera que puedas empezar a trabajar enseguida, a la primera oportunidad.

Tengo que admitir que en mi práctica personal yo hago exactamente lo contrario. Y probablemente tú también. Yo me detengo cuando estoy atascado y regreso con vacilaciones para ver si esta próxima vez sí me puedo desempantanar. Por tanto, te ofrezco el viejo adagio: "Haz lo que yo digo, no lo que hago". Y a menudo comienzo mi día de escritura revisando y puliendo lo que escribí o revisé el día anterior. Tengo que admitir que es una manera lenta de comenzar rápido, aunque el consejo de revisar lo que se escribió antes se oye con frecuencia. Creo que yo comienzo así porque me gusta más revisar que escribir.

Revisar, obviamente, puede volverse un escape para no escribir, o al menos un impedimento para terminar el primer borrador. Sin embargo, mirar el trabajo del día anterior es una manera de calentarse cuando las frases no fluyen. Después de haber batallado con algunas palabras o ideas particulares en un intento anterior, a veces veo una mejor resolución en mi próximo intento. Revisar y editar me pueden llevar una hora —más o menos una cuarta parte del tiempo mínimo que trato de reservar para la redacción—. También viola mi ética puritana de que el placer debe venir después del dolor y no antes. Pero es una concesión que hago para lograr mi objetivo principal: después de empezar a escribir, seguir haciéndolo. Haz algunos avances cuantificables en el desarrollo de tu manuscrito cada día en que escribas.

A los detalles, préstales atención desde el principio

Cuando trabajas, debes tener claramente en cuenta la forma adecuada de las citas, referencias, pies de página, sangrados de los márgenes, etc. requeridos por tu disciplina o institución (si estás escribiendo una disertación), o por la revista o quien te va publicar. Tu estilo debe respetar los estándares aceptados para tu disciplina, con los cuales debes estar completamente familiarizado. Al preparar material en un formato desconocido, ten a mano un número reciente de una revista profesional, el manual de estilo autorizado o la dirección del sitio web para el manual de estilo de tu revista.

Te puede parecer poco importante molestarte con tanto detalle de poca monta en las copias iniciales. "Lo primero es lo primero", racionalizas. ¿Por qué preocuparse por los detallitos antes de tener un texto concreto? Esto sería cierto si te sientes tentado a revisar cada fuente o a rastrear cada cita cuando la mencionas por primera vez. Es mejor seguir escribiendo, concentrándote en el meollo de lo que estás haciendo que enredarte con los detalles. Pero es fácil anotar cuáles detalles deben ser revisados, tal vez señalándolos para prestarles atención especial más tarde (por ejemplo, con negrillas o cursivas). Te garantizo que vas a ocupar bien tu tiempo si, cuando vayas a atender los detalles, lo haces con cuidado, corrección y en la forma en que debe presentarse el trabajo. Mientras más rápido tengas las cosas como deben ser, mejor. En los viejos tiempos, siempre había la posibilidad de introducir errores nuevos en una copia previamente corregida cada vez que era necesario volver a mecanografiar un manuscrito. Lo bueno de trabajar con el procesador de palabras es que una vez se tiene algo ya correcto —salvo por las escasas fallas técnicas, así se va a quedar—. De modo que hazlo bien desde el principio.

Mientras más detalles puedas manejar de forma rutinaria, más puedes dirigir la atención al contenido, a medida que avanza el proceso de escribir. También te liberas del deber de vigilar los detalles nimios durante la revisión final, cuando tu atención debe centrarse en que tus palabras estén correctas, sin preocuparte de que lo

estén las de los demás. Cuando sea posible, te recomiendo que saques fotocopias de cualquier material que más tarde pudieras querer citar de manera extensa, por remota que parezca esta posibilidad. De este modo puedes revisar rápidamente o responderle a un corrector de estilo alguna pregunta de última hora: "¿Estás segura de que exactamente eso decía el original?". Cuando quiero hacer una cita de un texto que pasa a la página siguiente, también anoto dónde ocurre el cambio. En caso de que decida usar sólo una parte y no la cita entera, sé cómo hacerlo sin tener que volver al original para buscar la paginación.

Desarrollar una hoja de estilo

¿Eres consciente de las variaciones ortográficas que aparecen en los diferentes diccionarios, las formas de citar preferidas en los diferentes campos (así como las preferencias de una revista u otra en el mismo campo) y la forma y localización de los pies de página o citas al final? Cuando tomes conciencia de estas finuras, te sorprenderás con las decisiones que se deben tomar (por ejemplo, el uso de mayúsculas, guiones y las comas en series) y el grado de indecisión que rodea ciertas elecciones relacionadas con la preferencia en el estilo. Un ejemplo de mi experiencia reciente es la frase "observación participante". La revista oficial de la Asociación Antropológica Americana, American Anthropologist, tiene su hoja de estilo expuesta en una página web, donde vemos "observación-participante", escrita con guión. Sin embargo, la revista ha tratado la frase como dos palabras. Para ti, como escritor en cierne, esta ambivalencia es buena y mala. Lo malo es que no hay una autoridad definitiva con respecto al uso del idioma, al menos del inglés. Lo bueno es que si nadie manda, tú puedes mandar, al menos hasta cierto punto. Así es como se hace.

Si nunca has publicado un libro, es posible que no te des cuenta de que los correctores de prueba desarrollan una hoja de estilo individual para la totalidad de cada manuscrito. Esta hoja permite llevar un registro de las decisiones sobre tu manuscrito específico que no estén contempladas en la hoja de estilo general de la casa edito-

rial. Antes de imprimir, "alguien" en la casa editorial ejerce la autoridad final en todas las decisiones que no se le dejan al autor. Una hoja de estilo registra las decisiones de ortografía, guiones, comas, formato para títulos y subtítulos, pies de página y cualquier aspecto que deba cuidarse, de manera que todo lo que se haga en tu texto sea consistente y que el texto como un todo esté de acuerdo con las preferencias de la editorial. Si estás escribiendo una disertación académica, descubrirás que tu escuela de posgrado (o alguna oficina equivalente) ha asumido la responsabilidad de esta función, de modo que incluso ella tiene una hoja de estilo, su oportunidad final de imponer la autoridad. Prepárate para una experiencia personal con la rigidez de las instituciones cuando quieres desviarte de sus criterios.

Es buena idea desarrollar una hoja de estilo propia para un manuscrito, aunque sólo consista en una hoja de papel con tus decisiones (o indecisiones) sobre ortografía, guiones o mayúsculas. Llevar una hoja de estilo te anima a registrar las palabras problemáticas a medida que te haces consciente de ellas (por ejemplo, trasladar o transladar, substancia o sustancia, vídeo o video, macrocultura o macro-cultura, ¿cuáles formas vas a emplear?) para que las uses de manera consistente. Tu hoja de estilo no garantiza tu autoridad en ninguna de las decisiones que se van a tomar, pero al menos te ayuda a identificar inconsistencias, a alertar a los editores sobre ciertos términos que te están causando problemas y a recordarte que debes consultar con tu escuela de posgrado para saber sus preferencias.

Las hojas de estilo reflejan las preferencias y usos; debes estar preparado para capitular si te encuentras contrapunteado con la política editorial o institucional, pero no capitules fácilmente, porque los estilos siempre son cambiantes. Las hojas de estilo de las editoriales y los principales manuales de estilo se mantienen en permanente revisión, y el influyente *Manual de estilo de Chicago* lleva en la actualidad más de diez revisiones.

Llevar el registro de las referencias

De la misma manera, sigue un estilo consistente para mantener tu propio archivo de referencias bibliográficas. La elección obvia debe

ser el estándar en tu campo (si es que existe) o el estilo de una de sus principales revistas. Es posible que quieran más información que la requerida de ordinario por cualquiera de los formatos abreviados:

- Títulos y subtítulos totales y completos;
- Nombres completos de todos los autores y editores (es decir, no sólo las iniciales);
- Nombres completos de las revistas, con el número del volumen y el ejemplar;
- Números inclusivos de las páginas de los artículos y capítulos en los volúmenes editados;
- Nombre de la editorial y lugar de publicación;
- Fecha de la publicación que consultaste, así como la fecha original de publicación, en caso de que sea diferente.

No todas las publicaciones o editoriales requieren toda esta información. Pero sólo toma unos momentos registrarla de manera completa, y puedes ahorrar tiempo si descubres, por ejemplo, que una publicación a la que le has enviado tu artículo, usa el nombre completo del autor en lugar de sus iniciales solamente.

Al citar un material publicado hace mucho tiempo pero al cual tienes acceso sólo en una edición más reciente, asegúrate de registrar la fecha original de publicación, así como la de la edición que has citado, e incluye ambas fechas en las citas (por ejemplo, Wolcott 1989 [1967]: 107). Así, no dará la impresión de que un escritor ha cobrado vida de nuevo o está pasando como nuevo algo escrito años atrás. La mayor parte de las publicaciones presentan ejemplos para ilustrar la forma como quieren que se formateen sus citas, y además dan instrucciones sobre cómo citar publicaciones electrónicas (ver la cita de Wolcott 2000, como ejemplo), recordándoles a los colaboradores que las direcciones de los sitios *web* deben ser sólo los sitios mismos, no los vínculos electrónicos al sitio en la *web*. También trato de rastrear las fuentes hacia delante al incluir, tanto en mis propias notas como en las citas formales, cualquier información disponible sobre materiales reimpresos o reeditados. Esta práctica es especialmente útil para las referencias a artículos de periódicos que más tarde salen en libros, o a fuentes que ya no están en imprenta pero que se empiezan a conseguir

otra vez, como sucede con muchos de los estudios de casos de antropología cultural y de educación, publicados originalmente en los años sesenta y setenta.

Otra sugerencia sobre las referencias académicas: haz tus citas tan explícitas como lo exija tu texto. Hay ocasiones en que es importante la referencia global a un libro entero, pero si observas críticamente la manera como los escritores académicos emplean las referencias, vas a ver que a muchos de ellos les encanta citar nombres importantes, y no les da ninguna vergüenza hacerlo. Les gusta arrojar referencias como si fueran bolas de nieve sobre una verja, un alud indiscriminado que no consigue la clase de especificidad apropiada para la escritura académica. Para que sean realmente útiles, debes sobrepasar las expectativas mínimas (autor, fecha, página de referencia) e informar a tus lectores sobre la naturaleza del material al cual haces referencia y, a menos que sea obvio en tu texto, tu razón para hacer la cita (por ejemplo, si tu fuente es de información adicional o de comparación o contraste [cf.]). La mayor parte de los lectores no consultarán tus fuentes, pues confían en la información que les das. Ésa es una razón para ser precisos y exhaustivos. Por el contrario, algunos lectores sí consultarán tus citas; ésta es otra.

Llevar un registro de trizas y trozos

A medida que un manuscrito evoluciona, te puede parecer práctico llevar un registro de los temas o referencias que deseas incluir, párrafos borrados en un lugar que podrían caber mejor en otro, etc. Para cada manuscrito que voy desarrollando, yo llevo un archivo o documento separado donde puedo poner temporalmente esas "notas de trabajo", hasta que decido sobre su suerte. A medida que la memoria se me va debilitando, me parece esencial llevar este registro en el papel o la pantalla en lugar de confiar en que luego, cuando los necesite, recordaré los detalles. También me he vuelto más cuidadoso en la forma de hacer hasta las revisiones más pequeñas en el texto. En vez de borrar y luego reescribir el material, ahora lo paso para un poco más adelante (por lo general apretando la tecla "entrar" un par de veces), inserto mi reescrito y entonces borro el anterior.

Con los años, también he desarrollado el hábito de mantener un conjunto permanente de trozos, aforismos, ideas teóricas, posibles epígrafes para capítulos, extranjerismos de uso frecuente, o ideas bien decantadas que he oído o leído. Esto lo llevo en un diario hecho a mano, donde anoto lo que me va llamando la atención. El cuaderno lo llamo Citas. Algunas veces estas citas están referenciadas incorrecta o inadecuadamente cuando las descubro. Si no soy capaz de encontrar la fuente original (como me sucedió con algunos de los epígrafes que usé aquí), al menos puedo darle los créditos al autor. Mi diario de citas ha demostrado ser un depósito y recurso valioso de ideas y dichos expresivos.

Comentarios o retroalimentación

La palabra compuesta "retroalimentación" contiene dos elementos. El primero indica dirección: hacia atrás. El segundo, nutrición; la mayor parte de los escritores la ansían. La retroalimentación apunta a lo que ya se ha hecho, en lugar de a lo que ha de hacerse. Ten esto en cuenta cuando comiences a desearla. No la busques demasiado pronto, en especial si puede desviar tu atención, que debe estar centrada en completar el borrador, tentándote a empezar a revisar lo que ya escribiste.

Reconozco las buenas intenciones de los profesores que quieren aprobar (lo que, por desgracia, también puede significar rechazar) los tres primeros capítulos de las disertaciones de sus estudiantes, pero el consejo que les doy a mis estudiantes de doctorado es el mismo que doy a todos los escritores: trabaja independientemente el mayor tiempo posible antes de buscar comentarios. Cuando estés listo, búscalos con seriedad. Lo mejor es enemigo de lo bueno.

En los primeros borradores es tan difícil dar como aceptar comentarios oportunos y útiles. El problema se hace más grave en la investigación cualitativa porque hay muchas dimensiones sobre las cuales pueden hacerse: si uno ha identificado la historia correcta que va a contar, qué tan bien la ha contando y qué tan bien la ha

analizado e interpretado. Y, tal como sucede con cualquier escrito, es más fácil identificar problemas, oraciones difíciles y explicaciones alternativas que saber qué decir diferente del lugar común de "esto me encanta" o "¡fabuloso!" sobre estudios especialmente bien concebidos, frases particularmente bien formadas e interpretaciones muy atinadas. Incluso los críticos más benignos y amables son más propensos a encontrar debilidades en un manuscrito que a aplaudir sus fortalezas, salvo cuando se limitan a una apreciación global y dejan a otras personas las minucias.[3] Así, independientemente de la intención, la retroalimentación tiende a ser desproporcionadamente crítica y negativa. Tu único consuelo puede ser que mientras más minuciosa la crítica, más puedes suponer que tu crítico se ha tomado su trabajo en serio.

Debes seleccionar con cuidado a los primeros lectores y darles instrucciones sobre la clase (y grado) de crítica que crees será útil en cada etapa. A menos que esté desarrollando un manuscrito que algún editor me haya solicitado, yo prefiero invitar a amigos o colegas escritores a que me revisen las primeras copias. Parto de la base de que ellos constituyen un grupo de apoyo que me ayudará a encontrar maneras de decir lo que quiero en casos particulares y no se detendrá tanto en algún potencial mío (o de mi manuscrito) aparentemente no realizado.

Sin embargo, valoro cualquier retroalimentación que recibo salvo que sea de rechazo total. No pensaría en entregar formalmente un manuscrito que no haya sido leído de manera crítica al menos por algunos de mis colegas, tanto durante su desarrollo como en su forma casi final. Digo "casi final" porque siempre que invitemos la crítica, la obtendremos: es un proceso de nunca acabar. Si insistes

3. La señora C. Deborah Laughton, quien hizo la revisión final de esta segunda edición (primera en español), me desarmó con una táctica opuesta e inusual. Llenó mis márgenes con comentarios elogiosos ("bello", "punto clave", "verdadero", "buen ritmo") tan generosamente conferidos que yo me sentí en el deber de reexaminar críticamente cada página que no hubiera merecido elogios para ver cómo podría lograrlos. No creo que haya muchos editores académicos que sigan ese método.

en que alguien te dé la aprobación final para algo que hayas escrito, vas a ver lo ingenua que es tu solicitud.

Al buscar comentarios, ten en cuenta la distinción entre realizar una investigación y hacer el informe sobre la misma. Los propósitos de la investigación vienen primero. La elocuencia puede mejorar cualquier estudio bueno pero no puede salvar uno deficiente. A los primeros revisores se les debe pedir que busquen principalmente la precisión y adecuación de los detalles, y que observen cómo se plantea el problema, cómo se desarrolla la explicación y qué tan pertinentes son la descripción, el análisis y la interpretación. Los lectores externos pueden reconocer elementos que un investigador preocupado por otras cosas ha pasado por alto. Para qué preocuparse por las minucias del estilo si el contenido no está bien, si la interpretación no da en el clavo, si el enfoque es incorrecto, si la narración carece de equilibrio. Pero debes reconocer también que no es probable que cada revisor tenga algo importante para decir acerca de cada aspecto de tu trabajo. Prepárate para la posibilidad de que, independientemente de qué les pidas, tus críticos digan más cosas sobre el estilo que sobre el contenido. Éste, al fin y al cabo, es tu relato; los demás verán su papel como el de ayudarte a expresar *tus* ideas, sin convertirte en un vehículo para presentar las suyas.

El grupo ideal para hacer las primeras revisiones debe incluir un colega del campo académico propio, para que se encargue del marco conceptual y el análisis, y un lector familiarizado con el lugar de la investigación, para que mire la precisión de los datos y vea que estén completos y muestran sensibilidad con respecto a la población descrita. Si eres capaz de incitar a tus primeros lectores para que te lean una versión revisada, ayúdales destacando las secciones que han sido reescritas o añadidas. La mayor parte de los revisores son capaces de hacer una sola lectura crítica, especialmente si no tienen instrucciones del autor. Si has desempeñado el papel de editor o director de disertación, eres bien consciente de la dificultad de dar una nueva perspectiva a las múltiples lecturas de un manuscrito.

¿Y qué hacer con los consejos y sugerencias recibidos? Me parece que tu papel es escuchar atentamente. No discutas, no expliques, no defiendas. Pon en consideración los consejos, muestra tu gratitud y asegúrate de que comprendes todo lo que los críticos te dicen que no entendieron. Aun si tus críticos están en la posición de afirmar su autoridad, es posible que puedas conciliar con ellos. Pero nunca supongas simplemente que sólo a ti se te está negando una libertad esencial y que todos los demás son libres de escribir lo que quieran. Como lo dice el viejo proverbio, la libertad de prensa está reservada para el dueño de la editorial.

Como muchos trabajadores de campo, yo también procuro que algunos lectores del lugar donde investigo miren los borradores en desarrollo (en especial las secciones descriptivas). Lo considero un elemento integral del trabajo de campo, y a menudo anoto en borradores siguientes las reacciones y comentarios suscitados por las lecturas preliminares (para algunos pros y contras de esta práctica, ver a Emerson y Pollner, 1988). Los informantes y colaboradores actuales no sólo tienen la posibilidad sino que a veces leen lo que hemos escrito. Si no has pensado sobre ese aspecto de la retroalimentación, podrías revisar las lecciones de la colección editada de Caroline Brettell (1993), *When they read what we write*. Además, las personas que estudias pueden querer leer los borradores antes de que salgan a circulación general e insistir en ello.

También es aconsejable prever cómo negociar los desacuerdos, o el descontento. Mi política ha sido compartir con los informantes interesados un borrador a punto de ser publicado y comunicarles que tendré en cuenta cualquier reserva expresada. Me parece que un investigador no debe ofrecer pleno poder de veto —incluso a sus informantes principales o a alguien con quien esté escribiendo una historia de vida—, porque el proyecto puede verse perjudicado durante todo su desarrollo. Los investigadores también son sujetos humanos que necesitan protegerse de riesgos innecesarios.

Quisiera repetirlo: yo postergo la hora de compartir un manuscrito en desarrollo lo más que puedo, pues quiero estar seguro de haber dicho lo que quise decir, y de haberlo dicho lo bastante bien

para que mis ideas queden claramente expresadas, antes de someter mis palabras al escrutinio de los demás. Durante el año académico que dediqué a escribir mi disertación doctoral, después de un año de trabajo de campo, me fui a vivir lejos de la ciudad universitaria de Stanford y sólo iba a ratos, cuando necesitaba usar la biblioteca. No necesité de la compañía de otros escritores de disertación, llenos de ansiedad, para hacer mi trabajo. Yo tenía un relato que contar, y estaba decidido a que, aun en caso de que el borrador inicial fuera satisfactorio sólo para mí, debía narrarlo a mi manera. Busqué poco consejo de mi comité de disertación antes de enviarles un borrador completo. Si el borrador hubiera resultado inaceptable, yo estaba preparado para emprender la reescritura necesaria, pero no antes de haber registrado mi versión propia.

Me alegro de contar que, salvo algunas reservas en cuanto a la extensión y algunos comentarios editoriales útiles, me aceptaron la disertación tal como la entregué. ¡Qué duda cabe de que cuando una disertación es aceptada sin reparos, uno se anima a seguir escribiendo! Por pequeño que pueda ser tu público, no pierdas de vista la importancia de la disertación para tu carrera, *especialmente* si tienes la intención de seguir haciendo investigación cualitativa, en la cual escribir desempeña un papel preponderante.

Aunque evité los comentarios "oficiales" prematuros durante el período de angustia y redacción, esperaba con ansias las largas sesiones de trabajo con mi compañero de estudios Ron Rohner y su esposa Evelyn, con quienes me reunía de manera regular para discutir nuestro avance, intercambiar información y compartir y criticar los borradores preliminares. Nuestros estudios, independientes pero complementarios en algunos sentidos, se basaban en el trabajo de campo con orientación antropológica que llevábamos a cabo al mismo tiempo en aldeas vecinas del mismo pueblo y con el estímulo de George Spindler, nuestro mutuo mentor (Rohner y Rohner, 1970; Wolcott, 1967). Al igual que el trabajo de campo sobre el cual se basaba, nuestra escritura marchaba en un clima de mutuo aliento y ayuda.

Cuando lo esencial es el tiempo, o se encuentra uno indebidamente preocupado sobre cómo marcha la escritura, recomiendo encontrar algún alma paciente (aunque sea sólo por esa razón, ésta probablemente no será un colega académico) que lea y nos dé una retroalimentación con intención animadora. Aún mejor, pídele a alguien que te lea tus palabras en voz alta, sin comentarios, o sólo con sugerencias generales de apoyo tales como: "esto se oye bien" o "esto necesita más explicación". Al escuchar tus palabras en voz alta te puedes concentrar en lo que realmente se ha escrito: la experiencia que creas en los demás originada en una que inicialmente era sólo tuya no son la misma.

Otra razón para oír nuestras palabras pronunciadas en voz alta es que no reconocemos los ritmos y patrones de nuestra propia dicción. Lo que escribimos por lo general nos suena bien a nosotros (es decir, literalmente "suena bien") porque sabemos leerlo. Pero ningún par de seres humanos comparte patrones de habla o de entonación idénticos. Cuando ése que lee en voz alta vacila, o de manera poco sutil lucha por poder respirar en algún momento, como solía hacerlo mi amiga Ana Kohner mientras leía en voz alta las largas frases de los primeros borradores de mi disertación, el autor necesita hacer uso del bolígrafo rojo.

La tecnología está ejerciendo una influencia sobre la práctica editorial así como sobre cada aspecto de la escritura y la publicación, y quizás necesites hacer un ajuste de cuentas entre la ayuda editorial que buscas y el tipo y grado de ayuda que recibes. Aprecio la tecnología, que facilita la revisión en equipo de un documento colectivo o que le permite a un editor de noticias hacer cambios directos en la copia que fue enviada por el reportero, pero no estoy preparado para una edición tan fuerte y entrometida en la escritura académica. Como ya es posible que los revisores inserten sus comentarios sin hacer en realidad los cambios en el documento que revisan, ese es el modo de hacerlo que me llama la atención. No me imagino ahondando en un documento ajeno para hacerle cambios que, particularmente en la etapa de desarrollo de un manuscrito, no pretenden ser sino sugerencias amables.

Lista de verificación

Permíteme concluir este capítulo reiterando su idea central: sigue adelante con la escritura. Consigna lo esencial de tu estudio en el papel, no importa lo burdo o incompleto que pueda parecer. No pierdas de vista el hecho de que las oraciones interpretativas bien enfocadas pueden ayudar a mejorar la formulación del problema, así como el desarrollo del análisis puede ayudarte a tomar mejores decisiones acerca del material descriptivo, aunque éste probable (pero no necesariamente) lo preceda en el manuscrito terminado. He aquí algunos otros pensamientos:

- Mantén tu enfoque en mente mientras tejes tu historia y tu interpretación pero conserva un sano escepticismo sobre el enfoque mismo. Considera siempre la posibilidad de que todavía no hayas dado en el clavo o de que el enfoque haya variado durante el curso de tu investigación. Una pregunta que te guiará: "¿En realidad, éste es un estudio de qué?"
- Tu mayor preocupación, en especial al escribir el primer borrador, es deshacerte de datos —enfocar progresivamente, atinar con el tema—. Lleva un registro de asuntos tangenciales que podrías (¿deberías?) dejar para otro momento.
- No te vares a causa de datos que no tienes, o problemas o elementos que no comprendes a cabalidad o sientes que no puedes interpretar adecuadamente. Toma nota de lo que es inquietante, bien sea para ti, si crees que las cosas se pueden remediar, o para tu lector, si aparentemente el problema es insoluble en esa etapa. Y entonces sigue adelante. Los lectores no se ofenderán si no aseveras que lo sabes todo.
- A menos que un editor estricto o un comité de disertación lo prohiban de manera absoluta, escribe en primera persona. Introdúcete de frente en la escena, pero no asumas el papel principal. El mundo no necesita más frases de esas que comienzan diciendo: "A este escritor le parece..." "Lo que se dice aquí es..."
- Trata de escribir tus pasajes descriptivos sólo en tiempo verbal pasado si te encuentras moviéndote con dificultad entre el presente y el pasado. Hay que admitir que el pasado parece "matar" a

todos los participantes apenas termina una acción y les hace cosas raras a los informantes que están vivitos y coleando, en particular si uno comienza a escribir cuando todavía está en medio del trabajo de campo. Mas cuando tu manuscrito haya pasado por muchas iteraciones y revisiones editoriales y se haya publicado, descubrirás que el pasado ya no se oye tan raro, y no vas a dejar a los informantes diciendo o haciendo para siempre lo que estaban haciendo y diciendo en la época de tu trabajo.

- Usa tus extensas notas de campo y tu gran experiencia en el trabajo de campo para proporcionar ejemplos e ilustraciones concretas. No subestimes el poder de los ejemplos específicos para apoyar tus generalizaciones y para informar y llegarle al lector, lo que Geertz elocuentemente describe como "el poder de la imaginación científica para ponernos en contacto con las vidas de los extraños" (1973: 16).
- Escribe para tus iguales. Adecua el nivel de análisis hasta un público de lectores que ignora algo, pero que tiene un gran interés en comprender de qué estás hablando. Escribe tu disertación teniendo en mente a tus compañeros de estudios, no a los miembros eruditos de tu comité de disertación. Dirige tus estudios posteriores a los muchos que no saben, no a los pocos que sí saben. El editor Mitch Allen previene contra la tendencia académica de escribir para el que él llama el PCP (el peor crítico de pesadilla), aquel individuo que sabe más que tú y no ve la hora de volverte añicos. Como lo observa Mitch, estos críticos no son tus lectores y "hagas lo que hagas, te van a dar garrote". No les pongas nada en bandeja de plata.
- Haz énfasis en los puntos importantes que desarrollas. Cuando buscamos escribir una prosa sin esguinces, el resultado es a menudo una prosa simplemente ininterrumpida. Dales espacio a las ideas poniendo atención a la división por párrafos. Haz uso generoso de títulos y subtítulos para llamar la atención del lector y señalar los cambios de enfoque.
- No prestes atención a las advertencias que con tanta frecuencia se dan con el interés de mejorar la prosa. Trata de no ser palabrero, de no usar construcciones enredadas, palabras y frases largas, sustantivos abstractos y pronombres de referencias incorrectos, modificadores mal puestos y construcciones no paralelas. Pero nunca permitas que tales admoniciones impidan los esfuerzos iniciales de anotar tus ideas; puedes detenerte en el estilo y la corrección en las etapas posteriores de revisión y edición, y siempre buscar ayuda de otras personas con estos aspectos de la redacción. Nadie necesita ver tus primeros borradores. A medida que tus ideas tomen forma y se vayan volviendo más elegantes, regodéate labrando oraciones merecedoras de ellas.

4

La vinculación

El hombre es un animal suspendido en redes de significancia que él mismo ha tejido

Atribuido a Max Weber por Clifford Geertz (1973: 5)

Hasta aquí, me he centrado con exclusividad en el propósito expreso de tu investigación y te he urgido a que hagas lo mismo. Considero que debes permanecer atento a la oración que comienza diciendo: "El propósito de esta investigación es..." No te puedes equivocar si estas mismas palabras aparecen en tu copia final y las conviertes en la primera frase del primer párrafo del primer capítulo. Aunque esta oración es una manera más bien poco imaginativa de anunciar tu propósito y comenzar una descripción, deberá expresar a los lectores la idea de aquello en lo que has estado trabajando. Y además te mantendrá encarrilado.

Pero la investigación está inmersa en contextos sociales y, al igual que la acción humana misma, está *sobredeterminada*, es consecuencia de múltiples factores. Una preocupación por el enfoque dirige la atención estrechamente hacia el interior, a preguntar qué quería el investigador y qué ha producido como resultado de ello. Los investigadores mismos —humanos suspendidos en redes de significancia tejidas por ellos mismos— tienen contextos y propósitos que van más allá del alcance inmediato de sus estudios. Es hora entonces de

expandir la mirada, de considerar la investigación como un acto social y los *múltiples* propósitos (nótese el plural) que buscamos al realizarla, como una vocación profesional. ¿Cómo ligamos nuestra investigación —y a nosotros mismos— con los demás?

Quiero llamar la atención particularmente sobre tres temas que ofrecen oportunidades de vincularse con el trabajo de los demás. El primero es la **revisión de la literatura** tradicional. El segundo es el elogio de la **teoría**, y el tercero es el discurso consuetudinario sobre el **método**. Los tres temas se han convertido en una parte tan integral del ritual de escribir informes sobre las investigaciones que, en muchas disertaciones cualitativas (y en la mayor parte de las cuantitativas), a cada uno se le suele asignar su propio capítulo independiente. Con demasiada frecuencia los temas se abordan con detalle minucioso antes de que el lector logre dar más que una somera mirada a aquello que el investigador tiene que informar. Como somos de hábitos inveterados, este formato de disertación más bien estándar tiende a reaparecer también en los informes subsiguientes, simplemente porque los autores continúan siguiendo los mismos patrones.

Más bien que explayarme subrayando el papel importante que desempeña cada uno de ellos en el proceso de investigación, aquí quiero explorar algunas formas alternativas de vincularte con la literatura, con la teoría y con el método que complementan y mejoran la investigación sobre la que *tú* estás informando. A mí, esto me parece preferible a considerar los tres temas como obstáculos que hay que superar o rituales que ejecutar antes de sentirse libre para actuar conforme a las ideas propias. Pero debes calibrar tu situación y las normas imperantes en tu especialización académica y, si estás preparando una tesis o disertación, también las de tu departamento. En este último caso, si los constreñimientos institucionales son fuertes, o si los miembros de tu comité incluyen profesores a los que todavía hay que convencer sobre el enfoque cualitativo, podrías decidir que es mucho, mucho mejor, cumplir con las expectativas que tienen para ti. Antes de que comiences a mover el bote, debes estar seguro de que te encuentras en él.

Sin embargo, cerciórate de que las tradiciones que estás a punto de honrar en realidad existen y no son sólo parte de la mitología que rodea la escritura de las disertaciones o la aceptación de un artículo para la publicación. Recuerdo una discusión con una profesora veterana que insistía en que los estudiantes a quienes asesoraba prepararan un largo capítulo 2 de revisión de la "literatura". Defendía su tajante posición con el argumento de que en nuestra escuela de posgrado se *requería* esta revisión. Yo no me oponía ni por un minuto a que ella insistiera en que los estudiantes prepararan una disertación dirigida por ella que incluyera tal capítulo sobre sus estudios completos (tal como Alfredo, que resultó ser su asesorado, lo había hecho). Pero insistí en que la "regla" era de ella. Me ofrecí para acompañarla a la escuela de posgrado para demostrar mi punto de vista. Ella aceptó (en privado) que en realidad su regla *podría* no existir, pero personalmente insistía en tales revisiones como evidencia de la competencia de sus estudiantes —y ahí podría haber usado el término "dominio"— en su campo. Yo no tenía, ni tengo, argumentos para encontrar modos de hacer que los estudiantes demuestren su dominio, recién conseguido, de algún cuerpo especial de literatura, pero siempre me ha parecido contraproducente recargar una disertación con una tarea secundaria diametralmente opuesta a demostrar la capacidad personal de centrarse en un fenómeno particular estudiado a profundidad. El dominio de la literatura se puede evaluar por medio de otras tareas preparatorias, tales como un trabajo independiente de síntesis incluido como parte de los requisitos en el programa de posgrado.

Lo que propongo es que en vez de tratar esas actividades vinculadoras como ejercicios independientes —en una disertación o en cualquier escrito académico— seas todo el tiempo resueltamente selectivo con respecto a los vínculos que establezcas y hagas vínculos significativos sólo si se necesitan. Lo más seguro es que esto signifique abstenerte de hacer casi todos los comentarios salvo los más generales hasta que la investigación sobre la que estás informando deba situarse en contextos más amplios.

Supongo, desde luego, que tienes algo importante que informar. Tal no es siempre el caso, especialmente en la redacción de las disertaciones. Siendo realistas, lo que tu tienes para informar puede no ser concluyente, o es posible que hayas encontrado que el problema puede reformularse de una manera mejor. Si ése es el caso, entonces una revisión y una síntesis (brillante) del trabajo ajeno pueden ser la masa crítica que haya que exhibir en la vitrina, y la disertación se ha de reestructurar (y volver a titular), según eso. O tu contribución puede ser un modesto estudio de casos o la descripción de una nueva técnica de trabajo de campo, exitosa o no.

Para los propósitos de este libro supongo que el investigador tiene mucho (demasiado, como es frecuente) que informar y analizar, lo que suele suceder en la investigación de orientación descriptiva. En tales circunstancias, no se debe esperar de ti que presentes una revisión amplia de cuanto todo el mundo ha hecho, antes de informar sobre alguna observación original propia.

Revisión de la literatura

Quizás pusiste mucha atención, e incluso exhalaste un suspiro de alivio, cuando antes sugerí que no dedicaras el capítulo 2 (que voy a tratar aquí como un nombre propio porque la expresión ya tiene su significado especial) a una revisión tradicional de la literatura, en especial si te estás sintiendo, tal como lo expresó Becker "aterrorizado por la literatura" más bien que consciente de cómo usarla (ver Becker 1986: cap. 8) y todavía tienes que enfrentarte a esa tarea onerosa. Ahora escucha el mensaje completo, no sólo las palabras que te regocijó haber oído.

Primero, permíteme recordarte que lo que te digo —en este capítulo o en cualquier otro lugar de estas páginas— no tiene valor absoluto. No soy una de las personas a quienes debes complacer con tu estudio. Citarme como fuente de autoridad para desviarte de la tradición, lo más probable es que nos meta a ambos en problemas y que no te libere de tu obligación. Si alguien que sí tenga autoridad te está instruyendo para que escribas un capítulo 2 tradicional o su equivalente —un capítulo o sección en la cual evidentemente revisas la literatura o esbozas tus inclinaciones teóricas—, entonces tienes que hacerlo. Quizás puedas negociar la alternativa que propongo. En caso

contrario, acepta el hecho y muestra que eres capaz. Que la experiencia sea o no, buena para ti es difícil asegurarlo, pero te garantizo que te va a ir mal si no lo haces. Advierte también que si te piden que prepares un capítulo de estos, te quedará la tarea de imaginar cuáles *literaturas* (nota el plural otra vez) se espera que incluyas: ¿sobre métodos, teoría, investigaciones anteriores, importancia social del problema, bases filosóficas de la indagación, implicaciones para la política, aplicaciones para la práctica, etc.?

Mi sensación es que los lectores y auditores quieren tener una idea inmediata del problema que estás abordando, y se las debes dar en lugar de hacerlos primero testigos de lo erudito que te has vuelto. Ellos supondrán que tienes una buena razón para emprender la investigación y que a su debido tiempo la revelarás, pero probablemente no insistirán en que debas ir a paso de tortuga y contar la historia completa del asunto antes de atreverte a dar un paso propio. Los lectores asumen su tarea dispuestos a unirse a ti en una búsqueda —una investigación— de lo que tienes para contribuir. Una de las cosas que hace tan aburrida *toda* la enseñanza y la redacción académicas (y las disertaciones son las primeras de la lista) es la práctica de aproximarse a cada tema con una mirada retrospectiva de cómo empezó todo. Los orígenes son importantes, pero no es necesario presentar las cosas en el orden en que sucedieron. Una explicación breve sobre la importancia del tema basta como abrebocas.

La alternativa que propongo de dedicar un capítulo entero a examinar las bases de la indagación es para que, además de presentar una justificación breve de tu estudio, te bases en el trabajo importante de los demás, con el criterio de hacerlo cuantas veces sea necesario (el momento y la necesidad pueden servir de mantra para todo este capítulo). Lo más probable es que tales detalles vengan *después* de la presentación de una nueva investigación y no antes. Me opongo a la práctica de respaldarte con un camión lleno de materiales y tirárselo a los lectores inocentes, que parece ser lo que logran la mayor parte de las revisiones más tradicionales. Es más probable que esto cree un obstáculo que se atraviese en el camino en lugar de facilitárselo cuando debas rendir tu informe.

Dado el número de años en que sin duda has estado sujeto a este enfoque, puedes sentirte obligado a seguirlo tú también. Eso está bien, si puedes entretejer tu revisión en un relato atractivo para no perder a tus lectores a lo largo del camino, pero si la necesidad y urgencia de presentar una revisión tradicional reflejan los deseos del comité de disertación, quizás puedas obtener que la revisión se incorpore en tu *propuesta* de investigación y no en su relato final. De esa manera puedes demostrar tu dominio de la literatura sin tener que meterla a la fuerza en un lugar predeterminado. En una escritura posterior, si personalmente sientes la necesidad de documentar en detalle cómo llegaron a ser las cosas, redacta tal declaración y luego hazla a un lado. Más tarde puedes decidir si es posible que tus lectores tengan la misma necesidad que tú de unas bases tan firmes. En todo caso, considera la posibilidad de buscar formas alternativas de satisfacer lo que se busca, revisando la literatura en tu escrito posdisertación, en vez de ceñirte simplemente al mismo patrón porque "siempre" has escrito de esta manera.

De ninguna manera estoy sugiriendo que puedes ignorar la literatura o literaturas pertinentes para tu estudio, ni que puedes albergar la esperanza de cubrir aunque sea *una*, de manera exhaustiva. Tal profundidad en la escritura debe estar dedicada exclusivamente a la síntesis y a la crítica, una forma de contribución académica que presta gran servicio a los investigadores en cualquier campo.[1]

En todo caso, señala las citas importantes del trabajo de los demás, pero no exageres y hazlo sólo cuando las referencias sean críticas para ayudarte a analizar y a situar *tu* problema y *tu* investigación en un contexto más amplio. Normalmente, lo más probable es que la

1. Para un ejemplo espléndido de tal crítica —en este caso, revisar las contribuciones etnográficas y señalar el camino para estudios cualitativos adicionales en el campo de la antropología médica— ver un capítulo titulado "The new wave of ethnographies in medical antropology" ("La nueva ola de las etnografías en la antropología médica"), de Arthur Kleinman (1995: cap.9). Para un análisis del papel y el impacto del proceso de revisión en el campo de la investigación educativa, ver un número especial de *Review of Educational Research* dedicado a ese tema (Graue y Grant, 2000).

necesidad de ubicar tu trabajo en un círculo cada vez más amplio de interés se dé hacia el final de tu análisis, cuando estés reuniendo los diversos hilos conductores de tu estudio y pensando en las implicaciones mayores.

Vinculación con la teoría

Además de hacer una revisión de las investigaciones pertinentes sobre el tema, pueden esperar de ti, o aun ordenarte, que digas algo explícito sobre el asunto de la teoría. Nadie te dejará salir (ni a mí) con la idea de que tu trabajo no tiene implicaciones teóricas, pero los asuntos teóricos se pueden abordar de diferentes maneras. Permíteme volver sobre los papeles que la teoría puede desempeñar para que ofrezca una manera de extender la importancia de tu trabajo. La teoría no debe ser considerada como otro ritual que cumplir, otro obstáculo en la ruta para obtener un grado superior o para que te publiquen algo.

Aunque el quid de este capítulo es plantear las formas de vincularte con el trabajo y las ideas ajenas, la actividad misma de vinculación tiene su tiempo y lugar. Entonces, no comiences a establecer vínculos demasiado pronto, excepto para ubicar tu trabajo en su contexto más amplio. Te he sugerido que aplaces la revisión de la literatura hasta que el material que estás introduciendo esté bien ubicado. Y con mayor énfasis te insto a que no introduzcas teoría hasta que te asegures completamente de que estás interesado en teorizar y en cómo esta teorización se relaciona directamente con lo que tienes que informar. Desde el comienzo resiste la tentación de interrumpir tu trabajo con excursiones prematuras al análisis o interpretación, excepto para señalar asuntos a los que tienes pensado regresar. Con esto no planteo que se puedan trazar líneas divisorias entre la descripción, el análisis y la interpretación con tanta claridad, sólo que debes mantener el *enfoque* sobre la tarea descriptiva hasta que hayas puesto las bases sólidas para el análisis y para determinar cuánta atención y de qué clase prestar al trabajo ajeno.

Cuando ya estés listo para abordar los asuntos del análisis y la interpretación, considera la idea de proponer múltiples interpretaciones posibles mejor que empecinarte en una sola muy sugerente. Necesitamos estar alerta contra la tentación de ofrecer explicaciones unicausales simples y satisfactorias que parezcan *resolver* demasiado fácilmente el problema que planteamos. El comportamiento humano tiene motivaciones complejas. Nuestras interpretaciones deben reflejar esa complejidad en vez de sugerir que somos capaces de inferir significados "reales". Los investigadores cualitativos deben regodearse y gozar con la complejidad, y buscar, como lo planteó el antropólogo Charles Frake (1977) hacer las cosas lo bastante complejas sin volverlas oscuras. Deja la tarea de amarrar las cosas en paquetes perfectos para un trabajo de orientación más cuantitativo. Las empresas cuantitativas están mejor situadas para hacerlo, y como lo observan Denzin y Lincoln: "Los investigadores cuantitativos hacen abstracciones de su mundo y rara vez lo estudian directamente" (2000: 10).

Los comentarios interpretativos pertenecen a la recapitulación de tu trabajo, donde sitúas tu estudio en un contexto más amplio. Ése es el lugar donde puedes sacar provecho del trabajo y pensamiento ajenos. Los escritores académicos a veces sucumben a la tentación que Raymond Firth describía como hacer una "exhibición" de teoría social (anotado en Sanjek 1999: 3). En cualquier medida en que intentes dedicarte a la teoría, tus pasajes interpretativos son el lugar para hacerla y para basarte en ella. Esto es preferible a un análisis prematuro y abstracto de teoría, ofrecido a guisa de introducción. Determina la profundidad de tu exploración. La teoría debe ser útil, no sólo algo para mostrar. Roger Sanjek ofrece una lección práctica para extraer la teoría, lo que es muy diferente a exhibirla simplemente. Al describir cómo sirvió la teoría de recurso en la redacción de un estudio de campo extenso, informa: "No busqué más teoría que la necesaria para organizar y contar mi cuento" (1999: 3). Si estás redactando la investigación, la teoría debe servir a tu propósito y no viceversa. Cuando puedes hacer que la teoría te funcione, úsala. Cuando simplemente te está *haciendo trabajar*, busca modos alternativos de sintetizar tu relato y explicar a qué estabas dedicado.

Por supuesto, si la teoría ha guiado tu indagación desde el principio, se lo debes informar al lector desde el comienzo. Pero al ob-

servar, durante muchos años el trabajo de los estudiantes y colegas, he visto que la mayor parte de las veces la teoría se *impone*, en un esfuerzo demasiado obvio por racionalizar los datos ya recolectados, mientras que pocas veces he notado que una teoría bien establecida guíe la recolección de datos. Los investigadores con orientación de campo tienden a dejarse influenciar (¿o intimidar?) por la teoría. Por la naturaleza misma de la forma como nos aproximamos a las cosas —observadores de pie plano con pies de barro— tendemos, en el mejor de los casos, a prestar teoría (o a "pescarla", como dirían otros) más que a construirla. Tomar un modelo de investigación guiada por la teoría derivada de las así llamadas "ciencias duras" no nos sirve sino para aumentar nuestro sentimiento, de por sí ya fuerte, de envidia por la física. A menos que pienses que debes ponerte una bata blanca de laboratorio para ser un observador cuidadoso, olvídate de ese modelo y mantén tu teorización en niveles modestos y pertinentes. Clifford Geertz en un breve prefacio a una reedición de *The reinterpretation of cultures* observa: "Este orden inverso de las cosas —primero se escribe y luego se piensa en lo que se está escribiendo— puede parecer extraño, o hasta perverso, pero me parece que es, al menos en la mayor parte de las veces, el procedimiento normal en antropología cultural" (2000 vi). Yo me arriesgo a decir que es el procedimiento normal en la mayor parte de la indagación cualitativa. Descubrir es nuestro fuerte.

Sacar las implicaciones teóricas es una faceta importante del proceso de investigación, y el progreso del conocimiento teórico es una expectativa razonable para el trabajo, pero no debe considerarse una *condición*. Hacer avanzar el conocimiento teórico no es un paso para el cual todo investigador esté o haya sido preparado. Lleva tu trabajo tan lejos como seas capaz. Señala el camino para otros si no estás preparado para dar un salto teórico por ti mismo, en especial cuando empieza a *sentirse* como un salto, en lugar de pretender que "se está teorizando". Si has presentado correctamente tu narración descriptiva y has ofrecido lo que puedes en cuanto al análisis (e interpretación), has cumplido con la obligación de que tu investigación sea accesible. Acepta que algunos académicos prefieran po-

nerte a hacer la tarea descriptiva básica, liberando a los que tienen una inclinación más teórica para que hagan lo que hacen mejor. La manera como continuamos dependiendo del trabajo de nuestros predecesores debe recordarnos que nadie nunca agota todo el asunto. Mi corazonada es que si te atrae la indagación cualitativa, no eres de los compulsivos con la teoría.

Si tienes la posibilidad (es decir, si no te ordenan que hagas algo diferente), considera la idea de integrar la teoría o introducir tus preocupaciones sobre ella en tu relato, en el lugar donde realmente tales preocupaciones entraron en tu pensamiento, en vez de sentirte obligado a introducir la teoría al comienzo, como si ella hubiera suscitado o guiado tu investigación desde el principio. Una manera de desarrollar la historia de tu estudio es discutir el asunto en el cual tú (¿desesperadamente?) anhelabas un marco conceptual o teórico de alguna clase, o algunos organizadores o descriptores que te ayudaran a reunir los datos y encontrarles el sentido, al menos para proporcionar la estructura suficiente para guiar tu presentación. Si uno o dos conceptos organizadores le sirven bien a tu propósito, conténtate con ellos, y extiende un reto a otras personas con mayor refinamiento (o atrevimiento) teórico para que cavilen acerca de cómo los conceptos adecuados para tus propósitos pueden encajar en un esquema teórico más amplio.

La teoría debe facilitar el proceso de indagación. No está pensada para traer rápida y satisfactoria clausura a un relato. Si tú describes cómo y por qué te lanzaste a buscar la teoría (si en realidad lo hiciste), plantea qué fue lo que sentiste, necesitaste o esperaste encontrar. Tu trabajo necesariamente va a estar inconcluso, pero tu informe puede hacer gala de una honradez satisfactoria. Reconoce en la conclusión de tu escrito que tu búsqueda de luces teóricas puede apenas haber comenzado y es posible que persista durante toda tu vida profesional. Por eso los problemas que te atraen no necesitan ser sólo de genuina importancia sino también de un atractivo interés personal.

La búsqueda de teoría, al igual que una revisión convincente de la literatura, ofrece otra manera de vincularse con el trabajo anterior de otros autores y es un atajo para expresar el meollo de nues-

tros intereses e indagaciones. Es en esta etapa de búsqueda donde el comité de disertación, o los colegas profesores, o hasta los evaluadores anónimos pueden, pero rara vez lo hacen, prestar un servicio invaluable. Más bien que menospreciar los esfuerzos de los investigadores principiantes que se devanan los sesos tratando desesperadamente de encajar la teoría, quienes tienen más experiencia en la indagación de esta clase pueden —y deben— sugerir posibles guías y vínculos. Todos corremos el riesgo de tener visión de túnel cuando estamos redactando nuestra propia investigación, y no vemos las implicaciones más amplias o ignoramos el trabajo pertinente que puede proporcionarnos una perspectiva más fresca o más clara.

Esta contribución potencial (y potencialmente invaluable) que otros pueden hacer, debe darse con el espíritu de algo que se *ofrece* más bien que se *emite*. Con un empujoncito suave, la mayor parte de nosotros somos capaces de profundizar o extender un análisis, pero un empujoncito comparable y bien intencionado hacia la teoría puede resultar amenazador. Los estudiantes de doctorado en particular suelen llegar a éste "¿dónde está tu teoría?" al escribir sus disertaciones, presionados por el tiempo y la sensación de que han ido más o menos hasta donde son capaces —o se atreven— en la teorización de sus estudios. Esto representa potencialmente un gran momento educativo, siempre que la ayuda se ofrezca de una manera verdaderamente útil.[2] Cuando algunas sugerencias bien intencionadas no logran arraigarse, parece preferible dejar los relatos de los investigadores novatos donde están en vez de intervenir para quitarles el control, lo cual podría ser bueno para la ciencia, pero con el posible costo de frenarlos en sus carreras. Parece preferible que un estudiante entregue un estudio bajo en teoría pero enteramente propio, que sentir que en los momentos

2. ¿Hay alguna razón por la cual hacer el vínculo de la teoría podría no convertirse en un elemento más interactivo (y más de colegaje) en las disertaciones, con la contribución de los profesores reconocidos públicamente, no sólo identificando las intuiciones teóricas propuestas sino también identificando por su nombre al profesor que las sugirió?

finales, literalmente, le arrebataron (¿rasgaron?) su trabajo para colocarlo en un plano teórico al que un estudiante no es aún capaz de llegar.

Reflexión personal: la conclusión satisfactoria que mi propio comité de disertación probablemente esperaba o que tenía la esperanza de que yo hiciera en 1964, finalmente se escribió, pero, tal como lo anoté, hubo de transcurrir un cuarto de siglo antes de que yo fuera capaz de hacerlo (en la reedición de 1989 de Wolcott 1967). Aprecio que los miembros del comité se sintieran satisfechos, aunque no absolutamente dichosos, con el relato esencialmente descriptivo que presenté. Si entre ellos se preguntaron si me podían empujar un poco para que llevara las cosas algo más lejos, tuvieron la delicadeza de no insistir. La consecuencia de este tratamiento suave ha sido que siempre que una serie de colegas o de revisores bien intencionados han presionado para que hiciera interpretaciones más fuertes o sacara implicaciones teóricas en mi trabajo, he continuado percibiendo sus esfuerzos como empujones más que como empellones. Los estudios siguen siendo míos. Mis relatos descriptivos han sido al menos adecuados para permitir a otros que hagan sus propias teorizaciones, aunque a algunos lectores les haya impresionado que carecían de teoría.

En contraste con mi experiencia, me persiguen las palabras de la alumna de un colega, que me contó, años después del hecho, que ella nunca se tomó la molestia de empastar su copia de la disertación.[3] "¿Para qué habría de hacerlo?" se preguntaba. "¡Éstas no eran mis palabras sino las de mi supervisor!" Lo más probable es que esta agresiva intromisión se note en la teorización cuando a un investigador principiante, un asesor, probablemente lleno de buenas intenciones, lo hace a un lado: "Vamos, déjame intervenir aquí. Parece que ya no sabes lo que estás haciendo". Más recientemente, un antiguo colega que estaba conmigo en un comité de disertación

3. Con el almacenamiento electrónico, puede haber menos necesidad de que uno tenga su propia copia de una disertación empastada, pero la intención clara de estas observaciones es que la estudiante no sentía orgullo de un logro en el producto final porque no lo consideraba propio.

me confió en privado que simplemente no tenía tiempo de llevar el trabajo del estudiante a sus propios estándares teóricos. ¿Suena conocido? Desdén académico, cuando ponerse a su nivel con paciencia habría sido mucho más instructivo.

Papeles que puede desempeñar la teoría

Cuando se usa en el discurso diario, la palabra "teoría" no indica ningunos poderes mágicos, no le otorga ningún estatus especial a una idea, más que cualquier otra palabra cotidiana tal como premisa, corazonada o conjetura. Tengo amigos que sostienen una teoría fantasiosa según la cual las estrellas de Hollywood siempre mueren en grupos de tres, idea que se demuestra cierta una y otra vez: siempre y cuando, claro, uno sea flexible con la manera de contar.

Pero el término "teoría" puede volverse pernicioso cuando lo usan los investigadores con "T mayúscula". La teoría se convierte en una especie de cachiporra intelectual en manos de los revisores, editores o asesores, quienes, intencionalmente o no, suelen intimidar a los aspirantes, autores, y en especial a los estudiantes de posgrado que anticipan o proponen un proyecto de investigación. En lugar de aprovechar el momento pedagógico para compartir algunas posibles *teorías* pertinentes (otra vez nota el plural, nunca una sola teoría sino varias "hipótesis" que compiten y se ofrecen a consideración), les asignan a los estudiantes una teoría o les informan que no va a permitírseles proceder antes de que hayan identificado una aceptable. El título de un artículo de una revista que vi hace unos años captó muy bien la idea: "Para avanzar, agarra una teoría".

Lo que podría convertirse en oportunidad para un diálogo informado sobre la teoría y una revisión concomitante de los papeles que puede desempeñar, se presenta, en su lugar, como un obstáculo, de manera muy similar a como se trata la revisión tradicional de la literatura. Poco o ningún reconocimiento se le da al peligro inherente de que, al proceder de manera teórica, los informes objetivos se sacrifiquen en la determinación sombría de encontrar aquello que uno ha estado buscando, y a pesar del atractivo intelectual, hay poca recompensa en salir a *"demostrar la falsedad de la teoría"*. Hacerlo puede contribuir a la ciencia, pero no tiene buena acogida. Los artículos de las revistas profesionales privilegian en su grandísima mayoría, y así lo informan, los resultados favorables.

En mi resolución de guardar un sitio para la teoría, pero al mismo tiempo ponerla en su lugar, he propuesto una modesta definición que sirva a este propósito dual: *La teoría es una manera de preguntar (indagar) guiada por una respuesta razonable* (ver también Wolcott 1994: 186). Si tienes una respuesta razonable (o una solución, explicación, interpretación, etc. para la pregunta que estás buscando, puedes proceder con ella como tu enfoque. A ti te compete llamar o no a tu enfoque "teórico", dependiendo más de tus propias necesidades que de las exigencias que los demás te hagan.

Pero si no tienes una respuesta razonable, o estás tratando de figurarte cuál puede ser una pregunta razonable, no hay razón para no hacer que la clarificación teórica se convierta en parte de tu investigación. Esto se hace mejor durante el resumen, cuando te formulas las preguntas que tus observaciones te plantean y la posible contribución que la teoría podría hacer para guiar la búsqueda de explicaciones. Aquí está la oportunidad de vincular tu trabajo con el de otros investigadores. Después de presentar tu estudio y hacer estas conexiones, plantea qué necesita investigarse después. Ahí es cuando puedes analizar las clases de teorías implicadas por tu trabajo, afirmar la importancia de los papeles que esta teoría puede desempeñar, o insistir en que exhibes un refinamiento teórico que pocos logran, pero para guiarte con suavidad en la dirección de hacer vínculos con los trabajos e ideas de otros.

La mayor parte de las dificultades teóricas parecen localizarse mejor hacia el final de un estudio descriptivo que en su comienzo, pero ¿tiene uno que sufrir para hacerlo?, ¿se perdería algo si *jugáramos* con las teorías, de la misma manera que a veces sostenemos que jugamos con las ideas? De manera semejante, se ha sugerido que no necesitamos, o en realidad no debemos, limitarnos a considerar una sola teoría cada vez. Johan Galtung hace su anotación en nombre de lo que él llama "pluralismo teórico" (Galtung 1990: 101). Si consideras la teoría demasiado elevada incluso para aparecer en

tu trabajo, ¿pueden engatusarte para que examines los conceptos que has empleado, tus ideas, corazonadas, nociones, especulaciones y hasta tus mejores conjeturas? Más modestamente aún, podrías hacer una excursión inicial simplemente esbozando las presuposiciones críticas que han guiado tu investigación. No te engañes creyendo que puedes menospreciar las presuposiciones. En cuanto planteas un problema y argumentas que puede razonablemente ser investigado, ya has hecho una cantidad de presuposiciones, incluyendo algunas exageradas sobre la naturaleza y eficacia de la investigación misma.

Otro papel que desempeña la teoría, y podría desempeñar en una medida mucho mayor, apunta a un defecto desagradable de los estudios cualitativos: nuestro fracaso individual y colectivo en lograr que los trabajos sean acumulativos. Cada estudio tiende a ser el único, debido en buena medida a la feroz independencia de la mayor parte de los investigadores cualitativos y al alcance limitado de lo que un individuo solo es capaz de lograr. En esta dirección podría darse un pequeño paso si, además de un espíritu más generoso que permita reconocer el trabajo importante de otros, todos hiciéramos un mejor uso de nuestros estudios anteriores para interpretar los posteriores, a fin de que nuestros esfuerzos individuales se acumularan en el tiempo, buscando diferentes aspectos de un asunto central o estudiando un fenómeno común desde perspectivas diferentes.

Para quienes ya estamos comprometidos en propósitos de esta naturaleza, un intento más consciente de manejar la teoría de nuestro propio trabajo, incluyendo consideraciones sobre cómo puede la teoría ayudar a superar la debilidad en la conceptualización o la vinculación de investigación nueva (o si lo debe hacer), debería tener una función más instructiva que el repetido reclamo que podemos escuchar criticando la escasez de teoría en el trabajo ajeno. El reto de hacer un esfuerzo mayor para explorar las bases teóricas no debe imponerse así no más sobre los hombros de los investigadores neófitos que entran a nuestras filas. La responsabilidad pertenece a aquellos que hemos estado dedicados a este trabajo por muchos años. Es un problema tolerable, cuya solución no debe imponerse

abusivamente a las sucesivas promociones de investigadores que apenas acaban de ingresar.

También podemos excusar mejor nuestra falta de refinamiento teórico en general. A mí ni me avergüenza ni hago la apología de tal carencia en mi propio trabajo. Dudo de que algunas personas con inclinaciones teóricas fuertes encuentren gran interés en mis estudios. Yo llamo a mis interpretaciones simplemente así: interpretaciones, y no niego sus implicaciones para la teoría, ni niego que mis datos, como todos los datos, estén cargados de teoría; comparto la idea de William James (atribuida en Agar 1996: 75) de que uno no puede ni siquiera coger piedras en un campo sin teoría. Es el término "teoría" mismo, y el poder místico que se le atribuye, lo que parece salirse de las manos.

Me gusta citar el consejo de Charles Darwin, escrito en 1863, sobre la teoría, ya que su nombre se asocia tan claramente con teoría y teorización en gran escala: "Permite que la teoría guíe tus observaciones, pero hasta que tu reputación esté bien establecida, sé moderado en publicar teoría. Esto hace que las personas duden de tus observaciones" (citado en Gruber 1981: 183).

La advertencia de Darwin se relaciona con el reconocimiento público, no con la teorización privada. En realidad, los pensamientos que expresa sobre el papel de la teorización plantean que Darwin sentía como imperativo contextualizar *todas* las observaciones dentro de un propósito mayor. Darwin se refería a aquel propósito mayor como "La Gran Pregunta". Parece haber pocas dudas en su mente de cuál debería ser esa gran pregunta: "La Gran Pregunta, que cada naturalista debe tener ante sí, cuando hace la disección de una ballena o clasifica una garrapata, un hongo, o un infusorio es: ¿cuáles son las leyes de la vida?" (citado en Barret y col. 1987: 228).

Presumo que Darwin no acosaba a sus asociados con teoría, y yo no he acosado a los míos con ella. No soy compulsivo de la teoría. Son más las veces en que he desanimado a los estudiantes tentados de hacer saltos demasiado grandes a la teoría desde sus modestas observaciones, e incluso a la así llamada teoría de rango medio. Yo

quiero que mi trabajo se base en su adecuación descriptiva, y que el de ellos también.[4]

Mis aseveraciones se basan en buena medida en los datos descriptivos recopilados por medio del trabajo de campo y organizados en torno a conceptos básicos de las ciencias sociales. Individual y colectivamente, ni las técnicas ni los conceptos que empleo son demasiado complicados. Comprometido como estoy con la cultura como concepto orientador —resultado de mi herencia antropológica— reconozco la preocupación de los colegas que se quejan de que el concepto "señala con el codo" (o sea, es demasiado general). Quizás los conceptos que señalan con el codo ofrecen suficiente dirección y teoría para cualquier persona inclinada a ser cautelosa, tentativa o dubitativa de la teoría. Encuentro solaz en las palabras de quienes le dan a la teoría el papel de un suave pedaleo. El antropólogo George Peter Murdock expresaba un punto de vista en su conferencia en memoria de Huxley, en 1971, que sigo considerando como precaución para toda la investigación basada en el campo: "Me parece, con base en mi conocimiento de la literatura, que la cualidad de la descripción etnográfica depende, de manera poco notoria, de la orientación teórica específica del observador (1971: 18)"

De lo que depende la calidad de la descripción, sigue Murdock, "es no tanto de la orientación teórica del trabajador de campo, pues esto puede probablemente producir tantos puntos ciegos como luces genuinas, sino de cualidades tales como la curiosidad intelectual, un verdadero interés por el pueblo estudiado, la sensibilidad, la laboriosidad y la objetividad" (1971: 18).

El *quid* de los comentarios de Murdock no era denigrar de la teoría sino señalar la disparidad entre la observación y la explicación para el comportamiento humano. Esté uno de acuerdo o no con el conjunto de atributos que él identificaba para los investigadores (por

4. Para una exposición de cómo se puede incorporar la teoría a los estudios descriptivos, acompañada de ejemplos ilustrativos de las disertaciones recién terminadas de varios recién doctorados en investigación educativa, ver a Flinders y Mills 1993.

ejemplo, que un "interés real por un pueblo estudiado" es la base para evaluar el cacumen investigativo), hay que fijarse en que la teoría puede tanto entrometerse como guiarnos por el camino. Sus papeles y contribuciones a la indagación cualitativa deben sopesarse y examinarse, no ser exaltados sin más.[5]

Vinculación por medio del método

Si el papel de la teoría tiende a menospreciarse al escribir investigación cualitativa, el papel e importancia del método se destacan más de la cuenta, en especial cuando se lo iguala con las técnicas de recolección de datos y se limita a ello.

Bien entendido, el método abarca más que la técnica, y lo más importante es que incluye los procedimientos del análisis de los datos. Cuando se toma el método, en este sentido amplio, como una manera de hacer algo de acuerdo con un plan definido, entonces, por supuesto, el término se aplica al trabajo de la investigación cualitativa, tal como se aplica a otras actividades que siguen un enfoque consistente: un método para actuar, para dar a luz, para cocinar, para hacer sembrados orgánicos, para enseñar. Existen libros sobre toda clase de métodos, y toda clase de libros dedicados a la metodología cualitativa.[6] Pero cuando los investigadores cualitativos abordan el método como tema que se debe cubrir al informar sobre su investigación, tienden a detenerse exhaustivamente y a veces demasiado a la defensiva, en cómo realizaron su trabajo de campo y recopilaron sus datos. Es este sentido limitado del término, el método como técnica, lo que yo examino aquí.

5. Ver, por ejemplo, la discusión de la influencia de la teoría sobre las explicaciones antropológicas en Layton 1997.

6. Por ejemplo, ver *Social research method* [Método de investigación social] de Russ Bernards, que aborda tanto los enfoques cualitativos como cuantitativos (Bernards 2000), así como el completo *Handbook of qualitative research* editado por Norman Denzin e Ivonna Lincoln y ahora en su segunda edición (2000) que contiene 41 capítulos de diferentes autores.

Poco me agradaría repetir la observación de que "nadie que haya seguido el método científico ha encontrado nunca nada interesante" y luego dedicarme a alabar la investigación cualitativa por sus procedimientos rigurosos, sistemáticos, de comprobación de hipótesis; su atención a la medición y a la cuantificación; sus diseños de investigación estrechos y rígidos; su preocupación con la posibilidad de replicarse —en síntesis, con ciertos procedimientos que no son seguros ni necesariamente prácticos o apropiados, a veces ni siquiera posibles en el ambiente cotidiano donde se llevan a cabo— Paradójicamente, a los que suponen estar esposados al método científico o a los así llamados científicos inflexibles, los favorece lo que esencialmente es un mito que se autoperpetúa sobre cómo se *cientifica*. El mito los hace libres de perseguir sus propias indagaciones de maneras que a veces se parecen muchísimo a las nuestras. Recuerdo una conversación breve con un compañero de asiento en un vuelo transcontinental. Me contó que era físico con especialidad en el estudio de la capa de ozono. Le pregunté cómo se iniciaría una investigación en un tema como éste y me pareció muy consoladora su respuesta: "Primero, se necesitan algunos datos de observación".

Toda la investigación se basa en datos de observación, la misma observación que pasan por alto quienes insisten en hacer énfasis en las diferencias entre los enfoques cualitativos y cuantitativos. Contraponerlos les presta un flaco servicio a ambos, pues menoscaba la contribución que se espera de cada uno, amén de lo que cada uno puede contribuir al otro. La mayor parte de los investigadores cualitativos se beneficiarían si prestaran una mayor atención a contar y a medir lo que merece ser contado y medido; la mayor parte de los cuantificadores podrían "iluminarse" revelando aspectos muy personales sobre sí mismos que influyen enormemente en su práctica profesional. Todos nosotros numeramos nuestras páginas. Todos tomamos decisiones desesperadamente subjetivas al seleccionar los temas que investigamos, independientemente de que algunos investigadores puedan proceder de ahí en adelante en forma sistemática.

Pero es necesaria una advertencia para los investigadores cualitativos tentados a inclinarse con demasiada fuerza sobre la santidad del método, y en especial sobre las técnicas de trabajo de campo, para validar su investigación o conferirle estatus. Es preciso hacer una autocrítica de las técnicas de trabajo de campo de donde derivamos nuestras observaciones. Ésta es la tercera y última clase de vinculación que examino aquí. Al igual que con las dos anteriores, sugiero que uses esta vinculación lo menos posible. En este caso, sin embargo, la razón es diferente.

En cuanto al método, los vínculos que podemos hacer con el trabajo de los demás no son ni poderosos ni convincentes. El método no es el fuerte de la investigación cualitativa. Permíteme proporcionarte una visión global que haga énfasis en los acercamientos cotidianos, más bien ordinarios, que empleamos. Mi intento es disuadirte de la tentación de hacer algo semejante, construir o fortalecer tu caso en virtud del solo método. No estás obligado a revisar y defender todo el movimiento cualitativo antes de adentrarte en los detalles particulares de tu caso. El asunto es distinto en lo que tiene que ver con la explicación cuidadosa de cómo precisamente hiciste *tu* investigación.

Técnicas de investigación en la indagación cualitativa

Tres o cuatro décadas atrás, no se había escrito mucho sobre métodos de campo. Si mal no recuerdo, la frase "investigación cualitativa" rara vez (¿nunca?) se oía en los sesenta. De lo que se había escrito antes, por fuera de sus respectivas disciplinas académicas, se citaban las mismas pocas referencias y los mismos pocos estudios ilustrativos, con la casi total exclusión de todos los demás. El capítulo introductorio de Malinowski en los *Argonauts of the west Pacific* (1922), "Tema, método y alcances de esta indagación", fue especialmente popular entre quienes se iban a trabajar a un sitio lejano o investigaban lo exótico. *Streets corner society* de William F.Whyte (1943), era un texto frecuentemente citado como modelo para quien estudiara más cerca de casa, en particular después de que Whyte añadiera un apéndice de 79 páginas a la segunda edición, que ofrecía un "relato más bien personal de cómo vivió el investigador durante el período de estudio" (1955: 279).

Había otras obras o trabajos que se podían consultar o citar, un estante cada vez mayor de clásicos etnográficos para estudiantes de antropología, de estudios en la onda de la "Escuela de Chicago" para sociólogos. Estos constituían un número manejable de estudios que fueron hitos cuyos títulos eran conocidos, aunque no sus contenidos. Sin embargo, fuera del campo de la antropología y la sociología cualitativa, por lo general los consideraban excepciones a la regla de lo que constituía investigación "real" o "rigurosa" (es decir, experimentalmente controlada, y por ende verificable).

Hoy en día las circunstancias predominantes son distintas. Los enfoques de los trabajos de campo se han independizado de las disciplinas que los introdujeron y nutrieron. Las técnicas que caracterizan los estudios de campo se conocen y practican ampliamente. La precaución de Darwin sobre dedicarse en exceso a las proezas *teóricas* puede parafrasearse de manera que ofrezca un consejo comparable para los investigadores cualitativos que buscan basarse en el método para validar sus aseveraciones: permite que el método guíe tus observaciones, pero hasta que tu reputación esté bien establecida, sé parco en publicar acerca de él.

Maneras de representar gráficamente los enfoques cualitativos

El compromiso enfático con la investigación cualitativa llegó durante los años de mi carrera profesional. Mi participación en tales prácticas ha recibido la influencia de haber estudiado antropología cultural y se ha aplicado, en su mayor parte, al amplio campo de la investigación educativa. Además de mis trabajos de investigación, enseñé durante muchos años métodos cualitativos. Para propósitos instructivos, busqué maneras de representar gráficamente los enfoques cualitativos. Era fácil resumirlos en tablas convenientes para documentos de clase o proyecciones en la pared, pero un formato rígido de columnas y filas producía un mensaje del todo contrario a la interconexión que yo deseaba expresar. En lo que concebía como el espíritu y la fuerza particular de la indagación cualitativa, busqué maneras de organizar y presentar el enfoque cualitativo como un todo sin fisuras más que como una lista de técnicas.

Muy pronto se me ocurrió la idea de representar algunos de los principales enfoques cualitativos en un gráfico de círculo o de torta. Los gráficos circulares suelen usarse para ilustrar la proporción relativa pero eran las *similitudes* relativas entre los enfoques lo que yo quería resaltar. De acuerdo con la manera como localicé los diferentes enfoques en el gráfico, el diagrama me permitió poner en gran proximidad aquellos que tenían más en común. Así es el diagrama que desarrollé para la primera edición de esta monografía (el diagrama original se vuelve a editar en esta segunda edición y se lo analiza en el próximo capítulo). Quería hacer énfasis en que no era sólo la naturaleza cotidiana de los datos que los investigadores cualitativos manipulaban sino un conjunto igualmente cotidiano de técnicas que empleaban para recolectar esos datos. Sentía que las técnicas de recolección de datos podían ubicarse adecuadamente bajo tres grandes títulos. Esto no significa que hubiera "encontrado" tres; podría haber sido cualquier número. Más bien refleja mi tendencia a *categorizar* en conjuntos de tres.[7]

Les asigné las denominaciones de *experimentar, indagar y examinar* a las tres categorías que buscaban hacer énfasis en lo que el trabajador de campo en realidad hace. Uno puede reconocer las tres por sus etiquetas más conocidas: **observación participante, entrevistas e investigación de archivos.**

Conceptualizar los enfoques cualitativos como un árbol

Visualicé estas tres grandes actividades de la investigación como raíces que penetran al fondo de los eventos cotidianos. Firmemente ancladas en la realidad de la vida ordinaria, estas raíces se inte-

7. Date cuenta de si caes en el hábito de este error común que se hace al presentar informes, tratando el número de categorías que imponemos a los fenómenos (tal como las tres categorías que se plantean aquí) como una cualidad inherente a los datos mismos.

gran y sirven de apoyo a un macizo tronco que surge y a su vez sirve a varias ramas grandes. El cuadro que se formaba en mi mente era como un árbol gigante, de hojas anchas, similar a los grandes robles o arces que veo desde las ventanas de mi estudio. La estructura central a partir de la cual se derivan las diferentes ramas le da apoyo a la actividad central de la investigación cualitativa: la observación participante. Las ramas pequeñas y grandes que brotan representan las variaciones menores y mayores que constituyen colectivamente todos los enfoques amparados bajo esa amplia etiqueta.

Una rama importante, especialmente dependiente de las fuentes de archivos para sus datos, se dedica al **examen** de materiales hechos por otros (investigar documentos o estudiar artefactos). Otra rama hace énfasis en la **observación** (como sucede en la etología humana o en los estudios de un observador no participante). Otra se basa esencialmente en la **entrevista** (como la biografía, el periodismo, la narrativa, la historia oral).

Los investigadores que buscan una perspectiva más amplia no se aventuran por las ramas que los obligan a ceñirse a una sola estrategia (por ejemplo, un estudio conducido solamente a través de entrevistas), sino que buscan un ángulo que les permita una posición desde la que se pueden basar en cualquier combinación de estrategias que parezca adecuada. Sus estudios emplean un amplio abanico de técnicas que la más amplia etiqueta de **observación participante** abarca. Muchos buscan formas diferenciables y reconocidas de la observación participante misma y su estrategia puede revelar un compromiso con la perspectiva etnográfica o una perspectiva que se obtiene desde una rama secundaria aún más especializada, tales como los *estudios comunitarios o la historia de vida antropológica*. O su estrategia puede ser un brote contemporáneo, tal como una *etnografía feminista o crítica*. A lo largo de una rama sociológica paralela, uno puede afianzar su posición en la *Escuela de sociología de Chicago* o un *estudio de campo* sociológicamente orientado, o perseguir una rama más especializada tal como la *fenomenología, la etnometodología o el análisis de la conversación* (véase figura 4.1).

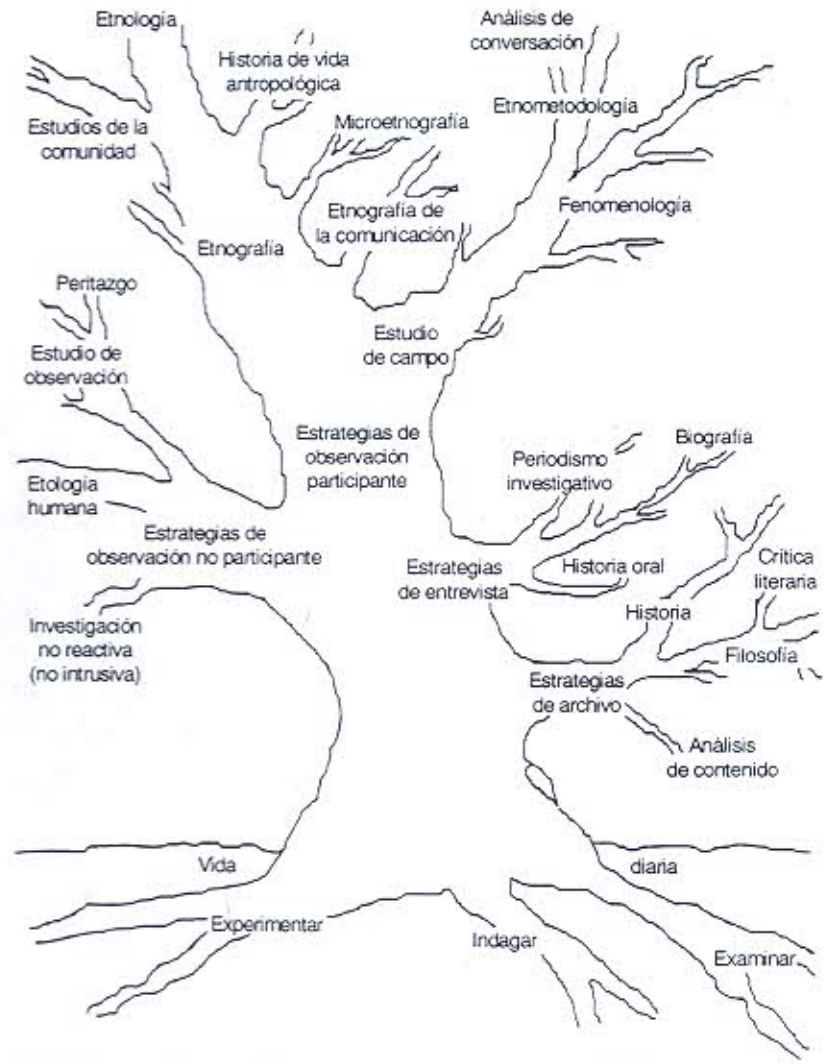

Figura 4.1 Estrategias de investigación cualitativa

Presento el "árbol" aquí para sugerirte e intentar convencerte de que no tiene mucho sentido tratar de ofrecer una visión general grandiosa de la investigación cualitativa cuando cualquier estudio

particular puede basarse sólo selectivamente en tan amplia variedad de técnicas y enfoques. Las visiones amplias son propiamente el tema de libros enteros dedicados a un tópico. La misma etiqueta de *observación participante* contribuye a crear confusión porque se usa tanto como un término general, que cubre *todos* los enfoques cualitativos y como una variante particular entre ellos (en contraste con un estudio de observador, una estrategia de entrevista, etc.). Así, en cualquier trabajo de investigación es esencial dar detalles sobre *cómo* exactamente se despliega la observación participante en su sentido más amplio. La etiqueta de observación participante en sí misma es demasiado amplia.

Aventurarse o abandonar la seguridad ofrecida por la actividad nuclear dominante requiere un conocimiento especial de tipo conceptual y metodológico. Cada enfoque (cada rama principal) ofrece sus ventajas y una perspectiva única. También puedes "ponerte en la situación precaria" de aseverar que has logrado una perspectiva especial pero sin darte buena cuenta de las limitaciones o del potencial que se puede conseguir desde esta perspectiva. Más allá de un enfoque genérico de observación participante, hay formas particulares de conceptualizaciones asociadas con disciplinas, etiquetas, escuelas de pensamiento y orientaciones de los problemas particulares. La etnografía, la etología humana, la historia oral, el interaccionismo simbólico, ofrecen todos una forma particular de ver, una perspectiva especial de lo que se observa y cómo se lo presenta. Sin embargo, tal como lo expresó Kenneth Burke hace años: "Una manera de ver es siempre una manera de no ver" (1935: 170). Bien sea en un árbol figurado o literal uno no puede estar en todas partes al mismo tiempo o tener todos los posibles puntos de vista al mismo tiempo.

Cuando transformé el gráfico circular en un diagrama de árbol sucedieron algunas cosas inesperadas. Por una parte, la visualización me ayudó a darme cuenta de que la observación participante sirve como la actividad central unificadora de *todo* el trabajo cualitativo, más que ser simplemente una *faceta* de éste, como ocurría con la representación original del diagrama circular. Por eso, la observación participante se duplica como sinónimo de trabajo de

campo, de etnografía y virtualmente, de cualquier enfoque cualitativo. La observación participante *es* el corazón, el meollo, de toda indagación cualitativa, su núcleo substancial.

También me sorprendió descubrir que tenía dificultades para encontrar un lugar adecuado para el *estudio de casos* en el árbol. Mi problema no era que éste no encajara *en ninguna parte*, sino que parecía encajar *en todas partes*. Entonces me di cuenta de que es preferible considerar el estudio de casos como una forma de reportar más que como una estrategia para conducir investigación. Reconozco que algunos académicos consideran el estudio de casos como un método ecléctico pero circunscrito (por ejemplo, Merriam 1998; Stake 1995; Yin 1994). Prefiero considerarlo en un sentido más estrecho, como un formato para *informar*. Como tal, no es solamente conveniente sino el preferible. Si uno busca presentar el estudio en la forma de un caso, debe estar seguro de proporcionar suficientes detalles sobre las técnicas de investigación específicas empleadas en lugar de esperar que, por sí mismo, "el estudio de casos" dé detalles adecuados sobre cómo se procedió. Como con cualquiera de los métodos genéricos mencionados aquí, se podría escribir un artículo o un libro sobre él, pero para cualquier estudio, la etiqueta es terriblemente inadecuada como explicación de lo que se hizo.

A mí me gustan las analogías y he empleado la del árbol como manera de explicar, y la del diagrama del árbol como forma de ilustrar que la observación participante constituye el núcleo de la investigación cualitativa. Lo visual también ayuda a hacer énfasis en la conexión entre los enfoques: lo que comparten y cómo se diferencian. No sólo es necesario decidirse entre varias estrategias, sino que al hacerlo, se deben satisfacer compromisos. Por ejemplo, hay gran diferencia entre prestar una o dos de las técnicas de trabajo de campo que los etnógrafos (y otros investigadores cualitativos) usan para recolectar datos, y ponerse en aprietos al sostener que se está "haciendo etnografía" con base sólo en la técnica. Un estudio que tiene *influencias* del enfoque etnográfico, o del interaccionismo simbólico, etc., no es lo mismo que un estudio *constituido* por estos enfoques. Tal estudio se representa mejor de esa forma, "a la manera

de", en lugar de aseverar que se van a demostrar todas las sutilezas de los investigadores duchos que conocen al dedillo la tradición.

Tuve la expectativa y albergué la esperanza de que otros pudieran encontrar atractiva mi analogía del árbol y se sintieran libres de añadir o reorganizar ramas o de desarrollar secciones del árbol en mayor detalle.[8] Supuse que la sección del árbol que representa el interés particular del investigador —como la rama antropológica en mi caso— se desarrollaría relativamente en mayor detalle. Las áreas de menor interés se tratarían de manera sumaria, no por descuido sino para llamar la atención sobre alguna subsección particular más que sobre el árbol mismo. Esto también sería cierto en la literatura sobre el método que incluyes en tu revisión. Tus lectores no necesitan la historia completa de quién pudo haber plantado el árbol (a veces parece ir hasta Herodoto) o cómo evolucionó y creció, sino que se les garantice que tú estás seguro en la posición desde la cual estás observando y que la selección que has hecho de una posición es razonable y razonada, bien adecuada a tus propósitos y talentos.

El método, tus métodos (de recolección de datos) y la metodología

Repito: te recomiendo no dedicarle atención indebida a una revisión general del método pues si el comité de disertación quiere estar seguro de tu dominio general de esta literatura, ése es un aspecto que podrías desarrollar en tu *propuesta* inicial de investigación, y que después podrás emplear selectivamente, en caso de ser necesario. Al identificar la observación participante como la actividad investigativa nuclear en la indagación cualitativa, he subrayado no sólo la naturaleza cotidiana en nuestros datos sino también la forma cotidiana como vamos a recolectarlos. Es imposible envolver en misterios o dar explicaciones esotéricas sobre un enfoque que se puede encapsular con el término de "observación participante". El método en sí no es suficiente para permitirnos aseveraciones tajantes sobre lo que hemos hecho. Emplear técnicas ordinarias de trabajo de campo en el curso de una investigación no requiere que uno se explaye demasiado en el tema de quién ha sido pionero o las ha empleado en otra parte. No es suficiente garantía de que lo que tenemos que informar sea preciso o esté completo, el hecho de haber "estado allá" o tener una "relación íntima de largo tiempo". No hay que hacer tanto ruido con tan pocas nueces.

La indagación cualitativa es más que un método, y el método es más que técnicas de trabajo de campo. Mientras más tiempo uno le dedique a este último, más le llama la atención y se la quita a su informe sustantivo. No trates de convencer a tu público de la validez de tus observaciones basado en el poder de un enfoque de trabajo de campo y satisface a los lectores con suficientes detalles sobre cómo obtuviste los datos que en realidad empleaste. Tú eres la mejor fuente de información sobre lo confirmable de lo que has informado. Si te nivelas con tu lector en este punto, habrás cumplido con tu obligación de realizar informes cuidadosos; pero el potencial de tu contribución se habrá extendido enormemente si das detalles adecuados sobre cómo procediste con tu *análisis*. La combinación específica de tu ambiente de campo y tú en él nunca podrá replicarse, pero presentar la forma como analizaste los datos puede ser una gran ayuda para otros investigadores con experiencias, notas y conjuntos propios de datos de campo, comparables con los tuyos.

Si tienes mucho que decir sobre el trabajo de campo —numerosos y buenos consejos o advertencias que quieras revelar— redacta tal material en forma separada, quizás como un apéndice, de pronto en un artículo o monografía independientes. Así, si una indagación resulta decepcionante en su contribución sustantiva, puede hacer un aporte importante al método; pero entonces debes asegurarte de que el cambio de tu enfoque se comunique con claridad al público al que pretendes llegar. No dudes en proporcionar ejemplos de la riqueza de tu experiencia en el trabajo de campo para ilustrar tus asertos,

8. En su lugar parecía que los esfuerzos para ilustrar estos vínculos se me habían salido de las manos cuando un ilustrador demasiado acucioso le puso al árbol todas las hojas. Los editores que solicitaron el capítulo en el cual el árbol aparecía se burlaban del diagrama, al que le pusieron el apodo -insistieron que respetuoso- de "la zarza ardiente de Harry" (LeCompte, Millroy, y Preissle 1992:xxiii).

pero no trates de satisfacer los diferentes públicos buscando lograr un equilibrio entre los asuntos sustantivos y el método.

Si quieres darle un enfoque particular, bien sea al método (técnicas de trabajo de campo, procedimientos analíticos) o a la metodología, describe estas piezas de manera independiente y ten presente un público orientado hacia el método.[9] Si el método es o se convierte en el centro de tu explicación, advierte la distinción que puede, y debe hacerse, entre método y metodología. La metodología se refiere a los principios subyacentes a la indagación más que a técnicas específicas. No sé de dónde sacamos el hábito de referirnos a todo lo que hacemos como "metodología" pero sí *por qué* lo hacemos: vuelve nuestros humildes métodos más pomposos.

El método o la teoría como narrativa

Es posible que se te haya ocurrido la idea de que los acontecimientos de tu investigación, a medida que se desarrollaron —desde cuando te interesaste por primera vez en el tema hasta cómo procediste y qué fue lo que aprendiste—, pueden ser un vehículo apropiado para narrar tu relato. Con la sola advertencia de que mantengas la narrativa centrada en la investigación, más que en el investigador, ésta puede ser un enfoque excelente, pues te permite introducir información vital de apoyo a medida que la narración va evolucionando. Esto es mejor que empezar dedicando los capítulos tradicionales a la exposición amplia de la literatura, la teoría y el método pertinentes. Yo advierto y recomiendo este enfoque y no quisiera dejar la impresión de que desdeño el método. La palabra operativa al hacer cualquiera de los vínculos discutidos aquí es *pertinencia*. Resiste la tentación de llenar páginas con temas definidos demasiado ampliamente pasa a la narración y avanza en ella.

9. Varias revistas de orientación cualitativa incluyen artículos sobre métodos de investigación. *Field Methods*, antes *Cultural Anthropology Methods* se dedica exclusivamente a artículos sobre los métodos usados por los trabajadores de campo en las ciencias sociales, del comportamiento y las humanidades.

En casos raros, al menos entre investigadores principiantes, buscar la teoría podría proporcionar, de igual manera, un hilo narrativo para entretejer en la historia. Manos más expertas podrían tejer una emocionante historia de investigación guiada por la teoría, en especial si la narración revela los riesgos de realizar investigación cuando uno sabe anticipadamente qué busca. La experiencia personal te ofrece otra manera de desarrollar tu historia, quizás relatada como un problema que encontraste originalmente en tu vida personal y que se remodela más tarde en términos de la carrera profesional. Yo no descartaría ningún enfoque que te ayude a contar la historia que tienes que contar y a mantener el enfoque a medida que la narración se va volviendo más compleja.

Resumen

Con esto concluye la parte 1, una exposición que ha revisado cómo empezar a andar y qué incluir en el cuerpo del texto. De aquí pasamos a las cuestiones de afianzar, editar y que te publiquen. En este capítulo pasé de la mecánica de escribir a las cuestiones de "qué más" incluir para redondear un estudio cualitativo. He abordado algunas de las tradiciones de la escritura académica, tradiciones que tienen sus orígenes en lo que se escribe para una disertación de grado pero que tienden a permanecer "porque ahí están".

Aunque, al escribir el estudio he advertido en contra de las peroratas, esto no evitó que yo lo hiciera. He tenido la intención de que estos comentarios sean provocadores. Si tú no puedes, o no fuiste capaz de soslayar la tradición en la redacción en tu primer estudio, te animo a que pienses en formas alternativas de presentar el material cuando estés solo. Busca maneras de animar a los demás, a tus propios estudiantes especialmente, a que hagan lo mismo.

He propuesto que tu capítulo 2 sea lo que piensas que debe ser un capítulo 2. Si estás dispuesto a echar por la borda el capítulo 1 con los comentarios introductorios académicos típicos de salvamento de responsabilidades (otro hábito difícil de vencer), para cuando estés en el capítulo 2, es hora de llegar a los casos. Sea lo que sea que te obligue a hacer una revisión extensa de las literaturas pertinen-

tes, tu lector probablemente preferirá que avances con lo que tienes que informar. Con este fin, sugiero que sólo tras una brevísima descripción del problema y la escena, te dediques a presentar de inmediato los detalles de tu narración. Introduce material adicional sobre el contexto cuando se necesite para encontrar el sentido de lo que has presentado y situar tu trabajo en un contexto más amplio.

Lo mismo con la teoría y el método: úsalos cuando se necesiten, con miras a explicar y no a interrumpir. Haz que la teoría sea amigable con el usuario —un recurso invaluable si se lo sabe usar—. Si todavía no has llegado allí, comparte tus pensamientos sobre cómo puede haber ayudado la teoría correcta en el momento preciso. Esto parece preferible a imponer alguna teoría tangencial que cumpla con la forma más bien que con la función. Nadie se empeña en que las disertaciones tengan que sonar como tales. La forma torpe como la teoría se va metiendo en la mayoría de ellas es una gran parte del problema. Si las soluciones prácticas, o los conceptos amplios, o trazar analogías, ha sido bueno para organizar y presentar tus datos, habla sobre ello.

No te dejes tentar a garrapatear alguna idea teórica elevada que no hace sino oscurecer la importancia de las observaciones e intuiciones que tienes.

En las dos décadas pasadas, los métodos cualitativos —que en muchos casos se retratarían mejor como técnicas de trabajo de campo— se han vuelto muy populares y han ganado gran aceptación. No es necesario que cada investigador los descubra y defienda de nuevo, ni que presente una revisión literaria sobre procedimientos tan estandarizados como la observación participante y las entrevistas. En lugar de tener que describir y defender los enfoques cualitativos, como alguna vez nos vimos obligados a hacerlo, ya es difícil decir algo nuevo u original sobre ellos. Los investigadores neófitos, que experimentan estos enfoques por primera vez, deben darse cuenta de que es poco probable que sus lectores compartan la emoción de verlos revisados otra vez. Di lo menos posible en defensa de la investigación cualitativa en general.

Tampoco debes basarte en el método para validar tu trabajo. Somos más sistemáticos, más metódicos, de lo que nos reconocen nuestros críticos, pero tratar de convencerlos es arar en el desierto. Estas discusiones nos ponen a menudo a la defensiva, en lugar de ir al grano sobre lo que dedujimos con respecto a nuestras observaciones. El método no es nuestro propósito, al menos en el sentido de basarnos en la técnica para afirmar que el nuestro es válido.

Especialmente en la escritura posterior a la disertación, ten en mente a otros investigadores como público —o quizás como el público— con un interés más profundo en tu trabajo. A ellos no les interesa una prueba de tu erudición, pero esperan que muestres un buen manejo de la literatura importante en tu área. Les interesará cómo te las arreglas con la teoría y, en especial, cómo la vinculas con tu enfoque. Como tus datos están conformados esencialmente por material cotidiano recopilado de maneras comunes, cualquier conocimiento que hayas adquirido sobre la organización y el análisis de los datos será especialmente bien recibido. La verdad sea dicha, el verdadero trabajo de la investigación cualitativa se hace en la mente, no en el campo.

Forjando vínculos

- Si el comité de disertación, el editor o la editorial te piden que sin falta abordes temas tales como una revisión independiente de la literatura o que prepares un tratado separado sobre la teoría o el método, haz lo que tienes que hacer, pero no presupongas que estos temas se tienen que tratar de una manera particular o en un lugar específico. Sé selectivo en todo lo que vas a incluir a guisa de reseña y no permitas que tu revisión de lo que los otros han hecho eclipse o impida que tú presentes lo que tienes para informar.
- No te excedas en la revisión de la literatura. Llama la atención hacia unos pocos estudios muy relacionados. Deja los amplios intentos de revisión para capítulos de síntesis que te hayan invitado a hacer o para tareas independientes de escritura. Si estás escribiendo una disertación y la amplitud de la revisión de la literatura requerida por el comité de tesis pareciera exceder demasiado el alcance de tu tema de investigación, mira si puedes negociar que esta

revisión se haga de manera independiente, de modo que lo que incluyas en ella tenga importancia inmediata.

- No te amedrentes ante la teoría. Si la teoría no ha guiado de manera explícita la investigación ni ha sido útil en el análisis de los datos, piensa bien en lo que esperabas que la teoría pudiera hacer por ti y la forma o formas probables que podría tomar la ayuda, más bien que en usar el comodín de algunos vínculos teóricos nebulosos que sirven sólo como cortina de humo. Pero sí debes rastrear las raíces de tu pensamiento sobre el problema que investigas, su importancia y complejidad.
- No te explayes en el amplio tema del método, y no intentes reseñar o defender todo el movimiento cualitativo. Restringe tu explicación detallada de las técnicas de trabajo de campo a la forma en que obtuviste los datos que empleaste, y no a cómo el resto de la gente que usa un enfoque cualitativo logra los suyos. Es lo mismo con el análisis: ¿cómo hiciste para que tus datos se pudiesen usar?

Aplicaciones

He tratado de evitar el estilo doctoral o el tono del escritor de textos, para que esto no parezca un libro escolar. Me impacientan los autores que concluyen sus capítulos con preguntas para ponerme a pensar o tareas para hacer. Pero en este punto puede ser útil sugerir algunas maneras para que tu lectura sea más interactiva. Así que me siento autorizado a ofrecerte algunos pensamientos y ejercicios prácticos que puedan ayudarte a tu propia redacción. Estas ideas también pueden sugerir maneras en que los instructores ayuden a los estudiantes a convertirse en escritores de mayor calidad.

Permíteme recordarte mi intención al final del capítulo 1 (y otra vez al final del 2) de que te involucres. Si en este momento no estás dedicado a redactar una investigación, te sugiero pensar en un proyecto probable para un futuro cercano. Para esa investigación hipotética, te sugiero que esboces la oración que declara el problema (por escrito) para centrar tus pensamientos mientras sigues leyendo. Si no tienes un problema real o hipotético semejante en mente, permíteme sugerirte una vez más hacer ese ejercicio antes de abordar las ideas sugeridas en esta sección.

1. Haz un intento de "desbrozar monte". Copia un párrafo de una prosa particularmente densa tomado de un artículo de revista, o el capítulo de un libro de tu área. Trata de corregirlo, no tanto en el sentido de volverlo a escribir por completo, sino para ayudarle al autor a decir de manera más clara lo que intenta expresar. Luego, intenta revisar un párrafo de algo que hayas escrito. Descubrirás que ponerte el hábito del editor en lugar del acostumbrado de escritor, te ayuda a distanciarte de las palabras que tienes al frente.
2. Encuentra un artículo escrito en la objetiva tercera persona y reescribe un par de sus párrafos en la primera. En el ejemplo que escogiste, ¿mejoró el tono el hecho de cambiar de tercera persona a primera? ¿Qué otras cosas debes tener en cuenta antes de decidirte a usar lenguaje en primera o tercera perso-

nas? De modo semejante, encuentra un artículo escrito en voz pasiva, y mira a ver cómo se vería pasado a la activa. Y, por último, toma un trozo descriptivo escrito en presente —y preferiblemente algo escrito por ti mismo— y reescríbelo en el pasado. ¿Interfiere el pasado con la precisión de la oración o la mejora?

3. Pídele a alguien —o mejor aún, a varias personas— que lean en voz alta un trozo que hayas escrito. Advierte que la entonación y el fraseo cambian con los diferentes lectores. Cuando revisas tu material, debes ser capaz de escuchar cómo pueden leerse (o leerse mal) tus oraciones.
4. Juega con los títulos. Haz una lluvia de posibles títulos para el presente o próximo proyecto de investigación. Haz luego una lista comenzando por los más adecuados. ¿Puedes discernir un patrón entre los títulos que te ayude a identificar palabras o ideas que estás seguro deseas expresar? ¿Expresa cada título suficiente información para captar la atención de posibles lectores? ¿Y cuáles serían las categorías probables en las que tu trabajo podría ser catalogado por alguien que estuviera compilando una bibliografía electrónica basada sólo en títulos?
5. Yendo más allá con la idea que introduje en el capítulo 2 de la proporción entre descripción, análisis e interpretación, ¿cuáles serían las circunstancias apropiadas para que cualquiera de estos tres aspectos se convirtiera en el único enfoque de un proyecto de investigación?, ¿se te ocurre alguna circunstancia que justificara que cada uno de los tres elementos recibiera igual atención? y, ¿eres capaz de imaginar la variación en la manera como divides tu atención a los tres elementos durante el curso de tu carrera de investigador?
6. Si ya estás trabajando en un documento, prepara una breve hoja de estilo para acompañarlo. Ponla en forma de memorando al editor para plantearle preguntas sobre tu manejo de los términos (por ejemplo, observador participante u observador participante), o para establecer tus preferencias, tu uso de comas y la coma seriada, tu estilo preferido para las notas al pie de página o al final, o cualquier otro asunto que deba resolverse para darle al documento un formato consistente.
7. Como recurso personal, ¿qué tal si comienzas a llevar un cuaderno con dichos inteligentes y expresivos, definiciones útiles, proverbios oportunos, luces teóricas, etc.? Yo denominé el mío Citas. ¿Cómo vas a llamar el tuyo? ¿Y dónde lo vas a mantener? A mí lo que me gusta es mantener estas citas citables en un cuaderno empastado en mi escritorio, y no en mi computador; quiero tener acceso a él en cualquier momento.
8. Una vez me pidieron que hiciera una breve sinopsis de una ópera para unos amigos que no la conocían. Decidí comenzar mi relato contando cómo iban a estar las cosas cuando el telón cayera, al final. Luego me fui devolviendo para contar los acontecimientos críticos de la historia que acabarían llevando al final (presumiblemente trágico). Después me quedé pensando por qué nunca presentamos de esta manera un informe de investigación. Piensa en la posibilidad de contar lo investigado a partir de cómo están las cosas en el presente, lo que hemos aprendido, y luego detenernos en los detalles importantes y necesarios para saber cómo llegamos a este punto.
9. Dibuja tu propio árbol para mostrar las relaciones tal como las percibes entre las formas principales que adopta la investigación cualitativa. O reconceptualiza el sistema de alguna otra manera, tal como con un diagrama de Venn. ¿Te sientes satisfecho con la idea presentada en el capítulo 4 de que la observación participante es la actividad nuclear de toda la investigación cualitativa?
10. En tu campo, ¿puedes identificar a los investigadores que han hecho una contribución importante para la teoría?, ¿quiénes son y cuál es la naturaleza de su distribución? O, ¿tienes que salir del área para encontrar sus teóricos más prominentes? Ten en cuenta que la mayor parte de los investigadores están dispuestos y deseosos de expresar opiniones sobre la teoría y los diversos papeles que puede desempeñar, pero eso no debe confundirse con la construcción de la teoría misma.

11. De una revista popular o profesional selecciona un artículo que creas que se beneficiaría de una revisión. Supón que no ha aparecido impreso todavía sino que se lo devolvieron a un colega con instrucciones para que recorte su tamaño en una tercera parte. ¿Puedes sugerir dónde y cómo podría el autor cortar para atenerse a las fuertes limitaciones de espacio? (Nota: vas a encontrar ayuda en el capítulo 5, especialmente si te das cuenta de que simplemente quitándole una o dos palabras a cada oración no vas a hacer la reducción suficiente).
12. Adelantándote a un tema estudiado en el capítulo 6 y a cosas no escritas aún, prepara un resumen *(abstract)* pensado en un artículo o informe que hayas escrito (si estás escribiendo la disertación, escribe el resumen requerido por *Dissertation Abstracts*). No te salgas de los límites de palabras de las revistas de tu campo. Además, identifica las palabras clave por medio de las cuales se puede indizar el material, asegurándote de que las palabras que selecciones llevarán tu trabajo a la atención de los públicos adecuados.
13. ¿Existe un tema de investigación sobre el que sepas tanto que casi serías capaz de escribir un estudio antes de llevar a cabo el trabajo de campo? Haz un esbozo. ¿En caso de que en realidad fueras a investigar este tema después de haber hecho el esbozo, crees que tu trabajo llevaría a un proyecto de investigación mejor diseñado o a desarrollar un trabajo para sustentar una posición?
14. Con ánimo jocoso, trata de superar a los ofensores más serios de tu campo escribiendo una parodia de un párrafo inicial pomposo para un estudio propuesto, de importancia nula. Si asistes a un seminario, quizás puedas entrar en una competencia para ver quién queda en primer lugar en el grupo. Luego, hazte el propósito de no escribir nunca una bobería semejante o permitir que te comprometan a hacer investigaciones triviales, como primera medida.
15. (Te van a calificar éste de manera especial). Yo me mantengo insistiéndote en que vayas al grano con la declaración del problema: "El propósito de este estudio es...". pero aun así, es una lástima que arranques con una construcción pasiva. ¿Puedes encontrar maneras de reescribir esta oración de modo que comiences tu estudio con algo más alegre?
16. Para tu estudio, real o proyectado, monta un archivo vertical y le asignas una carpeta a cada capítulo (si la idea es culminar en un libro) o a cada sección (si en un artículo). Puedes encontrar un archivador vertical poco costoso en un almacén de artículos de oficina o en la papelería universitaria pero, en todo caso, unos legajadores de manila te sirven. En cada carpeta pon una breve oración en la que describas el contenido probable de esa sección o capítulo. Oye, si eres capaz de ir tan lejos, ¿por qué no desarrollas un esbozo del material que iría en esa carpeta? Si eres capaz de hacerlo, has avanzado muchísimo hacia tu próxima publicación.
17. He aquí una sugerencia final, esta vez para el instructor: como maestro, he querido oír hablar a mis estudiantes de manera regular, pero no encontré la forma de que todos participaran en la misma medida en las discusiones de clase. Así, me tocó oírlos por escrito... a menudo. Sin embargo, me abate la idea de tener que leer y reaccionar ante tantos trabajos durante cada período académico.

Se me ocurrió la idea de poner un límite de una página para todos los trabajos que me debían entregar durante el curso (excepto el trabajo final, que sustituiría el examen final). Algunos estudiantes interpretaron que ese límite impuesto quería decir todas las palabras que pudieran meter en una cara de una hoja normal de papel. Los papeles no tendrían márgenes, y todas las referencias, al igual que el nombre del autor, debían ponerse detrás (esto último para que yo no supiera la identidad del que los había escrito, al menos al principio). En épocas anteriores a los procesadores de palabras, los trabajos debían mecanografiarse dos o tres veces antes de que estuvieran listos. Cada escritura representaba otra oportunidad de revisar.

Con la llegada del procesador de palabras, fue más fácil reducir el texto a una página, y me tocó inventar una regla nueva sobre el tamaño mínimo de letra que impidiera a los estudiantes burlar de

esa manera la norma sobre el límite de espacio. Pero el dividendo inesperado de la tarea fue que fortaleció la disciplina de la escritura, los obligaba a ir al grano y exigía una revisión cuidadosa. Aunque estos trabajos de una página fueron un ejercicio torturador para muchos, especialmente al comienzo de cada período, también resultaron ser un método excelente para ayudar a los estudiantes a ser mejores escritores. Tuvieron muchas oportunidades de escribir, pero cada tarea era de magnitud manejable.

Parte 2

5

Apretar los pernos

...y ahora estoy tratando de hacerlo de nuevo para poder decirlo todo acerca de todo

Gertrude Stein (1937:80)

Uno de los mejores consejos que he encontrado para escritores venía con las instrucciones para armar una carretilla nueva: asegúrese de que todas las partes estén bien colocadas antes de apretar los pernos.

Para hacer la analogía un poco más precisa, el trabajo de campo y la organización de los datos en la investigación cualitativa pueden asimilarse a la recolección e identificación de las partes de una carretilla. Una vez que has recogido todas las partes, necesitas una base para organizarlas y una secuencia práctica para unirlas. Luego, antes de empezar a apretar los pernos, échale una mirada a lo que estás formando. ¿Tienes todo lo que necesitas? Y, a la inversa, ¿necesitas todo lo que tienes? ¡Recuerda que lo único que debes hacer es apretar los pernos, no llenar la carreta!

Si la redacción de tu investigación implica presentar un informe de proyecto, un artículo de revista, una tesis, una monografía técnicamente orientada, o un libro, sospecho que a medida que el material toma forma te preocuparás por si el relato descriptivo es

demasiado largo, si la interpretación o el análisis carecen del poder que esperabas lograr, y si no se te ocurre qué decir en la conclusión. Por desalentadores que puedan parecer estos problemas, estás avanzando si los tienes. Piensa cuánto mejor es tu situación que la del investigador que descubre que sus datos son pobres, que el análisis y las conclusiones no se siguen de ellos y que la pregunta básica está mal dirigida.

Por más que la revisemos, no se puede transformar una base de datos inadecuada en una pieza sólida de investigación, aunque la franqueza de parte del investigador puede preservar las ideas, intuiciones y asuntos que sí valen la pena, independientemente de que el trabajo de campo sea poco adecuado. No te engañes creyendo que una bonita combinación de tipo de letra, sombreados, palabras subrayadas, o cualquier formato o trucos tipográficos que puedas hacer con un procesador de palabras o con una impresora láser mejorarán algo, salvo el aspecto de tu manuscrito (una bella página de títulos en los trabajos siempre despertaba mis sospechas). Los estudios cualitativos se juzgan por su contenido, no por su apariencia.

El trabajo de campo puede ser el elemento dramático del trabajo cualitativo, pero la verdadera prueba está en la forma como todo queda ensamblado en un producto final. Por eso, el método es algo más que conseguir datos, y que limitarse a dar informes sobre los datos que se han conseguido. Escribir no es lo único pero es el centro. Escribir es parte integral de la investigación cualitativa, no algo accesorio. Algunos investigadores pueden lograr resultados brillantes a través de sus proezas con la prosa, al parecer sin esfuerzo, pero lo que la mayoría de nosotros logramos se obtiene por medio de un esfuerzo sostenido de edición y revisión. Estos son los procesos que se expondrán enseguida. En cuanto a decirlo todo sobre todo, quédense tranquilos, que así no es como se procede en la investigación cualitativa.

Revisión del contenido y el estilo

Si he dado la impresión de que me parece que el estilo es más importante que el contenido, permítaseme correr ahora a corregirla.

El contenido es de máxima importancia: lo que tienes para decir, no cómo lo dices. El estilo es crítico, pero secundario, en el informe de investigación cualitativa; como la recolección de datos, es necesario pero no suficiente. Una característica atractiva del estilo es que se presta a discusiones como ésta. Nadie le puede enseñar a uno a escribir; pero muchas personas pueden enseñarle a escribir un poco mejor.

Nunca he conocido a nadie que lea estudios cualitativos inducido por el estilo. Lo que Geertz dice de la redacción antropológica se aplica a la investigación cualitativa en general: "Los buenos textos antropológicos son sencillos, poco pretenciosos. No invitan a una lectura minuciosa como de crítico literario, ni la recompensan" (1988: 2).

En su mayor parte, nuestras indagaciones se centran en observar cómo trabajan otros seres humanos durante su vida cotidiana. La experiencia cotidiana nos es común a todos; nuestros estudios no deben ser pretenciosos. Hay una fascinación particular con la forma como otros humanos viven, y nuestros estudios deben vibrar con la materia de la vida misma; cuando no lo hacen —cuando nuestros relatos aparecen estériles y sin vida, ¿cuánto de ello se debe a no prestarle atención a la escritura? Nuestro genio peculiar a menudo es capaz de cegar la vida en los estudios que escribimos para celebrarla. Nuestra oportunidad es también nuestro reto: retratar a personas reales haciendo y diciendo cosas reales, vistas con los ojos de otro observador que busca no sólo ayudarnos a ver sino también a entender.

Un primer paso es comparar lo que tienes en el borrador con lo que prometiste o dejaste implícito originalmente en la declaración del problema o en la tabla de contenido. Con un borrador listo de todo el relato —incluyendo los intentos iniciales de análisis e interpretación, por rudimentarios que sean— el proceso de apretar los pernos comienza en serio. Apretar es la parte del proceso de redacción que más disfruto, aunque no quiero decir que trabajar con los borradores sucesivos de un manuscrito esté exento de sufrimientos. Yo trato de expresar claramente mis pensamientos desde la primera vez; no escribo mal simplemente para que la revisión sea un reto.

No me complace reconocer que muchas veces organicé las palabras en frases o párrafos largos, innecesariamente complejos y mal formados, pero que en su momento habría considerado bien escritos.

Peor aún, tras de muchas de esas oraciones o párrafos acecha una idea mal formada. Me pregunto a menudo si mi pensamiento sufre de tantas circunvoluciones como mi redacción (de ser éste el caso, ¿está disminuyendo el problema con la experiencia o empeorando con la edad?). Los pensamientos que parecer satisfactorios en abstracto, rara vez aparecen con claridad comparable cuando se ponen en palabras.

Con un manuscrito completamente copiado, también se da uno cuenta de que la tarea de lograr que la descripción y la interpretación encajen no es pequeña. Cargamos en nuestra mente una riqueza de detalles que no ponemos en letras de molde, lo que se hace más evidente al leer el trabajo de otras personas que el nuestro. A veces uno se pregunta si los investigadores le prestan en realidad suficiente atención a lo que han escrito. ¿Es la narración suficiente para apoyar el análisis? La resolución no radica en que se menoscabe el análisis sino en tener en cuenta que éste ayuda a dar forma al relato descriptivo, y proporciona la sustancia para el análisis. He sugerido que redactar la descripción narrativa es una buena forma de empezar, pero esto no significa que entonces la descripción se vuelva sacrosanta. Hasta que un manuscrito se encuentre en prensa, no hay una sola palabra que lo sea (no puedes ser tan alegre con el material citado de sus fuentes, por supuesto, pero la selección y el tamaño de estas citas siguen siendo tuyos y sólo tuyos).

Es posible que a medida que el análisis vaya tomando forma, parte del material originalmente incluido se haga superfluo, así como otras secciones pueden necesitar que se las recorte de manera más drástica. El antropólogo Michael Agar hace la siguiente descripción del proceso:

> Uno aprende algo ("recoge algunos datos"), luego trata de encontrarle el sentido ("análisis"), después regresa para ver si la interpretación tiene sentido a la luz de la nueva experiencia ("recoge más datos"), entonces refina la interpretación ("más análisis"), y así sucesivamente. El proceso es dialéctico, no lineal (Agar 1996: 62).

El nexo entre la descripción y el análisis en la escritura también es dialéctico: cada faceta está presente en la otra, cada una ayudando al importante trabajo de reducir el detalle, mantener el enfoque y avanzar con la historia. Cuando tus elementos descriptivos son "insuficientes" porque tus datos también lo son, es aconsejable que exhibas tanto franqueza como reticencias. No hay nada malo en compartir sospechas o impresiones, siempre y cuando se las formule como tales. Ni se te puede recriminar el hecho de que muestres qué clases de datos serían necesarios para apoyar una generalización que tú crees correcta pero que en realidad no puedes hacer.

La fase crítica de apretar los pernos también es el momento de eliminar las repeticiones innecesarias. Como nuestros estudios exigen a veces varios años de investigación y algunos meses de redacción, olvidamos que se leen en cuestión de horas, o hasta de minutos. Las oraciones escritas con varias semanas de distancia y revisadas con varios días de diferencia pueden leerse en pocos instantes. Los revisores académicos astutos son capaces de identificar repeticiones que los autores mismos ya no reconocen. Cómo sorprende encontrar un comentario escrito por un colega: "¿No acabas de decir esto hace tres páginas?" Pero ¿no es mejor recibir el suave regaño de un amigo que encontrar un comentario tajante de un revisor anónimo: "Redundante. Necesita reescribirse".

Revisar y editar

Los escritores que reflexionan sobre la escritura, a veces distinguen entre el trabajo de **revisar** y el de **editar**. El primero hace referencia al contenido y el último a los asuntos del estilo, la corrección gramatical y otros detalles. La distinción establece correctamente ciertas prioridades: el contenido es primero. Pero me pregunto si también fomenta una imagen errada de que éste es un proceso en dos etapas. Editar presupone que haya algo que editar, y éste algo es su esencia, no simplemente el primer paso. Sin embargo, la implicación de que todo lo que he escrito requiere revisión es un poco dura para el ego del autor, aunque pueda ser en esencia correcta. Me

refiero a manuscritos que debo volver a revisar después de mi primera revisión porque, de hecho, mientras estoy comprometido en el proceso, prefiero pensar (y anunciar) que estoy editando, independientemente de si estoy ejecutando una revisión a fondo o una pulida menor. Acepto que se trata de una revisión sólo cuando debo cambiar el formato, hacer cortes o revisiones drásticos que me exige un editor, o cuando emprendo una reescritura sustancial, como me ocurrió cuando, para publicar mi investigación doctoral adopté un estilo menos formal "de tesis" (Wolcott, 1967/1989).

La mayor parte de lo que llamo editar, probablemente alguien que estuviera mirando por encima de mi hombro podría llamarlo revisar. Tú puedes reconocer la sutil distinción que hay entre editar y revisar cuando asignas a tu manuscrito actual una nueva fecha, título o número de código, y relegas los anteriores al archivo. Y, obviamente, algunas veces *debes* grabar y guardar las copias de los borradores de trabajo para ver cómo ha evolucionado el manuscrito. Eso te da la posibilidad de regresar a un borrador anterior si te das cuenta de que lo que creías que iba a ser una mejora, no lo es.

Aguza tus destrezas editoriales

La edición se da de diferentes maneras, y cualquier "investigador-autor" emplea muchas de ellas. Una manera de conseguir experiencia en este tipo de corrección que parece particularmente bien adecuada para la escritura académica y profesional son las reseñas de los colegas. Espero que reconozcas la corrección como una ayuda que se brinda a los demás y también se busca para uno mismo. Hacerle una revisión editorial a alguien, no solamente aumenta nuestra experiencia sino que nos mete a las filas de la responsabilidad colectiva que todos compartimos con respecto a la calidad de nuestros estudios. Revisar el trabajo de los demás también nos ofrece la oportunidad de reconocer prácticas deseables e indeseables en su redacción, que no siempre somos capaces de discernir en nuestro trabajo.

Si los estudiantes de posgrado que están puliendo los borradores finales de sus tesis emplean correctamente su tiempo, pueden constituir un público especialmente receptivo para recibir asistencia editorial. La única precaución es no caer en la trampa de *hacerles* el trabajo en lugar de ayudarlos a convertirse en mejores revisores y escritores ellos mismos. Debido a que este tipo de escritos a menudo (o, mejor, casi siempre) se hace bajo la presión de unas relaciones de poder complejas y de plazos que se acercan veloces, los bienintencionados intentos de ser útiles pueden percibirse más bien como entrometimiento. En tal caso, así como en la analogía de ensamblar la carretilla, tal vez lo único que podemos hacer es asegurarnos de que los escritores en ciernes se aseguren de que tienen todas las partes bien puestas en su sitio antes de empezar a apretar los pernos. De todas maneras, recuerda alabar las secciones que brillan por su fina percepción y claridad.

Leer reseñas de libros publicados es otra manera de observar con atención lo que escriben los colegas y ofrece un triple retorno por tu inversión de tiempo. Primero, se logra una visión general y crítica del contenido de las publicaciones nuevas, lo cual ayuda en el problema siempre acuciante de mantenerse al día en el conocimiento del área. Segundo, se aprende sobre la reacción de un autor ante lo que escribió otro del mismo campo. Pocos reseñadores son capaces de resistir la tentación de comentar sobre la organización y el estilo, aunque la mayoría insisten explícita o implícitamente en que no les incumbe. Tercero, uno va conociendo el estilo del reseñador, tal como se lo observa en un escrito que aborda el delicado asunto de hacer una reseña académica (y a veces no tan académica). Las reseñas de libros son una forma de arte subvalorada en la escritura académica. Es necesario leerlas. Y escribirlas. No le hagas caso a quienes dicen que las reseñas de libros no son contribución académica.

Cuando edito mi propio material, experimento una sensación de rendimiento decreciente si le dedico un esfuerzo demasiado sostenido a la tarea. Los manuscritos siempre son susceptibles de mejorarse (sí, éste también; ¿cuántos borradores de cuántas ediciones más se necesitan para que salga "al pelo"?), y las ediciones productivas sucesivas son la manera de lograrlo. Pero a mí también me hace falta distanciarme de las palabras propias, para no encontrarme a mí mismo cambiando el texto sin que necesariamente quede

mejor. Cuando el tiempo lo permite, me gusta poner los manuscritos en remojo figurativo por un tiempo, y dirijo la atención a otras cosas antes de regresar al trabajo de edición. Después de este período de "remojo", hago un mejor trabajo de afianzar la interpretación, otear discrepancias y repeticiones, localizar irregularidades en la secuencia o lógica, y descubrir palabras, frases y patrones exageradamente trabajados.

Cuando el tiempo lo permite, busco otras maneras de lograr una perspectiva fresca. Una, es revisar de atrás para adelante, empezando por las últimas secciones.[1] Otras incluyen leer en voz alta, leer un manuscrito demasiado conocido en un ambiente no familiar y leer un manuscrito a la carrera —especialmente si todas las lecturas previas han sido cuidadosamente hechas, palabra por palabra—. Con sólo cambiar el tipo de letra o el formato, lo que se logra fácilmente con el procesador de palabras, puedes reorganizar las relaciones espaciales de las palabras y dar una perspectiva fresca a oraciones que se estén volviendo fijas en la mente. A veces paso por un manuscrito de manera mecánica, para ver si soy capaz de eliminar una palabra innecesaria de cada oración o una oración innecesaria en cada página. Cuando edito directamente en pantalla, si el último renglón de un párrafo contiene sólo una o dos palabras, acepto el reto implícito de tratar de eliminar un número equivalente de caracteres en algún lugar dentro del párrafo para reducir el tamaño general del manuscrito en una línea. ¡Admito que todavía me sorprendo y deleito cuando veo los párrafos *literalmente* encogerse ante mis ojos!

Siempre que puedas pasar una oración a la voz activa, hazlo. Muchas veces no encuentro la manera, lo cual hace que sea mucho más importante mejorar las oraciones en las que puede hacerse. También me lanzo a la campaña de "buscar y destruir", para extraer las expresiones manidas y las palabras muy usadas. Mi ira continua actual es contra la palabra "muy", palabra y hábito muy innecesarios (en su popular libro *Elements of style*, Strunk y White, denominan a las palabras *bastante, muy, poco* y *algo* de "cualificadores" y ofrecen este consejo sucinto: evítalos (1972: 65). Otro hábito de vocabulario del que me hice consciente durante este escrito es mi exagerado uso de las palabras "aún" y "sin embargo". Siempre he escrito con demasiados *peros*, pero tengo muchas dificultades cuando trato de eliminarlos (¿refleja esto una naturaleza contradictoria?). También me parece que adquiero, pero no soy consciente de ello, algunos hábitos difíciles de cambiar en cada tarea de escritura que emprendo. Por ejemplo, acabo (¿acabo?) de descubrir que no sólo me excedo con las expresiones "por una parte" y "por la otra", sino que a menudo me olvido del todo de la primera parte.

Una calcomanía de carro que nos imploraba "evite la ofuscación" es un buen consejo para escritores académicos, pero el eslogan es difícil de pronunciar. Mi lista actual de cosas que es preciso vigilar en la edición final es corta pero detectarlas todas exige más de una lectura:[2]

- Palabras innecesarias.
- La voz pasiva.
- Cualificadores, como los descritos anteriormente.
- Frases sobreutilizadas.
- Muchas "cualquier cosa", citas, cursivas, comentarios en paréntesis.

Tras haber descubierto hace mucho la gran cantidad de tiempo que pasa desde el momento de la primera entrega de un manuscrito hasta que finalmente se lo ve impreso, continúo revisando los borradores (aun) después de entregarlos (recuerda: ¡la única

1. También puedes haber advertido que trabajar de atrás para adelante en un artículo o capítulo es una forma eficiente de transferir correcciones cuando has estado revisando un escrito sobre papel. La corrección permanece exactamente en el lugar en que aparece tanto en el papel como en la pantalla, haciendo más fácil su localización cuando se necesita.

2. Revisando, recordé un sucinto consejo que la editora C. Deborah Laughton recibió de su profesora de redacción, Isabelle Ziegler, hace tiempos:
Los sustantivos son buenos
Los verbos mejores son
Los adjetivos, a veces
Y los adverbios, jamás

versión que cuenta es la final!). Yo advierto a la editorial de mi costumbre de seguir revisando mientras esperan, y les digo que voy a tener lista una copia limpia y actualizada en el momento en que el manuscrito vaya a entrar a producción. La producción se demora a veces uno o dos años (me he dado cuenta de que el material que se pide para formar una colección es el más demorado), y no hay borrador que no pueda mejorarse con una revisión periódica durante este período de espera. En caso de que dicho período se esté alargando demasiado, es posible que haya que actualizar las referencias. Puedes sentirte dichoso y al mismo tiempo desanimado cuando veas el número de referencias adicionales que descubres *después* de que envías el manuscrito. Es posible que se puedan añadir citas recientes de último minuto que ayuden a actualizar tu estudio, pero mantenerse así es un juego perdido de antemano. Es mejor no olvidar que mientras más rápido sugieras adiciones o cambios a un manuscrito que ya esté en producción, será menor la resistencia que encuentres de parte del revisor o de la editorial.

También puedes reforzar la interpretación y el análisis durante este tiempo de reflexión ocasionado por demoras imprevistas. Acepta también que pueden pasar años enteros sin que tengas percepciones profundas. Tal como lo sugiere el epígrafe de este libro, en caso de que te des cuenta, con el paso del tiempo de "cómo tendrían que cambiar todos mis puntos de vista", ¡estás de todo modos en buena compañía!

Por otra parte (¡ay!), no te vuelvas loco tratando de rastrear nuevas pistas o de poner al día (al ultimísimo día) lo que publicas; las revistas electrónicas son las mejores para esa clase de informes, y esta urgencia parece un poco forzada para relatos descriptivos de la clase que la mayor parte de nosotros elaboramos. Cierta vez fui invitado a escribir un capítulo para un libro colectivo de prestigiosos investigadores, el cual sufrió muchas demoras mientras el editor acosaba y amenazaba a los autores retrasados, de tal manera, que para cuando el libro ya estaba en la imprenta, un capítulo que trataba de reflejar lo más actual en el tema, parecía más bien una reseña histórica. La lección para mí fue que es preciso editar con

miras a hacer una pieza sólida que supere la prueba del tiempo, en lugar de buscar estar actualizado hasta "el último minuto". Ni nuestros estudios cualitativos ni nuestros públicos tienen esa aura de urgencia que se halla en algunos campos más técnicos, razón por demás para que nuestras colaboraciones sean duraderas e intemporales, no inmediatas.

Ayuda editorial formal

He hablado ya de la clase de ayuda que podemos recibir (y ofrecer) en la revisión de los colegas mientras el manuscrito está en nuestras manos; ahora veremos qué puedes esperar de la ayuda editorial formal, que incluye también la ayuda que se sale de tus manos. Una de las cosas que debes saber es que no necesariamente puedes contar con recibir apoyo editorial para un manuscrito que entregues a una revista o editorial, ni se puede predecir la naturaleza o el grado de soporte que representa la edición de las editoriales. Te pongo un ejemplo. Una escritora conocida entregó el borrador de un estudio cualitativo tamaño libro a una editorial universitaria que deseaba publicarlo y se quedó atónita cuando le devolvieron el borrador *editado* para que ella le diera su aprobación final antes de enviarlo a imprenta. Lo que había esperado —en realidad, con lo que había contado— era un examen cuidadoso del editor, frase por frase, que guiara su propia revisión. Tuvo que tomar la dolorosa decisión (especialmente porque ése era su primer libro) de retirar su manuscrito, buscar ayuda editorial independiente, y volverlo a enviar con la esperanza de que el entusiasmo del editor no hubiera desaparecido. Por fortuna eso no ocurrió. La alternativa para unos plazos fijos, al parecer rígidos (en este caso, al menos) fue contraponerle un manuscrito magníficamente revisado.

Un tiempo después, tuve la oportunidad de discutir sobre el dilema de mi amiga con una representante de esa editorial que conocía las circunstancias. Pareció sorprenderse con la crítica implícita de que la editorial no le había ofrecido ayuda. "Nos habría gustado ayudar más, prestando el servicio de edición", explicó, "pero no sabíamos si se molestaría". Los escritores suelen ser rea-

cios a solicitar colaboración, temerosos de dar la más leve impresión de que su trabajo, de la manera como lo entregaron, pueda ser inadecuado, o que exija mayor ayuda de la que están dispuestos a aceptar, especialmente si fuera a exigir una mayor revisión o recortes drásticos.

Compaginar la ayuda editorial ofrecida con la deseada no es fácil en ninguna circunstancia. Como editor de una publicación académica durante tres años, mi estilo era meticuloso, e instaba a nuestros revisores externos y al personal de planta (un editor profesional semirretirado, de tiempo parcial, y varios asistentes, estudiantes de posgrado) a ser igualmente rigurosos. Escribíamos unos comentarios y sugerencias muy meditados en cada manuscrito y por lo general hacíamos circular una copia para que cada uno de nosotros se diera cuenta de las sugerencias hechas por los lectores anteriores. Esto era en parte para nuestra edificación mutua. Leíamos los comentarios de unos y de otros y discutíamos entre nosotros —en las márgenes del manuscrito, cuando lo creíamos de interés para el autor— si los cambios que sugeríamos eran necesariamente para bien. Sin embargo, a no ser en lo atinente al formato, nunca insistíamos en los cambios que proponíamos, ni prometíamos publicación con la condición de que los autores realizaran los cambios sugeridos. Borrador nuevo, revisión nueva. Cuando los manuscritos volvían revisados —como solía suceder— los leíamos de nuevo en lugar de compararlos renglón por renglón con la entrega anterior.

Me contaron que cuando le devolvimos su manuscrito, una colega mayor, de otra institución, salió iracunda de la oficina y anunció: "¡No me habían puesto tantos tachones en un trabajo desde que estaba en bachillerato!". Sin embargo, lo que recibimos en la oficina fue un agradecimiento gracioso por nuestra cuidadosa lectura y una copia muy mejorada que nos encantó publicar. En otra ocasión, un colaborador reaccionó al ver su artículo impreso: "¡Yo no sabía que escribía tan bien!" La verdad es que no lo hacía. Pero con nuestra insistencia y las sugerencias editoriales, aunadas a su voluntad de trabajarle al material, los resultados fueron buenos. Como insistimos en una mejor escritura, lo logramos. Me halagaría

que algún día algún crítico o un lector perspicaces descubrieran y elogiaran el calibre de la escritura de la revista durante los años en que estuve de editor, pero eso no sucederá. La buena escritura no llama la atención para sí misma sino que destaca aquéllo sobre lo cual se escribe.

El hecho de que los escritores académicos utilicen tan poco los servicios de los editores independientes puede atribuirse, creo, a su frugalidad de medios y a la falta de costumbre pues no hay escasez de profesionales disponibles en este sector (busca en las *Páginas amarillas* de tu directorio telefónico). Al parecer, estamos dispuestos a invertir grandes cantidades de tiempo escribiendo, sumas considerables en tener a mano lo último en computadores y programas pero le escatimamos a la edición. No recuerdo haber visto un rubro presupuestado para ayuda editorial en una propuesta de investigación, o para obtener fondos, aunque se supone que el producto final deba ser una monografía o un libro publicables y no sólo un informe técnico. Prevalece la noción implícita de que la escritura —al igual que la investigación de uno— debe ser original, enteramente propia. ¡Qué lástima, porque la escritura se beneficia tantísimo de la revisión de otras personas!

Se pueden esgrimir otros argumentos en contra de buscar ayuda editorial profesional, además del económico porque es un trabajo costoso. Un problema es cómo identificar a un buen editor —la cuestión de control de calidad en un campo donde virtualmente todo aquél que haya escrito alguna vez para una publicación o haya tomado algunos cursos de redacción puede fingir experiencia—. A los investigadores también les preocupa que la única ayuda que los editores proporcionan es con el estilo, o sea, que los consultores editoriales no están informados sobre aspectos técnicos y en realidad no comprendan el material que ponemos en sus manos. Tal argumento parece transparente cuando sostenemos que nuestro objetivo es ayudar a los demás a entenderse a sí mismos viendo las cosas desde la perspectiva que proporcionamos. Los editores deberían ser capaces de ayudarnos a cumplir ese objetivo. Los buenos editores lo hacen sin lastimar los delicados egos de los escritores, al tiempo que mejoran el desarrollo de nuestros estilos individuales. Si tus únicos

críticos o reseñadores son tus mejores amigos y colegas más íntimos o tus estudiantes, necesitas que se te recuerde el eslogan adoptado en la propaganda de un enjuague bucal: "Hay ciertas cosas que tus mejores amigos no te dirán".

¿Cómo se concluye un estudio cualitativo?

No se concluye. Considera seriamente la posibilidad de abandonar la idea de que tu capítulo final deba llevar a una conclusión o que la escritura deba ir ascendiendo hasta alcanzar un clímax dramático. En el pensamiento dicotómico que se dice es típico de los norteamericanos, a la investigación se la retrata a veces como orientada hacia decisiones o conclusiones. Es obvio que parte de la investigación está orientada hacia decisiones, pero no estoy seguro de que "orientada hacia conclusiones" sea adecuado para describir la otra. Al realizar un informe de trabajo cualitativo, evito el término "conclusión". Tampoco uso el término "hallazgos", porque parece tener un efecto similar sobre el estilo de la presentación de informes, llamando indebidamente la atención hacia detalles susceptibles de un análisis riguroso más que hacia los asuntos básicos sobre los que a menudo queremos que los lectores mediten. Todo está en los propósitos. Mientras más parezca que el problema exige recolección sistemática de datos, informes y análisis, más exigirá la investigación ser de tipo cualitativo. Yo no quiero buscar un gran lucimiento que me pudiese tentar más allá de los límites del material que he venido presentando o que distraiga el poder (y exceda las limitaciones) de las observaciones mismas o de lo que he podido hacer con ellas.

Los investigadores cualitativos parecen particularmente vulnerables a la tendencia —y al impulso— de ir más allá de informar *lo que hay* y de usar sus estudios como plataforma para hacer pronunciamientos sobre *lo que debería ser*. Una división crítica separa el campo de lo observable del campo de los juicios de valor sobre qué es lo bueno y qué lo mejor. No se trata simplemente de un salto: el abismo entre lo descriptivo y lo prescriptivo no se puede franquear sin imponer el juicio personal de *alguien*, bien sea que se origine en las personas del lugar ("Lo que necesitamos aquí realmente es..."), de la opinión experta ("Si esta gente supiera que necesita..."), o de la valoración propia del investigador ("Sé por experiencia propia que...").

Sí hay una dimensión evaluativa implícita en toda descripción, pero el antídoto es reprimirse. La necesidad de dar opiniones y juicios personales parece volverse más fuerte cuando comenzamos a buscar el broche de oro con el cual concluir nuestros estudios. Puedes reconocer que se está metiendo en tu trabajo (o, si lo prefieres, en el mío) con la aparición de expresiones como "debería", "tendría que" "necesitaría".

No tiene nada de malo ofrecer una opinión personal o un juicio profesional, pero es de importancia vital que se nombren como tales y que se los busque y se reconozcan sus orígenes en tu pensamiento. Y ya que hablamos de esto, no sería mala idea considerar por qué nos sentimos tan obligados a llegar a conclusiones, y por qué éstas deben estar llenas de un optimismo embriagador. La antropóloga Ruth Benedict observó una vez que "los públicos populares norteamericanos ansían soluciones" (1946: 192). Tanto en calidad de productores como de consumidores de investigación, necesitamos (¿necesitamos?) no sólo reconocer nuestra inclinación colectiva a alguna especie de conclusión, sino también la necesidad correspondiente que nos impele a dar finales satisfactorios.

¿Cuántas veces no hemos leído sobre películas producidas con finales alternativos mientras los productores discuten, con o sin la ayuda de grupos de expertos, cuál será el que producirá mejores resultados de taquilla? Todos los artículos de nuestras revistas semanales de noticias, todo programa en vivo, todo cubrimiento de televisión desde el lugar donde sucede, tiene su línea final dramática. Los finales de los estudios cualitativos no tienen que ser tan dramáticos; tan sólo necesitan ser adecuados para la ocasión. Sólo es necesario introducir una o dos oraciones en el último párrafo del capítulo sobre el análisis o la interpretación. Las restricciones académicas predominan en las publicaciones periódicas y en las monografías con orientación más científica. Los libros parecen exigir más del autor, e incluso algo más de garbo en las palabras finales porque en esto el público es el factor clave, así como lo es para nuestra posición en una carrera profesional.

Mi consejo para los recién iniciados en la escritura académica es que traten de llegar a una conclusión moderada, que repase de manera sucinta lo que se ha intentado hacer, lo que se ha aprendido y las nuevas preguntas que han surgido. No abandones un minucioso estudio de casos en el esfuerzo por encontrar un gran final. No es necesario empujar una canoa hasta la puesta del sol al final de cada trabajo. Reconoce y resiste la tentación de hacer finales o conclusiones dramáticos pero poco importantes, que planteen asuntos que nunca se abordaron en la investigación. Los comienzos y los finales son importantes y merecen atención adicional del escritor porque tienden a atraer más la atención del lector. Busca la manera de mejorarlos sin permitirles que se crezcan.

Más bien que anhelar un final, mira a ver si puedes dejar a los lectores y a ti mismo reflexionando sobre los asuntos iniciales que te dejan perplejo. Con el tiempo puedes entender más. Sólo en mi epílogo de 1989 para una *Kwakiutl village and school* encontré una manera adecuada de conceptualizar y en tal sentido de concluir el estudio que presenté como tesis de doctorado en 1964. Tiempo trascurrido: ¡un cuarto de siglo!

Sin embargo, debes estar preparado para que cuando encuentres el momento y el punto en que prefieras concluir, tus críticos opinen que no avanzaste lo suficiente para satisfacerlos. Los editores comerciales y los revisores expertos a menudo se jactan de que "conocen su público" y pueden insistir en que ofrezcas algo más como resumen "porque eso es lo que espera la gente", y al mismo tiempo te piden un escrito más corto. Si tú les discutes (y sin duda te gustará alegarles, lo hagas o no) que el caso se explica solo, o que el significado de tu investigación no es tan claro, entonces pueden presionarte (un editor dominante, la agencia que te lo financió o aun el comité de tesis) para que expreses lo que *tú* aprendiste, o para que reflexiones sobre lo que *tú* piensas que todo eso significa.

Alternativas para concluir un estudio

Entre las alternativas para una conclusión formal están los resúmenes, las recomendaciones o implicaciones, o una declaración de las

reflexiones personales. Cualquier combinación compatible de esas alternativas puede satisfacer la necesidad del final sin tentarte a ir demasiado lejos, y perder a tu público en el momento en que desciende el telón por última vez. Cada una de estas alternativas plantea cuestiones críticas sobre los propósitos y oportunidades de la investigación cualitativa y sobre el público que buscas tener.

Resúmenes. Un resumen objetivo puede suministrar una manera cuidadosa y restringida de terminar con una nota fuerte y permite una revisión de lo que has logrado en relación a los términos de tu declaración original de propósitos. También proporciona la oportunidad de anticiparte a la reacción crítica —la constructiva, no la de tu peor enemigo— al señalar las debilidades, y analizar cómo habrías procedido ahora que eres un poco más viejo pero más sabio. Limita tus comentarios a resumir lo que ha pasado antes; el resumen no es el lugar para impresionar a los lectores con información adicional que podría y debería haber sido presentada antes.

Al resumir, no te sientas tentado a introducir un énfasis interpretativo que dé un giro totalmente nuevo. Un resumen da la oportunidad de la repetición y el énfasis para que tu mensaje llegue a su destino, si es que había un mensaje. Pero si tu resumen también es un editorial, une el título con alguna otra palabra que señale tus intenciones, tales como "Resumen y análisis", "Resumen y reflexiones" (ver más adelante).

Si la idea de un resumen te atrae, considera la posibilidad de avanzar un paso más, haciendo resúmenes breves *a lo largo* del estudio en vez de dejarlo todo para el gran final. La mayor parte de los autores podrían hacer un mejor uso de los finales de secciones o capítulos si los reservaran estrictamente para resumir. Con demasiada frecuencia las secciones que reciben el nombre de resúmenes están dedicadas a anticiparnos lo que viene enseguida, en lugar de cumplir con la promesa de ser la revisión sucinta del material ya presentado. Las introducciones, tal como lo sugiere la palabra, van al comienzo de las secciones nuevas, no al final de las anteriores. Los resúmenes de capítulos, bien escritos y concisos, proporcionan una especie de "cuadro sumario" para plantear cómo estaban las cosas al principio del capítulo y revisar la información y los conoci-

mientos que se le fueron agregando. Los resúmenes deben ayudarle tanto al lector como al autor a centrarse.

Recomendaciones/implicaciones. Una práctica frecuente para resolver el asunto de cómo terminar es preparar una sección o capítulo final que aúne un breve resumen con recomendaciones e implicaciones. Decidir entre ofrecer una recomendación osada o llamar la atención con implicaciones por vía de ensayo depende de la naturaleza y propósito del estudio, del público al que va dirigido y del estilo o actitud del investigador (por ejemplo, los que toman decisiones, que insisten en recomendaciones) y la postura (y estatus) del investigador (por ejemplo, un observador desapasionado, consultor, crítico o abogado).

La exigencia de hacer recomendaciones puede poner en un dilema al investigador de orientación más objetiva: a uno le gustaría presentar el caso tan bien y tan contextualizado que el lector tuviera la misma base que el investigador para hacer los juicios y, así, al investigador se lo relevaría de tal responsabilidad. Cuando se le ha dedicado amplia atención a un problema o a un escenario (por ejemplo, ¿por qué a los niños del grupo_____ [minoría étnica de escogencia] no les va mejor en el colegio? ¿Qué pasos se podrían dar para soslayar el _____ [problema social de tu elección] que se presenta entre estos adolescentes? ¿Qué puede hacerse para mejorar el _____ [propósito social de tu escogencia] entre los miembros de este grupo?), no les falta razón a los promotores y a quienes están comprometidos en esto, al esperar algunas reflexiones o consejos útiles y en verdad no hace daño señalar aquello que se está haciendo bien, para contrarrestar el tono, a menudo negativo, que adoptan nuestros estudios cuando describimos las consecuencias, intencionales o no, de los programas destinados a "ayudar".

Los estudios descriptivos pueden ser exasperantemente ambiguos. Para el practicante, ejecutivo o gerente ajetreado la conclusión es siempre: "¿Y entonces?" O, "¿qué se debe hacer al respecto?" Para tales públicos, los esfuerzos de un investigador cualitativo por expresar objetividad sin juicios de valor se perciben más como el típico miedo de los académicos a comprometerse que como una posición investigativa digna de alabarse. Preferiríamos no ser presionados

en nuestras reacciones u opiniones personales, pero debemos estar preparados para ofrecerlas. Una manera de compartir esta responsabilidad es esbozar la información o conocimientos adicionales que un investigador requeriría para plantear una solución, ofrecer recomendaciones o rendir el juicio requerido.

Si se lo trata con ligereza o se lo despacha con falsa modestia ("Oh, no podemos decir nada al respecto... no sabemos lo bastante todavía"), la actitud de ser demasiado humilde para ser útil puede ser en realidad una forma de evadirnos. Por otra parte, señalar los elementos que el investigador considera que todavía no ha comprendido, o que le parecen mal definidos, puede ayudar a descubrir ambigüedades inherentes. A la pregunta: "¿Por qué no nos dices cómo hacer este programa más efectivo?" un investigador puede replicar con una explicación incómoda pero no del todo absurda: "Porque no he sido capaz de conseguir una sensación clara de lo que están ustedes tratando de lograr".[3]

Otra manera de ofrecer ayuda —aunque también puede producir incomodidad y negación— es identificar las tensiones y paradojas inherentes. La manera como la gente hace las cosas suele producir, con frecuencia, un efecto diferente y a veces opuesto al buscado. El antropólogo Ray McDermott proporciona un ejemplo en su descripción y análisis microcultural de las diferencias de la organización de la enseñanza de lectura de los mejores y peores estudiantes en un salón de clase de primero de primaria. Observó McDermott que los mejores lectores practicaban su lectura mientras que los peores ensayaban protocolos de salón de clase apropiados a su nicho de "estudiantes malos" (McDermott, 1976). Aunque tal observación e interpretación poco podría alegrar a un profesor dedicado pero atareado de primero, paradojas comparables abundan en la educación formal siempre que al rápido le toca el privilegio y al lento le toca el regaño. La vida social humana está llena de paradojas en las cuales las consecuencias del comportamiento producen el

3. Ver a Wolcott 1983b para un ejemplo de los esfuerzos por describir un proyecto de desarrollo comunal definido de manera ambigua.

efecto opuesto al que esperamos lograr, algo que es más probable que advierta mejor un observador externo neutral que uno interno y parcializado.

Una tercera manera de ofrecer ayuda es identificar las alternativas a la práctica corriente (o las soluciones a los problemas del presente) y luego examinar las consecuencias posibles de cada alternativa. De esta manera, las capacidades analíticas del investigador pueden servir no sólo como recurso potencial, sino como modelo potencial para otros que puedan llevar a cabo investigaciones por su propia cuenta.

La extensión ideal de este argumento es que los agentes de cambio —enfermeras, policías, trabajadores sociales, profesores, etc.— no sólo deben ser socios colaboradores en la investigación cualitativa sino, en últimas, *convertirse* en investigadores que conduzcan sus propios estudios entre sus clientes. Nuestros problemas con el exceso de datos deben ayudarnos a entender por qué una idea que suena tan bien es por lo general tan poco práctica. En un grado incluso mayor que el de los investigadores, los practicantes deben "deshacerse" (que en este caso significa ignorar) de grandes cantidades de información, para poder cumplir con las tareas que se les han asignado. Conocer más puede complicar sin remedio tareas ya de por sí irremediablemente complejas.

Deducir las implicaciones es similar a expresar recomendaciones pero permite al investigador conservar una mayor distancia y ser más contemplativo. Identificar las *posibles* implicaciones puede presentar un enfoque indirecto en el que más bien que proponerse soluciones se plantean preguntas. Si uno desea dirigirse a públicos especializados (por ejemplo, practicantes, administradores, dirigentes) —incluyendo públicos cuyos miembros pueden no tomar bien los consejos expresados de manera osada, basados en el modesto estudio de un solo caso, llevado a cabo por un investigador neófito— entonces se justifica identificar tentativamente las *posibles* implicaciones.

Cuando el público al que nos dirigimos está constituido solamente por colegas investigadores, me parece suficiente concluir con una oración que resuma lo que se ha aprendido y los que parecen ser los próximos pasos en un proceso permanente de indagación. Pero nos

gusta pensar que hacemos algo más que hablarnos a nosotros mismos, y debemos estar preparados para decir más, y para ofrecer la ayuda que podamos.

Podemos realizar un mejor trabajo de indagación en la clase de ayuda que realmente quieren los practicantes, o hacer más clara la clase de respuestas que estamos en posición de dar. Una de las preguntas interesantes que tenemos constantemente ante nosotros —nuestra propia paradoja profesional— es por qué la investigación social tiene tan poco impacto. ¿No nos estaremos rascando donde no pica? No le prestamos atención adecuada al impacto de nuestros esfuerzos investigativos, y a la cuestión relacionada de si éste es el impacto que queremos tener. Nos angustia este asunto como si fuera un problema global pero, quizás, seríamos más convincentes si lo abordáramos caso por caso.

Reflexiones personales. Me encanta la actitud actual que anima a los investigadores a ser francos y "autorreflexivos" sobre la experiencia del trabajo de campo. Sin duda, quien hace trabajo de campo es el individuo que probablemente se verá más afectado por la experiencia. Sin embargo, si concluyes con una nota de reflexión personal, es preciso mantener el objeto u objetos del estudio como foco de tus reflexiones. Mientras más sientas la necesidad de ponerte entre las candilejas, más debes divorciar tus reflexiones de las observaciones en que se basan, especialmente si tu presencia y sentimientos han estado acallados. Si has mantenido una presencia todo el tiempo, probablemente tienes o has creado oportunidades para compartir tus reflexiones personales y probablemente hayas dicho ya suficiente.[4]

Cuando se acaba el espacio

Si lo dudas, no lo lleves, aconsejan los libros de guía a los viajeros novicios que empacan para un viaje largo. Un buen consejo tam-

4. Ver la exposición de dos estilos contrastantes de informe de investigación-reflexión, el confesional y el impresionista, en Van Maanen 1988, Capítulos 4 y 5.

bién para los investigadores cualitativos, aunque cuando no estamos seguros de cuánto empacar en nuestros relatos, lo más probable es que hagamos todo lo contrario. ¿Qué cantidad de descripción es suficiente para merecer el calificativo de "descripción sólida"? ¿Qué tanto contexto es suficiente para que un estudio sea "contextual"? Para evitar ser superficial, ¿qué tan profundamente debemos introducirnos para presentar un caso "en profundidad"? No obstante, si a luminarias como Malinowski y Margaret Mead puede reprocháreles "descripciones desordenadas" (como anotan Marcus y Fischer, 1986: 56), ¿cómo podemos garantizar que nuestra propia descripción alcance un orden superior?

Enfrentado al dilema de tener más objetos para empacar que espacio en la maleta, el viajero tiene tres posibilidades: reorganizar, para que quepa más; sacar lo no esencial, o encontrar una maleta más grande. Los investigadores cualitativos tienen alternativas comparables. Al igual que aprender a empacar pequeños artículos dentro de unos más grandes, siempre hay manera de empacar más en un manuscrito sin aumentar su extensión. "Apretar los pernos" sugiere que el producto final será más compacto, aunque la experiencia indica otra cosa. A menos que emprenda una revisión específica para reducir la extensión del manuscrito, lo que normalmente hago es cambios y adiciones menores que dejan la longitud básica del manuscrito igual... o un tris mayor. Si no hay modo de reempacar de manera inteligente, va a ser necesario dejar algunos artículos por fuera. En cuanto a la tercera posibilidad, los viajeros e investigadores experimentados son conscientes de que las maletas grandes son poco ágiles, y a menudo requieren que las manejen de manera especial, lo que implica un costo adicional, y pueden estar prohibidas por las reglamentaciones.

Bajo los dos títulos siguientes ("Empacar más apretadamente" y "Entresacar más") hago sugerencias de naturaleza mecánica para ayudar a los escritores a atenerse a las limitaciones de espacio. Sin embargo, la preocupación subyacente no es mecánica sino asunto de enfoque. Por esa razón vuelvo a la importancia de la formulación del problema ("El propósito de este estudio es...") y reitero que

la formulación misma del problema debe mantenerse bajo escrutinio continuo.

Dadas las limitaciones sobre los criterios de inclusión para los estudios descriptivos ofrezco otro aforismo que ha servido de guía a mi escritura y que he repetido con frecuencia para ayudar a otras personas que experimentan dificultades al organizar, escribir o revisar: ¡haz menos, más profundamente![5]

"Haz menos, más profundamente" es mi máxima, y el lente *zoom* de una cámara proporciona una analogía para el principio en acción. Si uno quiere abarcar más en la foto, debe sacrificar cercanía o detalle y viceversa. Michael Agar sugiere lo que él llama el "enfoque del embudo" en el trabajo de campo: "La estrategia es hacer más angosto el foco de manera *selectiva* dentro de un campo más amplio previamente explorado" (Agar, 1996: 61; para otra analogía con lentes, ver Peacock, 1986) ¿Estás bien enfocado? Ten presente que la respuesta a esta pregunta crucial no está en el lugar de la investigación ni en el método que escogiste sino que es algo que *tú* debes llevar al lugar.

Empacar más apretadamente

A pesar del creciente interés en el desempeño del texto, la investigación cualitativa nos casa con la prosa. Pero no estamos limitados a palabras solamente. Los cuadros, diagramas, mapas y tablas y fotografías no sólo proporcionan buenos complementos al texto impreso sino que pueden condensar y hacer más expedita la presentación de los detalles de apoyo. He mostrado mi inclinación a "pensar secciones", "pensar capítulos", o "pensar tablas de contenido" desde

5. Durante muchos años le atribuí este aforismo a Alfred North Whitehead, que por cierto era mi inspiración, pero fui yo quien desapercibidamente lo acuñé. La verdadera máxima de Whitehead se expresaba en la forma de dos mandamientos educativos: "No enseñes demasiadas materias" y "Lo que enseñes, enséñalo con profundidad" (Whitehead 1949 [1929]:14). Parece que también ilustré la observación de Louis Wirth de que la originalidad es el producto de una memoria deficiente (Anotado en Becker 1986:136).

el momento en que comienzo un nuevo estudio. Este consejo puede expresarse de manera más universal, aplicable a la presentación de datos tanto cualitativos como cuantitativos. Tal como Miles y Huberman nos lo dicen de manera sucinta: "Piensa en la exposición" (1994: 11 *pássim*).[6] Los formatos de exhibición proporcionan alternativas para manejar dos de nuestras tareas más críticas: la reducción de los datos y el análisis de los mismos.

Las tablas y diagramas ofrecen maneras adicionales de dar cuerpo a nuestros pensamientos y nos invitan a clasificar y categorizar los datos, a explorar qué se corresponde con qué, a contemplar cómo pueden los datos aparentemente discretos ligarse de una manera que no se había vislumbrado antes. Los investigadores que piensan espacialmente trabajan por medio de sus gráficos y diagramas para literalmente "ver" sus estudios. Desde el inicio, algunos investigadores cualitativos conceptualizan sus estudios en gráficas y diagramas dibujados sobre papel poco costoso, que pegan en los muros o en el piso. Quien haya presentado una ponencia en una sesión de afiches o carteleras ha experimentado la dificultad de "pensar la exhibición".

En formatos más convencionales, las tablas y gráficas también pueden reemplazar o resumir información que proporciona el contexto de un estudio pero que es de interés sólo para una pequeña proporción del público que anticipamos. De manera similar, los mapas son una manera ágil de localizar una región o comunidad; los mapas esbozados son una manera conveniente de dibujar el movimiento o hacer comparaciones de antes y después. Las imágenes siguen valiendo mil palabras (más o menos, y suponiendo que no planteen asuntos insuperables relacionados con la confidencialidad o los permisos).

Los gráficos también aumentan la posibilidad de captar la atención de los lectores que "ven" hechos o visualizan relaciones de otras maneras. También nos mantienen conscientes de explorar formas alternativas de representación y presentación aumentando el siempre potencialmente tedioso flujo de palabras de la página impresa.

6. Para una mayor exposición del papel y la importancia de la exhibición visual, ver Tufte 1983, 1990. Para gráficas más creativas ver Wallgreen y col. 1996.

La exhibición también tiene una función en el análisis de datos: las tablas y diagramas desarrollados en forma burda durante los intentos preliminares de organizar los datos (y de deshacerse de ellos), pueden ayudar a los investigadores a discernir espacialmente las relaciones y los patrones. No dudes en explorar formas alternativas de exponer y resumir los datos. Pero hazlas fáciles de seguir, fáciles de comprender y útiles, no meramente decorativas.

A guisa de ejemplo, incluyo aquí (figura 5.1) un diagrama preparado inicialmente para la primera edición de esta monografía, diseñado para ofrecer una representación visual de la gran variedad de enfoques de la investigación locativa. Un propósito original al organizar este material fue identificar un buen número de estrategias, de modo que los estudiantes nuevos en investigación cualitativa no le añadieran de manera invariable la etiqueta "etnografía" a sus estudios meramente porque no eran conscientes del amplio rango de términos y enfoques alternativos. Antes de elaborar el diagrama, había condensado un breve material comparativo que describía cada enfoque en forma de columna (Wolcott, 1982), pero tal formato presentaba su contenido con desafortunada rigidez pues lo encajonaba. Yo deseaba expresar un sentido de las interrelaciones entre los enfoques sin implicar jerarquía. Un gráfico circular proporciona el modo alternativo de presentar los enfoques en un continuo que va desde los más relacionados a los aparentemente más opuestos. Advierte que ya hay más palabras en este párrafo que en la figura, lo cual es otra parte de mi mensaje: la figura casi habla por sí sola.

Que el gráfico habla por sí mismo resulta ser al tiempo un hecho y una precondición para el material que aparece separado del texto. El material adjunto debe sostenerse por sí mismo. El material complementario debe titularse de manera adecuada para que se entienda sin tener que consultar el texto, lo cual se logra con las leyendas debajo del cuadro y los subtítulos. El problema es asegurarse de que el material sea autoexplicativo, no dependiente del texto.

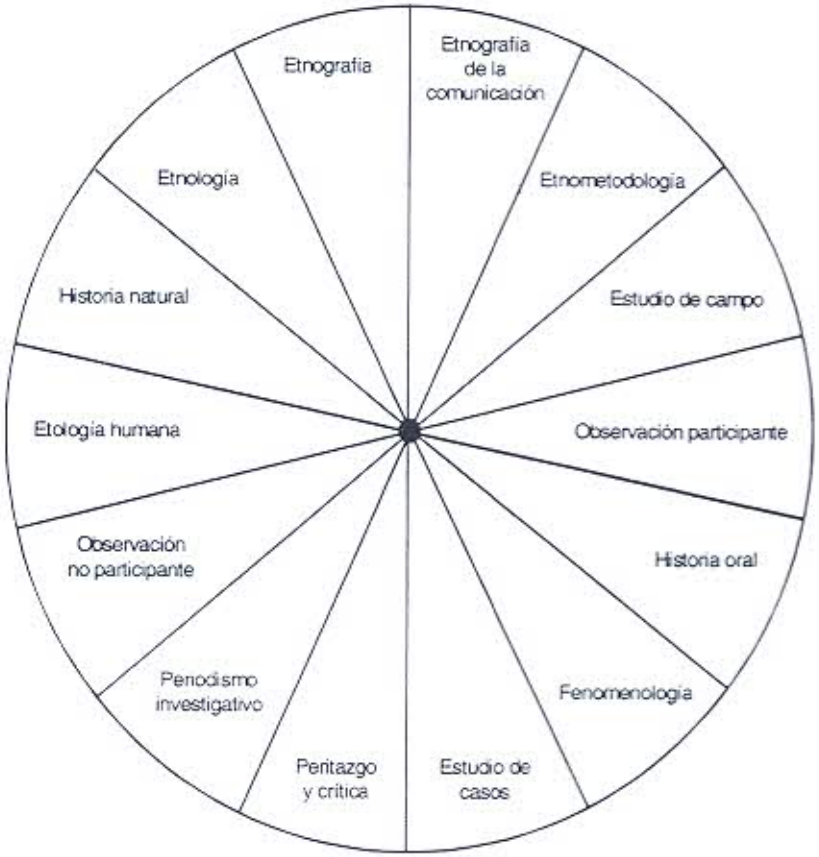

Figura 5.1 Estudios cualitativos o descriptivos organizados según enfoques investigativos

Para determinar si las tablas y gráficos se bastan a sí mismos, puedes ver si alguien que no conoce el texto es capaz de interpretar correctamente tus exhibiciones visuales.

Las leyendas y el material explicativo adjunto a los gráficos, tablas y fotografías también requieren escrutinio editorial continuo. Nada que no sea de alta calidad debe considerarse digno de ser incluido (por ejemplo, líneas limpias, imagen nítida). Los materiales han de ser también importantes y complementarios a los propósitos que se tienen, y no se deben poner sólo para romper el espacio o para impresionar. Al revisar y editar también se deben revisar los materiales de apoyo.

En ocasiones, los gráficos o tablas esenciales para los primeros borradores se vuelven superfluos después de que se termina la escritura. Por el contrario, algunos mapas y diagramas podrían simplificarse en aras de la eficacia. Se pueden necesitar varios mapas para lograr propósitos diferentes, que originalmente se habían diseñado para lograrse como uno solo (por ejemplo, localizar la región del estudio en un mapa, y acompañarlo por otro mapa a mayor escala que proporcione detalles locales importantes). En una palabra, todo debe estar orquestado. No permitas que el lector se quede preguntándose por qué se incluyó algo que parece no tener nada que ver con los propósitos del estudio.

Una advertencia: algunos gráficos y tablas son trampa fácil para autores susceptibles a lo que Lewis Coser denominó "precisión mal ubicada", o el esfuerzo por compensar la debilidad teórica por medio de la fuerza metodológica (1975: 692-693). La precisión mal ubicada no se limita a tablas y gráficos. Se aprecia cuando se introduce el detalle a un nivel que produce confusión, inconsistente con los propósitos de un estudio o con el nivel de detalle que se proporciona en otras partes. Como investigador cualitativo curtido, mientras más gráficos y tablas encuentro en un estudio, más sospecho que el investigador estaba tratando de impresionar más que de informar.

En el caso de mi diagrama circular original, lo que me preocupaba era su *falta* de complejidad. Los modelos deben simplificar, pero éste se sobrepasaba al representar cada uno de los enfoques cualitativos que yo había identificado como independientes e iguales. El diagrama original servía a mis propósitos de presentar una visión general, pero la complejidad de las relaciones entre los enfoques cualitativos exigía algo más. El diagrama de árbol descrito antes (ver figura 4.1) fue el resultado. El diagrama circular fue un comienzo que luego llevó a algo más satisfactorio.

Cuando resumen o ilustran información importante, las tablas, gráficos, fotografías y otras figuras prestan un servicio invaluable

y además aumentan el atractivo para la clase de personas que aprecian que los datos se les presenten de manera no verbal. Pero la presentación misma de los datos puede convertirse en preocupación. Los biógrafos e historiadores parecen particularmente susceptibles a sobrecargarse de datos y a veces parecen incluir algunos que no tienen más razón aparente que la de haber sido destapados durante el proceso de investigación. El ejemplo más flagrante de precisión mal ubicada que recuerdo era una tabla de números aleatorios que aparecía como apéndice en una monografía sobre las prácticas sociales relacionadas con la bebida de cerveza entre los habitantes urbanos de África. El mensaje buscaba decir, supongo, "esto es ciencia". Mi reacción como revisor fue: "esto es ridículo".

Otra práctica que puede ayudar a mantener una longitud razonable en los manuscritos es incluir en la narrativa sólo citas breves de las entrevistas o notas de campo pero, cuando sea del caso, incorporar protocolos más largos en un apéndice o suplemento, práctica que analizaré de manera breve en el capítulo 6. La verdad es que pasar los datos de un lado a otro no cambia el tamaño general de un manuscrito; reubica el problema más que aliviarlo. Sin embargo, editorialmente puede ser efectivo para hacer énfasis y enfocar bien los asuntos llevando la atención a los elementos críticos en lugar de soltar simplemente a los lectores para que pasten donde les apetezca. También evita la tentación de permitir a los informantes la cháchara escrita al igual que lo podían haber hecho (o hasta alentado) durante las entrevistas. Esta verborrea suele ser contraproducente, y deja a los lectores aburridos más bien que encantados.

En ciertas ocasiones, a los informantes se les debe dar la palabra, y hay métodos, tales como las historias de vida antropológicas, en los cuales esa voz puede ser la única que se escucha. Sin embargo, por lo general considero que las notas breves son más efectivas que las largas, especialmente cuando se citan múltiples entrevistados sobre el mismo punto. Mientras más largos los pasajes citados (bien sea de informantes o de fuentes impresas), mayor es la necesidad de asegurarse de que los lectores comprendan el punto que quieres

señalar. Algunas veces, relegando primero las secciones más largas de entrevistas o texto citado a los apéndices complementarios, llega uno a darse cuenta de que se pueden eliminar del todo. Una vez se han separado del texto, es más fácil juzgar qué tan vital es su contribución.

Entresacar más

Cuando los lectores externos están de acuerdo en que se puede eliminar una sección del manuscrito, me apresuro a seguir su recomendación. Sin embargo, a pesar del consenso general sobre la necesidad de recortar, mi experiencia es que los revisores del desarrollo no se ponen de acuerdo en qué dejar y qué quitar. Si los recortes son al tiempo obligatorios y grandes, aprecio la voz de la autoridad y experiencia de un editor para que me dé sugerencias sobre cómo proceder. También he descubierto que a los lectores de los primeros borradores no les importa identificar posibles partes para suprimir si primero les aseguro que mi problema ya no es si recortar o no sino dónde hacerlo. Para reiterarles que estoy tomando en serio lo de los cortes, también he descubierto que si les doy un borrador en el que he tachado ciertos pasajes, es más probable que me ayuden que si les entrego un manuscrito limpio. Algunos de los revisores son reacios a hacer anotaciones en una copia limpia, de manera que les entrego una que ya tenga cambios.

Nunca le pido a nadie que revise una copia difícil de leer o llena de anotaciones, ni le pediría a nadie que leyera una sin paginar o sin correcciones de ortografía. Pienso que es de mala educación hacerlo y totalmente imperdonable en una época en que sacar una copia limpia, corregida y bien diagramada es tan fácil.

Sea cual sea la motivación para el recorte —las recomendaciones (o insistencia) de otros, o un sentimiento intuitivo propio— es mejor que tú mismo hagas los recortes y la necesaria reescritura en lugar de delegarlo. Si no tienes acceso a lectores críticos que te ayuden a identificar posibles maneras de recortar, he aquí algunas recomendaciones que te darán el mayor rendimiento si no tienes ayuda.

Primero, busca las pequeñas desviaciones en las cuales te puedas haber salido por la tangente. Éstas son más fáciles de identificar después de que te distancies un poco del manuscrito. Puedes darte cuenta de pronto de que ciertos asuntos o temas fueron descartados en vez de estar desarrollados, y de que aprovechaste la ventaja de una oportunidad de meter baza sobre un tema de preocupación perenne para ti pero quizás no de interés para tus lectores. Los colegas pueden ayudar a identificar tales desviaciones si uno se los solicita de manera específica, pero pueden ser demasiado delicados para mencionarlas si uno no lo hace; al fin y al cabo, ya te conocen a ti y tu manera de ser.

Segundo, haz una valoración crítica de todos los puntos apoyados en múltiples ilustraciones, múltiples viñetas y múltiples citas, con ojo agudo para la repetición innecesaria. Guarda las mejores y bota el resto. Resume el patrón general que ves y deja sólo una o dos ilustraciones. Puedes estar intentando preservar y retratar matices importantes que *tú* reconoces en ejemplos muy relacionados entre sí, pero es muy probable que los lectores que no tienen tu misma experiencia de primera mano no capten ni aprecien estas sutiles diferencias. Casi todos nosotros vemos y escuchamos a nuestros informantes cuando incluimos sus palabras en un manuscrito y olvidamos que nuestros lectores no lo pueden hacer; para ellos, las palabras siguen siendo carentes de vida salvo por la voz que les damos, y la repetición de materiales virtualmente idénticos se vuelve tediosa.

No dudes en incluir un exceso de material ilustrativo en tus primeros borradores; se puede podar el material a medida que es editado. Aquí estamos hablando sobre cómo ir refinando un manuscrito de trabajo, no sobre qué poner en la copia inicial. Es más fácil sintetizar o recortar cuando se tienen demasiados ejemplos que volver a las notas en busca de la ilustración perfecta que tiramos demasiado pronto. Tu selección de notas y viñetas también puede cambiar a medida que el texto se desarrolla. No olvides codificar tus recortes (preferiblemente en el manuscrito donde aparecen) de manera que puedas localizar con rapidez las fuentes originales. Tu sistema de codificación también puede usarse para

recordar y presentarle a tu lector información importante en forma encapsulada (por ejemplo, "Notas de campo 11/8/84" o "M-23" [masculino, 23 años de edad]).

Tercero, examina con cuidado todos los comienzos: la primera oración y párrafo de cada capítulo o sección, la primera sección de cada capítulo y todo el primer capítulo. Al releer mis propios borradores, he descubierto que mis comienzos suelen ser poco más que calentamientos que me ayudan a coger impulso, lo que no ocurre con los lectores, que más bien pueden desanimarse con un comienzo lento. Puedes ser capaz de podar un poco de *todos* los comienzos —a menos, por supuesto, que hayas hecho caso a mi consejo de entrar en materia con la oración clave: "El propósito de este estudio es..." Varios lectores de borradores preliminares me preguntaron por qué yo no había comenzado esta monografía de este modo, queriendo decir, con delicadeza, que mi capítulo 1, aunque breve, todavía les parecía un comienzo débil.

Permíteme prevenirte sobre algo al comenzar con la oración: "El propósito de este estudio es...". En la quinta palabra de tu texto ya vas a haber usado la expresión "este estudio". Sin duda las miles de referencias a "este estudio", "esta disertación", "esta investigación", (o "este libro") al iniciar una reseña, deben ser las frases más repetidas en toda la escritura académica. Búscalas y destrúyelas cuando sea posible. Da a tus lectores el crédito de ser capaces de recordar qué están leyendo.

Finalmente, busca secciones enteras —incluso capítulos enteros— que se pueden quitar o relegar para un proyecto diferente. Ya propuse (en el capítulo 4) que una exposición extensa del método es una buena candidata para un trabajo aparte. Es posible que descubras que se pueden suprimir trozos grandes (por ejemplo, párrafos, secciones o un capítulo entero) y los pequeños no. Al suprimir trozos grandes es posible que dejen brechas evidentes que se pueden señalar como temas importantes intencionalmente omitidos, que se tratarán en otro momento.

Para mantenerse dentro de los límites de espacio impuestos a todas las monografías originalmente publicadas en la serie sobre investigación cualitativa, por sugerencia de los editores (me gusta

pensar que fue por sugerencia de ellos), yo suprimí dos capítulos de la primera edición de ésta. En ese entonces, quitarlos parecía dejar un vacío gigantesco en la monografía. Pero tal parece que nadie lo notó y cada uno de los capítulos fue desarrollado posteriormente hasta convertirse en un artículo independiente publicado en otra parte.

En contraste, atarearse con cortes menores puede dejarte un sentimiento de ansiedad, de que el relato se está volviendo desarticulado y mutilado, y de pronto hasta perdiendo su integridad. Mitch Allen recuerda haberme aconsejado "poner a dieta" mi libro más reciente (Wolcott 1999). Recomendó que tratara de cortar tres páginas de cada capítulo. En ese momento me pareció una sugerencia razonable, semejante a la tradicional resolución de año nuevo de perder unos kilos. Como me lo ha recordado Mitch: "creo que no lo hiciste". ¿Sí estaría bien consciente de que el libro tenía 11 capítulos? ¡11 × 3 = 33 páginas más corto! ¿No es mejor un poco de dieta a nada? Acepto que la poda estimula el crecimiento, como nos lo cuentan nuestros amigos jardineros. Una "poda editorial" también puede dar vigor, tanto al autor como al manuscrito. Pero a mí me cuesta hacerla. Y siempre guardo una(s) copia(s) intacta(s) de la versión original; a diferencia del jardinero, en caso de que tus esfuerzos iniciales parezcan un poco severos o mal orientados, siempre puedes tener una segunda oportunidad.

La verdad es que hacer que la investigación cualitativa o descriptiva quepa en los límites preestablecidos de los artículos de revista o de las series tamaño monografía, o comprimir dos años de trabajo de campo en quince minutos de un simposio, no es tarea fácil. David Fetterman informa sobre un caso donde la administración objetó la *brevedad* de un informe evaluativo que el había preparado, pero anotó que la objeción se basaba en la creencia de que "un documento que pesara físicamente más, sería más útil para ellos vender el programa en el futuro" (1989: 17). Éste puede muy bien ser el único caso en la historia en que alguien quería que un investigador cualitativo escribiera más, en lugar de menos.

Enfrentado repetidas veces con el dilema de tener que comprimir la escritura de un informe cualitativo, en mis propios escritos y

al tratar de ayudarles a los estudiantes y colegas con los suyos, mi resolución, consejo y filosofía se sintetizan en la idea de "hacer menos, más profundamente". Una estrategia para lograrlo es buscar las partes, ejemplos, o casos que puedan representar el todo. "Sinécdoque" lo llaman nuestros colegas literatos. Informar sobre una parte es lo único que se puede hacer en un artículo de revista o en un trabajo corto para un simposio, pero también es una guía razonable para desarrollar un estudio completo.

¿Recuerdan el dilema de Alfred descrito al final del capítulo 2? (Apuesto a que sí porque tendemos a recordar el material presentado por medio de anécdotas y digresiones personales). Si Alfred hubiera venido a pedirme consejo, le habría preguntado si había considerado usar alguna "unidad de uno" manejable como foco, alguna porción de las actividades del año que le hubiera permitido representar lo que había imaginado con su extensa recolección de datos sin tener que recapitular todo el año. ¿No sería mejor construir su estudio alrededor de *un* estudiante del grupo más bien que de todos ellos; analizar meticulosamente *un* día en una clase más bien que todos los días; hacer la disección de *una* unidad de estudios sociales desde el comienzo mismo hasta después del examen, en lugar de tratar de revisar todas las unidades presentadas durante el año; analizar *un* acontecimiento crítico más que considerar todo lo que ocurría como crítico? Así, al consejo de escribir un estudio "pájaro por pájaro", puede haber una alternativa aceptable: escribirlo todo, o casi todo, sobre un *solo* pájaro, en profundidad. Luego, plantear que ese ejemplo pertenece a un espectro más amplio. Ésta ha sido siempre la alternativa más atractiva para mí.

Volviendo a la analogía del lente *zoom*, una manera de mantener un estudio descriptivo de un tamaño manejable es ir enfocando de manera progresiva hasta que la tarea descriptiva se vuelva manejable, y luego ir retrocediendo hasta lograr perspectiva. Lo mismo que un observador, el lector necesita un contexto para saber en qué parte del esquema mayor encaja el caso particular. Entonces ¿qué podemos aprender con sólo estudiar un ejemplo o un aspecto de alguna cosa? Mi respuesta puede parecer fácil, pero me juego en ello mi carrera como investigador cualitativo: ¡Lo podemos todo!

En breve

- En sí y por sí misma, la extensión relativamente mayor de los relatos cualitativos no debe ser una preocupación importante. Hacer algo sobre una base descriptiva adecuada exige detalles.
- Por otra parte, la extensión innecesaria distrae y hace que el lector se quede pensando si el escritor perdió su norte o está contando las historias por sí mismas más que para lograr un propósito.
- Fijarnos en la estructura de la oración es el primer paso para refinar y mejorar la escritura. Frases como "En sí misma y por sí misma" y "Por otra parte" en los párrafos inmediatamente anteriores pueden eliminarse en aras de la economía del estilo.
- A menos que haya una razón de peso para presentar largos protocolos de entrevistas o incluir citas extensas, debes parafrasear o editar para darle énfasis al material que decidas citar.
- Si recortar palabras por página o páginas por capítulo no te es suficiente para alcanzar el límite de páginas deseado (o impuesto), considera la posibilidad de borrar secciones y hasta capítulos enteros, dejando los temas para retomarlos en otra parte.

6

La finalización

Me encanta ser escritor;
lo que no soporto es el papeleo

Peter de Vries

No es sólo cuestión de cortesía y buena maneras conocer el formato de una revista o de una serie de monografías sino absolutamente esencial entregar el material de la manera requerida. Vas a descubrir que hay una amplia gama de prácticas y preferencias entre una editorial, un campo profesional y una revista y otra, y las prácticas a menudo varían notoriamente con la forma de trabajar de un editor u otro en la misma revista, aun cuando sus políticas sigan siendo las mismas. Es asunto del personal de las editoriales establecer la clase y el grado de uniformidad deseados y asegurarse de que tu manuscrito se atiene a ciertos parámetros. Para lograrlo, te pueden pedir que hagas algún cambio inesperado o tomes algunas decisiones imprevistas. También puedes encontrar que ya tomaron por ti muchas decisiones importantes. En el presente capítulo se revisan estos últimos toques.

Los materiales que anteceden y siguen al cuerpo central del texto en un libro se conocen por unos títulos bastante poco imaginativos: **páginas preliminares** (o también "preliminares") y **páginas finales**, o ("materiales finales"). Muchos de estos "materiales" de-

ben ponerse en los artículos de revistas, informes, y capítulos de antologías, pero de manera abreviada. Los expongo aquí en el orden en que se suele pedir que pienses en ellos o que los atiendas, aunque difiera de aquél en el que tú decidiste colocarlos. El propósito de algunos de esos materiales es llamar la atención sobre lo que tú tienes para informar: algunos pretenden hacer más útil y accesible lo que has escrito, y otros simplemente permiten a las editoriales mantener su reputación de calidad y consistencia.

Finalizar los preliminares requiere tomar decisiones relativas a los títulos, dedicatorias, prefacios, introducciones, palabras preliminares, agradecimientos y la tabla de contenido. Puede exigir una sección de "Sobre el autor"; la elaboración de un resumen *(abstract)* y, para un artículo de revista, identificar palabras claves, descriptores o palabras para el índice. También, al final, hay decisiones internas que afectan el manuscrito y que deben tomarse en este momento porque antes no se habia determinado; si usar notas de pie de página o al final; si usar —y en qué lugar— tablas, cuadros y diagramas; y si usar —y dónde— fotografías o material artístico.

Al culminar las páginas finales se le debe prestar atención a la bibliografía y, para obras tamaño libro, decidir si incluir apéndices o suplementos, y si elaborar un índice o un glosario. Así se terminan formalmente los páginas finales, pero con eso no se acaban tus responsabilidades como autor. Todavía te falta responder a las preguntas del corrector de estilo y del corrector de prueba. Si estás escribiendo tu primer estudio, ansías que llegue el día en que estos problemas —incluyendo la decisión sobre el título— te preocupen. Esto también puede llevarte a creer (erróneamente) que pueden dejarse para más tarde. Si les prestas atención mientras avanzas en tu trabajo es posible que evites tomar decisiones apresuradas o dejar tareas para el final —como revisar las referencias o darles el formato adecuado— que se hacen de manera más eficiente cuando se está desarrollando el manuscrito.

El título

Un título provisional puede resultar adecuado en las primeras etapas del proyecto. Este título funcional, y la fecha del borrador actual, deben aparecer en cada página. Si el título de tu trabajo encapsula la formulación del problema y sirve como constante recuerdo del enfoque, tanto mejor. Desde el principio, piensa en un título final efectivo y anota las ideas que se te ocurran. Durante el largo interludio entre el comienzo de un proyecto y un primer borrador listo, el título es uno de los pocos aspectos tangibles que puedes compartir que al mismo tiempo anuncia y resume tu estudio. En un artículo lleno de reflexiones, "De título a título", Alan Peshkin —cuyos voluminosos estudios sobre aspectos de las comunidades norteamericanas y la educación son excelentes modelos de investigación cualitativa— describe cómo, durante el curso de un trabajo de campo, la secuencia evolutiva de títulos significativos reflejaba sus procesos y pensamientos a medida que fue redefiniendo y enfocando mejor su investigación (Peshkin, 1985).

Seleccionar el título es un trabajo serio pero puede volverse agradable. Una práctica común en la escritura académica es asignar lo que equivale a un doble título. Como consecuencia, aun al más corto de los artículos se le pueden añadir dos títulos largos, independientes y, al parecer, sin relación entre ellos, unidos por dos puntos. A menudo uno de estos títulos es creativo y atractivo. Mientras más atractivo sea el primero, más importante es que el segundo dé una idea clara del contenido. Dos de mis primeros favoritos entre este tipo de títulos son el de Suzanne Campbell-Jones, en *In habit (De hábito)*, con el informativo subtítulo de *A study on working nuns (Un estudio sobre monjas que trabajan*, 1978) y el de Sherry Cavan: *Liquor licence: an ethnography of bar behavior (Licencia de licor: una etnografía sobre comportamiento en bares*, 1966). El libro de Janet Spector: *What this awl means: feminist archaeology at a Wahpeton Dakota village (Lo que significa este punzón: arqueología feminista en una población Whapeton de Dakota*, 1993) presenta un título que no sólo promete excavaciones serias sino una lectura amena.

Te prevengo para que no te pases de listo, porque los títulos pueden regresar para perseguirte y desviarte de tu propósito. Si tu primer título es un poco del estilo ingenioso, su complemento, el subtítulo (o la etiqueta, si te gusta pensarlo así) deben expresar la naturaleza de tu trabajo. Por experiencia de primera mano también te prevengo en contra de usar palabras desconocidas en un título, en especial nombres de lugares geográficos cuya pronunciación es incierta. El título de mi primer libro incluía la palabra Kwakiutl (Wolcott 1967); uno posterior adoptó la palabra de Bulawayo, una ciudad de Zimbabwe, como parte de su título (Wolcott 1974a); luego descubrí que, aunque estos nombres impartían una información importante, la gente los evitaba y no se refería a los libros por el título, para no meterse en dificultades con la pronunciación. Un libro o un artículo con un título impronunciable no llegará a ser fácilmente tema de conversación.

Ron Rohner nos da los créditos a mi compañero Norman y a mí por sugerir *They love me, they love me not (Me quieren, no me quieren,* Rohner 1975) como título de su manuscrito en aquel entonces recién terminado, pero nuestra inspiración creativa le habría hecho un flaco favor sin su subtítulo complementario. *Un estudio a escala mundial sobre los efectos de la aceptación y el rechazo de los padres.* De manera similar, *Teachers versus technocrats (Profesors versus tecnócratas,* Wolcott 1977) ha demostrado ser un título efectivo para un estudio de caso sobre la dinámica del cambio educativo, pero necesitaba desesperadamente el subtítulo, *An educational innovation in anthropological perspective (Una innovación educativa en la perspectiva antropológica),* para atraer la atención del público que se quiere tener. Acepto que todos esos títulos son ampulosos, pero ayudaron a informar a los potenciales lectores y exhibieron su orientación con luces de bengala. Me encanta tomarles el pelo a los colegas con respecto a sus títulos largos, pero en eso no estamos solos. El título completo del clásico de Charles Dickens, al que se lo suele llamar sólo por el nombre de su protagonista es: *Historia personal, aventuras, experiencias y observaciones de David Copperfield, el jovenzuelo de Blunderstone Rookery (quien no buscó de ninguna manera que la publicaran).*

Si un estudio de Hollywood me buscara para hacer una película basada en esta monografía, yo le apostaría a un título más atractivo (¿"Romance en clave"?). Hasta tanto, sin embargo, tengo la conciencia tranquila —el título presente expresa de manera precisa y sucinta lo bastante del contenido para que le haya ido bien en el mercado de las ideas—. Es corto, pero no demasiado. Los títulos cortos a veces no son útiles. Uno que se me viene a la cabeza es *Naven,* de Gregory Bateson (Bateson, 1936). Aunque reconocido hoy como un "clásico excéntrico" (Geertz, 1988: 17), el título del libro sólo agrava la oscuridad en la que permaneció envuelto más de dos décadas. Pero sería difícil superar a *Rc Hnychnyu* (Salinas 1978) como título que garantizara asustar a todo el mundo menos al estudiante más dedicado, capaz de reconocer que el relato es sobre el pueblo y el lenguaje otomí.

Las bases de datos computarizadas han agregado otra razón para incluir palabras críticas identificadores en algún punto del título o subtítulo, especialmente cuando se trata de libros. Si en el título no hay palabras identificadoras, la obra no aparecerá en la búsqueda del computador y puede no atraer la atención en el catálogo de una editorial. La audaz alternativa de título sugerida antes, *Romancing the keys* es un buen ejemplo de un mal ejemplo. Y adivina cómo pudo haber sido catalogada la obra *Bird by bird* en una bibliografía electrónica, de no haber Ann Lamott añadido el subtítulo *Some instructions on writing and life (Instrucciones diversas sobre la escritura y la vida).*

Las páginas preliminares

Puede parecer un poco obvio que los así llamados preliminares vayan al comienzo del libro. Con excepción de la tabla de contenido, aumentada quizás con un resumen ejecutivo, no me parece buena idea sobrecargar la obra con mucho material preliminar. Me gustaría repasar los materiales con la idea de colocarlos en otra parte (por ejemplo, en la parte final del libro y no al comienzo) o de eliminarlos del todo. Éste puede ser otro de los puntos en los que tú debes meterte en los zapatos de los lectores. Ellos están ansiosos por

llegar al meollo del estudio, ¡éste no es el momento para atravesarte en su camino!

La dedicatoria. A los escritores académicos a veces se nos va la mano con la práctica bien intencionada, pero sujeta a abusos, de dedicar obras, particularmente las de alcance limitado y modesto atractivo. Mi recomendación es reconocer la ayuda y apoyo de los demás (incluyendo cónyuges y descendientes que se las arreglan de alguna manera para expresar la sensación de aislamiento que sufrieron durante la escritura), más bien que expresar gratitud y afecto en una dedicatoria. Me parece que éstas deben reservarse para las mejores obras y la gente más especial. Aunque se me vienen a la mente muchas personas especiales, hasta ahora he podido resistirme a encartar a alguien con una dedicatoria, y, aunque he sentido la tentación, tengo las intenciones más firmes de seguir haciéndolo otro rato más. Pero la vocación es tuya. Si insistes en darte gusto, haz que tu dedicatoria sea simple.

El prefacio. Los prefacios, como cualquier manifestación prologal, cumplen la importante función de plantear los propósitos y el alcance de lo que vendrá. Dan al autor la oportunidad de invitar al lector a echar una mirada más cercana, con la bendición de la editorial, que probablemente ve ésta como la oportunidad de vender el libro a un potencial comprador. Si originalmente enviaste un prospecto formal con la esperanza de que el editor se interesara en la publicación, podrías pensar en el prefacio como una especie de prospecto de "segunda oportunidad", escrito para atraer y convocar a un público más amplio ahora que la obra está en prensa.

Sin embargo, algo parece sucederles a muchos escritores cuando llega (¡finalmente!) la hora de redactar un prefacio. Aunque se escriben de últimos, a menudo en un estilo demasiado revelador y personal para un autor que aún no conocemos, se ubican donde serán leídos de primeros. Como autor, puedes querer tener la oportunidad de hablar de manera personal y directa a tus lectores sobre tu trabajo, pero si éste es tu propósito, sugiero que lo pospongas. Guarda tus reflexiones o confesiones, o hasta agradecimientos, para el final, cuando los lectores ya conozcan tu estudio y puedan apreciar la oportunidad de saber más sobre ti. En lugar de un prefacio, piensa en la posibilidad de concluir con un epílogo, o agrega unas reflexiones personales o una nota final que sirva como *post scriptum*.

Pero si resuelves escribir un prefacio, no te olvides de que es el libro o la monografía lo que estás presentando, no a ti. Si ya lograste que esto fuera una introducción (ver la sección siguiente), considera si realmente quieres añadir lo que puede resultar ser casi otra introducción, pero más corta. No sientas la tentación de eclipsar en el último momento todo el proyecto escrito que te ha estado consumiendo. Hojea las obras de los autores que admiras para ver cómo comenzaron sus relatos (en caso de que lo hubieran hecho) con un prefacio, y si éste, a tu juicio, realmente servía para algo.

La introducción. Elaborar una introducción independiente del texto ofrece a los autores otra tentación de salvar responsabilidades académicamente. Recomiendo que no se incluya una introducción independiente porque suele ser sólo el disfraz para un prefacio más largo y más formal. En la página 1 del capítulo 1 es donde el lector debe conocer al autor, y nada debe interponerse en este encuentro inmediato. Claro está que al capítulo 1 se lo puede *llamar* introducción, o la introducción puede servir como un capítulo 1; en cualquier caso, el autor llega de una vez al asunto sustantivo del texto. Lo que se escribe más tarde en forma de reflexión también puede aparecer más adelante, en vez de convertirse en elemento de distracción o de mérito. Si se necesitan más explicaciones, posiblemente sea necesario reescribir la introducción misma.

El preámbulo. Quizás tú o tu editor quieran que alguien diferente se cure en salud por ti. Hay muchas ventajas en otorgar tal honor, y no es improbable que la persona a quien se invita a escribir un preámbulo corresponde alabando tu obra o afirmando de alguna manera la importancia de tu estudio. Pero uno nunca sabe si la persona va a saber cumplir bien con su cometido y a hacerte un favor a ti o a tu obra. Solicitar un preámbulo no deja de tener sus riesgos.

Interesado como estoy en que el lector llegue lo más pronto posible al texto, mi recomendación general es no hacer introducción ni preámbulo. Pero hay excepciones. En una serie de monografías, lo más posible es que el editor o los editores quieran introducir cada volumen nuevo, o que el preámbulo (o la introducción del editor,

como se lo llamo en la primera edición) ya esté asignada y no se solicite. Y a nadie le molesta que alguien diga unas palabras bondadosas sobre nuestra obra o dé explicaciones a nuestro nombre mejores que las que nosotros mismos podamos dar.

En un estudio anterior (Wolcott 1974a), incluí un preámbulo y una introducción, escritos por personas diferentes. El estudio versaba sobre la bebida en el África, y me pareció que para mí y para el libro sería conveniente la introducción de un especialista en el tema. Sentía, asimismo, una gran deuda de gratitud con Hugh Ashton, el "antropólogo administrador" que había hecho posible el estudio y cuya benevolencia me quería asegurar para la obra finalizada. Me sentí contento de que las dos personas a las que invité estuvieron dispuestas a hacer declaraciones tipo introducción. Después de eso, ha habido otras ocasiones en las que he deseado que las palabras de otra persona validen las mías. Eso es lo que tales mecanismos logran. Piensa en la decisión de incluirlos como mecanismos estratégicos en los cuales la presencia debe ser genuinamente necesaria y además merecida.

Los agradecimientos. En *The african beer gardens of Bulawayo*, ubiqué los reconocimientos con otro material preliminar. Aún no se me había ocurrido la idea de que yo no estaba obligado a ponerlos ahí sólo porque el resto de la gente lo hacía. Ahora que caí en la cuenta de eso, los pongo al final del libro. Ahí considero que deben estar.

Recibí de mi mentor, George Spindler, una lección oportuna sobre la importancia de agradecerle a la gente. Los Spindler estaban pasando unos días en mi casa después de que me nombraron profesor de tiempo completo en la Universidad de Oregon al terminar mis estudios de doctorado. La noche en que llegaron, con entusiasmo, leí con ellos un borrador de un capítulo que me habían invitado a escribir, que titulé de manera tentativa "Aprendizaje concomitante". Spindler madrugó mucho a la mañana siguiente, pero para mi gran decepción lo encontré buscando algunos materiales que *él* había escrito (mi biblioteca los contenía casi todos) en lugar de estar leyendo mi nuevo borrador. Ya había leído y "disfrutado" de mi artículo, me explicó, pero expresó su desilusión porque yo no le había

dado crédito como fuente de inspiración para el concepto que me había prestado para el título y la idea del artículo. Él había estado buscando la cita que yo debería y podía haber puesto. "Pero fue que tú nunca escribiste sobre eso", le expliqué, reafirmando lo que yo ya sabía y que él comenzaba a vislumbrar. "Yo tomé tu *idea*, pero fue una idea que sólo sugeriste en las discusiones de un seminario. Y no había publicación para citar".

Técnicamente (y por fortuna) yo tenía la razón, como lo reveló su búsqueda. Sin embargo, ésta no era toda la lección. "No importa dónde o cómo te las encuentres", me aconsejó, "dales siempre crédito a las fuentes de tus ideas. ¡Es tan fácil; tan propio de la buena academia... y se agradece tanto". Nunca jamás he limitado mis reconocimientos sólo a aquellas personas cuyas ideas están impresas.[1] ¡Y yo, también he "quedado tan agradecido" cuando se me ha dispensado esa misma cortésia a mí!

Sin embargo, tal como sucede con mucha parte de los preliminares, los agradecimientos también se pueden poner al final más bien que al principio del texto; allí es donde deben ir. Allí distraen menos y, al final del manuscrito, los lectores van a comprender mejor lo que se está agradeciendo. En muchas revistas académicas, una forma preferida de expresar los reconocimientos generales (por ejemplo, inspiración, revisiones de los primeros borradores, incluyendo a revisores anónimos particularmente buenos) es ponerlos juntos en una primera nota no numerada en la parte final del libro, seguida por notas numeradas, que, entre otras cosas, pueden incluir autorizaciones o agradecimientos adicionales. Es el *lugar* tradicional asignado a los agradecimientos lo que objeto, no la práctica de darlos.

Hago el esfuerzo de compartir el mayor crédito posible sin comprometer la confidencialidad necesaria para el informe mismo. Una idea prestada del novelista James Michener es hacer la lista de quie-

1. A ese respecto, debo reconocer mejor a George Spindler como fuente de la idea introducida antes de la teoría como "hacer trabajo", ¡para que no tenga que hacerme más reclamos! Discutimos sobre parte del material presentado en el capítulo 4 durante una visita en mayo de 2000.

nes nos ayudan en cada etapa del trabajo y reconocer su colaboración en la misma secuencia. Llevo un diario con los nombres de las personas que me ayudaron de manera importante durante todo el curso de un estudio o la preparación de un manuscrito, no sólo de los que están comprometidos al final, con la última copia. Me tomó siete párrafos agradecer la ayuda que recibí con la investigación y revisión de *Teachers versus technocrats*, y sin embargo no recuerdo que nadie me haya reclamado porque *esa* sección estuviera demasiado larga.

Sobre el autor o sobre el libro. ¿Sobre quién crees que recae la elaboración de esos breves pero rutilantes escritos cortos que acompañan los artículos o capítulos que aparecen en las solapas o en las contracarátulas? Lo más probable es que sobre ti. Si te piden que hagas una biografía, acepta la tarea como una oportunidad más de reclutar lectores y afirmar tu autoridad para la clase de investigación que abordas en tu informe. Lo que digas de ti debe vincular el estudio que has completado con tu experiencia, tus vivencias y tu carrera; éste no es el lugar para informar que disfrutas jardineando o escuchando música. Sobre tu experiencia y logros pasados sé específico y ve al grano. Yo aprecio a los escritores que citan sus obras previas *pertinentes* según su año y título, más que a aquellos que sostienen que han publicado "varios libros y numerosos artículos en una gran variedad de temas".

Algunas veces, al comentario sobre el autor lo acompaña una declaración titulada "Sobre el libro", que no pretende tanto ser una guía para el lector como una historia breve sobre cómo se escribió el libro y su lugar en la carrera del autor. Si se hace en lugar de un resumen, es mejor ponerlo adelante como prefacio, aunque lo que yo prefiero es unir ambos comentarios cortos al final, como lo he hecho aquí. El lector que busca tal información la puede ubicar con gran facilidad. La razón que tengo para ubicar todos estos materiales al final es que es más posible que a los lectores les interese saber más sobre el autor, el papel del estudio en su carrera y las personas que le ayudaron en el recorrido, *después* de haber leído y valorado el contenido, que antes. Se le debe prestar atención a lo que el autor tiene que decir más que a sus credenciales. Si tu lo consideras así, o

si por razones de mercadeo tu editorial insiste en que esta información cumple con una función vital, a manera de introducción, qué se va a hacer. En las disertaciones, esa función se cumple presentando un resumen de la hoja de vida del candidato. Si el autor quiere decir más, debe hacerlo en el texto mismo.

La tabla de contenido. Ya he alabado las virtudes de preparar un borrador de trabajo de una tabla de contenido como herramienta valiosa, no sólo para organizar después los datos sino también para organizar la investigación de campo. En los estadios finales de un estudio tamaño libro, debe revisarse bien la tabla de contenido, con los títulos y subtítulos de los capítulos para buscar los títulos apropiados, el tratamiento paralelo de categorías semejantes, y una secuencia ordenada que vaya desarrollando el relato. Una de las maneras de hacer evaluación crítica del contenido es entresacar y hacer la lista de todos los subtítulos y títulos y examinarlos en las relaciones de unos con otros. ¿Proporcionan una estructura adecuada para darle cohesión al relato? Los autores de textos más breves (artículos, capítulos en un volumen que un editor conforma, notas de investigación o comunicaciones breves en las revistas) deben darse cuenta de que sus títulos y subtítulos constituyen una tabla de contenido implícita que merece la misma atención crítica.

Preparar una tabla de contenido formal presenta otra ocasión que requiere tomar decisiones difíciles en cuanto al nivel de detalle. No existe fórmula universal, pero hay que encontrar el equilibrio entre "tanto como sea posible" y "tan poco como sea posible". Si no haces un resumen o una guía más explícita para tus lectores, la tabla de contenido ofrece la única visión general de lo que estás presentando, excepto en los raros casos en que la tapa o la contratapa del libro proporciona información resumida.

Como guía general, mientras más concisa la tabla de contenido, mejor. Cuando cabe en una sola página, sirve al tiempo de cuadro sinóptico y guía para el lector. El problema con las tablas de contenido breves y atractivas, pero demasiado sucintas, es que los títulos de los capítulos por sí mismos pueden no expresar el sentido adecuado del alcance o profundidad de tu estudio, en particular si empleas títulos convencionales de capítulos, tales como la secuen-

cia I-H-M-R-A (introducción, hipótesis, método, resultados y análisis). Espero que te sientas libre de hacer los títulos de tus capítulos más informativos e interesantes que lo anterior. Además, si no incluyes un índice (las disertaciones nunca lo hacen y tampoco lo tienen la mayor parte de los estudios cualitativos o descriptivos), la tabla de contenido proporciona la única guía para quien trata de localizar el material dentro del estudio. De manera que esto habla a favor de hacer una tabla detallada.

¿Cómo decidir entre las alternativas de una tabla de contenido sucinta y una compleja? Posiblemente no podrás escoger; por lo general, prevalecen las preferencias del editor. Pero cuando tienes voz en el asunto, éste es un ejemplo adicional en el que tus propósitos y tu público pueden pesar en la decisión. Mientras más, mejor, y es bueno sacrificar la elegancia por la minuciosidad para expresar la profundidad de tu indagación. En disertaciones o informes no publicados, las tablas de contenido detalladas no son sólo apropiadas sino esenciales. Como compromiso entre demasiado y muy poco, puedes pensar en lograr que los títulos de los capítulos sean tan útilmente descriptivos como sea posible y luego expandir las descripciones individuales de cada capítulo al límite de lo que va a caber cómodamente en una sola página *impresa*.

Tengo varios libros aquí a mano mientras escribo y observo que las monografías y los libros más cortos de un solo autor tienden a seguir el formato de una sola página. Los libros de texto y las colecciones, tienen a veces tablas de contenido de varias páginas de extensión, dando una muestra implícita de lo que abarcan. En caso de que escribir y editar resulten ser tu vocación y algún día te encuentres como autor o editor de un compendio inmenso, podrías hacer lo que hizo Russ Bernard con su amplio texto: *Social research methods: qualitative and quantitative approaches* (Bernard 2000), que da a los lectores un "contenido breve" (dos páginas en este caso), seguido por un amplio "contenido detallado" (de once páginas esta vez) que presenta los principales subtítulos de cada capítulo.

El resumen o abstract. Es claro que con excepción de la tabla de contenido, no siento mayor entusiasmo llenando las páginas preliminares con el material que normalmente se coloca allí: dedicatorias, prefacios, introducciones y agradecimientos, pero hay una categoría que aparece con demasiada poca frecuencia: una especie de corto resumen ejecutivo que llame la atención de potenciales lectores a lo que tú vas a informar, y hasta sugerirle al lector ajetreado (o sea, el que sospechas que va a leer, si acaso a la carrera, tu libro) cómo abordar la lectura.

El resumen es la forma más común de presentar tal información. Las revistas profesionales exigen que lo incluyan con cualquier artículo importante que se les envíe para publicación, y las editoriales a veces le hacen una petición semejante a un escritor que entrega un manuscrito más largo, aunque por lo general acaban escribiendo ellos mismos el resumen porque ésta es una herramienta crucial de mercadeo. Eso explica por qué los adelantos rutilantes, propios de los comentarios propagandísticos de las solapas de los libros, contrastan tan marcadamente con los impersonales resúmenes hechos por el autor que vemos en las revistas profesionales. A la mayor parte de los académicos es imposible exprimirlos para que produzcan un material que celebre sus libros, aunque ninguno se opone a que otro lo haga.

La guía para el lector. Un resumen o compendio pueden ser útiles para los lectores y así también beneficiar indirectamente al autor. Deberíamos estimular un uso más amplio de ellos. Un autor podría prestar un servicio aún mejor suministrando una guía para el lector, lo que no es una mala idea para monografías académicas que podrían, sin ella, ser pasadas por alto a causa de su minuciosidad. Si es una verdadera guía y no un resumen disfrazado, también puede indicar dónde localizar los temas específicos en el texto.

El uso más antiguo que recuerdo de un resumen ejecutivo en investigación cualitativa apareció en una monografía escrita por Murray y Rosalie Wax y Robert Dumont, junior, *Formal education in an american indian community*, originalmente publicada en 1964 y reimpresa en 1989. Todo el estudio, de 126 páginas de extensión, incluidas once de apéndice, representa un modelo de investigación de campo y de informe sucinto, particularmente por su esfuerzo para llegar a un público de practicantes. Sin embargo, aun con un informe tan breve, los autores captan de inmediato la atención del

lector con una "Guía para el lector" de tres párrafos (¡A doble espacio, aun en la página impresa!) que expresa el núcleo de su mensaje a quienes estos autores temen que no hagan una pausa suficiente para distinguir por sí mismos. El primer párrafo de su guía aparece aquí como la figura 6.1.

Una guía para el lector

A quienes deben leer a la carrera páginas de informes mientras corren de un lado a otro en reuniones y oficinas, se les recomienda dirigirse al capítulo llamado "Resumen y recomendaciones", que se escribió para ellos. A los lectores que deseen examinar el retrato de una reserva indígena contemporánea y a quienes los tengan sin cuidado los preliminares de una investigación, se les aconseja ir al segundo capítulo, titulado "Ecología, economía y logro educativo". Los escépticos y los críticos querrán leer no sólo el primer capítulo ("Perspectiva y objetivos de la presente investigación") sino también el apéndice ("Procedimientos de la investigación") antes de adentrarse en el núcleo del texto.

Figura 6.1 Ejemplo de un resumen ejecutivo efectivo

Fuente: Wax y col. 1964: v (los títulos entre paréntesis son añadidos).

Observa la tarea especial de lectura para "escépticos y críticos" en su frase final. Esta admonición marcó el reconocimiento por sus principales autores (el sociólogo Murray Wax, la antropóloga Rosalie Wax) de que su enfoque de orientación cualitativa —no muy conocido por fuera de las respectivas disciplinas en aquel entonces— podría ser sometido a escrutinio por los metodólogos, aunque probablemente poco preocupara a los practicantes atareados. ¡Lástima! Este resumen parece haber sido una de las muy pocas ocasiones en que alguien hizo uso de la idea en una monografía descriptiva. Es una idea a la que aún no le ha llegado su hora, aunque sigue siendo una característica familiar en la escritura de informes.

Palabras clave y descriptores. Es probable que al entregar un artículo a una revista profesional, se te pida que des algunas palabras clave o descriptores que lo acompañen. Como editor de una revista me sorprendió ver la poca consideración que los escritores parecen darle a la petición que constantemente se les hace de palabras para el índice. En nuestra revista resolvimos incluir varias palabras clave al comienzo de cada artículo, y usarlas después para compilar un índice para los volúmenes del año. Muy pocos autores eran capaces de ponerse en la posición del lector que busca materiales pertinentes en un índice. Por ejemplo, para la revista *Anthropology and Education Quarterly*, las palabras *antropología y educación* no son particularmente útiles como tópicos de índice. Debes escoger palabras y frases que comuniquen el *problema* o la *localización* de tu investigación, más que las técnicas de campo. Piensa en qué tan poca información expresa el término *observación participante* como localizador.

La exposición de carteleras como forma de resumen. El resumen ejecutivo tiene su contraparte en la idea de la presentación de una cartelera en los eventos académicos. Las sesiones con carteleras se han vuelto cada vez más populares como forma alternativa de presentación de la información, en especial en congresos, donde es necesario dar cabida a un gran número de ponentes. La popularidad de estas sesiones puede ser mayor entre los organizadores que entre los ponentes, aunque la verdad es que hay investigadores que sienten pánico de presentar un informe formal. Para la cartelera, el investigador elabora una exhibición visual —con texto impreso, mapas, diagramas, fotografías y artefactos— que resume el problema abordado, cómo se lo investigó y los resultados de esa investigación. Por lo general, el investigador está presente durante un tiempo específico, mientras la cartelera se expone, para conversar con los asistentes interesados en ella, que circulan entre un gran número de exhibiciones similares.

Los investigadores cualitativos deben considerar la invitación a participar en sesiones con carteleras como un ejercicio deseable. Quien haya participado en alguna puede pensar cómo podría hacerse algo similar para añadírselo a un informe escrito. Si tu propuesta de presentar tu trabajo en algún evento futuro es con asignación a una sesión de carteleras —lo que es muy probable que

les suceda a los investigadores neófitos—, aprovecha la oportunidad de explorar cuán sucintamente puedes expresar la esencia de lo que hiciste y aprendiste. No te limites a pegar de la pared una copia del trabajo que esperabas presentar; si requieres explicaciones largas, entrega un plegable complementario con más detalles. Usa el espacio que te adjudican para presentar una visión a vuelo de pájaro, clara y sintética, de lo que has hecho, de la misma manera que los titulares de los periódicos buscan seducirnos para que queramos averiguar más. Recuerda poner tu nombre y la dirección donde se puedan comunicar contigo, y destacar también la declaración de propósito, a menos que planees permanecer en la oscuridad profesional. Claro que tu nombre no se va a vincular todavía con la investigación sobre la que estás informando... ¡por eso estás aquí, no lo olvides!

Los resúmenes de disertación. Los estudiantes de posgrado enfrentan una tarea inesperada (y que poco les gusta) cuando se les informa, con algunas *semanas* de antelación, que se los ha programado para defender y luego presentar la copia final de su disertación aprobada por la facultad, para lo cual ellos deben entregar, en su forma definitiva, un resumen para la publicación *Dissertation abstracts*. Ése es un requisito prácticamente de todas las instituciones de educación superior. Durante muchos años, la colección de resúmenes se ha publicado en libros empastados, de circulación nacional e internacional; hoy también se pueden grabar electrónicamente. Éste es el *único* anuncio que aparecerá de la gran mayoría de las tesis de grado. Con mucha frecuencia, la escritura de esta breve pero importante declaración se deja para el último minuto, momento en el cual el autor corre a redactar una sinopsis cuando por el contrario debe ser concisa, muy informativa y redactada de manera cuidadosa.

Tener que comprimir las principales preocupaciones profesionales de los meses —o años— pasados, en el inviolable límite de palabras de un resumen para una revista o de una tesis, para la obra *Dissertation abstracts*, puede ser la gota que colma la copa. Por fortuna, *es* casi la última gota, una señal para celebrar que un proyecto importante se acerca a su fin. Así como con cualquier cosa que

escribas, dedica tiempo y reflexión a preparar tu resumen, repásalo editorialmente, y ponlo a prueba con otras personas pidiéndoles que te lo lean en voz alta. Un buen resumen puede ser una oportunidad valiosa de dar información a un público amplio, de captar lectores potenciales y de expandir tu propia red profesional interactiva. Que la gente siga leyendo tu texto completo depende en gran medida de la valoración de este pequeñísimo ejemplo de tu escritura, incluido el estilo. Una vez más, haz énfasis en el problema y en el contenido, no en las técnicas de campo.

El cuerpo del texto

Firmemente establecido el contenido de tu estudio, es preciso tomar otras decisiones con respecto a dónde van las cosas. Los pies de página son un excelente ejemplo, aunque, al igual que con otras decisiones relacionadas, ésta ya posiblemente la tomaron por ti. También hay algunas cosas que puedes hacer para mejorar la legibilidad y que no dependen del texto, tales como prestar atención cuidadosa a los títulos, subtítulos, párrafos y al uso juicioso de los gráficos. Estos temas se exponen aquí brevemente.

Mis comentarios a lo largo de la monografía tratan sólo de la preparación del texto escrito, no de formas alternativas de representación textual tales como la etnopoética o de textos para actuarse, como el etnoteatro. **Los textos para actuarse** tienen narradores, drama, acción y puntos de vista cambiantes, y los materiales se convierten en "poemas, guiones, cuentos y dramas que son leídos y actuados ante públicos" (Denzin 1997: 91). Francamente hablando, yo estoy demasiado viejo, soy demasiado tradicionalista y estoy demasiado acostumbrado a una carrera dependiente del texto como para ser un participante destacado en ese tipo de trabajos.[2] Ten en

2. Sin embargo, he estado colaborando como dramaturgo con el profesor Johnny Saldaña, del Departamento de Teatro de la Universidad Estatal de Arizona, en una obra con un guión adaptado de la Trilogía de Brad (Ver Wolcott 1994: C. 3,7,11) titulada *Encontrar mi lugar*. El "texto actuable", de noventa minutos fue presentado

cuenta que tipos viejos o tradicionalistas como yo abundan por ahí. Me parece que es prudente, para quien se sienta tentado a usar un enfoque innovador, tener primero el texto impreso antes de explorar alternativas menos convencionales para transmitir el mensaje. Además, como lo advierte Amanda Coffey, tales prácticas textuales exponen al autor a nuevas formas de escrutinio crítico "no sólo para que 'quede bien' como investigador social sino también como poeta, dramaturgo o escritor creativo más o menos exitoso" (1999: 152). Pero hasta un enfoque puramente textual puede complementarse y mejorarse para hacerlo atractivo a una gama más amplia de lectores, así como para ayudar a los lectores que desean usar un texto como fuente. Voy a revisar algunas de las formas.

Títulos, subtítulos y párrafos. A menos que escribas en una prosa sin fisuras, dale una mirada final al uso que haces de títulos y subtítulos y al tamaño de los párrafos. Las frases y párrafos cortos hacen que la lectura sea cómoda, aunque los autores académicos no se inclinan por ese tipo de escritura. Si no encuentras otra base para dividir tus párrafos largos en dos o tres más cortos en la tarea de edición, entonces hazlo de manera arbitraria. Dales un descanso a tus lectores tomándote uno tú también. No hay regla de oro, pero en una página tamaño carta debe haber al menos dos o tres párrafos.

Piensa si la legibilidad se mejorará mediante la inserción de más títulos y subtítulos. Cuando parece que algunos puntos importantes no atraen la atención que se merecen, o cuando el texto da la impresión de brincar de manera abrupta de un subtema a otro, añadirle un título o un subtítulo puede ayudar a señalar la transición. Menciono aquí estos mecanismos como trucos de escritura porque si no has sido capaz de seccionar tu texto por medio de una edición implacable, entonces debes hacerlo de manera mecánica, con miras a lograr un equilibrio estético entre espacio y texto.

---

en el congreso Advances in Qualitative Methods" en Edmonton, patrocinado por el Instituto Internacional para la Metodología Cualitativa de la Universidad de Alberta, en febrero de 2001. Para ver más sobre textos actuables o etnografía actuada, ver a Denzin 1997, C. 4; McCall 2000.

Notas de pie de página y al final. Las notas que acompañan el texto son propiamente consideradas texto, más bien que material preliminar o final. Sin embargo, en el caso de algunas editoriales, en ciertas tradiciones y en la mayor parte de las revistas, con mucha frecuencia siguen al texto en lugar de acompañarlo. Es decir, se ponen al final de cada artículo de un autor específico, al final de un capítulo o al final de un libro de un solo autor. Aunque es posible que no tengas nada que decir sobre la ubicación de las notas, ciertamente puedes controlar su número y calidad.

Una solución al dilema de ver las notas separadas del texto es escribir sin ellas. Todas tus referencias —a tus notas de campo o entrevistas, a fuentes formalmente citadas, a ideas entresacadas de otros, aun a tus digresiones— pueden ir entre paréntesis en el texto en que aparecen. Eso puede dar como resultado algunas oraciones demasiado largas y poco ágiles y puedes tener que retirarlas porque en lugar de mejorar el texto lo interrumpen. Quizás descubras que al fin y al cabo no necesitabas las notas.

Si piensas que no puedes escribir sin notas al pie, trata de que sean un mínimo, y ejerce tu influencia para que las pongan cerca del texto que las generó. Si no te permiten decidir en esto es porque son normas de formato y estilo dictadas por la tradición y, en la publicación de revistas, por la economía de tiempo y dinero. En el pasado, era más costoso mantener las notas en la página correspondiente al texto porque los linotipos tenían que moverse (literalmente a mano) para acomodarlas. La computarización ha eliminado virtualmente este problema técnico, pero los antiguos hábitos tardan en morir y las revistas y editoriales son tan obstinadas como las disciplinas académicas en seguir haciendo las cosas como solían. Los artículos de revista por lo general no son tan largos como para que localizar las notas acompañantes impresas al final de los mismos sea una carga. Sin embargo, en el caso de trabajos más largos, me parece exasperante buscar las notas finales que han ido recogiendo por el camino todo el tiempo y depositan en la parte final del libro.

Sólo para campos como la historia y la biografía, que parecen desarrollarse bien sobre citas de otras fuentes, puedo imaginar una

razón convincente para separar las notas del texto. Y aun allí, la consecuencia —y paradoja resultante— es que los académicos que escriben en esas tradiciones se mantienen interrumpiéndose a sí mismos, a veces concediendo tanta atención a sus pies de página que éstos cobran vida propia y se vuelven un estudio dentro del estudio. Aunque bien establecido en las disciplinas donde se practica, el excesivo uso de los pies de página no es un buen modelo para los investigadores de campo cuyas fuentes primarias merecen un puesto primario. Es posible que los académicos de otras disciplinas se burlen y nos digan que nosotros "inventamos nuestros propios datos", pero esto debe ser ventajoso en el tipo de datos que tenemos para presentar y la autoridad con que los presentamos.

Yo escribo los primeros borradores sin notas al pie de página y me permito algunos excesos en el uso de comentarios entre paréntesis dentro de las oraciones, ocasionalmente también con un párrafo entre paréntesis. Durante la revisión, reexamino estos comentarios entre paréntesis para ver si los puedo incorporar al texto. Reviso con ojo crítico cualquier asunto tangencial que haya quedado, cualquier explicación o añadido, con miras a convertirlo en notas al pie. Antes prefería evitarlas por completo (mi primera edición no tenía ni una). Éste era sin duda un rezago de cuando escribíamos a máquina los manuscritos, y los pies de página representaban una pesadilla tipográfica. Actualmente, los inteligentes procesadores de palabras llevan por nosotros un registro de ellos.

La ventaja de tales notas es que permiten al texto avanzar sin interrupciones. Algunos autores las usan con efectividad, y algunos pocos nos encantamos con ellas, pero yo las considero una afectación adictiva en la escritura académica. Al igual que subrayar, y usar signos de interrogación para destacar palabras "bonitas", como lo hacíamos antaño, o usar *cursivas* o **negrillas** ahora tan fácil con los procesadores de palabras, los pies de página pueden perder su efectividad por el abuso e interrumpir la lectura, de la misma manera que lo hacen los múltiples paréntesis que caracterizan la escritura de algunos académicos.

Los escritores que quieren evitar el ritual de los pies de página, tienen otra opción fácil para mostrar sus fuentes y hacer sus comentarios explicativos. En lugar de indicar la referencia a la nota al final del texto, se puede dar crédito a todas las fuentes citadas y hacer algunos comentarios adicionales en una sección dedicada a notas al final que complemente el texto. Una repetición breve del texto original o un trozo de material citado es suficiente para facilitar la identificación.[3]

Gráficos, diagramas y tablas. Es posible que, hasta que crees un manuscrito propio, no seas consciente de los formatos adecuados y específicos para los gráficos, diagramas, figuras, mapas, etc., o las formas acostumbradas para representar los datos estadísticos. Ésta es la clase de detalles a los que las editoriales (y las escuelas de posgrado, si estás escribiendo una tesis) prestan mucha atención. Sin duda te avisarán que esperan que presentes una copia lista para la cámara si tu texto va acompañado por figuras u otras obras artísticas. Exactamente en qué consiste un material listo para la cámara varía inmensamente dependiendo de la experiencia tecnológica y el grado de ayuda o control de la editorial, de manera que es esencial comprender, en cada caso, qué se requiere y quién es el mejor para hacerlo.

Al elaborar un manuscrito sin tener todavía una editorial en mente, debes ser capaz de prever la mayor parte de las condiciones que más tarde te impondrán. El momento de organizar el material de las tablas es cuando lo preparas inicialmente. Diagramarlo es parte de eso. La atención que le prestes al detalle a medida que avances rendirá buenos frutos cuando puedas dedicarte a problemas nuevos en vez de tener que volver a señalar, a rehacer o a revisar todo lo que presentaste en forma de tabla.

Hay decisiones importantes respecto del nivel de información que acompaña a dicho material. Como se expuso antes, la regla de oro es que las tablas y figuras vayan acompañadas de información

---

3. Para un ejemplo ver: *Culture: the antiropologist's account* (Kuper 1999), en la cual 247 páginas de texto son seguidas por 38 de notas explicativas y citas. Sólo un pie de página formal aparece en el cuerpo del texto, acompañado de la observación del autor de que poner pies de páginas es en sí mismo "un foco particular del análisis deconstruccionista" (p. 214).

que les permita sostenerse solas y no dependan de la prosa del texto para su sentido. Poner mucho cuidado a los subtítulos puede ayudar, pero lo más importante es seleccionar un título claro, preciso y adecuado para cada tabla, gráfico o diagrama. Las tablas mismas pueden estar acompañadas por sus pies de página enumerados de manera independiente para dar una explicación más completa, tal como por qué las cifras de porcentajes no suman un 100% o por qué los N varían en uno u otro caso.

Una nota sobre el uso de estadísticas en el estudio cualitativo. Me sorprendió, e incluso llegó a decepcionarme un poco, ver que el uso de estadísticas descriptivas simples parece haber declinado en años recientes, al menos entre los antropólogos socioculturales que publican en sus propias revistas (Chibnik 1999). Que la estadística ocupe o no un lugar en un estudio particular cualquiera tiene que juzgarse, obviamente, en términos del enfoque y los propósitos, pero puede ser hora de recordarnos que debemos contar o medir lo que merece ser contado o medido y resumir e informar estadísticamente cuando sea del caso. No recomiendo incluir una o dos tablas simplemente para hacer que el artículo parezca más científico, pero muchas veces una gran cantidad de datos se puede resumir en una tabla. También hay lectores de orientación cuantitativa entre nuestro público que se consuelan cuando hallan este tipo de tratamientos en nuestros estudios. Si prefieres la prosa sin interrupciones, piensa en resumir los datos pertinentes en forma tabular, presentada como apéndices (ver más abajo).

Trabajo artístico y fotografías. En diferentes puntos se deben tomar decisiones estéticas y prácticas (por ejemplo, costo y viabilidad, permisos) sobre la apariencia de un manuscrito. Entre éstas se encuentra la decisión de incluir fotografías u otras ilustraciones, así como asuntos estilísticos sobre el tamaño y tipo de letra, y si usar íconos o mayúsculas grandes al comienzo de los capítulos. Si estás publicando en una revista o en una serie ya existente, la mayoría de las decisiones ya están tomadas. En la publicación de un libro, hay una serie de decisiones únicas que tomar, al menos en lo que a ti, el autor, respecta —siempre y cuando haya alguien tan considerado que quiera conocer tu opinión—. Mi experiencia es que a medida que se va acercando la publicación es necesario atender tantos detalles que las decisiones sobre las artes —en particular la carátula— muy fácilmente se van dejando y luego hay que retomarlas a la carrera en el último minuto. El único poder que quizás puedas ejercer es vetar las ideas que parecen no funcionar y que amenazan la integridad general de la producción.

Los autores parecen dispuestos a dejar esos asuntos al azar, como si la elección del diseño de la cubierta no fuera asunto suyo. Conozco algunos académicos genuinamente contentos con el arte final de sus libros, y algunos que se sienten frustrados por los resultados porque consideran que no tuvieron ningún control sobre ellos. Aunque no es muy probable que tengas la autoridad final, ciertamente no te hará daño decir cuáles son tus preferencias. ¿Preferirías algo de arte impresionista, un diseño mecánico, una abstracción, o algo realista? ¿Quieres que la carátula refleje alguna parte del contenido del libro o que sea simplemente agradable? Puedes enviar a la editorial cubiertas que te gusten y explicarle qué te gusta de ellas. Así, puedes ejercer influencia sobre la decisión relacionada con la carátula aunque se te niegue la última palabra. También me sorprende la cantidad de personas que me han dicho que el diseño de la carátula influye sobre que se decidan a hojearlo o no. El mejor diseño de carátula que yo he tenido —un dibujo como de tira cómica de dos caballeros andantes batiéndose, que reflejaba el tono combativo en *Teachers versus technocrats*, (1977)— no lo dibujó un artista sino un amigo (Jerry Williams) que era el diseñador escénico del departamento de teatro de la universidad. Yo le dije cómo me imaginaba las cosas, y él fue capaz de captar la idea con pluma y tinta.

El trabajo de campo suele incluir fotografías y es verdad que ellas mejoran el texto; tanto las reproducciones pobres como las fotografías sólo tangencialmente pertinentes al texto pueden reducir la calidad general del producto terminado. No sucumbas a la tentación de permitir que cualquier basura compita con el texto que has luchado tanto por pulir. Si una imagen todavía vale por mil palabras (preinflación), cae en cuenta de que las fotos de mala calidad pueden robarte al menos la misma cantidad. Guíate por esto: si sientes que tienes que disculparte por la calidad de cualquiera de tus foto-

grafías —aunque sean las únicas que tengas—, ¿por qué no las descartas? Evita tener que disculparte. Por el contrario, si tus fotos son de calidad superior, haz más que exhibirlas. Intégralas con el texto e incluso elige una (o una mezcla de varias) para la carátula.

Las páginas finales

Apéndices y suplementos. Los apéndices son material auxiliar que se añade al final. Tablas, gráficos, mapas y diagramas importantes para el texto, de ordinario aparecen con éste, pero puede haber material adicional que un autor desea poner a disposición del lector. Una práctica frecuente entre los investigadores cualitativos es poner fragmentos relativamente breves de material importante —entrevistas, en especial— en el texto, e incluir en un apéndice las transcripciones completas. De esa manera, la información detallada puede estar a disposición del lector técnico sin que se sobrecargue la escritura con transcripciones largas. De manera semejante, los calendarios o cuestionarios se suelen poner en el apéndice. La editorial puede oponerse a estos planes con la idea de que el material es de interés limitado y se puede obtener por medio del contacto directo con el investigador (nunca dejamos de creer del todo que a nuestros lectores les interesa hasta el último detalle de nuestros estudios).

El apéndice también se emplea para proporcionar material ilustrativo adicional o historias de casos que complementen el texto principal sin interrumpir la narración. Cuando esperamos público de orientación cualitativa, pero el investigador siente que los datos descriptivos pueden proporcionar información importante así como una buena perspectiva, un apéndice puede complementar la información sin requerir explicaciones o disculpas. Mi esperanza es que los investigadores cualitativos clandestinos, conscientes de la contribución potencial que estos enfoques tienen, pero reticentes a abrirse al público para defenderlos, puedan tener un progreso en su trabajo que aumente paso a paso la dimensión cualitativa. Historias de casos o material descriptivo comparable se pueden colar discretamente en un apéndice de uno de nuestros primeros estudios y posteriormente recibir más relieve (por ejemplo, incorporándolos en el texto principal), hasta que logren más tarde obtener el estatus de capítulo, o al cabo del tiempo conseguir un papel central. No ha de pasar inadvertida la progresión desde un enfoque rígidamente cuantitativo a uno principalmente cualitativo en las carreras de algunas de las luminarias de la investigación.

Los términos *materiales suplementarios o suplementos* pueden usarse de manera intercambiable con el de apéndices. Si los materiales adicionales son tan voluminosos que hay que empastarlos separadamente, por lo general se los llama suplementos. Precaución: cuanto más gruesos los apéndices o materiales suplementarios, más necesitas preguntarte si aún te parece que los datos hablan por sí mismos. Si éste es el caso, entonces debe haber una gran demanda de notas de campo originales y de los protocolos completos de las entrevistas. ¿La hay?

Referencias y bibliografía. Una de las partes finales más importante en las publicaciones académicas, y de inmensa ayuda para los colegas profesionales, es la sección de referencias. Para los lectores familiarizados con la literatura de un campo particular, las referencias de un escritor son una guía rápida y bastante confiable de la orientación de su profesión o disciplina, así como de la profundidad y actualidad de tal orientación. Cuando necesito calibrar autores que no conozco bien, miro su "círculo de citas", es decir, los autores y estudios que citan.

Aunque las dos etiquetas, referencias y bibliografía, continúan usándose de manera un poco intercambiable, en esta época de información (y publicación) se ha llegado a un amplio reconocimiento de que hay una distinción entre ellas. Las bibliografías mantienen su definición tradicional como listas de obras sobre un tema, la clase de guía amplia pero enfocada y preparada por los bibliotecarios referencistas o por quien tiene un interés muy especializado. Una vez, en un pasado no demasiado lejano, de un académico que hacía una nueva contribución en un campo, se esperaba que además proporcionara una lista amplia de material previamente publicado. A estas listas se las llamaba, apropiadamente, bibliografías.

Hoy en día, pocas veces se ve tal minuciosidad renacentista y por lo general no se la espera pues cada vez es más difícil mantenerse actualizado y dominar todo lo que se ha escrito, aun en campos de alta especialización. Quienes pertinazmente tratan de mantenerse al día en todo lo que los demás escriben, rara vez tienen tiempo para escribir cosas comparables. Como resultado de la explosión informativa (en cantidad, aunque no siempre en calidad), la bibliografía exhaustiva propia de otras épocas ha sido reemplazada por una oportuna. En lugar de compilar una bibliografía exhaustiva, ahora se suele esperar de nosotros que demos las referencias *sólo* de las citas mencionadas en el texto, en una sección que ahora se llama "Referencias" o "Referencias citadas". Las guías sobre qué constituye una referencia legítima son muy explícitas: si no hay cita en el texto, el artículo no debe incluirse en las referencias. Como le aconseja una revista a sus colaboradores, con lógica elemental: "Todas las entradas de la lista de referencias tienen que estar citadas en el texto y viceversa".

Los autores no muy expertos pueden ser pillados en su ignorancia y proporcionan trabajo adicional a los editores conscientes —y un poco de vergüenza a sí mismos— cuando se les informa que entre sus referencias han incluido obras no citadas o —el pecado complementario—, han incluido citas en el texto de las cuales no hay referencia. Hacer un inventario de este tipo de irregularidades es una de las tareas más fáciles y tempranas de un corrector de estilo.

Un defecto de la práctica actual es que para todas y cada una de las referencias que el autor quiere incluir *tiene* que aparecer una cita en algún lugar del texto. Los artículos de revista a menudo contienen una reveladora lista de todos los clásicos de la moda superficial que deben mencionarse y que, con seguridad, *no* serán mencionados de nuevo. Una alternativa a este ritual de citas es combinar las funciones bibliográficas y de referencia bajo un título más flexible tal como "Referencias y bibliografía selecta" o "Referencias y lecturas adicionales". Un tema especializado podría incluso justificar una lista independiente de "Lecturas recomendadas". Otra alternativa, y la única opción para cumplir con la mayor parte de los

formatos de las revistas, es revisar los clásicos en una nota en un pie de página (o en una nota al final) específicamente dedicada a identificar trabajos anteriores importantes, y quizás situando nuestra presunta contribución a ellos. Como las citas en pie de página también se incluyen entre las referencias, los clásicos reciben su debido reconocimiento y no el tratamiento deslucido que a veces se observa cuando se los recita como mera formalidad en el texto.

Incluir citas críticas entre el texto más bien que notas de pie de página o notas finales no sólo reduce la necesidad de poner notas de pie sino que también nos exime de la práctica de emplear abreviaturas latinas desconocidas para los académicos de hoy. En lugar de *ibid.*, *loc cit.*, o *op. cit.*, cuando una cita se refiere a la misma obra que la anterior sólo se requiere una referencia por página; cuando la cita es de un autor diferente, o da pie a confusiones, simplemente se repiten el nombre del autor y el año de la publicación, junto con las referencias específicas a números de páginas, si es del caso.

Si pudiéramos lograr que los autores dejaran de poner un punto después de la palabra *et* cuando abrevian la frase *et alia* en referencia a múltiples autores, nuestra ignorancia del latín no se haría tan patente. Mientras esto ocurre, algún programador inteligente le haría al mundo académico un gran favor incluyendo la palabra "et." entre los errores de ortografía que hay que tener en cuenta al hacer la tanda de revisiones.

A propósito, en la primera cita de una obra colectiva, de ordinario todos los autores deben ser identificados, aunque parezca que todos los estudiantes de posgrado del proyecto —o todos los médicos del hospital— saldrán en la lista. En referencias posteriores a la misma cita, *et al.* es aceptable después del primer autor. Algunas guías sugieren que no es preciso hacer la lista de todos los autores (excepto para la cita completa, que debe aparecer en las referencias) si son más de seis. En todo caso, la autoría conjunta no es común en la investigación cualitativa pues es esencialmente legado de las ciencias de laboratorio en las cuales la autoría se comparte entre quienes participaron en el trabajo teórico o experimental y en la escritura.

En la investigación cualitativa, donde la escritura puede salvar o perjudicar un estudio, sugiero que se identifique al autor o autores

principales. Los colaboradores menores, asistentes de campo o miembros del seminario pueden identificarse en los agradecimientos, donde no complican las citas ni implican autoría. Dado el interés actual en la investigación colaborativa, al tiempo que las dudas sobre la falta del reconocimiento adecuado que los colaboradores han tenido algunas veces en el pasado (en particular con relatos de historias de vida), encontramos que hoy en día la autoría se comparte con más generosidad. Los autores de "historias de la otra gente" parecen reconocer con especial cuidado el papel que desempeña cada parte en lo que se considera una sociedad de autores.

Así como ocurre con muchos de los detalles revisados en este capítulo, si aceptan que tu estudio sea publicado, probablemente no tendrás posibilidad de elección en cuanto al estilo de las referencias. Un editor puede enviarte una hoja de estilo, remitirte a un número reciente de la revista o publicación, o al sitio *web;* o señalarte qué manual de estilo (y edición) le sirve de guía en el momento. Lo más común es que las facultades esperen que los escritores de tesis sigan la práctica normal en su campo tal como se ejemplifica en las revistas más importantes.

Aunque tú no puedas cambiar el estilo de una determinada publicación, como éstos son asuntos discrecionales, siempre te puedes consolar reconociendo la amplia gama de prácticas existentes. Yo prefiero el estilo de referencia del *American Anthropologist*, que es el que he seguido aquí. Me gusta, no sólo por su vínculo obvio con la tradición etnográfica, sino por diversas características que lo hacen atractivo. Es limpio (sin comillas, paréntesis, subrayados o cursivas, a menos que aparezcan en el original), es completo (sin abreviaturas; usa las mayúsculas de conformidad con la fuente; se pueden usar los nombres completos de los autores) y es elegante (los nombres de los autores aparecen sólo una vez, en un renglón aparte, que precede las referencias a sus trabajos individuales, organizados cronológicamente a partir del primero).

Como yo trabajo en una tradición antropológica en el campo de la investigación educativa, dominado por la sicología, me parece irónico que me obliguen a hacer mis referencias al estilo de la APA (es decir, siguiendo el manual de publicaciones de la American Psychological Association) especialmente cuando presento o expongo una investigación hecha en la tradición etnográfica. Reconozco que la APA presta un invaluable servicio a los autores y editores al ofrecerles unas normas ampliamente aceptadas, así como la Asociación de Lenguas Modernas de Estados Unidos lo hace con los autores en el campo de las humanísticas con su *MLA handbook for writers of research papers*. Insisto a los investigadores que hacen trabajo de campo de orientación etnográfica en que se familiaricen con el estilo de la AA (Asociación Antropológica) y lo empleen, si pueden escoger. Sin embargo, en el amplio campo de la investigación cualitativa o en una disciplina como la sociología, que no acepta ningún estilo individual como norma, el mejor consejo es seguir el de una de las revistas más importantes del área.

El glosario. La raíz latina de este término se refiere a una palabra difícil que requiere explicación. Un glosario es una lista alfabética de este tipo de palabras. Un autor también puede dar una lista de abreviaturas de extranjerismos que aparezcan en el texto, acompañados de explicaciones o definiciones. La cuestión de si el lector se beneficia de esta ayuda da una última oportunidad de reflexionar sobre el o los públicos que uno busca tener. Con demasiada facilidad se nos olvida lo especializados que se vuelven nuestros temas de investigación o qué cantidad de jerga profesional hemos adoptado. Si escribes sólo para los colegas no necesitas tales listas. ¿Pero sí estás haciéndolo? Lo primero que se nos viene a la mente son los términos técnicos, pero el público pudo haber encontrado más atractivos los autores posmodernos si ellos hubieran reconocido que ni siquiera su lenguaje cotidiano era compartido por todos.

El índice. Durante muchos años logré escapar al trabajo supuestamente tedioso de elaborar un índice. Cuando por fin me vi en la necesidad de hacerlo, me sorprendió lo mucho que esta tarea se parecía a la de organizar cualquier clase de datos. Después de haber creado el índice para mis tres libros, incluido éste, estoy contento con el resultado y sorprendido con la ayuda y el acceso que un índice presta, aun al autor mismo. Los índices hacen que nuestros estudios sean infinitamente más útiles como recursos académicos y

aquí reconozco que la ausencia de índice en mis primeros libros (antes de 1955) es un defecto serio.

Es posible que la editorial te exija que hagas un índice. Si no tienes tiempo ni paciencia para compilar uno, puedes conseguir quién te lo haga. El tiempo es una preocupación real: la indización no puede terminarse hasta que estén listas las páginas diagramadas y, en ese punto, hay que vigilar cómo anda todo, de modo que es el autor quien puede retrasar el trabajo. Éste no es problema si has preparado un borrador de trabajo del índice. Y, no hay duda, la mejor persona para escribir un índice es el autor del libro. Como lo señaló William Germano: "Sólo el autor puede hacer el índice como él quiere" (2001: 178). Él es la persona que más conoce los principales propósitos y conceptos, no aquel que recorre de manera mecánica el texto en búsqueda de concordancias, para identificar las palabras clave.

Los programas de computador diseñados para ayudar a hacer el índice lo impulsan a uno en la última dirección porque manejan más fácilmente las palabras clave que los conceptos clave. Sin embargo, la indización es uno de los ejemplos de cómo pueden los microcomputadores ayudar a compilar y organizar los datos desde abajo. Sin embargo, los índices que yo compilé como autor se realizaron de la manera opuesta: de arriba abajo. En cada caso me guiaban los propósitos y el público que buscaba para el libro y las ideas y conceptos principales que se podría esperar se abordaran en él. También presté subtítulos útiles de los índices de varios libros comparables al mío. A partir de las listas prestadas y de mi propio inventario de títulos probables compilé un índice nuevo de trabajo. Luego comencé a ponerlo a prueba cotejándolo con el texto, añadiendo las categorías necesarias, consolidándolas y borrando las redundantes e inútiles, hasta que logré un índice bastante amplio que, a su vez, fue refinado en el proceso de incorporarle los números de las páginas. Las editoriales quizás tengan sus propias guías en cuanto a formato. El *Chicago manual of style* es una autoridad general.

Compilé un índice onomástico independiente del temático para cada libro. Hacer el primero fue fácil y me permitió una revisión doble para verificar si había incluido todos los autores de citas y viceversa. Al identificarlo como un índice de nombres y no de autores, podía incluir a *todos* los individuos mencionados, no sólo a los autores. En la elaboración de un índice temático prevalece una guía opuesta: para que merezcan ser incluidos, los temas no deben haber sido meramente mencionados en el texto sino *desarrollados*. Un índice temático puede ser tan completo y detallado como el compilador quiera. También puede ser la víctima inocente de las restricciones de espacio, pues se trata de la única sección donde el número de páginas asignado puede reducirse en el último minuto para satisfacer los estrictos límites de páginas determinados en el momento de la impresión.

Me cuentan que los escritores que hacen sus propios índices parecen reducirlos para cada nuevo libro. Si esto es verdad, ¿puede ser porque van mejorando o porque se cansan de la labor? Yo sé a ciencia cierta, después de haber indizado mis libros, que ahora aprecio en su justo valor, y espero, un índice en los libros académicos escritos por otros.

Las galeradas y la revisión de prueba. El afán que siento cuando recibo las galeradas de una obra que va a salir es al mismo tiempo literal, figurado y ambivalente. ¡Después de lo que siempre parece una tardanza insólita, un escritor no puede sino extrañarse al recibir por correo expreso un manuscrito revisado o las pruebas de imprenta con instrucciones de revisarlas y devolverlo todo antes de setenta y dos horas! Entonces, el afán también es sensorial, a menudo más emocionante que ver el producto terminado semanas o meses después.

La ambivalencia llega al darte cuenta de que las palabras que han sido variables durante tanto tiempo se están fijando y están rápidamente a punto de convertirse en permanentes. En esta pasada final, tu única responsabilidad es asegurarte que lo que aparecerá en imprenta sí correspondía a tu manuscrito. Puedes pescar las tonterías del impresor, pero debes vivir con las tuyas.[4] Si te pidieron

4. Aun si has trabajado estrechamente con el corrector de prueba, ésta será tu única oportunidad de revisar *todos* los cambios hechos a tu manuscrito. Los correctores

que entregaras un disquete junto con la copia impresa, te sorprenderá descubrir que *tú* eres la fuente de algunos de los errores que se abrieron paso hasta la copia final. Si eres capaz de negociar hasta cambios menores en esta etapa tardía, pueden pedirte que acompañes esos cambios con fondos personales para cubrir los costos adicionales en que incurrirán. Lo más probable es que te den la instrucción de que no escribas nada más. La lección es simple y así lo es la moraleja: ya acabó la hora de la edición.

Así, por cansado que estés de tu manuscrito, o ansioso de despacharlo de una vez, esfuérzate haciendo una última lectura del borrador final antes de enviarlo. Visualiza tus palabras como si ya estuvieran en un libro o revista, pues ésta *es* la versión que cuenta. Puede no ser demasiado tarde para hacer cambios, pero no ganarás amigos haciéndolos tan tarde. Es mejor que entiendas que debes ir soltando gradualmente el texto porque, en cierto sentido, el manuscrito ya no está en tus manos. Asegúrate de tener tus copias de respaldo para poder hacer cambios y correcciones pequeños, de último minuto, y devuelve las pruebas de imprenta listas para el impresor. Tu manuscrito ha comenzado a tener vida propia.

Final del juego

• Lee con cuidado y sigue las guías para entregar manuscritos. Es posible que puedas negociar algunos de los requerimientos pero, en general, se espera que observes y conozcas las especificaciones del formato.

• No despaches a la carrera, como detalles de último minuto, las tareas aparentemente nimias, asociadas con el terminado del libro. Tu título final y tabla de contenido, tus citas bibliográficas, tu resumen, tus índices, cuanto elabores, puede juzgarse como ejemplo de

trabajan en tu nombre, pero *en bien* de la editorial incorporan directamente cambios que consideran mejoras. Cuando se corregía sobre papel, los cambios eran fáciles de detectar. Ahora que la mayoría se hacen en disco, solicita que te envíen un disco con los cambios resaltados para tu aprobación.

tu erudición y escritura. Asegúrate de que sean precisos, informativos y bien escritos.

• No recargues el relato con prefacios, introducciones, prólogos, agradecimientos, dedicatorias etc. Ve al grano. Si quieres conversar de manera más informal con los lectores, considera la posibilidad de hacerlo al concluir tu estudio, cuando puedan decidir mejor si quieren saber más sobre ti o tu obra.

• Cuando hagas adiciones a tu bibliografía o insertes material de citas de otros informantes u otras fuentes, hazlo con el detalle necesario, de una vez bien. No dejes para el último instante la revisión de los detalles cuando es tanto más fácil hacerlo bien desde el principio.

7

Lograr que te publiquen

Aquí están casi todos los detalles que, hoy por hoy, sé sobre escribir

Anne Lamott (1994: xxxi)

Como Ann Lamott, yo también puedo decir que, hoy por hoy, aquí están casi todos los detalles que sé sobre escribir. Concluyo con algunas reflexiones sobre las publicaciones académicas.

Al mirar en retrospectiva, veo que he tenido mucha suerte en mi experiencia con los editores y las editoriales. Es difícil extraer enseñanzas que puedan servir a los demás salvo la necesidad de perseverar. No me atrevo a predecir cómo va a cambiar la publicación en el futuro próximo, porque ya me ha dado suficiente trabajo mantenerme al día con la naturaleza cambiante y la reestructuración permanente de las editoriales. Para mi sorpresa, descubrí que en mi carrera de autor han intervenido cuarenta y cuatro organizaciones profesionales, editores comerciales y editoriales universitarias. La lección es que cada oportunidad de ser publicado será una experiencia única, no sólo para ti sino para el editor y la editorial. Aprovéchala al máximo.[1]

1. Los artículos de revistas y los capítulos que se escriben por invitación del editor, para libros colectivos, explican la gran variedad. Si se miran sólo los libros del autor se ve una historia diferente: dos fueron publicados en editoriales universitarias, dos fueron solicitados y publicados por George Spindler, y los cuatro más recientes fueron solicitados y editados por Mitch Allen. En más de un modo, ambos hombres han ejercido una gran influencia sobre mis puntos de vista con respecto a la escritura y la publicación.

Como es obvio, al igual que casi todo el personal del mundo académico, tengo algunas opiniones sobre cómo conseguir la publicación de tu trabajo. Una de las mejores formas de localizar una editorial o una revista adecuadas es preguntárselo a los colegas investigadores activos a quienes les hayan publicado; no a quienes creen que *deberían* estar escribiendo y publicando sino a los que lo están haciendo en realidad. Otra, es hacer algunas lecturas en este tema específico, tales como el enfoque de estudio de casos informativos de Powell (1985) para comprender las publicaciones académicas, *Getting into print* o el más reciente y muy agradable *Getting it published*, de Germano (2001).[2] Pero prepárate: independientemente de la magnitud de la investigación que acabas de concluir, y sin tener en cuenta si se hizo para un pre o un pos Ph.D., no es probable que logres que te publiquen un estudio entero y es posible que tengas que conformarte con menos.

Esto no quiere decir que no debas hacer el intento. Siempre hay posibilidades de entrar en contacto con la editorial o el editor adecuados en el momento preciso. Lo que sugiero es que, además de buscarle salida a tu estudio tipo monografía, pienses en escribir obras más pequeñas, tales como artículos de revista. El hecho de que en otra parte exista una versión más completa de tu trabajo (sea en tu tesis o en las copias que conservas de un informe final) te libera de volver a contarlo todo mientras tratas de decir algo. Si tiene que haber una narración completa, te sugiero que la esboces primero, aunque no creas que te la van a publicar. Luego, con ésta ya escrita, piensa en la forma de sacar piezas más cortas de ella y sobre ella. Prosigue con estas tareas "pájaro por pájaro" y no anuncies cuán-

2. Ver también las monografías de la serie de Sage *Survival Skills for Scholars*, que tratan específicamente sobre cómo publicar un libro (Smedley y Allen 1993) o artículo de revista (Thyer 1994).

tos artículos más cortos piensas producir; pon manos a la obra y comienza a esbozar *uno*.

Si realizaste tu escritura con miras a la promoción laboral y a asegurarte una plaza permanente, debes tener muy claro que lograr publicar en revistas es de ordinario mucho más rápido que hacerlo como libro o monografía. Según mi experiencia, los artículos escritos por invitación, como capítulos para obras colectivas, aunque virtualmente te ponen a un paso de ser publicado, se demoran aún más en llegar a los estantes. Basta con que uno de los colaboradores sea lento, para que el trabajo se vare. Y si tú eres uno de los colaboradores más rápidos, *tu* colaboración puede ser la más desactualizada cuando el libro al fin sale.

Independientemente de la causa, las grandes demoras en la publicación no son buena señal. Al escritorio del editor llegan todo el tiempo nuevos materiales, y nuevos editores reemplazan a los viejos. Los manuscritos se hacen menos publicables mientras más tiempo estén por ahí, quietos, aun en las oficinas de los editores. Las promesas editoriales se reinterpretan, se olvidan y muchas veces se rompen abiertamente. El nuevo juego de ruleta que juegan las grandes casas editoriales mientras son absorbidas por las megacorporaciones, ha exacerbado el problema y he dejado a los autores con pocos recursos, especialmente de los estudios cualitativos que, en el mejor de los casos, producen pocas ganancias. Somos sacrificables.

Abundan las historias de terror sobre manuscritos que nunca fueron publicados. Yo no les haría mucho caso. No te puedes dar el lujo de sentirte completamente derrotado. Una vez, en una editorial universitaria, un editor académico entusiasta me dijo que "estaba interesado" en publicar un manuscrito mío, tamaño libro, que yo había presentado para una serie de monografías. Lamentaba no tener en el momento fondos suficientes, y consideraba que el manuscrito, de unas doscientas cincuenta páginas, sin contar las de las fotografías, resultaría muy costoso de publicar. Yo lo descarté, entonces, interpretando su lamento como un rechazo amable, pero rechazo de todas maneras.

Comencé a explorar otras posibilidades. Respondí entusiasmado a lo que me contestó otro editor en el sentido de que, si lo reconceptualizaba y acortaba, el manuscrito podría caber dentro de su nueva serie. Por desgracia, el estudio reenfocado y resumido (demasiado poco, según parece) no satisfizo las expectativas del segundo editor. Ahora tenía yo *dos* versiones tamaño monografía de mi estudio, ningún editor a la vista, y una narración demasiado específica, que rápidamente se desactualizaba. A pesar de su interés social general, sentía que no debía invertir más tiempo en el estudio porque su tema, el resultado del trabajo de campo en el sur de África durante un año sabático, era tangencial a mis intereses académicos, excepto como experiencia etnográfica en sí.

Entonces, inesperadamente me llegó una carta del primer editor en la que me informaba que ya había conseguido fondos adicionales y estaba listo para entrar mi manuscrito a producción. Quería saber si tenía algún cambio de última hora. Desde el principio había tenido todas las intenciones de publicarlo apenas consiguiera el dinero. Cuando releí su carta encontré que eso era exactamente lo que decía.

Las editoriales académicas, al igual que las revistas académicas, tienden a labrar su nicho particular y prefieren la profundidad a la amplitud. La editorial que más probablemente publicará tu estudio cualitativo es la que ya está publicando otros de esa especie. Las editoriales que ya publican estudios parecidos al tuyo posiblemente sean las más interesadas también en el tuyo, salvo si lo que tienen en imprenta es demasiado similar a lo que has escrito (más que muy paralelo, y por ende complementario), o que su más reciente experiencia de mercadeo los haya vuelto temerosos. No hay razón para no tratar de disuadirlos en ambos sentidos ni la hay para pensar que uno lo logrará hacer. Revisa con cuidado sus catálogos de publicaciones y describe cómo complementará tu trabajo sus títulos en lugar de diluir su mercado. Los escritores no son particularmente atentos con las editoriales; ellas les hacen caso a quienes sí lo son.

En las reuniones profesionales, invierte tiempo en las exposiciones de libros y busca las editoriales interesadas en los mismos temas

y enfoques que te interesan a ti. Escucha con atención el diálogo en los puestos de exhibición. Es cierto que la mayor parte de los visitantes hojean los materiales nuevos para sus cursos y buscan estudios que mejoren su docencia o simplemente tratan de mantenerse al día en sus campos, aunque sea sólo conociendo los títulos y los autores. Pero amplía tu mirada para incluir a cualquier persona que esté en la escena, no sólo a los consumidores de investigación y los solícitos y entusiastas representantes de las editoriales que se encuentran ahí para animar las ventas. Acechando en algún lugar cercano (puede que no sea en el stand; puede que sea hablando privadamente con otros autores, pero dispuesto a conocerte por medio de alguna cita) se encuentran los editores de adquisiciones cuya responsabilidad es literalmente *solicitar* libros (es decir, discutir manuscritos e ideas para ellos con futuros escritores) en lugar de venderlos. Su conversación es por completo diferente: charlan animadamente con sus "autores en prensa", hablan con los escritores con manuscritos (o ideas buenas), sobre su publicación y ocasionalmente proponen temas para potenciales escritores siguiendo las líneas que la editorial considera que pueden ser más productivas.

¿Demasiado bueno para ser cierto? Pues mira la historia de la primera edición de esta monografía. El editor Mitch Allen me llamó a un lado cuando yo estaba escudriñando los libros que él estaba exhibiendo en una reunión profesional para contarme sobre un manuscrito que quería para la serie sobre investigación cualitativa. Tenía en mente una monografía sobre el tema de escribir. ¡Y él quería que *yo* la escribiera! A veces sucede.

Si hay alguna venta en esas circunstancias, son los autores con ideas los que las hacen. Pero escucha estas conversaciones y también te darás cuenta de cuán astutos son la mayor parte de los editores comerciales, cuán conocedores se han vuelto sobre lo que se hace en *tu* campo, aun si a veces hacen decaer tu entusiasmo o te remiten a un competidor con esa gran idea que estabas seguro de que ellos querrían para sí mismos. Pero la mayor parte de los editores tiene una amplitud de miras que puede servir de recurso valioso.

Para mantenerse en el negocio, las editoriales académicas miran hacia el mercado. Por fortuna para nosotros, eso incluye el mercado de libros y el de canje así como el de adopción de textos a gran escala. No obstante, decepciona darse cuenta de que una buena pieza de investigación, exquisitamente escrita, puede no ser considerada para publicación porque no se "venderá" (es decir, no se espera que interese a una parte suficiente del mercado para hacer viable la publicación). Que se venda no puede ser la única base para hacer investigación, y evidentemente no lo es. El mercado para los estudios cualitativos es reducido, y está sobresaturado por nuestros esfuerzos exitosos por convencer a los editores de que existen mercados potenciales, que nunca se materializan del todo. Desde su punto de vista —y mi experiencia— sólo uno de cada diez libros produce ganancias. Adivino que detrás de cada subcampo, unos cuantos estudios —nuestro modesto estante de "clásicos"— representan la mayor parte de las ventas y son esos que todos señalamos como precedentes. Además, tal como lo observó Mitch Allen sobre este mercado único "los escritores de investigación cualitativa también son los compradores de investigación cualitativa. Es un sistema cerrado".

Puede parecer que tenemos la ventaja de las editoriales universitarias como otra opción para las publicaciones, pues su misión ostensible es fomentar el conocimiento y no tienen ánimo de lucro. En realidad, creo que ya pasó la época en que las editoriales universitarias se arriesgaban a publicar materiales con mercados inciertos o pobres. Estas editoriales no sólo se han vuelto cada vez más capaces de sostenerse a sí mismas, sino que además se espera que dejen ganancias proporcionales a la inversión que la universidad hace en ellas. En lugar de servir como recurso, como garantía de que los estudios con poco mercado serán publicados en alguna parte, las editoriales universitarias de hoy buscan materiales buenos, que mejoran con su sello. Aunque en los tiempos pasados las editoriales universitarias eran básicas para hacer posibles las publicaciones en campos esotéricos (entre los cuales con toda seguridad se incluye la etnografía), hoy en día muy pocas dedican su atención al trabajo cualitativo o des-

criptivo.[3] Si estás interesado en publicar en una editorial universitaria, busca que tu manuscrito encaje con los libros que ellos exhiben en sus anaqueles en lugar de hacer un rastreo amplio para ver quién está interesado. Las editoriales comerciales son más reacias aún a publicar monografías de investigaciones. No hay razón para no tratar, pero date cuenta de lo difícil que puede ser encontrar un editor interesado, en especial para tu primera publicación.

Probablemente ubicar una *serie* apropiada es mejor que tratar de publicar tu propio trabajo como obra independiente. Una alternativa es encontrar una casa editora pequeña capaz de minimizar los riesgos minimizando los costos. En tu anhelo porque te publiquen, no pierdas de vista el hecho de que las casas editoriales pequeñas también tienen presupuestos pequeños para promoción: sí se puede publicar y no ascender, si el material que logra salir en letras de molde permanece desconocido. Ésta también es la trampa de la facilidad tecnológica de publicar por computador: publicar el estudio propio no resuelve la cuestión de distribución, aun cuando recuperar los costos en los que uno mismo incurrió no sea un gran problema. Las publicaciones del propio bolsillo o poner el libro para acceso electrónico plantean cuestiones de legitimidad, porque se hacen careciendo de revisión externa. En este caso, aunque el asunto de la

3. Pensé que podía ser útil identificar algunas editoriales por su nombre. Compilé una lista preliminar y envié por correo un cuestionario de una página. Una editorial respondió con un formato de rechazo. A otra no le pareció importante compilar una lista así. Amber Wilson, en UC Press, tuvo la gentileza de hacer una lista de 27 categorías de estudios cualitativos que esa editorial publica: estudios africanos; antropología, historia del arte, estudios asiáticos, estudios clásicos; estudios culturales; historia europea, cine, bellas artes, estudios de género; geografía, estudios judaicos; estudios latinoamericanos; derecho, lingüística, estudios literarios; estudios del Medio Oriente; música, historia natural, filosofía, fotografía, ciencia política, estudios religiosos; ciencia, sociología y estudios de mujeres (comunicación personal, 15 de agosto 2000). Sin embargo, pasaron seis meses antes de recibir respuesta. Advertencia útil: las editoriales universitarias no están implorando manuscritos. Mientras tanto, ¿por qué no comienzas a elaborar tu propia lista de posibles editores, basado en las exposiciones de libros y las conversaciones en reuniones profesionales, los libros ampliamente leídos en tu campo y los catálogos de las editoriales?

legitimidad se suma a muchos otros aún no resueltos, la oportunidad de dar a conocer fácilmente tu trabajo por medio de la publicación electrónica es algo sin precedentes.

Si logras encontrar una editorial interesada, tu feliz expectativa dará paso a la frustración al ver que la publicación de tu trabajo parece uno de los secretos mejor guardados del mundo. En lugar de quejarte del mal trabajo que tu editor está haciendo en la promoción de tu estudio, responsabilízate y ayuda a promoverlo. Envía cartas o anuncios a tus colegas profesionales; aconséjale al editor a cuáles revistas podría enviar tu libro para ser reseñado (entrégale las direcciones y los nombres de los editores de reseñas de libros actuales, no sólo los de las revistas), y haz tú mismo el seguimiento para garantizar que el material se haya recibido. Quizá puedas acosar a tu editor para que mande más ejemplares de atención de lo acostumbrado por él si le das nombres, direcciones y una buena razón para haber seleccionado a quienes los van a recibir.

La verdadera clave para el problema de mercadeo está fuera del alcance de los estudios cualitativos mismos. Nuestros estudios no se adoptan para ser usados en el salón de clase en la escala en que la publicación de textos puede ser lucrativa, porque no son fáciles de usar por los instructores. No son ni de autoaprendizaje ni autoevidentes. *Pueden* convertir la enseñanza en algo más emocionante, pero definitivamente la hacen más difícil. El único modo de expandir el mercado para los estudios cualitativos y descriptivos es demostrando su efectividad en el uso en nuestra propia docencia. Pero eso es otro cuento, tal vez otra monografía: *Teaching (teaching up?) qualitative research*. Nuestra responsabilidad como escritores e investigadores es asegurarnos de que, cuando se necesiten, los estudios estén ahí, bien investigados y bien escritos.

Alternativas de publicación

Aunque considero "el escribir" desde el inicio de un estudio y aunque me pongo a pensar en un título para el trabajo y en una tabla de contenido tan pronto como comienzo el trabajo de campo, no pienso en "la publicación" con ese mismo tezón. La de la investiga-

ción cualitativa difiere de la mayor parte de la escritura que se hace para publicaciones comerciales. En las publicaciones comerciales, las negociaciones contractuales suelen preceder a la mayor parte de la escritura. Al preparar un libro de texto, por ejemplo, no es raro solicitar a un autor que presente una posible tabla de contenido y uno o dos capítulos. En nuestro trabajo, el acto investigativo no está en realidad terminado hasta que nuestros estudios hayan concluido y sean accesibles a los demás. *No existe una investigación de la cual no se haga un informe.* La forma acostumbrada de tales documentos es la narración escrita.

Cuando emprendemos la tarea de encontrar una editorial para un estudio cualitativo, ordinariamente tenemos un proyecto listo en la mano, no sólo una idea o prospecto. La investigación sobre la que se informa puede no estar escrita de manera elocuente, pero no nos aproximamos a las editoriales con la idea de que van a financiar la investigación, aunque pueden estar dispuestos a asumir algunos costos en la elaboración de los manuscritos como anticipo de regalías. Mi preferencia en todo lo que he hecho es escribir primero y negociar el contrato después. Si la escritura puede proceder con base en una invitación o un acuerdo verbal, mucho mejor, pero no me gusta la idea de que alguien sea el dueño del material que yo no he escrito todavía.

Peter Woods (1999), quien ofrece excelente consejo en *Successful writing for qualitative researchers*, objeta mi método de "escribir primero". Lo llama "negocio riesgoso" y sugiere que se busque editor desde el comienzo. Yo me sostengo en mi idea de que la investigación que se hace debe ser accesible en alguna forma antes de que pueda ser considerada investigación completa. Para escribir *sobre* investigación cualitativa debes decidir por ti mismo si hay razones que te impulsan a escribir lo que tienes que decir, con mercado o sin él. Mi opinión es que cada vez que tengas algo para escribir lo debes hacer. Y debes escribir tu relato a tu manera antes de entregarlo (literal y figurativamente) a alguien con autoridad para decirte qué tienes que hacer para que te lo publiquen. Si llevas la escritura en la sangre, ya sabes qué quiero decir. Gloria Steinem lo hace (recuerda el epígrafe del capítulo 1).

Sea cual sea la razón de que preguntes sobre la posibilidad de que te publiquen, te aconsejo no enviar a un editor nada más largo que un artículo de revista si antes no has tenido una comunicación con él o una petición suya explícita, de más material. Si, como es de todos sabido los manuscritos no solicitados tienen pocas probabilidades de ser publicados (Powell, 1985: 89), entonces el secreto es lograr que te soliciten el manuscrito. Para solicitar una invitación, envía la página del título y la tabla de contenido, acompañada por una carta bien preparada (dirigida a un individuo particular, por su nombre, de ser esto posible), en la que expliques no sólo aquéllo sobre lo cual has escrito sino por qué has escogido a ese editor en particular. Y, mejor aún, si por suerte tienes algún colega con contactos en la casa editorial ponlo a que llame o escriba por ti, en especial si estás explorando las posibilidades de publicar tu disertación (revisada).

Describe el estado actual del manuscrito y cualquier circunstancia inusitada que lo rodee, por ejemplo, cuándo podrías enviarlo completo, o si tienes problemas con los derechos, la propiedad o las condiciones que deben rodear la publicación. Aunque puedes enviar una solicitud general a varios editores, una vez veas indicios de interés serio, deja de ofrecer tu trabajo a los demás. Si estás tentado a engatusar a los editores de revistas o de libros aseverando que en otra parte están estudiando un manuscrito tuyo, date cuenta de que esto se te puede volver un bumerán. ¿Quién quiere invertir tiempo y dinero y arriesgar la decisión de ir a la imprenta con un manuscrito que de un momento a otro pueden retirar?

La publicación en una revista parece ser una opción más realista de que te publiquen si eres capaz de recortar un manuscrito más largo o de dividirlo. Los manuscritos tamaño artículo se mueven fácilmente entre colegas y editores y no se necesita una invitación para presentarlos a una revista. Sin embargo, te puedes comunicar con la casa editorial antes de presentarlo cuando no estás seguro de si el contenido cabe dentro de los criterios de la revista o si el artículo presenta un problema poco común que requiere gráficas especiales o se pasa del tamaño acostumbrado. Y aun en estos casos, espera la respuesta: "Mándalo y permítenos echarle una mirada". (Pista:

yo *siempre* encuentro una excusa para consultar primero con el editor. *Voilà:* otra vez las palabras que quiero escuchar: "Mándalo y permítenos echarle una mirada").

Un autor necesita ubicar con cuidado las revistas y demostrar conocimientos no sólo de sus alcances sino de todos los requisitos que tienen para la recepción. Una carta de presentación puede incluir una introducción breve y explicar cualquier discrepancia entre la presentación tal como se hizo y los requisitos de la revista. Las desviaciones menores deben reconocerse y explicarse: por ejemplo, reconocer que el estilo de las citas del borrador difiere del de la revista y será corregido si el manuscrito recibe una evaluación favorable. Un manuscrito no debe venir acompañado de una apología o una promesa contundente de hacer *lo que sea* con tal de que lo acepten. Cumple con los requisitos y permite que el manuscrito hable por sí mismo, como lo tendrá que hacer cuando se publique. Recuerda que los editores de revistas profesionales son, en su mayor parte, investigadores y docentes muy atareados que deben realizar su trabajo propio y tienen todo el derecho a esperar que los manuscritos estén pulidos, sean apropiados y estén presentados en su forma final, aunque después pidan revisiones.

A nadie le gusta que lo rechacen. Que nos rechacen un manuscrito decepciona tanto a los más experimentados como a los autores nuevos (después de todos estos años, tanto mi manuscrito más reciente en formato de revista como mi más reciente manuscrito para libro fueron rechazados en la forma como fueron sometidos originalmente, aunque en cada caso el rechazo venía acompañado por una carta que explicaba los cambios que la editorial sentía que se necesitaban). Los rechazos más difíciles son los que llegan sin explicación o comentario. Sin embargo, lo sé por haber tenido que escribir cartas de este tipo como editor y haberme asegurado de que no me malinterpretaran, como si yo estuviera dando falsas esperanzas o alientos mentirosos, a veces no hay más nada que decir salvo: "Gracias por considerar esta revista".

A pesar de los esfuerzos con evaluaciones múltiples, externas y a veces a ciegas, el proceso de selección puede parecer caprichoso. Un problema es que, en últimas, las decisiones editoriales no pueden basarse sólo en las recomendaciones de los evaluadores externos. De acuerdo con esto, un rechazo o dos no nos deben llevar a la conclusión prematura de que un artículo no vale la pena. Pon mucha atención a cualquier sugerencia específica o crítica sobre las deficiencias. También me parece buena idea comentar una carta de rechazo con algún colega cercano; a veces a los escritores sensibles se les escapan los sutiles mensajes entre líneas, y como aconseja mi editora, Deborah Laughton, siempre estimulante, nunca, nunca, leas como rechazo una carta que dice: "revise y vuelva a enviar". Limítate a hacer lo que te indican.

Esperar una evaluación te da otro descanso que puedes convertir en una ventaja. Con el paso del tiempo, por lo general, uno puede regresar a un manuscrito con una mirada nueva. Si eres realmente valiente, cuando te devuelvan el manuscrito, léelo de una manera fresca como si fueras un evaluador más bien que el autor. Si el proceso de evaluación se está demorando mucho, puedes incluso elaborar otro documento de trabajo o presentación oral en el que describas la clase de comentarios que has recibido y cómo los estás manejando. A mí me estaban poniendo problema los evaluadores con un trabajo conceptual que estaba realizando y elaboré un documento acompañante titulado: "Notas sobre un documento de trabajo", en el cual retomaba lo dicho por mis críticos y prestaba mucha atención a los puntos que planteaban. Este trabajo resultó muy bueno como discurso introductorio y más tarde fue publicado en los anales de un congreso (Wolcott 1991). En lugar de dejarme abatir, traté el proceso de evaluación como una fuente nueva de datos.

Yo nunca leo nada mío en borrador, no importa cuánto haya trabajado en él, sin un lápiz en la mano, para buscar oraciones que puedan acortarse, ideas que puedan expresarse con más claridad o interpretaciones que puedan reforzarse. Sin embargo, una vez está en producción un manuscrito, mi revisión compulsiva llega a un alto abrupto. Cuando algo que he escrito por fin aparece impreso, lo leo con un sentido del logro que se ha merecido, nunca con sentido de decepción. Éstas son mis palabras, mis oraciones, mis ideas (y, después de todo ese trabajo, mejor que sean mías, que sean como las escribí, a no ser que me hayan aconsejado algunos cambios edi-

toriales menores). Yo las defiendo. En su tiempo representaron mi mejor intención.

Si no te publican

¿Y qué pasa si no puedes publicar tu relato completo? ¿Y si al darte cuenta de que su atractivo es limitado, redactas un par de artículos más cortos informando aspectos del trabajo, pero eres incapaz de encontrarles una editorial adecuada que se interese en publicarlos? ¿Es eso el fin del mundo? ¿De tu carrera?

Pues bien, no encontrar quien te publique puede no ser conveniente para tu carrera, pero yo, después de pasar tres décadas en el ambiente universitario, puedo informar que nunca he oído hablar de una promoción académica o de una decisión de adjudicar una plaza permanente basada *sólo* en el registro de publicaciones de la persona. El hecho de que no te publiquen "bastante" puede servir de excusa para tus decisiones negativas. Si hubieras tenido acceso al registro de publicaciones de todas las personas que han sido promovidas en la mayor parte de las instituciones de educación superior, creo que te sorprendería saber lo poco que muchas de ellas han publicado (es de presumirse que contribuyen a su institución de otros modos; si todos estuvieran ocupados escribiendo, ¿quién prepararía los informes institucionales, citaría a tanta reunión, entrenaría a los actores, o racionaría el espacio de las oficinas o los viáticos?).

Es verdad que en las así llamadas universidades investigativas, uno debe escribir, crear, producir o administrar *algo*, pero me parece improbable que cualquier persona cuya motivación para publicar parta sólo de la preocupación de lograr la plaza o la promoción recurra a una actividad tan exigente de tiempo como la investigación cualitativa. Tales individuos no deben buscar *formas* alternativas de investigación, sino alternativas *a la* investigación que satisfagan los criterios de logro y aceptación.

Hay numerosas alternativas por medio de las cuales se pueden hacer honrosas contribuciones a la academia: trabajos de síntesis, declaraciones de problemas, trabajos para sentar posiciones, descripciones de programas, reseñas críticas y bibliografías comentadas. No

hay duda de que algunos, o quizás la mayor parte de tus colegas están publicando, pero mira bien cuántos están publicando investigación original. Lo que estás leyendo aquí, por ejemplo, está basado en la experiencia y en la tradición académica, e incluso aborda el *tema* sagrado de la investigación, pero no es investigación. No obstante sus humildes orígenes, espero encontrar *algún* lugar en la Gran Serie Mundial del cielo donde se registran los logros académicos.

Suponiendo que estás dedicado a la investigación cualitativa, insisto en que siempre consideres la escritura como un componente vital del proceso de *investigación*, más que una actividad inexorablemente ligada a la publicación. Que te publiquen no es esencial a tu papel como investigador cualitativo pero sí lo es completar los estudios escribiéndolos para que otros puedan acceder a ellos. Todo buen trabajo de investigación cualitativa o descriptiva debe llegar a tener alguna forma procesada concreta. No bastan las notas de campo no publicadas. Los informes de campo hechos a partir de esas notas, listos pero no publicados, los trabajos modestamente reproducidos bajo la égida de tu departamento, trabajos en carteleras presentados en simposios, informes de tu trabajo disponibles electrónicamente, todos cuentan para la excelencia académica y, también, para tu credibilidad (y reconocimiento) como investigador que termina sus trabajos.

Incluí también en mi hoja de vida los títulos de algunos de mis trabajos no publicados en mi vida profesional (de manera separada de los publicados; no estoy tratando de impresionar, sólo de presentar un recuento completo) y había copias disponibles por si alguien las solicitara. También les mencioné esto a los estudiantes de posgrado que pueden no darse cuenta de que una carrera exitosa no significa que todo esfuerzo a lo largo del camino sea necesariamente un éxito. Aun el éxito puede imponer una formidable barrera a la escritura posterior, especialmente si se obtiene con una de las primeras publicaciones. Quienes hemos estado en esto algún tiempo también oímos los murmullos de que ya no escribimos tan bien como antes. No toda publicación recibe el reconocimiento que sentimos que merece. Nosotros también tenemos promedios de bateo. Nadie se apunta un hit cada vez.

Gracias a Dios que esto es así. Hay demasiadas cosas ya publicadas. No todo nuestro trabajo necesita publicarse, y ciertamente no en el formato refinado de las revistas o libros costosos. En su mayor parte, nuestros propósitos se pueden lograr con formatos menos formales y costosos, tales como trabajos de seminarios, que tienen una modesta circulación entre los colegas *sin* la extraña pregunta acompañante: ¿adónde lo puedo mandar?

La buena noticia es que si eres muy decidido, probablemente te publicarán algún día, en alguna parte, en la pantalla si no en papel. La publicación electrónica está abriendo oportunidades de maneras nunca vistas. Estas revistas llenan un vacío importante pues ofrecen una manera rápida y poco costosa de publicar en internet artículos que no han aparecido previamente en letras de molde. El proceso, antaño tedioso, de la evaluación de los pares también se ha acelerado por medio de la comunicación rápida entre los escritores, los editores y los revisores, con la posibilidad de que el proceso de evaluación sea más veloz y compartido con más gente.

Con el tiempo, la publicación electrónica puede incluso convertirse en prerrequisito de entrada para la publicación en revistas impresas, lo que permite una mejor selección y selectividad de lo que finalmente se publica. Esto podría ayudar a que más material de mejor calidad llegue a la imprenta, y que lo que aparezca en ella incluya más cantidad de lo mejor, sin que necesariamente eso signifique que desaparezcan las oportunidades de divulgar el material de ayuda. Pero las revistas electrónicas se perciben de diferente manera, como alternativas *a* publicar así como alternativas *para* ello, y todavía nos falta ver cómo, dónde (es decir, en qué campos), o si van a ser consideradas de tú a tú con la publicación "tradicional". Ni mis ojos ni mi paciencia parecen estar bien adaptados para leer de manera pasiva largos textos en la pantalla, pero de todas maneras fui arrastrado a la era del computador. Es posible que nos desgastemos en extensas discusiones sobre los pros y contras de algo que de todas maneras parece destinado a suceder.

En todo caso, trabájale a todo estudio valioso hasta que lo hayas visto culminar en un escrito claramente conceptualizado y bien redactado. Asegúrate de que, en la forma que sea, las copias les lleguen a las personas que comparten tus intereses; sin insistir en que te tienen que publicar, pídeles su consejo para determinar el público que debes alcanzar y cuánto esfuerzo adicional de tu parte parece necesitarse y merecerse. Te la publiquen o no, ya escribiste tu investigación cualitativa. Tu trabajo no estaba completo mientras no lo hubieras hecho. O, si en realidad no lo has terminado, al menos ya tienes un comienzo, y eso ya es algo.

Pensamientos finales

- No existen investigaciones sobre las cuales no se hagan informes.
- Hay muchas formas de poner tu investigación a disposición de los demás.
- Mientras no tengas un primer borrador de lo que tienes para informar, no tienes posibilidad de mejorarlo. Empieza por ahí.
- Nadie distinto de ti tiene que ver tus primeros borradores.

Referencias bibliográficas y bibliografía

Agar, Michael H.
1996 *The Professional Stranger: An informal introduction to ethnography*. 2ª ed. Nueva York: Academic Press.

Barret, Paul H., Peter Gautrey, Sandra Herbert, David Kohn, y Sydney Smith, eds.
1987 *Charles Darwin's notebook, 1836-1844*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Bateson, Gregory
1936 *Naven*. Stanford: Stanford University Press.

Becker, Howard S
1986 *Writing for social scientists: how to start and finish your thesis, book, or article*. Chicago: University of Chicago Press.
1998 *Tricks of the trade: how to think about your research while you're doing it*. Chicago: University of Chicago Press.

Behar, Ruth
1992 *Translated woman: crossing the border with Esperanza's story*. Berkeley: University of California Press.

Benedict, Ruth
1946 *The chrysanthemum and the sword: patterns of japanese culture*. Boston: Houghton Mifflin.

Bernard, H. Russell
1994 *Research methods in anthropology: qualitative and quantitative approaches*. 2ª ed. Thousand Oaks: Sage.

2000 *Social research methods: qualitative and quantitative approaches*. Thousand Oaks: Sage.

Brettell, Caroline B., ed.
1993 *When they read what we write: the politics of ethnography*. Westport, CT: Bergin and Garvey.

Bruner, Edward M.
1986 Ethnography as experience. En: *The anthropology of experience*. Victor W. Turner and Edward M. Bruner, eds. Pp. 139-155. Urbana: University of Illinois Press.

Burke, Kenneth
1935 *Permanence and change*. Nueva York: New Republic.

Campbell-Jones, Suzanne
1978 *In habit: a study of working nuns*. Nueva York: Pantheon Books.

Cavan, Sherri
1966 *Liquor license: an ethnography of bar behavior*. Chicago: Aldine.

Chibnik, Michael
1999 *Quantification and statistics in six anthropology journals*. Field Methods 11: 146-157.

Chiseri-Strater, Elizabeth y Bonnie Stone Sunstein
1997 *Field Working: reading and writing research*. Upper Saddle River NJ: Prentice Hall.

Clinton, Charles A.
1975 The anthropologist as hired hand. *Human Organization* 34(2): 197-204.
1976 On bargaining with the devil: contract ethnography and accountability in fieldwork. (Council on) *Anthropology and Education Quarterly* 7(2): 25-28.

Coffey, Amanda
1999 *The ethnographic self: fieldwork and the representation of identity*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Coser, Lewis
1975 Two methods in search of a substance. *American Sociological Review* 40(6): 691-700.

Crapanzano, Vincent
1978 *Tuhami: portrait of a moroccan*. Chicago: University of Chicago Press.

Denzin, Norman K.
1997 *Interpretive ethnography: ethnographic practices for the 21st century*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Denzin, Norman K. e Yvonna Lincoln, eds.
2000 *Handbook of qualitative research*. 2ª ed. Thousand Oaks: Sage.

Elbow, Peter
1981 *Writing with power: techniques for mastering the writing process*. Nueva York: Oxford University Press.

Emerson, Robert M. y Melvin Pollner
1988 On the uses of members' responses to researchers' accounts. *Human Organization* 47(3): 189-198.

Fetterman, David
1989 Ethnographer as rethorician: multiple audiences reflect multiple realities. *Practicing Anthropology* 11(2): 2, 17-18.

Fitzsimmons, Stephen J.
1975 The anthropologist in a strange land. *Human Organization* 34(2): 183-196.

Flinders, David J. y Geoffrey E. Mills, eds.
1993 *Theory and concepts in qualitative research: perspectives from the field*. Nueva York: Teachers College Press.

Flower, Linda
1979 Writer-based prose: a cognitive basis for problems in writing. *College English* 41: 19-37.

Flower, Linda y John R. Hayes
1981 A cognitive process theory of writing. *College Composition and Communication* 32: 365-387.

Fontana, Andrea
1999 Review of the art of fieldwork, by Harry F. Wolcott. *Contemporary Sociology* 28(5): 632-633.

Foster, George M.
1969 *Applied anthropology*. Boston: Little-Brown.

Frake, Charles O.
1977 Plying frames can be dangerous. *Quarterly Newsletter of the Institute for Comparative Human Development* 1(3): 1-7.

Galtung, Johan
1990 Theory formation in social research: a plea for pluralism. En: *Comparative methodology*. Else Øyen, ed. Pp. 96-112. Newbury Park, CA: Sage.

Geertz, Clifford
1973 Thick description. En: *The interpretation of cultures*. Nueva York: Basic Books.
1988 *Works and lives: the anthropologist as author*. Stanford: Stanford University Press.
2000 *Preface to the reissue of the interpretation of cultures*. Nueva York: Basic Books.

Germano, William
2001 *Getting it published. A guide for scholars and anyone else serious about serious books*. Chicago: University of Chicago Press.

Graue, Elizabeth y Carl Grant, eds
2000 *Review of Educational Research* 69 (4). (Número especial dedicado a reseñas en investigación educativa).

Gruber, Howard E.
1981 *Darwin on man*. Chicago: University of Chicago Press.

Keesing, Roger M. y Felix M. Kessing
1971 *New perspectives in cultural anthropology*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Kleinman, Arthur
1995 *Writing at the margins: discourse between anthropology and medicine*. Berkeley: University of California Press.

Kuper, Adam
1999 Culture: *the anthropologist's account*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Lamott, Anne
1994 *Bird by bird: some instructions on writing and life*. Nueva York: Pantheon Books.

Layton, Robert
1997 *An introduction to theory in anthropology*. Nueva York: Cambridge University Press.

LeCompte, Margaret D., Wendy L. Millroy y Judith Preissle, eds.
1992 *Handbook of qualitative research in education*. San Diego, CA: Academic Press.

Lewis, Oscar
1961 *The children of Sánchez: autobiography of a mexican family*. Nueva York: Random House.

Lincoln, Yvonna y Egon Guba
1985 *Naturalistic inquiry*. Beverly Hills: Sage.

Lomask, Milton
1987 *The biographer's craft*. Nueva York: Harper & Row.

Malinowski, Bronislaw
1922 *Argonauts of the Western Pacific: an account of native enterprise and adventure in the archipelagoes of Melanesian New Guinea*. Londres: Routledge and Sons.

Marcus, George E. y Michael M. Fischer
1986 *Anthropology as cultural critique: an experimental moment in the human sciences*. Chicago: University of Chicago Press.

McCall, Michal M.
2000 Performance ethnography. En: *Handbook of qualitative research*. 2a ed. Norman K. Denzin y Yvonna Lincoln, eds. Pp. 421-433. Thousand Oaks, CA: Sage.

McDermott, Ray
1976 *Kids make sense: an ethnographic account of the interactional management of success and failure in one first-grade classroom*. Ph.D. dissertation, Stanford University.

Merriam, Sharan B.
1998 *Qualitative research and case study applications in education*. San Francisco: Jossey-Bass.

Miles, Matthew B. y A. Michael Huberman
1984 *Qualitative data analysis*. Beverly Hills, CA: Sage.
1994 *Qualitative data analysis*. 2a ed. Thousand Oaks, CA: Sage.

Murdock, George Peter
1971 Anthropology's mythology. *Proceedings of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland for 1971*: 17-24.

Nash, Jeffrey
1990 Working at and working: computer fritters. *Journal of Contemporary Ethnography* 19(2): 207-225.

Noblit, George W. y R. Dwight Hare
1988 *Meta-ethnography: synthesizing qualitative studies*. Sage Qualitative Research Methods Series, 11. Newbury Park, CA: Sage.

Peacock, James L.
1986 *The anthropological lens: harsh light, soft focus*. Nueva York: Cambridge University Press.

Peshkin, Alan
1985 From title to title: the evolution of perspective in naturalistic inquiry. *Anthropology and Education Quarterly* 16(3): 214-224.

Powell, Walter W.
1985 *Getting into print: the decision-making process in scholarly publishing*. Chicago: University of Chicago Press.

Richardson, Laurel
1990 *Writing strategies: reaching diverse audiences*. Sage Qualitative Research Methods Series, 21. Thousand Oaks, CA: Sage.
2000 *Writing: a method of inquiry*. En: *Handbook of qualitative research*. 2a ed. Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln, eds. Pp. 923-948. Thousands Oaks, CA: Sage.

Rohner, Ronald P.
1975 *They love me, they love me not. A worldwide study of the effects of parental acceptance and rejection*. New Haven, CT: HRAF Press.

Rohner, Ronald O. y Evelyn C. Rohner
1970 *The kwakiutl indians of British Columbia*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Ryan, Gery y H. Russell Bernard
2000 Data management and analysis methods. En: *Handbook of qualitative research*. 2a ed. Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln, eds. Pp. 769-802. Thousands Oaks: Sage.

Salinas Pedraza, Jesús, en colaboración con H. Russell Bernard
1978 *RcHnychnyu: the otomí*, vol. 1. *Geography and fauna*. Albuquerque: University of Nuevo Mexico Press.

Sanjek, Roger
1999 *Into the future: is anyone listening?* Paper presented at the American Anthropological Association Meetings, Chicago.

Shostak, Marjorie
1981 *Nisa: the life and words of a !Kung woman*. Nueva York: Random House.

Simmons, Leo W., ed.
1942 *Sun Chief: the autobiography of a hopi indian*. New Haven, CT: Yale University Press.

Smedley, Christine S., Mitchell Allen y asociados
1993 *Getting your book published*. Newbury Park, CA: Sage.

Spector, Janet D.
1993 *What this awl means: feminist archaeology at a Wahpeton Dakota village*. St. Paul: Minnesota Historical Society Press.

Stake, Robert E.
1995 *The art of case study research*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Stein, Gertrude
1937 *Everybody's autobiography*. Nueva York: Random House.

Stevens, Michael E. y Steven B. Burg
1997 *Editing historical documents: a handbook of practice*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.

Strunk, William, Jr. y E.B.White
1972 *Elements of style*. 2a ed. Nueva York: Macmillan.

Taylor, Steven J. y Robert Bogdan
1984 *Introduction to qualitative research methods: the search for meanings*. 2a ed. Nueva York: John Wiley and Sons.

Thyer, Bruce A.
1994 *Successful publishing in scholarly journals*. Thousands Oaks: Sage.

Tufte, Edward R.
1983 *The visual display of quantitative information*. Cheshire, CT: Graphics Press.
1990 *Envisioning Information*. Cheshire, CT: Graphics Press.

Van Maanen, John
1988 *Tales of the field: on writing ethnography*. Chicago: University of Chicago Press.

Wallgren, Anders, Britt Wallgren, Rolf Persson, Ulf Jorner y Jan-Aage Haaland
1996 *Graphing statistics & data*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Wax, Murray L., Rosalie H. Wax y Robert V. Dumont, Jr.
1964 Formal education in an american indian community. *Supplement to Social Problems* 11(4). (Reeditado con cambios en 1989 por Waveland Press).

Wax, Rosalie H.
1971 *Doing fieldwork: warnings and advice*. Chicago: University of Chicago Press.

Weitzman, Eben A.
2000 Software and qualitative research. En: *Handbook of qualitative research*. 2a ed. Norman K. Denzin e Yvonna S. Lincoln, eds. Pp. 803-820. Thousand Oaks: Sage.

Whitehead, Alfred North
1949 *The aims of education*. Nueva York: Mentor Books. (Publicado originalmente en 1929).

Whyte, William F.
1943 *Street corner society: the social structure of an italian slum*. Chicago: University of Chicago Press.
1955 *Street corner society: the social structure of an italian slum*. 2a ed. Chicago: University of Chicago Press.

Wolcott, Harry F.
1964 *A kwakiutl village and its school*. Ph. D. dissertation, Stanford University.
1967 *A kwakiutl village and school*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston. (Reeditado en 1989 por Waveland Press con un nuevo epílogo).
1973 *The man in the principal's office: an ethnography*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston. (Reimpreso en 1984 por Waveland Press con una nueva introducción).
1974a *The African Beer Gardens of Bulawayo: integrated drinking in a segregated society*. New Brunswick, NJ: Rutgers Center of Alcohol Studies. Monograph Number 10.
1974b The elementary school principal: notes from a field study. En: *Education and cultural process. Toward an anthropology of education*. George D. Spindler, ed. Pp. 176-204. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston. (Reeditado en 1987, 1997 por Waveland Press).

Wolcott, Harry F.
1975 Introduction. En: The ethnography of schooling. Número especial. *Human Organization* 34(2): 109-110.
1977 *Teachers versus technocrats: an educational innovation in anthropological perspective*. Eugene: Center for Educational Policy and Management, University of Oregon.
1982 Differing styles of on-site research, or, "if it isn't ethnography, what is it?" *Review Journal of Philosophy and Social Science* 7(1,2): 154-169.
1983a Adequate schools and inadequate education: the life history of a sneaky kid. *Anthropology and Education Quarterly* 14(1): 3-32. (Reimpreso en Wolcott 1994).
1983b A malay village that progress chose: Sungai Lui and the Institute of Cultural Affairs. *Human Organization* 42(1): 72-81. (Reimpreso en Wolcott 1994).
1987 On ethnographic intent. En: *Interpretative ethnography of education*. George and Louise Spindler, eds. Pp. 37-57. Hillsdale, Nueva Jersey. Lawrence Erlbaum.
1988 Problem finding in qualitative research. En: *School and society: learning content through culture*. Henry Trueba and C. Delgado-Gaitán, eds. Pp. 11-35. Nueva York: Praeger.
1990a Making a study "more ethnographic." En: The Presentation of Ethnographic Research. Número especial. *Journal of Contemporary Ethnography* 19(1): 79-111.
1990b *Writing up qualitative research*. Sage Qualitative Research Methods Series, 20. Newbury Park, CA: Sage.
1991 The acquisition of culture: notes on a working paper. En: *Diversity and design: studying culture and the individual*. Mary Jo McGee-Brown, ed. Pp. 22-46. Athens: Proceedings of the Fourth Annual Conference of the Qualitative Research Group, University of Georgia. (Reimpreso en Wolcott 1994).
1994 *Transforming qualitative data: description, analysis, and interpretation*. Thousand Oaks, CA: Sage.
1995 *The art of fieldwork*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
1999 *Ethnography: a way of seeing*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
2000 Review (electronic) of John Singleton, ed., Learning in Likely Places: Varieties of Apprenticeship in Japan. *Anthropology and Education Quarterly*, indexed in Vol 31 (1): 125, Book Reviews on the Web.

Woods, Peter
1985 New songs played skilfully: creativity and technique in writing up qualitative research. En: *Issues in educational research: qualitative methods*. Robert G. Burgess, ed. Pp. 86-106. Filadelfia: Falmer Press.
1999 *Successful writing for qualitative researchers*. Londres: Routledge.

Yin, Robert K.
1994 *Case study research: design and methods*. Thousand Oaks: Sage.

Zinsser, William
1998 *On writing well: the classic guide to writing nonfiction*. 6a ed. Nueva York: Harper Collins.

Índice onomástico

A

Agar, Michael, 122, 141
Allen, Mitch, 21, 52, 76, 150, 187, 190, 191
Asch, Sholem, 13
Ashton, Hugh, 160

B

Bateson, Gregory, 157
Becker, Howard, 16, 31, 48
Benedict, Ruth, 133
Burke, Kenneth, 102

C

Carrol, Lewis, 11
Coffey, Amanda, 170
Coser, Lewis, 145
Crockett, Denise, 62

D

Darnell, Regna, 22
Darwin, Charles, 56, 93
Dickens, Charles, 156

E

Einstein, Albert, 34
Elbow, Peter, 31, 55, 57, 62

F

Firth, Raymond, 85
Foster, George, 47

G

Galtung, Johan, 91
Geertz, Clifford, 25, 78, 86
Germano, William, 182
Guba, Egon, 5

J

James, William, 93

L

Lamott, Anne, 8, 186
Laughton, C. Deborah, 70, 127
Lewis, Jan, 16
Lewis, Oscar, 23
Lincoln, Yvonna, 5
Lomask, Milton, 26

M

McDermott, Ray, 137
Mead, Margaret, 140
Michener, James, 161
Murdock, George Peter, 94

N

Nash, Jeffrey, 17

P

Peshkin, Alan, 155

S

Saldaña, Johnny, 169
Sanjek, Roger, 85
Simmons, Leo, 23
Smith, Red, 30
Spector, Janet, 155
Stein, Gertrude, 119
Steinem, Gloria, 3, 10, 194

T

Tax, Sol, 26

V

Van Maanen, John, 22

W

Wax, Murray, 166
Wax, Rosalie, 56, 165, 166
Weber, Max, 78
Weiss, Paul, 46
Whitehead, Alfred North, 141
Wilson, Amber, 192
Williams, Jerry, 175
Wirth, Louis, 141
Woods, Peter, 14, 194

Z

Ziegler, Isabelle, 127

Índice analítico

A

AA, 65, 180, 181
Abreviatura(s), 35, 179, 180, 181
  latinas, 179
Abstracción(es), 27, 85, 175
Abstract *v.* Resumen(es)
Acontecimientos, 21, 35, 42, 61, 106, 113
Agencia(s), 24, 134
Agradecimientos, 61, 154, 158, 160, 161, 165, 180, 185
American Anthropologist *v.* AA
Análisis microcultural, 137
Analogía(s), 56, 103, 104, 108, 119, 125, 141, 151
Antología(s), 154
Antropología, 47, 51, 58, 60, 68, 83, 86, 98, 167, 192
  aplicada, 47
  cultural, 68, 86, 98
Antropólogos, 38, 174
  socioculturales, 174
APA, 180
Apéndice(s), 8, 33, 97, 105, 146, 147, 154, 165, 174, 176, 177
Archivo(s), 17, 57, 59-61, 66, 68, 100, 115, 124
  investigación de, 4, 99
Arte final, 175
Artículo(s)
  páginas de los, 67
  revista, de, 150, 154, 171, 178, 186, 187
Asesor(es), 33, 89, 90
Autor(es)
  múltiples, 179
  nombre del, 115, 179
  voz del, 22, 41
Autoría, 179, 180
Autorizaciones, 161

B

Bibliografía, 112, 154, 157, 177, 178, 185
  electrónica, 112, 157
  exhaustiva, 178
Biografía, 100, 162, 171
Biógrafo(s), 5, 26, 146
Borrador(es)
  preliminares, 60, 73, 149

primeros, 29, 62, 69, 74, 77, 145, 147, 148, 161, 172, 201
trabajo, de, 124

C

Calendarios, 176
Campo
estudios de, 98
informes de, 199
investigación de, 15, 24, 163
métodos de, 97
notas de, 4, 28, 76, 146, 149, 171, 177, 199
técnicas de, 167, 169
trabajadores de, 19, 22, 25, 58-60, 72
trabajo de, 7, 24-27, 31-34, 49, 50, 56-58, 72, 73, 76, 81, 94, 95, 97, 103, 105, 114, 119, 120, 139, 141, 150, 155, 175, 181, 189
Carátula(s), 175, 176
Carpeta(s), 59, 61, 115
Carrera, 7, 11, 29, 47, 52, 73, 98, 107, 112, 126, 133, 151, 162, 165, 169, 175, 184, 186, 198, 199
Cartelera(s), 142, 167, 199
Casos, 9, 23, 43, 61, 68, 70, 86, 103, 107, 108, 151, 163, 176, 188, 195
estudio de, 5, 60, 81, 103, 134, 187
historias de, 176
Categorías, 24, 37, 46-49, 54, 99, 112, 163, 182, 192
descripción, de, 54
Categorización, 49
Categorizar, 99, 142
Ciencias sociales, 9, 51
conceptos básicos de las, 94
Citas, 48, 50, 64, 65, 67-69, 83, 113, 122, 127, 128, 146, 148, 152, 171, 173, 178-180, 182, 184, 185, 196
círculo de, 177
críticas, 179
diario de, 69
v.t. Pie de página; Notas
Codificación, 8, 37, 49, 148
programas de, 49
Colaboradores, 67, 72, 138, 178, 180, 188
menores, 180
Colección(es), 72, 128, 164, 168
Coma(s), 65, 66, 112
seriada, 112
Comentarios, 40, 42, 56, 69-74, 80, 85, 94, 107, 127, 130, 135, 162, 165, 169, 172, 173, 197
interpretativos, 40, 42, 85
v.t. Crítica
Comité, 40, 51, 73, 75, 76, 79, 83, 88, 89, 104, 109, 134
disertación, de, 40, 73, 75, 76, 83, 88, 89, 104, 109
Comportamiento(s), 36, 41, 42, 85, 94, 137, 155
observados, 36
patrones de, 38
Computador(es), 14-17, 24, 28, 29, 31, 37, 59, 113, 115, 157, 172, 192, 200
programas de, 49, 182
Comunidad, 24, 58, 142
Conceptos, 28, 87, 92, 94, 108, 182
organizadores, 87
Conceptualización, 92
Conclusión(es), 32, 87, 89, 120, 132-134, 136, 197
Congreso(s), 167, 170, 197
Contenido, 9, 19, 37, 54, 59, 64, 71, 115, 120, 123, 125, 141, 143, 155, 157, 162-164, 169, 175, 194, 195
análisis de, 37
breve, 163, 164

detallado, 164
tabla de, 19, 20, 21, 27, 30, 54, 59, 121, 154, 157, 163, 164, 184, 195
Contexto(s), 32, 47, 50, 78, 80, 83-85, 108, 140, 142, 151
sociales, 78
Contextualizar, 93
Contracarátula(s), 162
Contratapa, 163
Convenciones narrativas, 22
Conversación, 6, 44, 96, 100, 156, 190
Copias, 4, 29, 59, 64, 70, 124, 184, 187, 199, 200
respaldo, de, 184
v.t. Borrador(es)
Corrección(es), 28, 30, 64, 77, 123, 124, 126, 147, 184
Corrector, 13, 65, 154, 178, 183
Correo electrónico, 17
Crédito(s), 69, 149, 156, 161, 173
Crítica, 4, 18, 22, 23, 29, 36, 38, 43, 50, 59, 70, 71, 81, 83, 100, 123, 125, 129, 132, 135, 148, 163, 197
Críticos, 4, 70, 71, 72, 76, 109, 113, 132, 134, 146, 147, 166, 197
v.t. Comentarios
Cuadros, 19, 141, 154
Cualificadores, 127
Cubierta, diseño de la, 175
Cuentero(s), 35
Cuestionarios, 176
Cursivas, 42, 64, 127, 172, 180

D

Datos
análisis de los, 46, 95, 109, 110
base de, 33, 120
clasificación de los, 50
consignar los, 49
examen de los, 37
organización de los, 119
recolección de los, 46, 58
reducción de los, 142
sobrecarga de, 50
tarjetas de, 59
técnicas de recolección de, 95, 99
Declaración de propósito, 11, 12, 18, 38, 43, 53, 168
Dedicatoria(s), 154, 158, 165, 185
Delimitaciones, 10, 12, 43, 51
Descripción, 32, 34-36, 39, 41, 42, 71, 78, 81, 84, 94, 108, 112, 122, 123, 133, 137, 140
calidad de la, 94
etnográfica, 94
pura, 37, 41
Descriptores, 87, 154, 166
Diagrama(s), 99, 102-104, 113, 141-143, 145, 154, 167, 173, 174, 176
Venn, de, 113
Diario, 30, 57, 69, 90, 162
Discusión, 80, 95
Disertación, 10, 20, 26, 58, 61, 62, 64, 66, 73, 74, 76, 79-81, 89, 107, 109, 114, 149, 168, 195
director de, 71
Disquete(s), 184
Dissertation Abstracts, 114

E

Edición(es), 3, 4, 8, 10, 21, 51-53, 55, 61, 67, 70, 74, 77, 95, 97, 99, 120, 124, 125, 127, 129, 131, 143, 150, 160, 170, 172, 180, 184, 190
Editar, 11, 42, 55, 62, 63, 99, 107, 123, 124, 128, 145, 152, 164
Editor(es), 19, 21, 23, 33, 40, 70, 71, 74-76, 109, 111, 112, 124, 128-131, 134, 147, 153, 158, 159, 163, 164, 167, 180, 186-190, 192-196
académico, 188

Editorial(es)
  académicas, 189, 191
  asistencia, 125
  ayuda, 74, 129-131
  casa, 65, 195
  cambios, 198
  comentarios, 73
  pequeñas, 192
  universitarias, 186, 187, 191, 192
Emic, 21
Enfoque(s)
  cualitativo, 51, 79, 99, 103, 110
  etnográfico, 33, 103
  formalidad en el, 23
  metódico, 29
Entrevista(s), 4, 21, 24, 33, 36, 46, 49, 99, 100, 102, 108, 146, 147, 152, 171, 176, 177
Epílogo, 134, 159
Escribir
  lugar para, 14
  primera persona, en, 23, 75
  proceso de, 4, 64
  tiempo pasado, en, 75
  voz pasiva, en, 112
    v.t. Voz pasiva
Escritor(es), 3-6, 8, 10, 11, 16-19, 23-26, 29, 31, 52, 62, 63, 65, 67-70, 73, 75, 85, 111, 116, 119, 123, 125, 127, 129, 131, 134, 140, 152, 153, 158, 162, 165, 167, 170, 172, 177, 180, 183, 189-191, 193, 197, 200
  académicos, 18, 68, 85, 127, 131, 158
  bloqueo del, 46, 52
Escritura
  académica, 10, 68, 74, 107, 124, 125, 134, 149, 155, 172
  informes, de, 166
  libre, 28, 29
  trucos de, 170
Escuela de Chicago, 98
Estadísticas, 174
  uso de, 174
Estilo, 4, 5, 14, 22, 28, 30, 41, 50, 64, 65, 66, 71, 77, 111, 112, 120, 121, 123, 125, 130-132, 136, 152, 156, 158, 169, 171, 180, 196
  corrector de, 65, 178
  editor de, 154
  hoja de, 65, 66, 112, 180
  manual de, 4, 64, 66, 180
Estrategia(s), 28, 31, 41, 46, 100-103, 141, 143, 151
  combinación de, 100
Estudiante(s), 14, 16, 19, 20, 24, 28, 29, 44, 45, 49-51, 69, 80, 86, 88-90, 93, 98, 107, 111, 115, 124, 130, 132, 137, 143, 151, 157, 168, 179, 199
  posgrado, de *v.* Posgrado, estudiantes, de
Et al, 179
  v.t. Abreviaturas, latinas
Etnografía, 45, 48, 100, 102, 103, 143, 155, 170, 191
Etnógrafos, 45, 103
  orientación antropológica, de, 45
Etnometodología, 100
Etnopoética, 169
Etnoteatro, 169
Etología, 100, 102
  humana, 100, 102
Evaluación(es), 58, 163, 196, 197, 200
  proceso de, 197, 200
Examinar, 26, 34, 38, 47, 82, 99, 138
Éxito, 199
Experimentar, 99
Exposición, 6, 22, 33, 42, 49, 94, 106, 107, 139, 142, 149, 167
Extranjerismos, 69, 181

F

Fenomenología, 100
Filosofía, 5, 151, 192
Formato(s), 27, 59, 64, 66, 67, 79, 98, 103, 113, 120, 124, 126, 130, 142, 143, 153, 154, 164, 171, 173, 179, 182, 192, 196, 200
  abreviados, 67
  especificaciones del, 184
  exhibición, de, 142
  informar, para, 103
  títulos, para, 66
Fotocopias, 65
Fotografía, 59, 192
Fotos *v.* Fotografía
Fuente(s), 8, 17, 25, 28, 34, 44, 53, 63, 64, 67-69, 81, 100, 105, 122, 146, 148, 161, 170-172, 180, 184, 185, 197

G

Galeradas, 183
Gráficos, 99, 142, 144, 145, 169, 173, 176
  circulares, 99
Guiones, 65, 66, 169

H

Hipótesis, 90, 96, 164
Historia(s), 5, 11, 16, 22, 32, 35, 69, 72, 75, 82, 87, 100, 102, 104, 107, 113, 123, 146, 150, 152, 156, 162, 171, 176, 180, 187, 188, 190, 192
  natural, 192
  oral, 100, 102
  vida, de, 23, 72, 100, 146, 180
Historiadores, 5, 146
Hoja de vida, 163, 199

I

Ibíd., 179
  v.t. Abreviaturas, latinas
Implicaciones, 38, 82, 84, 86, 88, 89, 93, 134, 136, 138
Impresión, 24, 32, 45, 52, 67, 106, 120, 130, 170, 183
Indagar, 91, 99
Índice(s), 48, 54, 154, 164, 167, 181-184
  onomástico, 182
  palabras para el, 154, 167
  temático, 183
Indizar, 114
Información
  adicional, 68, 135
  nivel de, 173
Informantes, 21, 22, 34, 41, 48, 72, 76, 146, 148, 185
Informar, 11, 36, 38, 43, 60, 68, 76, 79-81, 84, 85, 95, 105, 108, 109, 132, 145, 151, 154, 156, 162, 165, 174, 198, 201
Informe(s)
  final, 4, 41, 187
  formal, 167
  no publicados, 164
  objetivos, 90
Inspiración, 7, 9, 141, 156, 161
Interacción, 32, 42
  ambiente de la, 47
Interaccionismo simbólico, 102, 103
Internet, 50, 200
Interpretación(es), 21, 30, 36-42, 54, 70, 71, 75, 84, 86, 89, 91, 93, 112, 120-122, 126, 128, 133, 137, 197
Introducción(es), 3, 11, 85, 135, 154, 159, 160, 163-165, 185, 196
  editor, del, 159

Investigación
agenda de, 31
cualitativa, 5, 7, 9, 21, 22, 30-33, 35, 39, 40, 43, 45, 46, 50, 69, 73, 95-98, 100, 101, 103, 108, 109, 113, 119-121, 135, 138, 141, 143, 149, 150, 155, 165, 179, 181, 190, 191, 194, 198, 199, 201
compradores de, 191
credibilidad en la, 34
escritura de la, 3, 4
informe de, 23, 121
metodología de la, 52
informe de, 23, 29, 113, 121, 139
modelo de, 86, 165
notas de, 163
original, 199
prégunta de, 53
proceso de, 24, 53, 79, 86, 146, 199
real, 98
técnicas de, 97, 103
trabajo de, 102, 199
Investigador(es)
neófitos *v.* Investigador(es), principiantes
particulares, 60
principiantes, 88, 92, 107, 108, 168
Investigar, 7, 11, 45, 100, 114

J

Juicios de valor, 132, 136

L

Lector(es), 4, 6, 7, 14, 21, 23-25, 32-36, 39, 41, 43, 52, 68, 70-72, 75, 76, 78, 79, 82, 83, 85, 89, 104, 105, 108, 112, 130-132, 134-137, 142, 145-149, 151, 152, 156-159, 161-167, 169, 170, 174, 176, 177, 181, 185
guía para el, 162, 163, 165
potenciales, 169
técnico, 176
Lectura(s), 6, 24, 50, 52, 71, 72, 111, 121, 126, 127, 130, 137, 155, 165, 166, 170, 172, 178, 184, 187
profesional, 24
recomendada(s), 178
Leer, 3, 6, 16, 24, 26, 32, 50, 72, 115, 122, 125, 126, 147, 165, 200
voz alta, en, 126
Letra, 115
tipo de, 120, 126, 174
Libro(s)
colectivo, 128
exposiciones de, 189, 192
solicitar, 190
texto, de, 164, 194
Literatura, 4, 20, 38, 79-81, 83, 87, 90, 94, 104, 106, 109, 177
dominio de la, 80, 83
revisión de la, 20, 51, 52, 79, 81, 84, 109

M

Manuscrito(s), 11, 13, 15, 17, 19, 21, 24, 53, 56-58, 60-66, 68, 70-72, 74-76, 120-122, 124-127, 129, 130, 140, 146-148, 150, 153, 154, 156, 161, 162, 165, 172-174, 183, 184, 188-190, 192, 194-197
Mapas, 141, 142, 145, 167, 173, 176
Marco conceptual, 42, 71, 87
Material(es)
complementarios, 59
examen de, 100
suplementarios *v.* Apéndice(s)
Mayúsculas, 65, 66, 174, 180
Medición, 38, 39, 96
Medio ambiente, 35
Memorandos, 59
Mercadeo, 163, 165, 189, 193
Mercado, 157, 189, 191, 193, 194
libros, de, 191

Método(s), 5, 9, 22, 28, 30, 31, 33, 35, 45, 46, 51, 52, 70, 79, 82, 95-98, 103-106, 108-110, 116, 120, 141, 146, 149, 164, 194
científico, 46, 96
exposición del, 33
Metodología, 52, 95, 104, 106, 170
cualitativa, 95
Microcomputador(es), 49, 182
Monografía(s), 5, 7, 9, 10, 18, 21, 22, 26, 33, 51, 52, 58-61, 99, 105, 119, 131, 133, 143, 146, 149, 150, 157, 159, 164-166, 169, 187-190, 192, 193
descriptiva, 166
serie de, 153, 159, 188

N

Narración(es), 39, 40, 41, 71, 86, 106, 108, 122, 176, 187, 189, 194
Narrativa, 23, 30, 35, 41, 42, 100, 106, 122, 146
descriptiva, 30, 35
Negrillas, 42, 64, 172
Nota(s), 4, 15, 25, 28, 35, 46, 48, 59, 67, 68, 75, 76, 82, 90, 105, 112, 114, 135, 139, 146, 148, 154, 159, 161, 163, 171-174, 177, 179, 197, 199
final, 159

O

Obra colectiva, 179
Observación participante, 65, 99, 100, 102-104, 108, 113, 167
Observador, 22, 23, 39, 86, 94, 100, 102, 112, 121, 136, 138, 151
papel del, 23
Op. cit., 179
v.t. Abreviaturas, latinas
Opiniones, 8, 27, 113, 133, 137, 187
Oración, 18, 30, 34, 43, 44, 78, 111, 112, 114, 115, 126, 138, 149
estructura de la, 152
Organización, 46, 47, 59, 109, 119, 125, 137
innovadora, 47
Organizadores, 87, 167
Ortografía, 28, 29, 66, 147, 179

P

Páginas, 20, 21, 24, 30, 46, 52, 54, 56, 67, 81, 96, 97, 106, 123, 131, 150, 152, 154, 164, 165, 173, 176, 179, 182, 183, 188
finales, 153, 154
números de las, 182
preliminares, 157
Palabras
clave, 63, 154
identificadoras, 157
v.t. Índice(s)
innecesarias, 127
preliminares, 154
Paradigma naturalista, 5
Paréntesis, 42, 127, 171, 172, 180
Pares *v.* Colegas
Párrafos, 28, 31, 36, 39, 50, 68, 76, 111, 122, 126, 149, 152, 162, 166, 169, 170
Periódico(s), 16, 24, 168
artículo(s) de, 67
Periodismo, 100
Perspectivas, 92
Pie(s) de página, 42, 64, 66, 112, 169, 172, 173, 174, 179
localización de los, 65
notas de, 35, 171, 179
v.t. Citas; Apéndice(s)
Pluralismo teórico, 91
Posgrado, 20, 57, 66, 80, 173
estudiantes, de, 44, 45, 90, 124, 130, 168, 179, 199

Post scriptum, 159
v.t. Epílogo
Preámbulo, 159, 160
Prefacio(s), 3, 86, 154, 158, 159, 162, 165, 185
Pregunta(s), 13, 35, 41, 46, 53, 60, 63, 65, 75, 91, 93, 111, 112, 120, 122, 134, 137-139, 141, 154, 200
Preliminares, 72, 143, 153, 154, 157, 161, 164
Presuposiciones, 27, 35, 92
Problema, formulación del, 46, 75, 140, 155
Procedimientos, 33, 34, 37, 38, 61, 95, 96, 106, 108
Procesadores de palabras *v.* Computadores
Producción, 7, 28, 30, 60, 128, 175, 189, 197
  horarios de, 62
Profesores, 44, 69, 79, 88, 138
Prospecto, 158, 194
  formal, 158
Protocolo(s), 46, 137, 146, 152, 177
Proyecto(s), 10, 11, 19, 31, 45, 58-61, 72, 90, 111, 112, 114, 137, 149, 155, 159, 168, 179, 194
  informe de, 119
  investigación, de, 46, 90, 112, 114
Pruebas, 183, 184
Publicación(es), 5, 11, 67, 74, 80, 115, 125, 130, 131, 133, 158, 161, 165, 168, 171, 174, 177, 180, 186-193, 195, 198-200
  académicas, 11, 177, 186, 187
  año de la, 179
  comerciales, 194
  electrónicas, 67
Publicar, 61, 64, 93, 98, 130, 187, 188, 191, 192, 195, 198, 200, 201
Público, 5, 10, 14, 44, 73, 76, 105, 106, 109, 125, 133-136, 138, 142, 156, 158, 164, 165, 169, 174, 176, 181, 182, 201
  practicantes, de, 165

R

Recapitulación, 52, 85
Recomendaciones, 38, 134, 136-138, 147, 197
Reconocimiento, 43, 60, 90, 93, 166, 177, 179, 180, 199
  público, 93
Red(es), 30, 44, 78, 169
  constructores de, 49
  profesional, 169
Redacción, 7, 9, 10, 13, 18, 25, 29, 43, 44, 57, 60, 61, 63, 73, 77, 80, 82, 85, 107, 111, 119, 121-124, 127, 131
  académica, 82
  antropológica, 121
  descriptiva, 43
  proceso de, 32, 121
Reescritura, 13, 19, 73, 124, 147
Referencias, 9, 28, 64, 66-68, 77, 83, 97, 115, 128, 149, 154, 171, 177-180
  académicas, 68
  adicionales, 128
  bibliográficas
    v.t. Bibliografía
  citadas, 178
  estilo de las, 180
  lista de, 61
  registro de las, 66
  sección de, 62, 177
Reflexión(es), 29, 89, 128, 134-136, 139, 155, 158, 159, 169, 186
  personales, 135, 139, 159
Regalías, 194
Relatos, 21, 23, 41, 88, 89, 121, 128, 140, 152, 159, 180
  descriptivos, 23, 89, 128

Repetición(es), 123, 126, 135, 148, 173
  innecesaria, 148
Reseña(s), 5, 21, 24, 109, 124, 125, 149, 193, 198
  académica, 125
Resumen(es), 77, 91, 107, 114, 134-136, 145, 154, 157, 162-168, 184
  ejecutivo, 157, 165, 167
Retroalimentación, 44, 69, 70, 72, 74
  v.t. Crítica
Revisar, 11, 12, 29, 57, 60, 62-65, 69, 72, 83, 97, 111, 115, 123, 124, 126, 135, 141, 145, 151, 154, 170, 173, 179, 183
Revisión(es), 10, 11, 20, 24, 25, 29, 32, 40, 51, 52, 56, 59, 60, 62, 64, 66, 68, 71, 74, 76, 77, 79-84, 87, 90, 104, 107-109, 114, 116, 120, 121, 123, 124, 128-131, 135, 140, 161, 162, 172, 179, 182, 183, 185, 192, 196, 197
  editorial, 124
  literatura, de la, 20, 51, 52, 79, 81, 84, 109
  proceso de, 62, 83
  v.t. Literatura
Revisor(es), 35, 71, 74, 89, 90, 123, 125, 128, 130, 134, 146, 147, 161, 200
  académicos, 123
Revista(s), 19, 23, 24, 39, 61, 64, 65, 67, 90, 91, 106, 111, 114, 119, 128, 129, 131, 133, 151, 153, 154, 161, 163, 165, 166, 168, 171, 174, 178-181, 184, 187-189, 193, 195, 196, 200
  criterios de la, 195
  editores de, 20, 195, 196
  electrónicas, 128, 200
  impresas, 200

S

Seminarios, 61, 200
Serie, 37, 38, 52, 89, 149, 153, 159, 174, 187-190, 192, 199
Siglas, 35
Simposio(s), 45, 60, 61, 150, 151, 199
Síntesis, 61, 80, 81, 83, 96, 198
  capítulo(s) de, 109
Sociología, 58, 98, 100, 181, 192
  cualitativa, 98
Solapas, 162, 165
Subrayar, 172
Subtítulos, 39, 66, 67, 76, 143, 163, 164, 169, 170, 174, 182
Suplemento *v.* Apéndice(s)

T

Tablas, 19, 59, 98, 141-145, 154, 163, 164, 173, 174, 176
Tapa, 163
Tecnología, 14, 49, 74
Teoría, 9, 42, 48, 79, 82, 84, 85, 87-95, 106-110, 113, 161
  constructores de, 49
  falsedad de la, 91
  publicar, 93
    v.t. Publicar
Tesauro, 15
Tesis, 10, 20, 24, 27, 33, 47, 51, 79, 109, 119, 124, 134, 168, 173, 180, 187
  director de, 19
Texto, 9, 11, 19, 29, 42, 43, 49, 50, 52, 57, 64-66, 68, 97, 107, 115, 125, 141, 143, 147-149, 153, 159, 161, 163-165, 167, 169-176, 178, 179, 181-184
  recuperadores de, 49
Título(s), 4, 5, 8, 13, 31, 42, 55, 66, 67, 76, 90, 98, 99, 112, 120, 124, 135, 140, 153-157, 161-164, 169,

170, 174, 178, 182, 184, 189, 190, 195, 199
final, 155, 184
provisional, 155
seleccionar el, 155
Trabajo de campo, 7, 24-27, 31-34, 49, 50, 56-58, 72, 73, 76, 81, 94, 95, 97, 103, 105, 114, 119, 120, 139, 141, 150, 155, 175, 181, 189
técnicas de, 97, 103, 105, 106, 108, 110
v.t. Informantes; Nota(s), trabajo, de; Datos, recolección de los
Tradición(es), 33, 42, 80, 81, 104, 107, 171, 172, 180, 199
académica, 199
Transcripción(es), 176
Trilogía de Brad, 169

U

Universidad(es), 14, 16, 20, 51, 160, 169, 175, 191, 198
investigativas, 198

V

Vida, 7, 22, 41, 52, 67, 87, 93, 99, 107, 121, 137, 148, 157, 172, 184, 199
historias de, 23, 146, 180
Voz pasiva, 112, 127

Acerca del autor y del libro

Harry F. Wolcott es profesor emérito del Departamento de Antropología en la Universidad de Oregon, en cuya Facultad de Educación también ha laborado. Tras completar un doctorado, en Stanford en 1964, aceptó un puesto en Oregón, pensando en que se quedaría allí "un par de años". Un nuevo milenio, y allá sigue, después de haber publicado "varios libros y numerosos artículos sobre una variedad de temas". No se sabe si como escritor tiene talento natural o no; nunca nadie ha visto sus borradores preliminares. El hecho de que muchas de sus publicaciones sigan en prensa o se hayan vuelto a editar sugiere que él sí revisa y corrige con gran cuidado, tal como lo pueden atestiguar sus antiguas secretarias, pero ahora sólo su confiable computador personal lo sabe con seguridad. Ha sido editor invitado y editor en jefe de revistas profesionales de antropología, sociología y educación.

El editor Mitch Allen, que en ese entonces estaba con publicaciones Sage lo invitó a elaborar una monografía sobre escritura. El borrador final contó con el apoyo, el entusiasmo y los comentarios inteligentes del editor de la serie, John Van Maanen. A sus sugerencias se sumaron las oportunas lecturas críticas de los estudiantes, amigos y colegas. Especial gratitud merecen C.H. Edson, David Flinders, Anna Kohner, Jan Lewis, Tom Schram, George D. Spindler, Robert K. Wilson y Philip D. Young. La genialidad de los computadores, apareada en este caso con la paciente instrucción de Leslie

Conery, han hecho un converso más al procesamiento de palabras como herramienta indispensable para escribir investigación.

Aunque Mitch Allen tiene ahora su sello editorial propio, AltaMira Press, no sólo estimuló la idea de revisar y actualizar la publicación original sino que ofreció gentilmente sugerencias editoriales sobre la copia revisada. En Sage contó con C. Deborah Laughton, una editora y autora entusiasta e intuitiva por derecho propio, quien enriqueció este esfuerzo. Corrine Glesne, Edith King y Tom Schram hicieron sugerencias y compartieron las respuestas de sus estudiantes de seminarios de posgrado, que sirvieron de invaluable retroalimentación. Y, de la misma manera que en el pasado, John Creswell y Phil Young como colegas, hicieron una excelente reseña.

Se terminó de imprimir
en la Imprenta Universidad de Antioquia
en el mes de mayo de 2003